Recetas cubanas para sanar un corazón roto

UNA NOVELA DE

LAURA TAYLOR NAMEY



CROSS BOOKS

Recetas cubanas para sanar un corazón roto



Recetas cubanas para sanar un corazón roto

LAURA
TAYLOR
NAMEY



Título original: *A Cuban Girl's Guide to Tea and Tomorrow*
Translation rights arranged by
Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.
All rights reserved.

Este libro no podrá ser reproducido,
total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© 2023, Laura Taylor Namey
Derechos exclusivos de edición
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Traducción: María Belén Sancho
1ª edición: octubre de 2023

ISBN: 978-956-6145-55-4
ISBN epub: 978-956-6145-62-2

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Para Hildelisa Victoria,
mi valiente y hermosa madre



Si encuentras azúcar sin disolver en el fondo de tu taza de té,
alguien está enamorado de ti.
- *Superstición*

Mañana, por cierto, no significa mañana.
Significa: «Hoy no».
- *Billy Collins*

1

Puedes llamarlo como quieras. Unas vacaciones, un regalo de graduación de la escuela o incluso un escape. Pero lo único que sé es que estoy lo más lejos de Miami de lo que he estado en toda mi vida.

Estoy aquí porque el remedio cubano falló. Se trata de uno muy antiguo que parece una receta de cocina. Y aunque los ingredientes pueden variar de una familia a otra, el objetivo es siempre el mismo: que tu familia te ayude a juntar los pedazos de tu corazón roto. Sin embargo, como no hay nada que la comida o la familia puedan hacer para curar mi corazón, me han engañado, como a la protagonista de una de las telenovelas que mira Mami.

—El siguiente, por favor. —El agente de aduanas del aeropuerto me hace señas para que pase —. ¿Cuál es el motivo de su visita, señorita? —me pregunta cuando le entrego el pasaporte.

Pasan dos segundos y luego cuatro hasta que llega mi flagrante mentira.

—Vacaciones.

No digo nada más porque Spencer, uno de mis anfitriones para este verano, está esperando, y el hecho de que me lleven a una inspección secundaria es tan malo como una extracción de dientes o cualquier examen ginecológico. Pero ¡por *Dios*! Cómo me gustaría desquitarme con este agente y con el mal día que estoy teniendo. Apenas puedo reprimir el deseo de acercarme a su elegante uniforme azul y gruñir: «Estoy. *Aquí*. Porque no solo mi querida abuelita murió, sino que a los dos meses de su muerte, mi mejor amiga me abandonó y mi novio de tres años me dejó justo antes del baile de graduación. A eso lo llamo la trifecta. Y, al parecer, estaba tardando mucho en superarlo, así que mi familia me envió aquí para que me *calmara*. No quería venir a *su* Inglaterra, pero mi mami sacó a relucir su mejor truco, uno aún más poderoso que los pasteles de guayaba y otros típicos remedios cubanos para el corazón: Abuela. Así que, para responder a su pregunta, *yo* no tengo ningún motivo para estar aquí».

¡Pum! El agente sella mi pasaporte y lo desliza hacia mí.

—Disfrute su visita.

Que disfrute su visita repetí en mi cabeza con ironía.



Dos horas más tarde, y tras un viaje en autobús con pocas palabras, seguido de un viaje en taxi en absoluto silencio, el conductor nos deja en un lugar que solo he visto en fotos. Por desgracia, se olvidaron de incluir el sol. Estoy temblando bajo un cielo gris mientras Spencer saca mis dos grandes maletas del coche.

Así que esto es Winchester, Hampshire, Inglaterra.

Cruzo la estrecha calle y me acerco a la posada Owl and Crow. Como muchos otros edificios que pasamos en la ciudad, la posada parece sacada de una novela de Jane Austen. El enorme edificio de ladrillo rojo anaranjado, que tiene forma de pastel de bodas, se eleva sobre el vecindario. La hiedra trepadora se enrosca desde la entrada, recorriendo la posada de tres pisos en sendas de hilos verdes. Este lugar rebosa de historia.

Nada en Miami es tan antiguo. Ni siquiera la señora Cabral, quien todavía acude cojeando a la panadería de mi familia todos los lunes y ya era anciana antes de que mis padres nacieran, es tan vieja como este lugar.

Spencer Wallace arrastra mis maletas por debajo de una pérgola adornada con rosas. Al verlo aquí en lugar de en Miami, cuando va de visita con su mujer y su hijo, me doy cuenta de lo mucho que su aspecto combina con su posada de ladrillo. Cabello pelirrojo con canas recientes. Combinación de barba y bigote. Y hasta lleva un pesado blazer de lana. Fue *esto*, el primer vistazo a mi pariente lejano en el aeropuerto, lo que hizo que mi viaje se volviera aún más surrealista que cuando embarqué en el vuelo. Mami y Papi me han enviado a un país extranjero donde los hombres usan blazers de lana. En *junio*.

—Ven aquí, Lila —dice Spencer desde la puerta—. Cate ya debería haber vuelto de fisioterapia. Está agradable aquí dentro.

Me choca el hombro cuando cierra la puerta detrás de nosotros.

—Lo siento —dice, y dirige otra mirada de preocupación a mi ropa, la misma que ha estado mirando de reojo desde que salí de la aduana. En la terminal 5 del aeropuerto, descubrí que mis jeans blancos, mis sandalias doradas y mi ligera blusa rosa no son las opciones típicas para unas vacaciones en Inglaterra, ni siquiera a principios del verano. Pero es *totalmente normal* para Miami. El hecho de que tenga frío o no da igual.

En el interior de la posada, el aire es cálido, pero no sofocante. Huele a mantequilla y azúcar. Inhalo e intento guardar esos aromas. Los olores familiares son lo más parecido a un hogar que puedo encontrar en este momento.

La tía Cate aparece en la base de una lustrosa escalera de madera.

—¡Ah! Aquí está mi niña. —Se acerca y me rodea con sus brazos—. Siento no haber podido ir con Spencer a recibir tu avión, y por tener que llevarme el coche.

—El autobús estuvo bien —digo contra su hombro mientras la lana de su abrigo me hace cosquillas. Su cabello rubio recogido en un moño es el mismo que recordaba, pero su acento suena más plano que nunca. ¿Es esto lo que veinticinco años en Inglaterra le hacen a una venezolana, nacida con el nombre de Catalina Raquel Mendoza? Aquí, en esta ciudad medieval de Hampshire, junto a su marido, ella es Cate Wallace.

—¡Mírate! Casi por cumplir dieciocho años. —Cate da un paso atrás, frunciendo el ceño. —Vamos al salón a tomar el té mientras Spence sube tus maletas. El fuego está encendido y te conseguiré un suéter antes de que desempaques. Esa blusa es muy delgada… no queremos que te resfríes.

Mi pecho se aprieta alrededor de mi corazón y entonces… sucede. Aquí, en el acogedor vestíbulo de Owl and Crow, con tablones de madera desgastados bajo mis sandalias y contenedores llenos de puntiagudos paraguas en la puerta. No sucedió en el aeropuerto internacional de Miami cuando llevaba un ceño fruncido inquebrantable o incluso mientras le daba besos obligados a mis padres y a mi hermana, Pilar. No sucedió mientras veía las brillantes luces de mi ciudad desaparecer detrás del ala del avión. No lloré entonces. No lo haría. Pero

Catalina-Cate Wallace logra aflojarme y no puedo evitarlo. Se me humedecen los ojos y se me cierra la garganta ante un recuerdo que nunca se irá.

¡Ponte un suéter, que te vas a resfriar!

Ponte un suéter, que te vas a resfriar. El mantra más cubano de todos. Uno que nos tatuamos en la frente, lo escribimos con tinta indeleble en nuestra correspondencia con aroma a violetas y gritamos a todo volumen desde las ventanas a los niños que comen paletas en las calles de la Pequeña Habana. Mi abuela repartía pilas de suéteres virtuales a diestro y siniestro, hasta que aquella fría mañana de marzo no pudo hacerlo más. Ese fue el día más frío de todos.

Mi mano sube hasta el amuleto en forma de paloma dorada que cuelga de mi cuello, un regalo que me hizo Abuela hace cuatro años. Cate se da cuenta y sus refinados rasgos se marchitan.

—Oh, tu dulce abuelita. Era una mujer maravillosa, cariño.

Cariño. No, *mija*. Eso no era algo que la Cate inglesa pudiera decir.

—La abuela prácticamente me crio a mí también. —Cate se encuentra con mis ojos hinchados —. Lamenté no poder ir a su funeral.

—Mami lo entendió. Es un viaje largo.

Cuatro mil trescientos ochenta kilómetros.

Cate pone sus dos manos sobre mis mejillas. Es un gesto tan parecido al de Abuela que las lágrimas amenazan con volver a aparecer.

—Dime la verdad —dice—. Aunque me acababan de operar del cuello, tu madre encontró la forma de culparme, ¿no es así?

Me rio. Inglaterra no se ha llevado todo. Sus labios fruncidos, la inclinación de su cadera y sus ojos desafiantes me recuerdan a la Cate del último viaje de los Wallace a Miami.

—¿Cómo lo supiste?

—Quiero mucho a tu madre. Pero las mujeres de las telenovelas podrían aprender de ella.

La dueña del drama de telenovela. Mami nunca fue a la universidad, pero de todos modos tiene un título en drama, con una especialización en ser *extra*. También se especializa en hacer todo lo contrario a lo que es mejor para mí.

—Toma asiento en el salón mientras traigo el té que nos ha preparado Polly —dice Cate y señala la entrada antes de marcharse.

Me quito el morral negro y el formulario de la aduana se asoma por el bolsillo delantero. *Disfrute su visita*. Arrugo el papel en una pequeña bola. Ningunas supuestas vacaciones me van a hacer sentir mejor.

2

Entiendo por qué a los huéspedes de Owl and Crow les encanta el té de la tarde que sirven en el salón, pero este bizcocho, o *scone*, lleva demasiado azúcar. Aunque la textura es casi perfecta, el nivel de dulzura es el punto en el que fallan muchos pasteleros. La harina, la mantequilla y el azúcar son simples soportes para otros sabores: especias y extractos, fruta, crema y chocolate. Un pastel nunca tiene que ser demasiado dulce. Basta con que sea memorable.

No es que sea una experta en *scones*; de hecho, nunca he hecho uno. El último lo comí hace cuatro meses, cuando Pilar quiso celebrar su cumpleaños veintiuno con *afternoon tea* en el hotel Biltmore de Miami.

Al igual que aquel lugar histórico, este salón, con sus paredes azul cielo y tapicería de brocado, parece más un cuadro que una habitación. Aquí, soy un personaje de la vida de otra persona.

Lo llamaré: «Chica cubana con *scone* demasiado azucarado sin Miami».

—…Y dar paseos. El campo está tan cerca… Puedes ir en una de las bicicletas para huéspedes a todas partes y, bueno, también puedes descansar. El centro de la ciudad tiene cafés y pequeñas tiendas que sé que te encantarán.

Durante los últimos cinco minutos, entre tragos de un té negro fuerte, Cate ha estado intentando venderme Winchester como si fuera una agente inmobiliaria.

Yo le sonreía tiesa, como si ella de verdad pudiera hacerlo.

—Suena bien, gracias por dejar que me quede.

Me encuentro en el límite imaginario entre querer ahogar todas mis palabras dentro de la tetera decorada con rosas y mostrar respeto a la mujer que conozco desde que nací.

—Déjate de tonterías —dice Cate—. Puedes ser honesta conmigo.

—Bien. —Dejé la taza sobre la mesa, que hizo un ruido metálico desagradable—. No quiero estar aquí, aunque ustedes sean mi familia.

Las palabras ni siquiera atraviesan su mirada, que es fría como el cielo de mármol blanco que se ve por la ventana. Cate acaricia el borde de su taza de té. Sus uñas ovaladas brillan por el esmalte negro cereza.

—Por supuesto que no. No hace falta que finjas. Pero tus padres creen que pasar un tiempo fuera te ayudará...

—¿Y qué hay de lo que yo pienso? ¿De lo que *yo* siento?

Soy un disco rayado que repite el mismo guion desde que me reservaron el vuelo. Toda la ayuda que necesito está a seis mil kilómetros, al otro lado del Atlántico. Ese es el lugar donde, semanas atrás, tenía todo lo que quería. Es el hogar de nuestra panadería, de la que me haré cargo y haré crecer, la que siempre me recordará a Abuela: la panadería La Paloma. Su recuerdo y su espíritu siguen entre esas paredes y ahora yo no estoy allí.

No necesito a Inglaterra. Miami es mi ciudad favorita, el hogar donde he ganado mucho en diecisiete años. Me llama, como si fuera mi propia sangre espesa o mi médula ósea. *Eres mía*, me dice. *Puedes volver a ganar*.

Pero no aquí. No en Inglaterra.

Miami guardaba mis relaciones más queridas, aquellas por las que lloro en secreto. Abuela. Andrés. Stefanie. Mi corazón, mi cuerpo y mi memoria aún no los han superado. Muchas cosas pueden cambiar en estos ochenta y cinco días en los que estaré en Inglaterra y no voy a estar en casa para poder detenerlas.

—Estás sufriendo, Lila. Y asustaste a tus padres —dice Cate—. Tu salud mental es más importante que hacerte cargo de La Paloma ahora mismo.

Bueno. La regla de no dejar de decir tonterías es válida para ambas. *Pero estaba lidiando con ello.* Necesito más tiempo, no más conversaciones. Tampoco más espacio. ¿Por qué Mami y Papi no pueden verlo?

Cate se enrosca un mechón rubio que se le escapa del moño.

—Solo prométeme una cosa, porque ambas conocemos a *tu mamá* enojada.

Levanto la mirada ante su uso del español.

—Intenta encontrar tu lugar aquí. Quizá incluso te diviertas un poco. Pero hazlo con cuidado, ¿está bien? —Parece que pasar la última media hora conmigo ha hecho que su acento se incline un poco hacia el suroeste—. No corras sola de noche ni hagas nada... imprudente.

Imprudente. ¿Como lo que hice hace dos semanas? Mis mejillas arden de ira y arrepentimiento.

Fui tan torpe. Tan descuidada.

Pero no digo nada de eso. Escondo el resto de mis respuestas orales bajo mis últimos bocados del *scone* de grosella negra de Polly. Sí, demasiado dulce.

Me queda la mitad del té en la taza cuando Cate me da un empujón en el antebrazo.

—Te ayudaré a acomodar tus cosas. Spence ya debería tener preparadas tus maletas. —Se levanta, indicándome que la siga al vestíbulo y suba la amplia escalera.

La segunda planta de la posada Owl and Crow alberga ocho habitaciones. Cate había mencionado que todas estaban reservadas, pero ahora mismo el pasillo solo está ocupado por hileras de candelabros de bronce. Unas grandes alas de pájaro doradas adornan cada lámpara.

Nos detenemos ante una puerta ancha, sin señalizar, con un pequeño teclado.

—Estas son las escaleras a nuestro apartamento privado. El código de la puerta es el código postal de nuestro antiguo barrio en Miami.

Los rasgos de Cate se suavizan con nostalgia. Cuando sus padres se mudaron de Venezuela a Miami, Cate pasó tanto tiempo con Mami en casa de Abuela que se convirtió en su segundo hogar. Pilar y yo nunca la llamamos prima. Siempre será nuestra tía.

Me hace un gesto para que introduzca los cinco dígitos que me sé de memoria. Tras un pitido, la cerradura se abre con un clic, revelando la entrada a otra escalera de balaústre tallado.

Las escaleras nos dejan en un amplio espacio con aspecto de *loft*. Cate señala un pasillo.

—Spence y yo tenemos nuestra habitación ahí abajo. —Gira y me guía a través de la sala por el ala opuesta —. En este lado está la habitación de invitados, un baño y la habitación de Gordon. Ahora está con un grupo de estudio en la biblioteca.

Tengo un vago recuerdo de que aquí los exámenes escolares duran hasta bien entrado el verano.

—No puedo creer que Gordon ya tenga dieciséis.

Ella sonríe.

—Y está tan alto que apenas le reconocerás. La última vez que se vieron debía tener unos doce años. Fue justo antes de nuestro viaje a Key West.

—Sí, le encantaba corretear por la cocina de La Paloma mientras tú y Mami bebían cafecito en la entrada. —Mi pelo oscuro cae sobre mi rostro y me doy cuenta de que huele a avión. Me lo echo hacia atrás—. Intentaba robar una empanada de cada bandeja que Abuela sacaba del horno. Ella lo aporreaba con su toalla de mano, pero no lograba detenerlo.

La ráfaga de recuerdos pincha como el golpe de una goma elástica contra la piel.

Desvío la mirada hasta que Cate me aprieta el hombro. Abre una puerta con paneles y empuja hacia dentro.

—Aquí es. Ya sabes dónde encontrarme. La cena es a las siete.

El dormitorio donde pasaré los próximos ochenta y cinco días tiene una auténtica cama con dosel. No es una imitación comprada en una tienda de muebles, sino una auténtica pieza del Período Regencia. Dejo mi bolso y deslizo los dedos por las vetas de madera de cerezo. Como el resto de la posada, parece vieja.

Spencer ha dejado mis maletas junto a una banca de terciopelo gris. Examino el espacio: un aparador con un televisor encima, un sofá de dos plazas con flores grises y un escritorio. Una de las paredes tiene una generosa ventana con paneles, que ahora deja pasar la tenue luz de la calle. La otra pared que da al exterior tiene una ventana más amplia, pero con mecanismos de manivela. Corro las cortinas de seda color crema. Los marcos de la ventana producen un chirrido paranormal cuando giro la manivela y paso mi torso. Inclinada sobre el alféizar, miro por encima de las copas de los árboles hacia el patio amurallado de una iglesia que choca directamente con ese lado de Owl and Crow. Mis ojos se esfuerzan por adaptarse, cambiando las palmeras y el estuco color melocotón de mi antigua ciudad por el ladrillo desgastado y las iglesias empinadas, justo como la pequeña parroquia de piedra que hay al lado.

Mi nueva habitación es preciosa. Pero eso no quita que una parte de mí quiera golpear la pared con los puños y soltar los gritos salvajes que han resonado en mi mente todo el día. Todo marzo, abril y mayo. Nada previene que la otra parte de mí quiera esconderse bajo el cobertor de felpa.

Me conformo con arrastrar las maletas hacia la puerta; no estoy preparada para organizar mi nueva realidad. Abro la cremallera de la maleta de mano que tengo encima de la cama. Miami está dentro. Restos del limpiador de azulejos de vinagre con limón de Mami y del spray con aroma a gardenia que uso en mi habitación se adhieren a todo lo que necesitaré esta noche. Abuela podría haber hecho esta maleta.

Gracias a ella, Pilar y yo nunca nos atreveríamos a subir a un avión sin llevar un juego de ropa interior de repuesto y una muda de ropa. *Al fin y al cabo, ¡la compañía aérea podía perder tu equipaje!* Abuela nunca se fiaba de los encargados del equipaje.

Y yo no les había confiado estas cosas. Después de unas calzas y una camiseta larga, saco el característico delantal blanco de Abuela, aquel que sostuve en mi regazo durante su funeral. Luego, una foto familiar de mis padres, Pilar y yo en el jardín de mi tío abuelo. Y otra pequeña instantánea de Abuela que tomé el año pasado. Su delgada figura, coronada por una melena negra y canosa, sonreía mientras desayunaba café con leche y pan tostado.

Abuela y yo éramos las únicas de la familia que guardábamos recuerdos, memorias. Pili no heredó el gen sentimental y Mami odia acumular cosas. Pero, aun así, no ha quitado el pequeño altar lleno de tarjetas, fotos, figuritas y flores secas de la cómoda de Abuela. Aún no ha

convertido su dormitorio en una habitación de invitados, ni ha sacado sus zuecos de jardín del patio. Por ahora, hasta mi madre guarda cosas.

Preparo mi propio altar, el que he trasladado, y coloco objetos de Miami en la mesita de noche. Mi corazón se detiene en la última prenda de mi bolso: una camiseta blanca de la Universidad de Miami que compré para Stefanie. Es un recuerdo de enormes proporciones, el recuerdo de un plan de mejores amigas que aún no estoy preparada para guardar en un cajón.

Esta camiseta es la razón principal por la que estoy aquí.

Hace dos semanas, como si se tratara de una broma de mal gusto, la camiseta blanca llegaba a la panadería La Paloma el mismo día en el que salía el vuelo de Stefanie. Stef ya no iba a ir a la Universidad de Miami. Mi amiga ya no iba a ir a ningún sitio de Miami. Y menos conmigo.

El principio de nuestro final tuvo lugar dos días antes de la entrega de la camiseta. Me había acomodado en su cama como lo hacía siempre, con la diferencia de que ahora una enorme bolsa de lona se había tragado la alfombra de Stef. Su pasaporte, una pila de documentos de viaje y el paquete de la Asociación misionera católica del sur de Florida llenaban su escritorio.

Y el desenlace de nuestro final se produjo cuando di un portazo y hui de una casa en la que me habían tratado como a una más de la familia por años.

Y en el medio, mi mejor amiga admitió que llevaba desde noviembre preparándose para un puesto de auxiliar sanitario de dos años. Meses de formación que nunca mencionó. Stef había cambiado su admisión en la Universidad de Miami por una remota aldea en Ghana, sin decir una palabra.

Hace dos semanas, sola en la oficina de la panadería, me había quedado mirando el logotipo de la universidad en la camiseta, con las palabras que habíamos soltado cayendo sobre mí como granizo.

¿Y no podías decírmelo?

Lila, lo siento mucho. Me hubieras convencido de no hacerlo.

Eso no es verdad.

Tengo que irme.

¿Entonces reorganizaste toda tu vida a mis espaldas?

Acababas de perder a tu abuela. Y después de lo que pasó con Andrés... Además, sabes que te habrías opuesto. Y hubieras ganado, como siempre.

Luego corrí a casa y lloré mirando una *selfie* de la graduación que nos habíamos tomado la semana anterior. Mi melena morena y sus finas capas de pelo rubio caían bajo los birretes que ahora estaban teñidos del oscuro color del engaño.

Sostener la suave camiseta en la oficina de la panadería solo sirvió para confirmar algo para mis adentros: mi duelo había cambiado, pasando de una línea entre dos puntos finales palpitantes —Abuela y Andrés— a una nueva forma. Un triángulo.

Y esa trifecta se alzaba de tal manera que no podía deshacerme de ella. No podía encontrarme a mí misma bajo el oscuro vacío. Mi corazón se fragmentó y mi respiración era como el preludio de una tormenta. Tenía que irme. Tenía que correr.

Receta para el abandono de tu mejor amiga de la cocina de Lila Reyes

 **Ingredientes:** Un bolso deportivo guardado en la oficina de Papi. Un par de zapatillas Nike para correr. Una camiseta sin mangas azul neón. Un par de calzas de compresión Adidas.

 **Preparación:** Ponte la ropa y huye por la puerta de servicio trasera. Ve a tu dulce ciudad natal, Miami. Es lo suficientemente grande como para acogerte. Vuelve a los lugares y las calles que te conocen, que conocieron tu amor y tu alegría antes de que los últimos tres meses se llevaran tanto. Recupéralo todo.

*Deja de hablar de Stefanie con tu familia. Es tu pérdida y vas a lidiar con ella.

 **Temperatura de cocción:** 475 grados Fahrenheit, exactamente cómo se siente el calor en Miami cuando sales a correr por la tarde.

Aquella tarde, hace dos semanas, me dirigí al estacionamiento trasero y guardé todo excepto el llavero y el teléfono en mi Mini Cooper turquesa. Estiré, elongué y me preparé para hacer lo segundo que mejor sabía hacer. Corrí más lejos que nunca; una distancia por la que la gente gana medallas y galones. Mi único premio era la agotada recompensa de una obstinada rebeldía. Durante horas, pasé por alto todas las señales de peligro que emitía mi cuerpo y crucé los límites del vecindario hasta que llegó la hora de la cena. Un pensamiento se abrió paso a través del sudor, el calor y el dolor hasta que mis músculos finalmente se paralizaron: si me alejaba lo suficiente, podría escapar de mi propia piel.

Hoy me pregunto si Stef tenía razón, si realmente podría haberla hecho cambiar de opinión.

Después de todo, mi poder de persuasión no había funcionado con mi familia.

Me hundo en la banca de terciopelo gris e intento estar lo más quieta posible. Imagino que, si no me muevo, el lugar de donde vengo tampoco lo hará. West Dade se congelará en el espacio y el tiempo hasta que vuelva a casa.

3

Después de veinticuatro horas en mi habitación, no tengo ni idea de la temperatura exterior, ni del número de pasos que hay entre la posada y el centro de Winchester. Lo que sí sé es que me aprendí cada mancha misteriosa en el techo, y que hay seis pasos desde mi puerta hasta el baño. Quince escalones de ida y vuelta hasta la cocina del *loft*.

Los Wallace no hacen ningún comentario sobre mi hibernación y me dejan bandejas de comida en la encimera de la cocina, ¡que Dios los bendiga! Una de ellas tenía una nota:

Descansa. Estoy poniendo al día a tu familia. Mami solo ha llamado seis veces.

—Cate

Cate tampoco ha dicho nada de las maletas que siguen al lado de mi puerta, ni sobre mi teléfono que está apagado, justo encima de mi portátil, también apagada.

Y luego está Pilar. Me imagino la agradable sonrisa de mi hermana y sus ojos tranquilos y racionales y me pregunto cuántas veces me habrá mandado mensajes. ¿O también se ha desconectado de mí porque sabía que no podría estar lejos mucho tiempo? Echo un vistazo a mi teléfono, la voz de la persona más preciada de mi vida está a solo veinte segundos. Pero no, todavía no. Aún no estoy preparada para una conversación real con ella. Al menos no una que no esté salpicada de las mejores palabrotas que conozco, en los dos idiomas que sé.

Puede que una camiseta blanca de la Universidad de Miami provocara mi carrera, pero mi vuelo a Inglaterra bien podría haber sido reservado por una tal Pilar Verónica Reyes. Desde que aterricé, he pensado una docena de veces en la escena de medianoche en mi habitación de West Dade, que sucedió después de que corrí por horas para alejarme de La Paloma. Las secuelas fueron un huracán. Aunque estoy furiosa con mi hermana, lo estoy más conmigo misma por haber sido tan descuidada.

Mi cuerpo también había pagado cara mi imprudencia. Recuerdo cómo me dolía *todo*. Cómo las fibras de mi cobertor gris y blanco raspaban contra los músculos chillones y la piel quemada por el sol.

—Más. —Había dicho Pilar aquella noche, tendiéndome la centésima cucharada de caldo de pollo. Yo era quien había preparado el caldo mágico de Abuela. Eso, más una generosa capa de «*Vivaporú*» (Vicks VapoRub) podría curar cualquier dolencia—. He dicho más, Lila —me dijo y sacudió la cabeza apretando los labios.

—Basta —dije. Mi cráneo retumbaba como un bombo.

Pili resopló y dejó el bol sobre mi mesita de noche. La licenciada en contabilidad se movió como una enfermera del ejército, estoica y fuerte, de vuelta a nuestro pequeño botiquín.

Sus manos me frotaron las pantorrillas con más del fresco y hormigueante VapoRub. Hice un gesto de dolor cuando me aplicó otra tanda de pomada para ampollas.

—Te lo mereces. —Puso más pomada en mis talones y dedos de los pies, frotando la piel hasta que quedara limpia—. Si no puedes volver a ponerte esas sandalias rojas de tacón aguja, es culpa tuya, hermana.

Sí, es mi culpa. Es lo que me pasa por correr durante más de cinco horas y más de treinta y dos kilómetros, casi arrastrándome al final. Una vez que había empezado, no podía parar. Y simplemente no me importó.

Pilar correteaba por mi habitación, sacudiendo almohadas y rellenando mi vaso de agua, mientras asomaba la cabeza para ver dónde estaban Mami y Papi. Murmuraba en voz baja:

Niña tonta. Despistada, imprudente y egoísta. ¿Qué hubiera pasado si no te encontraba? ¿Qué hubiera pasado entonces? ¡Por Dios, Lila!

Eso fue lo que oí. Eso fue lo que vi.

Mami y Papi se arrimaron a mi puerta con el veredicto del tribunal. Papi agachó la cabeza, dejando ver su pelo rubio y la pequeña zona en la que se había quedado calvo.

Mami apretaba un puñado de pañuelos.

—Acabamos de hablar por teléfono con Catalina y Spencer.

Sus palabras fueron rápidas y contundentes: Inglaterra. Verano en Owl and Crow. Relajarte. Tomarte un tiempo.

Al final, Mami estaba llorando y mi pecho era una cavidad hueca.

—¿Inglaterra? ¿Estás bromeando?

Papi se adelantó.

—Es por tu salud. Esta primavera fue insoportable para ti y ahora Stefanie se ha ido.

Solo tenían que dejarme en paz. Dejarme arreglarlo.

Mami se apartó las ondas de pelo negro de su rostro.

—¿Crees que no te vemos? ¿Llorando por las esquinas durante semanas? ¿Encorvada y casi chocando contra las paredes? Papi te encontró llorando en el congelador de la panadería. Sola y muerta de frío. Eso no está bien, Lila.

Pero se había sentido más que bien. Recordaba el delicioso alivio del entumecimiento de pies a cabeza, enfriando la pérdida de los cálidos besos de Abuela en la frente. Y también la pérdida de Andrés. La forma en la que solía abrazarme tan fuerte, tan plenamente. Su abrazo, cálido desde los tobillos hasta las orejas, era el único lugar en el que me había sentido tan grande como un planeta y tan ligera como una pluma. En el congelador solo buscaba unos momentos de alivio. Pero Papi me había interrumpido, preocupándose y exagerando.

—No pueden enviarme lejos. No de La Paloma. No de mi Miami. O de mi familia.

—Es por el barrio también. Hablan de ti más que nunca. No puedes curarte cuando...

¿Cuándo *qué*? ¿Cuándo mis asuntos privados se susurraban por la ciudad? Oh, no era difícil ver por qué. Había estado sucediendo durante tres años. Todo lo que tuve que hacer fue seducir a Andrés, hijo del prominente congresista Millan de la elegante Coral Gables. Andrés aparecía en revistas locales y columnas de sociedad. Mostró su cara de estrella de cine en la televisión con su familia durante las campañas. Clientes, vecinos y dueños de otras tiendas nos *shippeaban*; nuestra historia les parecía adorable. Hace cuatro años, yo había hecho el cáterin de la recaudación de fondos de sus padres, donde él probó su primer pastel de guayaba hecho por mí. Durante dos años, vino a La Paloma todas las semanas por más, hasta que por fin me invitó a salir. Yo tenía quince años y estaba completamente enamorada del hijo del congresista.

Un cuento de hadas cubano en West Dade. Pero Andrés derrumbó nuestro castillo.

Mis padres se pusieron frente a Pilar, prácticamente dándome la espalda.

—Elena, de Dadeland Bridal, vino a La Paloma la semana pasada —dijo Mami y se le escapó un sollozo—. Me dijo que tenían una apuesta entre los empleados y algunos de los clientes habituales sobre cuándo Lila elegiría su vestido de novia.

¿Un vestido de novia? ¿De verdad? Mi sangre se convirtió en fuego.

—¡Mami! ¿Estás escuchando lo que dices?

Que me partan en dos y que esparzan los últimos tres meses por todo mi dormitorio como otra capa de pintura azul pálido.

—Pero es verdad —dijo Mami—, y lo siento mucho.

—Ahora los rumores cambiaron —le dijo Papi a Pili —. ¿Por qué Andrés terminó con ella? ¿Cómo pudo Stefanie dejar a su mejor amiga sin avisar? Esto es horrible. La gente habla en las bodegas, en el supermercado, en los quioscos.

Pilar se sentó en mi cama.

—Lo sé. Yo también los escucho.

¿Acaso estaba *yo* ahí? ¿No era esta *mi* vida? Ese trío que compartía más de la cuenta pasaba a mí alrededor, por encima e incluso a través de mí, aparentemente era invisible.

—Suficiente, ¿está bien?

Finalmente, Mami me miró.

—No es suficiente porque nunca nos dices nada sobre tus sentimientos. No podemos ayudarte si no sabemos lo que te pasa.

Me enderecé, sintiendo las extremidades pesadas y doloridas.

—No necesito hablar de mis pérdidas. Necesito deshacerlas.

—¿Y si eso es imposible? — preguntó Mami.

Imposible. Había oído esta palabra antes y la machaqué como si fuera una dura cáscara de coco. Luego usé la rica y blanca pulpa para hacer un pastel.

—Perdiste a tu abuelita —dijo Papi suavemente—. Y ella era la parte más grande de tu corazón.

—Papi. —La palabra sonó gruesa y oscura, pero no iba a llorar; no les daría mis lágrimas. El dolor era real y era mío. Mío para sufrirlo y mío para solucionarlo. Hablar de mis heridas no las convertía en algo suyo que debían «ayudarme a solucionar». ¿Y ahora querían «ayudar» aún más enviándome lejos?

—Inglaterra será lo mejor para ti. El chisme se calmará y volverás renovada. —Sonó el teléfono de Mami—. Es Catalina.

Salió de la habitación seguida de Papi.

Extendí mis indefensos brazos hacia Pilar. Necesitaba que interviniera y acabara con esta ridícula idea. Sabía que lo haría. Éramos un equipo: las Reyes.

Ahora que me había graduado, por fin estaba preparada para asumir mi puesto de jefa de panadería a tiempo completo y futura propietaria de la panadería La Paloma, junto a Pilar. No tendría que ir a la universidad, ya había aprendido todo lo que necesitaba de Abuela. El negocio sería nuestro en un año. Nuestro legado, nuestro futuro. Abuela lo había comenzado y se suponía que nosotras lo llevaríamos adelante a partir de este verano. No podía hacerlo desde el otro lado del océano.

—Estoy impaciente por ver lo que harás —dije con una risa cáustica.

Pilar se levantó y me instó a beber otro sorbo de agua. Esta vez obedecí.

—¿Lo que haré?

—Cómo conseguirás liberarme de este plan macabro de Inglaterra. No tenemos tiempo para

esto. Tenemos que planificar el nuevo modelo de negocio, el menú y los cambios de personal...

—Lila. —Se giró, entornando sus ojos marrones—. Ellos tienen razón. Lo necesitas. Te quiero, pero tengo que dejarte ir. Es solo por un tiempo, ¿ok?

Era como si cada paso que había dado por Miami esa tarde volviera para aplastarme el pecho. Me estremecí. Solo fui capaz de sacudir la cabeza. *No. No. NO.*

—No puedo.

Pilar tomó el delantal blanco de Abuela que tenía una *L* azul en la parte delantera. Me lo tendió en los brazos, que hacía solo unas horas, estaban empapados de sudor y sal—. ¿Qué diría ella de esto? —Pilar señaló mi cansado cuerpo. Sin duda, era un desastre.

—Tu hermana tiene razón, nena —dijo Mami, que había regresado—. Abuelita te ha dejado su sabiduría y su empeño, además de sus recetas. Hónrala, Lila. Dime... tú, en el congelador, llorando. Destrozada, a treinta y dos kilómetros de distancia, asustándonos a todos, sin cuidar de ti misma... ¿es así como ella querría que siguieras adelante? —A Mami se le escaparon algunas lágrimas—. ¿Cómo puedes dejar que te vea así desde el cielo?

Quería gritar: ¿cómo puedo? Puedo porque la única receta que Abuela nunca me enseñó fue la que creé dentro de mí cuando ella murió y nos dejó demasiado pronto. La que había que crear cuando un chico me destrozara el corazón y mi amiga más querida pisoteara mi confianza.

Pero lo que realmente dije fue: «…».

Silenciosa y temblorosa, me aferré al delantal y a su recuerdo.

—Óyeme, mi amor —me había dicho Abuela meses atrás, tras una de mis peleas con Andrés —. Tú amas a ese chico tanto como amas la cocina. —Estaba revolviendo un tazón de glaseado de mango—. Pero a veces añades demasiado azúcar. Pones mucha temperatura.

Me había burlado de eso entonces, la había ignorado.

—Mi estrellita, si brillas demasiado en su cielo, lo vas a quemar y te vas a quemar tú también.

Ese día, me había quemado todo el cuerpo. Había subido mi propia temperatura y perdido el control.

—Irás a Inglaterra, Lila —había dicho finalmente Mami—. No podemos darte el lugar que Abuela te cedió si no estás bien.

Y esa fue su última palabra.

Pero mi carrera (el agotamiento, por dentro y por fuera) había amordazado todas las palabras con las que podía defenderme. Mientras Papi iniciaba sesión en el sitio web de las aerolíneas British Airways, yo solo miraba la *L* de la solapa del delantal.

4

Dos semanas después de que Papi reservara mi vuelo, el delantal blanco de Abuela está doblado sobre una mesita de noche en Inglaterra. Ha pasado más de un día desde que aterricé, pero apenas he salido de la cama.

Miro el reloj: las ocho de la noche. Y una cacofonía de sintetizadores y tambores retumba desde el otro lado del pasillo. Tiene que venir de la habitación de Gordon. No me imagino a Cate o a Spencer tocando rock de los años ochenta mientras atienden a los huéspedes y administran la propiedad. Justo cuando identifico al grupo como Van Halen, la música se detiene. Y ni diez segundos después, una introducción de bajo de otra melodía vibra a través de los paneles de madera, con el volumen a tope. Y entonces... se detiene después de unos pocos compases. ¿Cómo?

Mis ojos encuentran descanso y respiro en mi pequeño altar de recuerdos: las fotos enmarcadas y la camiseta blanca. La *L* azul bordada.

Los recuerdos tienen una clase única de poder: la del amor, la historia y el legado. Y aquí, este recuerdo me llama con fuerza, con decibeles más altos que la música, en el idioma en el que me crie. Abuela nunca hubiera tolerado que fuera tan holgazana, que apenas saliera de la cama durante más de un día. Por ella, al menos me levantaré y desharé la maleta.

Justo cuando aparto el cobertor, me recibe una ola de tecno-pop electrónico a todo volumen. De acuerdo, ¿acaso es el turno del universo, encarnado en Gordon Wallace, de decidir que mi tiempo de hibernación se acabó oficialmente? De cualquier manera, esto no funcionará. No podré soportar la música a este volumen durante todo el verano. Antes de llegar a la puerta, la música se detiene bruscamente, igual que antes. Espero alguna terrible repetición, pero nada llega.

—Mmm… —me digo y miro hacia donde están mis maletas.

Diez minutos después, tras repartir los zapatos y la ropa entre la cómoda y el armario, me ocupo de la segunda maleta. Mi plancha para el pelo y mi estuche de cosméticos descansan en la parte superior. Pero debajo de la bata encuentro una tarjeta cuadrada, con la reconocible letra de mi hermana.

Hermana, no te enfades, pero te conozco. Te quiero y te echo de menos aún más. —P

¿No te enfades? Una forma infalible que tiene Pili de hacerme enfadar es decirme que no me enfade, así que soy especialmente cuidadosa cuando saco un gran paquete. Lo primero que encuentro dentro del envoltorio de papel marrón es un suéter negro de lana merino.

No empaqué ni un solo suéter.

Y entonces todo se descontrola:

Otro suéter idéntico, pero en gris. Una gabardina negra corta e impermeable. Dos chaquetas deportivas. Un par de jeans oscuros ajustados. Dos camisetas de manga larga, una a rayas azules

y blancas y la otra en un azul marino liso. Y por último, una bufanda de gran tamaño con un estampado de leopardo en gris y negro.

Ahora sospecho de todo lo que hay en esta maleta. Revuelvo en busca de más pruebas de la manipulación de mis pertenencias y encuentro las botas bajas negras que Pilar compró cuando visitamos Nueva York el otoño pasado. Quiero abrazarla. Quiero lanzarle una de estas botas a su redondo trasero cubano. Pero no puedo hacer ninguna de las dos cosas, así que rompo mi silencio de hermana y tomo el teléfono.

La pantalla de bloqueo se ilumina y muestra cuatro mensajes de voz y dieciséis notificaciones de texto de Mami. Ninguna de Pilar.

—¡Tú lo sabías, Pili! —le digo cuando el rostro ovalado de mi hermana invade la pantalla del FaceTime. Está sentada en el sillón de cuero negro de Papi, en la trastienda de la panadería.

—Bueno, hola a ti también —dice Pilar—. ¿Dos días sin saber de ti y esto es lo que recibo?

—Les envié un mensaje a ti y a Mami cuando aterricé. —Agito el suéter negro delante del teléfono—. Lo sabías.

—¿Qué? ¿Qué habías hecho mal las maletas? —Suelto una bocanada de aire—. ¿Y —continúa— que cuando revisara tu maleta lo único que encontraría serían camisas pequeñas y vestidos de verano? Claro que lo sabía. Y tenía razón. El verano inglés no es igual a un verano normal. Mami te dijo cómo prepararte, Cate también te lo dijo, y hasta yo te lo dije, pero...

—Me pondré lo que yo quiera.

Suspira; casi puedo sentir su aliento tibio rodeándola.

—Winchester no es Miami.

Le lanzo una mirada amenazadora al FaceTime.

—Lila, ¿crees que no lo sé? Estar separadas nunca está bien, pero era la única manera.

—Estaba lidiando con ello —digo, apretando los dientes.

—¿Lidiando con ello? Tú, desapareciendo y Papi viendo tu coche en el estacionamiento y pensando... bueno, ¿qué pensarías *tú* si vieras eso? Y cuando por fin te encontré... ¿qué fue lo que vi? ¡*Dios*, Lila! Esa no es forma de lidiar con ello.

Es raro que Pilar llore. Ella considera y disecciona. Organiza y separa. Es una de las razones por las que trabajamos tan bien juntas. Yo sueño y creo con unas proporciones demasiado grandes para los estómagos de todos. Y preparo la comida que los llena hasta reventar, mientras ella encuentra todas las formas posibles de venderla. Pero ahora está llorando y sus lágrimas caen como un grifo averiado que no para de gotear. Me siento tan tonta por pensar que era la única que estaba sufriendo, la única que perdió a su abuela.

—Ya, Pili. Sé que te asusté. Es solo que quiero estar en casa. En mi hogar, donde pueda recomponerlo todo.

Ella se limpia la nariz en el pañuelo, soltando un sonido parecido al de una sirena.

—Nuestra casa no ha sido buena para ti últimamente. Lo has demostrado, ¿de acuerdo?

—La panadería...

—Es algo que hemos repasado, ¿cuántas?, ¿veinte veces? Angelina lo hará bien.

No me fío de la nueva panadera que solo lleva un par de meses cocinando.

—Temporalmente.

—Por supuesto. Siempre hemos sido tú y yo. Pero necesito a mi hermana de vuelta. Tómate un tiempo y deja que Cate cuide de ti. —Se suena la nariz de nuevo y luego se inclina hacia la pantalla—¿Cómo es todo por allá?

—¿Te refieres afuera? No sabría decirte.

—Debería haberlo adivinado por ese montón de basura que llevas como peinado ¡Pero han pasado dos días!

—Yo... lo haré mañana, ¿ok?

La música vuelve a sonar, ahogando su respuesta. Esta vez es un estridente riff de guitarra.

—Es Gordon —digo ante la expresión perpleja de Pilar.

—Suena como *Gimme Shelter* —dice ella.

—Tú sabrás. —La afición de Pilar por el rock clásico, sobre todo en formato vinilo, es algo que no compartimos—. Ha estado haciendo esto... —La música se detiene de nuevo—. No tengo idea de lo que está haciendo, pero voy a hacer que lo deje ahora mismo. Te llamo mañana.

—Espérate. —Pilar estira su mano—. La ropa nueva es bonita, ¿no?

—Es horrible —le digo, pero no puedo dejar de acariciar la suave lana merino.

Ella suelta una carcajada ahogada.

—Llevas meses queriendo mis botas.

—Sí, pero eso no significa que me las vaya a poner.

Una mueca cruza la cara de mi hermana.

—Pero las guardarás en el armario. Y las camisetas y la chaqueta también.

Y entonces noto que un intento de sonrisa amenaza con aparecer en mi rostro y no la puedo controlar, por mucho que lo intente.

—Tal vez.

Gordon tocando otro *jam* treinta segundos después de colgar me hace golpear y luego martillar su puerta. Hasta que luego de más golpes y gritos, el sonido se detiene y el canalla del DJ abre de un tirón la puerta de su habitación. Tiene el pelo pelirrojo, un reflejo del de su padre, recogido en una despeinada cola en la base del cuello.

—Hola. Entonces no estás del todo muerta.

Lleva un lápiz de color en la mano. Decido ignorarlo y comienzo a decir:

—Entonces, la música.

—¿Qué tiene?

—El volumen. —Uso las manos para tratar de hacerme entender—. Es demasiado. Muy alto.

Es como si se le encendiera una bombilla a mitad de la cabeza.

—Ah. Estamos insonorizados aquí arriba y no estoy acostumbrado a tener a nadie más en esta ala.

—Esto no es algo que yo haya pedido.

Gordon usa la otra punta del lápiz para rascarse la sien.

—Bueno, la música me ayuda a lograr un estado de ánimo creativo.

—¿Podría una versión más baja de la misma música ayudar con lo que sea que estés creando con ese supuesto ánimo creativo?

—Oh, estoy haciendo esto. —Se aparta con un ademán ostentoso.

Y... *wow*. Sus paredes están cubiertas de dibujos enmarcados a lápiz de casas de todos los estilos arquitectónicos imaginables. Los complejos detalles y los coloridos toques de paisajismo llenan cada pieza.

—¿Tú dibujaste todo esto?

Señala con la cabeza a una mesa de dibujo con herramientas de medición, un arcoíris de lápices de colores y un nuevo cuadrado de pergamino color marfil.

—Hace años que lo hago. Es una especie de pasatiempo.

Camino por el perímetro del barrio de casas pequeñas de Gordon, pasando por cabañas de

piedra y casas victorianas y del estilo Tudor inglés. Cerca de la ventana, veo un tocadiscos Crosley negro con altavoces. Los discos apilados en un cubo esperan el abuso de decibeles de Gordon.

—He encontrado la fuente del ruido.

Él se acerca.

—Disculpa por todos los comienzos y pausas. No encontraba el adecuado. Lo intentaré con menos discos la próxima.

—Gracias.

Tomo un vinilo de los Rolling Stones, con *Gimme Shelter*.

—Pilar también los colecciona. Siempre está buscando discos raros.

—Es increíble lo que cuestan algunos. Aquí hay una tienda que se llama Farley's y es tan buena, que muchas personas que no son de aquí viajan a la ciudad para verla. Queda en el pueblo, justo a la salida de High Street.

Hago una nota mental sobre eso antes de observar el resto de la obra de Gordon. Quizá sea el color o la forma, pero me atrae al instante un dibujo de una casa de dos plantas en color melocotón brillante con tejado terracota. Delicadas hojas de palmera se mecen sobre el verde césped que Gordon ha diseñado y rosas buganvillas trepan por el reluciente estuco.

Me doy la vuelta.

—¿Esto es...?

Él levanta la barbilla.

—Pensé que te gustaría. Directo desde Miami, Coral Gables. Si no lo recuerdo mal, de nuestra última visita. Me gustó mucho el estilo y los colores.

Mi casa. Mi corazón se estremece, como si lo supiera. Entonces doy un paso atrás, examinando toda la pared. Al lado del dibujo de Coral Gables, encuentro una representación perfecta de Owl and Crow junto a un tradicional *bungalow*. Entre mansiones de ladrillo de estilo federal y cabañas con techo de paja, la casa de estuco color melocotón parece totalmente fuera de lugar.

5

A la mañana siguiente me despierto muy temprano, demasiado para cualquier ser humano que se haya acostado tan tarde como yo. Después de tres días, mi cuerpo sigue ignorando todos los relojes que hay por aquí, todavía pendiente de la zona horaria del Este a la que he estado acostumbrada toda mi vida. Mis entumecidas piernas protestan mientras bajo las escaleras. El espejo de filigrana dorada del vestíbulo de Owl and Crow confirma que mis ojos lucen sin vida, como discos de masa a media cocción.

Como está claro que no volveré a Miami pronto, necesito algo en Inglaterra que sea mío. Necesito correr. Mejor dicho, *realmente* necesito correr.

Una cosa que sí metí en la maleta fue mi ropa de entrenamiento. Sobre las calzas y la camiseta de deporte, me pongo una camiseta de manga larga de secado rápido. En mi armario hay dos chaquetas para correr (las que Pilar metió en mi maleta), pero en Miami casi nunca las necesito. Tampoco las necesito aquí.

Mientras elongo las pantorrillas y los cuádriceps en el vestíbulo, veo pasar a otros madrugadores. Mi teléfono sobresale del bolsillo con cremallera de mis calzas. Llevo semanas evitando Instagram, primero por Andrés y ahora por Stef. Pero, después de tanto silencio y de extrañar mi casa, los dedos me piden que presione la pantalla, que eche un vistazo a una página que solía estar tan llena de mi vida como de la de él. ¿Andrés ya est*ará saliendo con alguien?*

Esa pregunta me intriga, pero mi juramento a Pilar hace que me enfoque en la carrera. Le juré a Pili que reduciría el *stalkeo* por Instagram. Le prometí que seguiría adelante, aunque ese parezca el último lugar al que mis pies quieren ir ahora mismo. Odio que mis promesas a mi hermana signifiquen tanto. Así que el teléfono se queda en mi bolsillo y continúo estirando los cuádriceps.

Dos niñas con coletas chillan mientras suben por la escalera delante de sus padres. El enérgico movimiento de la familia ha agitado el aire, que huele a panadería. No puedo resistirme. En lugar de salir al sendero, corro hacia el pasillo de servicio situado al otro lado del salón. El exquisito aroma se detiene en una amplia puerta con una ventana transparente.

La cocina.

Qué hermosa. Tras el umbral está oficialmente la segunda cocina más bonita que he visto en mi vida. Con solo mirar nuestra cocina en la panadería La Paloma mi sangre bombea más fuerte que ahora. En esta cocina hay filas de lámparas colgantes industriales iluminando el enorme espacio. Una gran isla de madera ocupa el centro y está cubierta de restos esparcidos de harina blanca. Mi mirada se posa sobre rodillos franceses y boles de vidrio para mezclar, recipientes y estanterías abiertas que albergan todo tipo de vajilla, utensilios y ollas de todos los tamaños. Una puerta abierta al otro lado de la habitación deja entrever una amplia despensa. Me acerco al

horno de cubierta; cuatro panes ovalados se elevan y se doran como los turistas que se broncean en Miami. Pero el *aroma*…

Puede que me hayan forzado a salir de mi ciudad, que me hayan engañado para hacer esta escapada veraniega. Y también puede que esté desesperada por volver a casa, pero *aquí* encuentro un pedacito de mí misma. Los utensilios y los ingredientes me llaman con una voz que he oído desde que era pequeña. Medir, mezclar, sazonar y cocinar a fuego lento: esas son las palabras que me pertenecen. Y por encima de todo, esta habitación cálida y llena de vida me recuerda a mi relación con Abuela. Y sin importar lo que cueste, no seré una simple huésped de Owl and Crow. Me convertiré en una de sus pasteleras.

Una puerta al exterior con mosquitero cruje al abrirse y luego se cierra de golpe.

—¿Te has perdido? —La voz a mi espalda es estridente y suena como los chillidos de los loros—. El salón está pasando el pasillo principal. Al otro lado.

Me doy la vuelta.

—Oh, lo siento. Eres esa chica, Lila. —La voz sale de una mujer blanca de unos sesenta años. Su estatura me hace fruncir el ceño, su figura está marcada por arrugas y líneas irregulares. Su rostro sin maquillaje se oculta bajo una capa gruesa de pelo gris, circular, que me recuerda al platillo volador de alguna película de bajo presupuesto.

—Sí, hola, soy Lila Reyes.

—Polly. La señora me enseñó una foto tuya. —Se dirige a lavarse las manos—. Si quieres desayunar algo más que lo que hay en tu apartamento, prepararé lo de siempre y lo acercaré al salón en breve.

Sus palabras tienen la intención de echarme.

Pero no lo lograrán. Me planto frente a ella, como si la isla de madera entre nosotras fuera una tierra rica en oro.

—En realidad —digo—, pasaré el verano aquí.

—Eso he oído.

—Mi familia tiene una panadería hace más de cuarenta años.

Polly mira un reloj digital de pared y luego el horno de cubierta.

—Creo que también lo he oído. La señora Wallace mencionó un pequeño lugar cubano.

Pequeño. Lugar. Cubano. Aprieto fuerte los labios para detener mis ardientes palabras. Por mucho que me apetezca detallar mi extenso currículum pastelero, respeto la «cocina». Y esta es la cocina de Polly. Si quiero pasar el verano entre la mantequilla, la harina y el azúcar que componen la única parte de mi corazón que queda intacta, voy a tener que cuidar mis formas. Deslizarme, no abalanzarme. Voy a tener que ser... amable.

Me acomodo la cola de caballo y sonrío.

—Señora, em, Polly, probé su pan y sus scones el otro día. —Demasiado dulces—. Y me preguntaba si podía pasar algo de tiempo aquí. ¿Tal vez pueda ayudar con las tareas de panadería?

Polly coloca su delgado brazo en la cadera.

—¿Tú, cocinando para los huéspedes? ¿Conmigo?

—¡Esa sí que es una gran idea!

Polly y yo giramos la cabeza hacia la puerta. Catalina «Cate» Mendoza Wallace es una venezolana sigilosa.

—¿De verdad? —Polly y yo decimos al unísono. Yo lo digo con un agudo entusiasmo. En cambio, Polly lo suelta como si Cate acabara de darme la última galleta del tarro.

Cate se acerca. Está vestida con un poncho de cachemira verde menta sobre unos pantalones ajustados negros. Pone la mano en el hombro de Polly.

—No dejaría tu cocina en manos de nadie que no fuera ella. Lila tiene mucha experiencia y es muy capaz. —Cate se vuelve hacia mí—. Espero que esto te ayude a sentirte más a gusto aquí. Pero estarás bajo la dirección de Polly.

Juro que oigo a la panadera sisear.

—Bueno —dice Cate, echando un vistazo al horno y luego a nuestros rostros—, tengo que asegurarme de que Gordon no llegue tarde al dentista, así que las dejo a ustedes dos para que resuelvan todas las tareas.

Polly toma una carpeta roja de un estante.

—Tengo cinco minutos para darte treinta minutos de instrucciones, de cómo nosotros hacemos las cosas.

Y ese *nosotros*, claramente significa *yo*.

—Te aseguro que puedo encargarme de cualquier receta que esté en esa carpeta. —Ya me estoy lavando las manos—. Y me las arreglaré para encontrar los utensilios y los ingredientes.

—Ya veremos. Por las mañanas, hacemos un surtido pequeño de panes y mermeladas y frutas de estación. Tengo *scones* de miel y naranja y pan blanco tostado listos para servir. Y luego ofrecemos el té a las tres y media.

Polly abre el manual rojo y señala una receta plastificada y mecanografiada. Hoy se prepara pastel de Madeira y *biscuits* de chocolate

¿*Biscuits*? ¿Galletas saladas de chocolate? Abuela me enseñó a arriesgarme con los sabores, como hacía ella. Pero algunas mezclas de sabores simplemente no combinan.

—¿*Biscuits* de chocolate? —pregunto, sintiendo que se me arruga la nariz.

—Si vas a intentar cocinar en Inglaterra, será mejor que te familiarices con nuestras recetas *básicas*.

Polly dice *básicas* como si ella ya me hubiera inscrito en su clase de panadería para niños de preescolar. Me acerca la carpeta roja para que vea la receta. La foto a todo color me dice que una *biscuit* es una galleta dulce. Ah. Ahora entiendo.

—Yo me encargo de las galletas —dice, pasando las páginas y asegurándose de que esta vez tome el libro. Luego me tiende un delantal limpio—. Supongo que puedes preparar el pastel de Madeira. ¿Puedes hacer cuatro sin problemas?

A veces el respeto justifica la educación, un poquito. Enderezo mi columna vertebral.

—Cuando tenía trece años y mis padres estaban varados en Nueva York, me encargué de un enorme pedido para la fiesta de nuestro congresista. Hice más de mil pasteles y aperitivos cubanos de un día para el otro. Incluso el periódico Miami Herald hizo un artículo sobre ello. —Veo las fuentes necesarias y las agarro—. Puedo encargarme de cuatro pasteles.

Polly lleva una pala de madera al horno.

—Hmmph. Lo sabremos cuando termines los pasteles, ¿no? —Abre la puerta de vidrio, desliza la pala debajo de los panes dorados y los traslada a la isla para que se enfríen.

Examino su receta del pastel de Madeira. Mis ojos se fijan inmediatamente en los errores. La proporción de azúcar y harina es incorrecta y... ¿margarina? La mantequilla es lo mejor para este tipo de pasteles densos. Y en segundo lugar, el aceite. ¿Pero margarina? No.

—¿Polly? —*Es su cocina. No es mi cocina, es la cocina de Polly*—. Después de ver tu receta, me preguntaba si podría hacer un bizcocho de mantequilla muy parecido. Era la receta de mi abuela.

Suelta una breve bocanada de aire.

—Ya veo. Aun así, ese pastel de Madeira es el único que hemos servido aquí. De hecho, es una receta de *mi* abuela. Como lo son todas las recetas de los *scones*.

Ah, la culpable ha sido revelada. Una abuela amante del azúcar y con un paladar sin entrenar. Hablo mirando mis zapatillas:

—Eso es realmente especial, pero...

—¡Santo cielo! Tengo demasiadas cosas que hacer como para quedarme aquí discutiendo. *Supongo* que puedes hacer el bizcocho de tu abuela. —Levanta la bandeja—. Ahora, si lo vuelves a hacer está por verse.

Dios. Encuentro algunos utensilios clave en un recipiente cilíndrico cerca del lavaplatos. Muevo el recipiente a la isla de bloques de madera, que es donde los pasteleros realmente deben cocinar, y luego me acerco al horno. El horno de cubierta de Owl and Crow es el mismo modelo que el de la panadería, al menos una cosa me resulta familiar. Me sé de memoria los ingredientes del bizcocho de Abuela, pero aun así consulto la aplicación con la receta en mi teléfono para asegurarme de que convierto correctamente las medidas para alimentar a una multitud.

Pero un iPhone en la palma de mi mano en lugar de en el bolsillo significa que Instagram está ahí, delante de mí. Quizá sea el *jet lag* o el cansancio que me produjo la conversación con Polly, pero no puedo resistirme a echar un pequeño vistazo antes de precalentar el horno.

Mi *feed* suele abrirse con una cuenta de repostería o cocina, pero hoy no fue el caso. Me recibe la brillante sonrisa de Stefanie, que posa frente a la Universidad de Ghana, con su cola de caballo rubia sobre uno de sus hombros. Tiene los brazos abiertos en señal de asombro y parece... feliz. Sin mí. Y lo peor es que tenía acceso a internet y aun así no se puso en contacto conmigo. Ni siquiera para decirme que estaba bien.

El sentimiento de decepción y arrepentimiento me lleva directamente a otro contacto que juré evitar: *Andrés Millán.* Y ahí está, sonriendo en una nueva foto de perfil junto al brillante canal de agua que hay detrás de su casa de Coral Gables. Amplío brevemente la imagen: piel bronceada, músculos delgados y pelo corto y oscuro, un corte que siempre le ha sentado mejor. Y todavía lo hace. Minimizo la imagen.

Después de una semana, no hay ninguna foto nueva, pero mirar su perfil me revuelve el estómago. Simplemente... se ha ido. Andrés borró una de mis *selfies* favoritas con él. Todavía tiene otras fotos conmigo, pero la que teníamos junto al agua en Coconut Grove en su cena de cumpleaños: ¡Puf!

¿Por qué entré a Instagram? Vuelvo a la aplicación de recetas, pero nuestra última conversación sigue resonando en mi cabeza:

No se trata de amor. Necesito descubrirme a mí mismo y saber quién soy.

Las palabras de despedida de Andrés vuelven a clavarse en mi corazón como si fueran nuevas heridas. ¿Quién es ahora? Es un chico que me está borrando poco a poco del registro fotográfico de su vida.



Veinte minutos más tarde, tengo la mezcla en el bol, multiplicada en las proporciones correctas. Pilar, la genio de la contabilidad, se da un festín con todas las matemáticas que yo evito a diario, pero en las recetas son imprescindibles para mí. Y esta receta está lista para mostrarle a la monarca de la cocina de Owl and Crow un par de cosas sobre lo que una chica de un «pequeño

lugar cubano» puede hacer. Cuatro moldes ya están engrasados y esperando para un último toque.

Se oye un fuerte estruendo mientras busco extracto de almendra en la despensa. O es una cortadora de césped mutante o una motocicleta con un motor algo resfriado. Momentos después, me asomo desde la despensa para ver a un tipo de más o menos de mi edad, salpicado de gotas de lluvia, en mi cocina... o mejor dicho, en la cocina de Polly. Sobre la encimera hay una caja blanca que antes no estaba. Ni siquiera puedo pensar en decir *hola* cuando el tipo se acerca a la isla de madera, mete un dedo en mi bol de mezcla y se lo lame.

Me propulso desde la puerta hacia donde está.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Él se sobresalta—. ¡Tu dedo! ¡Mi bol!

—Oh, lo siento.

Sí, claro. Ni siquiera una cucharadita de disculpa llena su metro ochenta y tantos mientras se apoya en la mesada. El cabello rubio, ahora con un tono oscuro teñido por un turbio charco de lluvia, se riza ligeramente sobre su corte. Lleva unos jeans desteñidos y una chaqueta de cuero marrón.

—No nos conocemos. —Se levanta de la mesada, pero, sea lo que sea que haya visto en mi cara, hace que retire la mano que me tendió—. Orion Maxwell.

No quiero saber su nombre. Quiero que, por su indiscreción, su sangre rocíe los arbustos de Spencer. Pero aun así, gruño:

—Lila Reyes. —Inclino la cabeza hacia el bol—. Y esto es para los huéspedes. ¿Era la preparación del merengue? Solo dos gotas de agua de tu dedo la arruinarían.

—¿Es para un merengue? —Hace un gesto con las cejas—. Es mi favorito.

—No, no es merengue. Pero tus manos... Has venido hasta aquí en una sucia motocicleta.

Orion asiente hacia el lavaplatos y agita los dedos en el aire.

—Me las lavé antes de probarlo. Siempre lo hago.

—¿Quieres decir que lo haces a menudo? —Hago tantos gestos como los de la protagonista de una telenovela—. ¿Vas por ahí metiendo los dedos en las mezclas de la gente cuando te apetece?

Se acerca tanto que noto unos intensos ojos azules, una pequeña línea en su barbilla y una nariz perfilada. Huele a bosque y a cuero mojado.

—Solo si me invitan a hacerlo.

—No recuerdo haberte invitado.

—Ahora me doy cuenta de eso —dice—. Y me disculpo. Es la costumbre. Polly siempre me deja probar.

Resopla dramáticamente.

—Lo creeré cuando...

—¡Orion! Aquí estás, querido. —Polly casi levita, flotando desde la puerta batiente hasta llegar al lado de Orion—. Solo quedan sobras y restos en nuestros recipientes.

Él sonríe.

—Lo siento. Hubiera venido antes, pero tuvimos un problema en la tienda. ¿Cómo está tu hermana?

¡Snap! ¡Crack! Polly es resistente. Orion la ha roto por la mitad en un abrazo y está radiante, desde las canas hasta los zuecos de cocina ortopédicos.

—Está mucho mejor, gracias. Fue solo un virus.

—Me alegra escuchar eso. —Señala la caja blanca—. Esto debería serte de ayuda. *English Breakfast, Jasmine Green* y una orden doble de *Earl Grey*, como lo pidió la señora Wallace. Y

papá puso una muestra de una nueva reserva de *Darjeeling* que descubrió. Es realmente bueno.

—Oh, tendré que probarlo más tarde —dice Polly.

—No te decepcionará. Nos vemos.

Se dirige a la puerta, arrastrando su mirada sobre mí, que estoy de pie con un delantal marfil sobre la ropa deportiva mientras sostengo una botella de extracto de almendras.

—Espera. —Polly se precipita hacia él con una pequeña bolsa de papel marrón y una amplia sonrisa—. Galletas del té de ayer.

—Gracias, intentaré que duren para el viaje de vuelta. —Huele el interior de la bolsa—. ¡Limón! Mi favorito.

Pensé que el merengue era su favorito.

Ahora no solo está pasando su mirada sino que tiene sus ojos clavados en los míos, asintiendo y dejando un rizo suelto caer sobre su frente.

—Lila.

Suelto un pequeño ruido, sin intención.

El brillo de Polly se desvanece cuando Orion cierra la puerta. Su rostro se tensa, pero dice:

—La familia de Orion tiene la mejor tienda de té de Hampshire: Maxwell's. Él es un chico encantador.

Seguro… un encanto. Vierto la mezcla en moldes para pasteles.

—Acostúmbrate a verlo por aquí. —Ella resopla mientras deja los recipientes sucios en el lavaplatos y hace ademán de devolver el bote de utensilios al lugar donde yo lo había encontrado en la mesada—. Las cosas aquí están bien. Y eso incluye los negocios que ya tenemos. Así que, al menos, intenta ser agradable. Él siempre nos entrega los pedidos a domicilio sin costo adicional.

Perfecto. Aún mejor. ¿Orion mete su dedo en mi bol y es recompensado con una Polly feliz *y* con galletas? *Agh*. Me pongo un guante a prueba de calor, abro el horno y meto los moldes. Luego cierro la puerta de un golpe.

6

Mi primera pista es el aroma. Decir que sé algunas cosas sobre repostería es quedarse corto. *Sé* cuándo he metido la pata en un pastel o una tarta. Y eso no pasa nunca. Y a la vez es ahora mismo.

Salgo corriendo por la puerta batiente y apago el horno mientras se me revuelve el estómago del miedo. El humo llena la zona baja del horno. Tengo que abrirlo. Toso, me pongo guantes y quito rápidamente los cuatro moldes mientras me envuelve una nube de humo negro, como las que suelen aparecer tras los trucos de magia fallidos o los escapes de las lámparas de los genios.

Incluso desde el jardín de la cocina, estoy segura de que Polly puede oler el humo y los huéspedes probablemente piensan que la posada está en llamas. Suelto más carraspeos e insultos mientras el aire se despeja lo suficiente como para que pueda ver los pasteles ennegrecidos convertidos en ladrillos ¿Qué pasó?

Llevo toda la vida haciendo la receta de la Abuela, usando el mismo tipo de fuentes y el mismo modelo de horno, pero... *oh.* Mi mente se da cuenta de un hecho clave que conozco desde hace años y que se me pasó por completo cuando precalenté el horno. Inglaterra cocina en grados Celsius, no en Fahrenheit. Intenté ajustar la temperatura a 350 grados Fahrenheit, lo que hizo que este horno calibrado en el Reino Unido se calentara a más de 600 grados. Lo normal para una pizza. Pero algo devastador para los pasteles.

Las pisadas de Polly entrando desde el jardín interrumpen mis pensamientos.

Aprieto el dobladillo del delantal con los dedos, preparándome para una embestida verbal que competirá con la de mis tías, o con la de Mami cuando Pilar y yo convertíamos el toque de queda en una sugerencia. El tono será el mismo, puede que hasta los movimientos acrobáticos de las manos también sean iguales. Solo variará el acento y quizá las palabras.

Resopla, se aclara la garganta y se inclina por un instante sobre mi hombro.

—Muy bien —dice tajante. Abro los ojos de golpe. Polly está en el congelador. Se gira, cargando una pirámide de pequeños pasteles—. Los tenía a mano para un momento como este —dice—. Pasteles de jengibre. Se descongelarán antes de la hora del té.

Polly los deja en una bandeja y se dirige directamente al lavaplatos, frunciendo el ceño ante la cantidad de utensilios que he amontonado.

—¡Simplemente espantoso! Aquí limpiamos a medida que cocinamos. —Señala la pila de recipientes y cucharas que estaba a punto de lavar antes de que el pastel se quemara—. A la señora Wallace no le gustará este cúmulo de cosas grasientas y desorganizadas. ¿Qué pasaría si le hiciera un tour a un huésped especial por la cocina? —Polly se dirige a la puerta batiente a pisotones y suelta su ladrido—: Confío en que te ocupes de esto inmediatamente.

Temblando, tiro los pasteles quemados a la basura.

Son basura de verdad. Dedico más tiempo a fregar las fuentes y las superficies de la cocina. Estoy furiosa.

Muy bien. Las pequeñas palabras de Polly se burlan de mí mientras me quito el delantal. Las cocinas siempre han sido el único lugar en el que podía confiar para tener un éxito garantizado, pero hoy, es el lugar de otra pérdida. No puedo pasar ni un minuto más dentro del olor a quemado que es mi fracaso. Sin embargo, ya estoy vestida para una rápida huida. Bebo media botella de agua y salgo por la puerta lateral, optando por la misma ruta que iba a seguir hace dos horas.

Al parecer, Owl and Crow queda en el barrio de St. Cross, en Winchester. Camino hacia un pintoresco sendero que bordea el río Itchen, con pasos agobiados por el *jet lag* y los grados centígrados. Jadeando, avanzo con dificultad por una calle estrecha y empapada por la lluvia que está repleta de casas de ladrillo y piedra. Una vez más, el vínculo arquitectónico es la antigüedad. Cuando la calle se bifurca, me encuentro con la ancha boca de una carretera principal. Los pensamientos se agolpan con el viento; sabía que lo harían. No es la primera vez que entrego mi frustración a las zapatillas y al sudor.

Muy bien.

La chef que hay en mí se da cuenta exactamente de lo que significa la respuesta de Polly, o la falta de ella. Los chefs incipientes a menudo se sienten presionados por sus superiores, que quieren lo mejor para ellos. Abuela me enseñó utilizando amor, pero aun así no me exigía menos. Hacer comida por la que la gente estaría feliz de hacer una fila. Si cocinaba algo mediocre, me lo decía. Entonces lo hacía mejor la próxima vez.

Ante los ojos de Polly, yo ni siquiera era digna de críticas o frases como: «te lo dije». Si lo fuera, al menos me habría preguntado cómo o por qué había puesto el horno demasiado caliente. Ella me habría recordado que los cocineros profesionales no pueden cometer errores por descuido. Pero para ella no soy alguien a quien puede tomar en serio. Soy solo una niña, probándome un gorro de chef de una caja de disfraces, jugando a ser «pastelera» en un juego de fantasía.

Hasta las cocinas me dicen que no pertenezco a este lugar.

Mi cuerpo está igual de confundido. Correr sobre suelo británico es un deporte totalmente diferente. En Miami el calor húmedo me roza la piel mientras el sol me pega en la espalda con fuertes ráfagas de luz y calor. Aquí existe otro tipo de dolor. El frío me araña la cara y se apodera de mis pulmones, penetrando mis fosas nasales. Meto las manos en los puños de la camiseta. La lluvia se ha ido, pero el viento golpea los árboles y deja caer gotas sobre mi pelo.

Entonces, el mapa me lleva a un sendero peatonal trazado en hectáreas de césped color pistacho. Spencer mencionó el río Itchen anoche entre bocados de natillas de vainilla. Aquí, me encuentro con el estrecho cauce de este famoso atractivo que serpentea hacia el centro de la ciudad. El sendero bordea el río, que está en suave movimiento. Estoy sola. Y no sé qué hacer con este silencio.

Mi vida en Miami es ruidosa. Apenas puedo hilar un pensamiento completo sin que suene de fondo una pista de piano, tambores y el perro saltarín de mi vecino. Vivo entre las risas estridentes y las burlas que se escuchan en la cocina de la panadería; olas que rompen y turistas que gritan. Mi paisaje es el estruendo y el susurro de los pájaros peleándose por las flores, el despertador cotidiano de los gallos salvajes.

Pero ahora estoy solo yo, un río, césped mojado y lo que queda de mi corazón. Mi cerebro llena el vacío, reproduciendo los ruidos de mi hogar. Grita dentro de mi cráneo que correr era lo

que Stefanie y yo siempre hacíamos juntas, cada sábado cruzando el puente de Key Biscayne. Andrés y yo paseábamos por el bullicioso Miami Riverwalk, compartiendo besos y helado de mantequilla de pecana, con mi mano metida en el bolsillo trasero de sus jeans. Mi mente recita el cálido tono de la voz de Abuela: «Mi estrellita. Es hora de hacer los tamales. Ven.» Pero no podré ir.

Ni hoy, ni nunca.

Dios, no hay dónde esconderse. De ninguna manera puedo confiarle a este país extraterrestre, con un paisaje verde y gris mármol, los últimos tres meses de mi vida. No importa lo que piensen mis padres, Miami sabe qué hacer conmigo.

Y a medida que el sendero se adentra en la ciudad, queda aún más claro lo lejos que estoy de casa. Mis pasos se hacen más lentos. Viejo... más viejo... lo más antiguo que he visto. Este lugar amerita que cambie la licra y las zapatillas por un vestido encorsetado y zapatos de salón. ¿Cuándo se construyeron estas viviendas rojas adosadas y llenas de enredaderas? Por todas partes se ven ventanas ornamentadas y emblemas con crestas. Muchas de las superficies de piedra se han desgastado hasta convertirse en ángulos agudos y llanuras ásperas; un empujón contra una pared como esa haría sangrar a cualquiera.

Avanzo por calles tan estrechas que los ciclistas se rozarían los hombros al cruzarse. Todo está aquí: cafeterías, tiendas, pequeños cafés, coches que pasan a toda velocidad por el lado equivocado de la carretera. Cuando llego a una bulliciosa calle principal, ya no estoy haciendo ejercicio, sino turismo. Además, tengo que averiguar dónde estoy.

—Lila, ¿verdad? ¿De la posada?

Docenas de calles por las que podían deambular mis Nikes, pero acabo justo delante de... Levanto la vista del teléfono y lo confirmo. Orion Maxwell está a metro y medio de mí, con las gafas de seguridad de plástico echadas hacia atrás sobre la cabeza. Se ha despojado de la chaqueta de cuero y lleva una camisa a cuadros, las mangas remangadas hasta los codos y guantes de goma azules.

—Eh, hola.

—Ahora estás en mi bol de mezcla —me dice, y cuando frunzo el ceño, añade—: Mi calle. —Cuando siento que se me arruga la nariz, sonríe y señala el cruce más cercano—. Nuestra tienda está justo ahí.

Sigo su mano hasta un escaparate revestido de paneles de madera blanca. Incluso desde aquí puedo distinguir la gran «M» escrita sobre una elegante hoja. Maxwell’s Tea Shop. Es su tienda de té.

—Si tu tienda está allí, ¿por qué estás...?

O mejor dicho, ¿*qué* es él? Una botella de spray se encuentra cerca de sus botas robustas, junto con un recipiente lleno de agua y un pequeño surtido de pinceles y esponjas.

Un gesto sombrío se dibuja en su rostro.

—La tienda de Victoria fue pintada. —Toma un pincel y apunta a lo que ahora no es más que una mancha negra y acuosa sobre una pared de ladrillo—. Tuvo que ser anoche y quería ocuparme antes de que abriera. Últimamente es algo que vemos cada vez más por aquí.

Doy un paso atrás, observando los escaparates. Los maniquíes posan con diversos atuendos. Leí en voz alta el nombre grabado en el cristal.

—*Come Around Again.* —«Ven otra vez»—. Un buen nombre para una tienda de segunda mano. Pero no es tuya, así que ¿por qué te dedicas a limpiar los grafitis?

Moja el cepillo para fregar y empieza a limpiar la pared.

—Nos cuidamos los unos a los otros. Es lo que siempre hacemos.

El calor (apenas un cuarto de cucharadita) se asienta sobre mi piel húmeda. Doy un paso a la derecha cuando Orion se aparta de la pared e intenta dar un paso a la izquierda. Me esquiva con destreza.

—Lo siento —dice y toma una esponja húmeda. Hace un movimiento circular para eliminar los restos negros del yeso.

—Me he dado cuenta de que ustedes, y con *ustedes* me refiero a los ingleses, dicen eso todo el tiempo. No dicen perdón o discúlpame. Solo lo siento, lo siento, lo siento.

—Es otra de las cosas que hacemos. —Tiene los ojos fijos en la pintura y ni siquiera me mira. Pero una de las comisuras de su boca se levanta. —¿Estás aquí de visita, supongo?

—Sí, soy de Florida. Miami. —Las palabras son como azúcar en mi lengua—. Cate es la prima de mi mamá, pero crecieron como hermanas. Y mejores amigas.

Ahora se vuelve con un simple asentimiento.

—Gordon es inglés. ¿Eres venezolana, entonces, como la señora Wallace?

Primero digo:

—Cubana. —Y luego le doy la versión de sesenta segundos de la historia de mi visita de verano y mi rol en la panadería La Paloma. Omito el desastre del horno, la Abuela y el resto de la trifecta.

Una risita baja le sacude el pecho.

—¿Y ya has conseguido infiltrarte en la cocina de Polly? Estoy impresionado. ¿Cómo lo has conseguido?

—Es lo que *yo* hago.

Esboza una sonrisa. Sus labios carnosos sumados a unos dientes relucientes y unas mejillas con hoyuelos culminan en el tipo de sonrisa que resulta peligrosa. Para algunas chicas. No para mí. Obviamente.

—Antes parecías perdida —dice.

—Oh, estaba decidiendo si volver a Owl and Crow o ir a una tienda de discos antiguos que Gordon mencionó.

—Farley's —dice—. La posada está subiendo derecho por Kingsgate o St. Cross, a unos veinte minutos andando o tan rápido como puedas correr. —Inclina la cabeza hacia la dirección opuesta por la que yo había llegado—. Farley's está a unas calles hacia allí. ¿Te gustan los vinilos clásicos?

—A mi hermana sí. —Me acomodo el pelo bajo la diadema—. Aunque ella ayudó a mis padres a planear estas «vacaciones de ensueño» de tres meses, así que no estoy segura de que sea digna de recibir *souvenirs*.

Parece realmente dolido.

—¿Qué tiene de malo Inglaterra? ¿O estás en contra de Winchester en particular?

Suelto un fuerte suspiro.

—No es Miami.

—Y no. Pero tal y como yo lo veo, que lleves aquí tanto tiempo en contra de tu voluntad se debe a una de estas cuatro razones… —Orion tira un balde lleno de agua sobre la pared. La pintura ha desaparecido—. Corrección, que sean tres razones. El número cuatro se considera de mala suerte en China.

—¡Claro! Porque Inglaterra y China son iguales.

—Hay que ser precavido. —Se quita los guantes—. Entonces, las razones: uno, un problema

con tu pasaporte. Dos, un problema familiar. Tres, algo que tiene que ver con tu madre y Cate requiriendo tus cuidados.

—Más que nada la segunda.

—Los problemas familiares son complicados. ¿Tu familia espera que Winchester te ayude?

El azul cielo de sus ojos se encuentra directo con el marrón chocolate de los míos.

Oh, no. No ahora, no con este chico.

—Haces muchas preguntas.

Orion tira los guantes y las gafas en el balde vacío.

—Lo siento.



Mi carrera terminó hace horas. Pero a las once y media mi mente sigue despierta, corriendo para seguir el ritmo de cómo se ve mi nueva vida.

Con un pesado suspiro, tomo el amuleto que nunca me quito. Pilar usa un collar idéntico. Hace cuatro años, la Abuela nos los regaló cuando hicimos una de nuestras comidas típicas de los domingos: tamales.

El colgante es solo el contorno de una pequeña paloma, una réplica dorada del logotipo de la panadería La Paloma. En la oscura soledad, cierro los ojos e inhalo el recuerdo de Abuela abrochándome la cadena al cuello. Tenía las manos suaves y arrugadas, con olor a masa, ajo y relleno de cerdo especiado.

—Un regalito. —Nos había dicho a mí, de trece años, y a Pilar, de diecisiete—. Lo que hiciste el mes pasado para el congresista Millan honró a nuestra familia y a nuestro negocio. Tu padre tiene que contratar a otro empleado porque estamos muy ocupados gracias a tanta publicidad. —La sonrisa de Abuela mostraba unos dientes blancos e impolutos.

Pilar asintió.

—El mes con más dólares en la historia de La Paloma.

Todo porque no le había hecho caso a Papi cuando me llamó mientras estaba varado con Mami y Abuela en una tormenta de nieve en Nueva York. Se suponía que debía cancelar el enorme pedido de cáterin para el padre de Andrés. Pero no iba a dejar escapar aquel prestigioso trabajo y Pilar no tuvo más remedio que seguir mi insensata ambición. Me hice cargo del trabajo, contraté empleados y trabajé toda la noche para preparar un camión lleno de aperitivos cubanos. Y había triunfado, al punto de haber llamado la atención de los periodistas. Durante años seguiría triunfando, asegurándome un puesto como futura copropietaria y haciendo realidad mi mayor sueño.

Pero esta mañana había fracasado y perdido. Abuela me había enseñado a alimentar a mi ciudad, compartiendo lo que mejor sabíamos hacer. No era yo la que estaba en la cocina de Owl and Crow con los pasteles quemados. Me levanto y bajo a darle lo mejor de mí a la posada.

Una hora más tarde, el glaseado de naranja y almendra hirviendo a fuego lento se mezcla con el aroma de la mantequilla caliente y el azúcar, llenando la cocina de la posada. Yo también la ocupo, con el delantal de Abuela sobre el pijama.

Con un hervor rápido, mi pequeña olla de glaseado burbujea. La retiro del fuego y la muevo mientras Cate se asoma por la puerta.

—Oh, hola. Espero no haberte despertado —le digo avergonzada.

—No lo hiciste. —Bosteza y se ajusta la mullida bata—. Necesitaba mis pastillas para el dolor y me di cuenta de que las había dejado en la oficina. Pero tenía que asegurarme de que ningún fantasma culinario rondaba en nuestra cocina.

—Lo siento. —Ahora estoy empezando a sonar como Orion.

—Entonces, ¿qué hay en el menú para esta noche? —Se mueve hacia el horno, asomándose por la puerta de vidrio. Mis pasteles están casi listos—. Lila. Los pasteles de jengibre de Polly estaban bien y ella pensará en algo más para mañana, o supongo que para hoy. Cometiste un simple error. Nada por lo que tuvieras que quedarte despierta.

—Yo no cometo errores en la cocina de mi panadería —le digo mirando hacia la olla con el glaseado enfriándose. Pero la verdad es que, si no hubiera estado mirando el Instagram de Andrés, no me habría distraído y olvidado todo el sistema métrico. Odio que Pilar tuviera razón. Odio que cualquier parte de mi metida de pata se debiera a un chico.

—Sé lo que puedes hacer —dice Cate—. Gran parte de West Miami lo sabe. No te llaman *Estrellita* por nada. Pero incluso las pequeñas estrellas necesitan dormir.

Tomo una brocha de silicona. Cate sacude la cabeza.

—No deberías quedarte hasta tarde cocinando para levantarte temprano a hornear con Polly. No es bueno para ti. Soy la responsable de mantenerte sana y salva.

—Sí, lo sé. La responsable de devolverme a Miami mejor que nunca —murmuro. La cara de preocupación de Cate suaviza mi sarcasmo—. Te prometo que esta es mi última excursión a la cocina a medianoche.

—Ah, ¿tal como prometiste ir a ver al padre Morales, pero cancelaste a espaldas de tus padres?

Por supuesto que Mami se lo dijo. Y tiene razón; cancelé mi cita con nuestro cura y mis padres estaban furiosos. Entiendo cómo el asesoramiento o la terapia pueden ayudar a la gente, pero yo decidiré con quién hablo y cuándo. No pude evitar que Stefanie subiera a un avión rumbo a Ghana, ni retroceder el discurso de despedida de Andrés o... Abuela. No podía cambiar la mano de Dios, pero podía tener control sobre mis palabras, mi corazón y mi dolor.

El horno suena. Tomo unas agarraderas y muevo los pasteles a la isla de madera. El bizcocho de Abuela hecho a la perfección.

—Me iré a la cama cuando los tenga glaseados y listos para que Polly los encuentre cuando llegue. Te lo prometo.

Cate se inclina sobre los pasteles.

—Así que esto se trata de Polly.

No. Sí.

—Apenas dijo dos palabras después de... lo de antes. Piensa que soy un desastre en la cocina.

—Eso no es verdad. Polly lleva quince años trabajando aquí y tiene su rutina. Entiendo que quieras redimirte, pero no te hará bien seguir con esto —dice Cate. Sin embargo, cuando no respondo, suspira—. Me aseguraré de que vuelvas a la cama dentro de una hora. Y esa es *mi* promesa.

Y vuelvo a estar sola.

¿Redimirme? ¿Es eso lo que estaba intentando hacer? ¿O solo intentaba arreglar lo único que se había desmoronado y quemado en mi vida y que estaba segura de poder arreglar?

Minutos más tarde, los pasteles están glaseados, emplatados y registrados a la perfección en mis propias fotos de Instagram. Minutos después de eso, estoy en las escaleras del apartamento privado.

Cate me dejó encendida una tenue luz en el pasillo. En mi puerta noto algo aprisionado contra la moldura del zócalo. Debo de haberlo pasado por alto al bajar las escaleras. Miro el dibujo enmarcado de la casa de Coral Gables. Tomo el marco y la nota que lleva adjunta y la leo mientras entro.

He pensado que te gustaría tener esto en tu habitación para que te recuerde a tu hogar. Ni se te ocurra llevártelo. Solo es un préstamo mientras estés aquí. —Gordon

Niego y apoyo el dibujo en la mesa de noche; me encontraré con el estuco color melocotón y el techo de tejas cada vez que me despierte. Luego de frotarme las manos rápidamente, saco una de debajo de las sábanas de marfil para tocar la diminuta puerta de entrada blanca tras el vidrio del marco. De pequeña nunca tuve una casa de muñecas. Jugaba con cucharas de madera y ruidosos recipientes. Pero aquí me imagino la casa de mis sueños antes de cerrar los ojos. Primero meto por la puerta a Stefanie, del tamaño de una muñeca, y la visto con la camiseta de la Universidad de Miami. Luego viene Andrés, con las piernas dobladas para sentarse, bebiendo lima y Coca-Cola en el porche que Gordon ha dibujado tan meticulosamente. A continuación, vienen Pilar y yo en miniatura, planeando nuestra dominación del mundo como lo hacen los negocios familiares: un pastel a la vez. No puedo olvidarme de Mami y Papi, acurrucados en el sofá viendo su programa de televisión favorito: *Family Style*. Y por último, ubico a Abuela. A ella la pongo en la cocina, donde hicimos tamales y otros cien platos. Coloco sus pies junto al lavaplatos, justo donde la encontré hace tres meses. La pongo de pie. En esta casita color melocotón, está mi corazón.

7

Luego de tres cenas, y tras el pollo asado de Spencer —que es delicioso— y una ración de las divagaciones de Gordon sobre la construcción de casas en Winchester, que arruinan el amado ambiente medieval de su ciudad —aburrido—, me encierro en mi habitación. El reloj marca las primeras horas de la tarde en Miami; Pilar ya debe haber terminado sus clases de verano en la Universidad Internacional de Florida.

La cara de mi hermana se materializa en mi FaceTime. Una vez más, está en la oficina trasera de La Paloma, que ahora parece más su espacio que el de Papi. Al igual que la cocina se vuelve más mía cada día, incluso cuando estoy a seis mil kilómetros de distancia. Mami y Papi están dejando ir las riendas de La Paloma, poco a poco, trasladando sus esfuerzos a la búsqueda de una nueva propiedad para poner una pastelería. En menos de un año, todas las responsabilidades de gestión recaerán en Pilar y en mí, y estoy ansiosa por empezar. Tras un rápido saludo tengo que decir:

—Llévame adentro.

Pilar sabe lo que *adentro* significa.

—Pero tú...

—Solo hazlo, ¿ok?

La mirada de *es un poco tu culpa que yo esté aquí y lo eche tanto de menos* debe evidenciarse en mi rostro porque ella resopla y pasea su portátil por el pasillo trasero.

—Después de diez días, la pintura es la misma y el suelo también.

—Cállate, Pili.

En mi recorrido panorámico, observo los sacos de harina y azúcar al por mayor apilados en el almacén. Más cerca de la cocina, los carros con bandejas esperan en fila. Ahora pasa por las luces fluorescentes, la enorme zona de lavaplatos metálicos y los espacios de trabajo cubiertos de harina.

—¡A ver! Saluden a Lila en Inglaterra —exclama Pilar. Escucho mi apodo entre la banda sonora de jazz afrocubano de la trastienda: *Estrellita*. Javi, Marta y Joe se abalanzan sobre la pantalla y me lanzan besos.

Se los devuelvo, con la emoción atravesándome la garganta. También me entero de que mis padres están haciendo un gran cáterin.

—¿Angelina está por ahí?

—Está en su descanso. —Pili acerca el portátil a una rejilla para enfriar repleta de bandejas de empanadas. Angelina se encarga de ellas—. Está haciendo bien tu trabajo. Más que bien.

—Espera. Acércame. —Me inclino hacia el teléfono—. Le dije a Angelina que se tomara su tiempo con la capa de huevo y no la echara como si fuera arte abstracto. Ni siquiera llega a los bordes la mitad de las veces. ¿Crees que alguna vez nos nominarán para *Family Style* con comida

como esta? —Nuestro sueño era aparecer en el popular programa de *Food Network* que muestra negocios de comida familiares. Pero no ocurriría con productos tan desprolijos—. Marta debería haberse dado cuenta de eso.

Pilar vuelve a direccionar la pantalla justo a tiempo para que capte su mirada.

—Probé una hace quince minutos. Estaba deliciosa —dice.

—¡Pili! Dile algo. La cocina de La Paloma tiene sus normas.

—Oh, no. No es mi territorio. Le diré a Javi que se encargue o algo por el estilo.

Me desplomo sobre mi cama con dosel.

—¿Pero me estás diciendo la verdad? ¿El sabor estaba en su punto y la textura también?

—Sí, hermana. Ahora, dime que al menos has salido por el pueblo.

—Estuve... corriendo.

—Lila... —Pili alarga mi nombre, largo y quejoso: *Liiiiila*—. ¿Crees que evitar Winchester mágicamente cambiará todo y hará que vuelvas antes a Miami? ¿Ese es tu plan?

Agh. Podría estrangular a mi hermana porque tiene razón. Mi cara se lo dice. Pero entonces se me contrae la barbilla y los ojos se me llenan de lágrimas. Deseo deslizarme a su lado en nuestro sofá, nuestro lugar para hablar a altas horas de la noche, con nuestros hombros pegados, y comer bocadillos que probablemente he preparado yo.

Pilar se tapa la cara con ambas manos.

—Te diría que salieras, hicieras amigos o lo que fuera por *mí*. O si realmente quisiera ser mala, tal vez incluso por Abuela. Pero no lo harás. Tienes que querer hacerlo por ti.

Se refiere a que yo quiera seguir adelante, avanzar, continuar. Demasiados sinónimos. Desvío la mirada un instante.

—Si te preguntan, lo estoy pasando de maravilla aquí, ¿de acuerdo? Unas vacaciones de ensueño.

Ella frunce el ceño.

—Tu falso y brillante Instagram es una cosa. Lleno de fotos de pasteles y de las hermosas vistas por la ventana. Pero yo no mentiré por ti.

Quería que los padres de Andrés y Stefanie vieran lo mejor de mí.

—Considéralo más como *marketing* creativo del que tú eres experta.

Se limita a negar con la cabeza.

—Pili —digo detenidamente—. Las empanadas de Angelina estaban buenas, pero no tanto como las mías, ¿no?

Pilar vuelve al despacho que pronto será oficialmente suyo. Tuerce los labios pintados de color rubí hacia dentro.

—Nada es tan bueno como tú y yo.

Hemos colgado, pero aún tengo los ojos húmedos cuando tomo el control remoto del televisor. Un sonido atenuado llena mi habitación, pero no he pulsado ningún botón. Oigo el sonido débil de voces, unas voces alegres y risueñas. Tampoco viene de la habitación de Gordon. Por la ventana lateral veo un pequeño grupo de personas merodeando por el patio de la iglesia adyacente.

La ventana emite un espantoso chillido, como el de una *banshee*, cuando abro los paneles. Las voces se detienen y todas las miradas se posan en mí. Como no podía ser de otra manera, Orion Maxwell inclina la cabeza hacia el lado del patio que da a la posada.

—Lila de Florida —me llama mientras sus hermanos, amigos o miembros de la secta del té observan.

Le hago un pequeño gesto cortés con la mano.

—Si cambias esa ventana por un balcón, pasarías por Julieta —dice. La melodía de su acento es cálida en contraste con el cielo negro y frío.

¿Julieta? Únicamente si, en secreto, Shakespeare hubiera querido representar a la amante de Romeo con un despeinado moño y vestida con una camiseta negra y unos jeans *boyfriend*.

—Buenas noches, Orion, y copias de Orion...

—Ven con nosotros.

Echo un vistazo fugaz a mi habitación, iluminada con luz tenue. Tengo tanto que hacer. Ver un par de episodios de *Family Style*, hacerme una mascarilla hidratante e intentar dormir como lo hacía antes en West Dade.

—Yo... em...

Mi hermana ha desaparecido de mi pantalla, pero sigo viendo su cara, puedo sentir la cálida sonrisa que enviaría a través del océano si le dijera que no solo salí a la calle, sino que hablé con adolescentes de verdad.

—Bajar es lo que más te conviene. —Los demás han vuelto a sus conversaciones, pero Orion se separa, dando un paso hacia la pared—. He estado en la habitación de invitados de los Wallace. La cama apunta al norte y no puedo ni empezar a decirte la clase de problemas que eso supone.

Se acabó, me estoy riendo. No puedo evitarlo. La Lila que se ríe ha estado fuera de temporada desde marzo y apenas he podido encontrarla. Pero aquí, bajo una luna amarilla, mi risa brota ancha y frondosa.

Quedarme o salir: ese es mi dilema. Y está bajo mis condiciones. Nadie intenta obligarme a dar más de lo que estoy dispuesta a dar. Y esta noche tampoco me mentiré a mí misma. Esa brillante oleada de risa me sentó de maravilla. Extiendo mis manos, cediendo.

Orion sonríe.

Casi choco con Gordon en el pasillo. Él levanta la vista de su teléfono.

—Lo siento. —Otro que abusa de esa palabra—. Iba a encontrarme con unos amigos.

—Yo también, en realidad. —Para cuando llegamos al segundo piso, ya he puesto a Gordon al corriente de mi escasa historia con Orion y su invitación.

—¿Te contó lo de la cama orientada al norte, entonces? —Suelta una carcajada—. Es un chico muy gracioso. Le gustan las supersticiones, recuerda muchas de ellas.

«El número cuatro se considera de mala suerte en China». Ahora tiene sentido.

—Interesante —digo, siguiéndolo hasta el vestíbulo.

Elegimos salir por la puerta lateral de la cocina porque está más cerca del patio. Las tenues luces fluorescentes están siempre encendidas y esta noche, el tazón de fresas del mercado de agricultores de Polly espera a que ella, o yo, hagamos una compota para las galletas de mantequilla rellenas de mañana por la mañana. Han pasado tres días desde que cociné a medianoche, arreglando mi épico fracaso de pastel. Y otros tantos días desde que Polly tuvo que admitir que el pastel que volví a hacer estaba más que bueno y que yo merecía un lugar en su cocina.

Solo me puso una condición:

—Haremos las recetas de mi carpeta. Y solo esas recetas —dijo Polly. Si quería seguir usando harina y azúcar, tenía que obedecer. Pero Lila Reyes, de Miami, no se quedaba sin ideas. Ni sin trucos.

Esta noche, cruzo con Gordon el terreno lateral de Owl and Crow. Una placa de madera

designa el edificio de piedra vecino como una de las tantas parroquias de la Iglesia de Inglaterra. No hay nada que diga que un grupo de adolescentes no puede pasar el rato en su patio amurallado fuera del horario de atención.

Orion le da una palmada en el hombro a Gordon y señala una de las mangas de mi camiseta

—Puede que quieras volver arriba por un *jumper*.

—¿Un qué?

—Lo siento, un suéter.

Se ve que en Inglaterra los suéteres se llaman *jumpers*.

—Estoy bien —le digo. La verdad es que tengo los dedos de los pies como témpanos congelados dentro de las sandalias y el vello de los brazos de punta. Pero no iré. Sigo canalizando mentalmente las noches de verano de Miami. El pavimento cálido bajo los pies descalzos y la dulce brisa aún pesada por el calor del día.

Orion se encoge de hombros.

—Como quieras. —Se da la vuelta y les dice a los otros tres—: Ella es Lila. Es de Miami y pasará el verano en el *Crow*. Después de casi dos semanas compartiendo baño con Gordon, es probable que conozca bien su uso excesivo de colonia.

A unos metros de distancia, Gordon envía mensajes de texto con una mano y con la otra le muestra el dedo del medio a Orion.

Los amigos están separados como los puntos de un triángulo. Inmediatamente, un chico de tez oscura que mide una cabeza más que Orion se acerca y acapara mi visión. Me tiende una mano.

—Remy.

—Lila.

La sonrisa de Remy viene acompañada de una enorme y jovial amabilidad. Luce un traje escocés con mangas arremangadas, unos jeans ajustados y unas zapatillas deportivas de estilo europeo.

—Un momento. Yo la he visto en la ventana. —La voz nasal procede de una banca de madera. En ella, hay una chica recostada y sus piernas, vestidas por unos jeans negros, cuelgan del respaldo, dejando caer unas Converse fucsias de caña alta—. Ya casi lo tengo. —La chica del banco, que tiene un cuerpo curvilíneo, viste un top elástico gris y un chaleco de flecos de gamuza, adornado con un enorme collar turquesa. Yo nunca podría lucir ese atuendo, pero a ella le queda de maravilla y contrasta con su piel pálida como el marfil y su pelo rubio blanquecino.

Cierra el cuaderno púrpura que sostiene y se levanta en una maniobra de un solo movimiento.

—Lo siento. Tengo que plasmar mis ideas o es como si nunca hubieran existido —dice y pasa las páginas—. Soy Jules, no Juliana.

El rápido trabajo de Orion para ponerme al día me revela que ella y Remy son pareja, que la familia de Remy es dueña del mejor pub de la ciudad y que Jules es compositora.

Orion añade:

—Una cosa, cuidado con lo que dices porque podría aparecer en una de las letras de sus canciones.

—No está exagerando —dice Remy.

Siento un leve pellizco de temor que me sorprende. Intento disimularlo con una rápida sonrisa.

—Lo tendré en cuenta.

—No importa lo que pase, no puede superar que confundiera el bol de mezcla de Lila con el de Polly y le diera una probada —dice Orion, tomándose unos segundos para detallar toda la

historia, agitando él solo su propia bandera de la vergüenza. No sé si esta honestidad llena de modestia y autocrítica es algo británico o algo propio de Orion Maxwell.

Cuando termina la historia, Remy le da un codazo a una risueña Jules.

—¿Crees que puedes convertir el momento de gloria de Ri en una canción?

—Creo que de alguna manera se lo debo a la música en sí, no puedo dejar pasar un error así —dice Jules.

—Sí —digo entre risitas—. Mi abuela te habría perseguido con su sandalia de goma, preguntando qué clase de modales te enseñó tu madre.

Antes siquiera de poder cerrar la boca, me doy cuenta de que mis palabras han causado un efecto. Orion aparta la cabeza, asintiendo lentamente. Remy ha sacado su teléfono, pero está tan dado vuelta como la postura de Jules cuando la conocí. La compositora estudia de nuevo su cuaderno de letras de canciones.

¿Qué hice?

Fue culpa mía. Sé que sí, pero no sé *qué* hice exactamente.

Después de lo que parecen siglos, Jules interviene:

—Entonces, ¿eres de Miami? Hace unos años, mis padres me llevaron a Los Ángeles en julio. Ya sabes, las típicas vacaciones. El Paseo de la fama de Hollywood, Beverly Hills. Había una ola de calor y mi maquillaje no paraba de gotear. Quería parecer una roquera británica distante, pero terminé luciendo como una chica de Hampshire con cara de zorrillo y axilas sudorosas que toma West Beverly.

Acabo de conocerla, pero me entran unas ganas repentinas de hornearle a *Jules-no-Juliana* galletas de agradecimiento y pastelitos que digan «me has salvado el culo».

Remy sonríe; la sonrisa ocupa toda su maldita cara. Orion se acerca, los rasgos almidonados y planchados, las arrugas incómodas convertidas en un recuerdo.

Me doy cuenta de que estoy jugueteando con los dedos. Mis palabras hacen a un lado mi propia curiosidad y la incomodidad de todos.

—Miami en verano es como meter Los Ángeles en un tanque de alquitrán hirviendo y cubrirlo con una sauna de vapor y lluvia caliente. Pero Gordon puede contártelo, él ha...

Pero Gordon se ha movido hacia el ancho borde de la estatua de una fuente inactiva, que probablemente sea un santo, que está en el centro del patio. A su lado, una chica que parece un par de años más joven que el resto de los amigos de Orion está conversando con él.

—En fin, ¿por qué pasan el rato aquí?

—Todos vivimos cerca y los terrenos del *Crow* están prohibidos para los que no sean huéspedes —dice Orion—. La mayor parte del año hace demasiado frío para estar fuera por la noche. — Se encoge de hombros —. El verano en Winchester es corto. Aquí nos ponemos al día y disfrutamos de nuestra pequeña temporada de clima agradable mientras la tenemos.

—Esta no es mi definición de clima agradable. —El viento frío de la noche se precipita sobre el pavimento empapado por la lluvia del chaparrón que cayó temprano y me golpea. Apenas siento los dedos de los pies.

La mirada de Orion recorre mi atuendo de arriba abajo.

—¿Así es como la señora Wallace te dijo que empacaras para Inglaterra?

Gruño.

—Más bien como me dije a mí misma que debía empacar para Inglaterra.

—Bueno. — Se quita un cárdigan gris con cuello ancho y grandes botones. Fuera de su cuerpo, parece algo que podría elegir un abuelo británico. Pero en Orion, parecía como si hubiera

sido imaginado y hecho a mano solo para él. Casual, moderno y perfectamente ajustado a su larguirucho cuerpo. Me lo tiende con timidez—. Ver cómo castañeas los dientes y se te ponen los pelos de punta me ha dado aún más frío. Así que, que lo uses mientras estás aquí me beneficiaría tanto a mí como a ti.

¡Ponte un suéter, que te vas a resfriar!

Duele más por la noche. Y por la mañana, cuando estoy cubriendo la masa con paños húmedos para que leude. En realidad, duele todo el tiempo.

Aun así, mis extremidades me traicionan. Necesitan más calor del que he podido darles últimamente. El cárdigan ya está en mis brazos extendidos. Una sonrisa se dibuja en la cara de Orion y, *Dios*, la lana es tan suave. Al principio me la pongo sobre los hombros, pero luego mis brazos tienen que pasar por un túnel profundo y largo, doblando los largos puños sobre mis dedos como si fueran manoplas.

—Gracias.

Todos miramos a Jules que está garabateando en su cuaderno.

—¿De verdad? ¿Eso inspiró unas líneas? ¿Un cárdigan y una chica de Florida con frío? —dice Orion

—No te preocupes por lo que hago. —Jules escribe un poco más—. De todas formas, la caballerosidad está lejos de haber muerto. —Todo su rostro se ilumina—. La caballerosidad. ¡Ja! Eso me recuerda lo del domingo. —Le da un codazo a Remy e inclina la barbilla hacia Orion.

—Bien —le dice Remy a Orion—. Mi padre tiene todo listo para esa cosa que necesitas para esa persona en tu casa.

Jules se golpea la frente con la base de la mano.

—¡No seas idiota! ¿Qué hay de malo en decir que Orion está «entreteniendo» —usa comillas aéreas reales— a una chica y que el padre de Remy accedió a darle una buena comida que pueda calentar?

—Es una buena segunda cita —dice Remy—. Algo pensado. Y ya has ido al cine.

Pensé que el incidente del bol de mezcla era un buen punto de referencia sobre lo mucho que Orion podía sonrojarse. Pero solo era un adelanto. Una mancha roja del color de un ponche de frutas, y más fuerte que la música de Gordon, se esparce desde las mejillas de Orion hasta el área del pecho expuesta bajo su cuello.

—¿Serían tan amables de cerrar...?

Un movimiento de la chica de la fuente, que se dirige hacia la puerta principal, corta el resto del pensamiento de Orion. Su cuerpo de hada se eleva en una bonita capa de rizos rubios.

—Espera, Flora —dice Orion—. No has conocido a Lila.

Flora pone los ojos en blanco y levanta el teléfono.

—Tienes treinta segundos.

Sus palabras cortan como un cuchillo de carnicero. Se acerca dando fuertes pisadas sobre unas *Doc Martens* negras y unos jeans grises ceñidos.

—Lila, ella es mi hermana, Flora.

Ah, hermana. De cerca se parecen, comparten los mismos rizos y una piel clara color melocotón. También los ojos azul océano, aunque los de Flora contienen una tormenta.

—Encantada de conocerte —le digo.

Me levanta la barbilla.

—Sí. Disfruta de Inglaterra —dice, y luego le dice a su hermano—: Tengo que irme.

—¿A dónde dijiste que te ibas? —pregunta Orion.

—No te lo dije.

Orion mira a la izquierda y luego a la derecha antes de tirar suavemente a Flora por el codo. A unos metros, oigo frases como: «Las reglas no cambian solo porque papá esté de viaje». Se oyen susurros bajos y miradas obstinadas.

Los otros tres se han movido a la banca de Jules. Gordon y Remy estudian la pantalla del teléfono de Gordon mientras Jules escribe con la cabeza en el regazo de Remy y las rodillas enganchadas en el reposabrazos de madera, con los pies balanceándose.

Me siento sola en el borde de la fuente, con el frío de la superficie de piedra traspasando mis jeans, hasta que Orion hace que mi grupo de uno sea de dos. Se sienta, las manos entrelazadas sobre su regazo.

—Tiene quince años y odia que los cuatro años que le llevo me hagan responsable de ella cuando papá no está.

—¿Viaja mucho?

—Por la tienda. Hace un par de viajes largos al año a lugares remotos del mundo, tratando de descubrir las últimas mezclas o cultivos. Ahora está en China.

¿Y qué hay de su madre? Ella debe tener mucho que ver con la reacción de todos ante mi involuntaria metedura de pata. Sin embargo, no siento que me corresponda preguntar. No me corresponde en absoluto. Mi mente se desvía hacia lo que sé y se me ocurren ideas.

—Yo también podría ayudar. Con la noche del domingo y tu... —Mi cara se arruga.

—Se llama Charlotte. —Un pequeño revoleo de ojos seguido de una sonrisa—. No es un gran secreto y mis amigos son ridículos.

—¿Vive por aquí?

—No, pero cerca. En un pueblo vecino. A su familia le gusta el té de nuestra tienda.

—Parece que le gusta algo más que el té.

La cara de Orion desprende picardía y un ápice de inquietud. Sus ojos azules se clavan en algo amorfo y distante, que no está amurallado dentro de este pequeño patio.

—¿Qué decías sobre tu proposición?

Aprieto su cárdigan contra mi pecho, hundiendo la nariz en el aroma a savia de los árboles y restos de colonia especiada.

—Sí, claro. Una cena impresionante...

—Té. Eso es la cena aquí. Significa una invitación a comer, en contraste con a invitar a alguien a tomar una *taza* de té.

Ugh, Inglaterra.

—Un *té* impresionante merece un postre impresionante.

—*Pudding.*

Le dedico una mirada.

—No, pudín no. Lo que intentaba decir es que puedo hacer una tarta o pastel para tu cita en la cocina del *Crow*.

—Primero, no es necesario que te tomes tantas molestias. Y segundo, el postre por aquí se llama *pudding*. Lo que hace aún más confuso, supongo, que varios *puddings* también se sirvan como... *pudding*.

Oh, me va a explotar la cabeza. No es *jet lag* esta vez. Es Inglaterra, todo el tiempo.

—¡Ves, me vendría bien tomarme las molestias! Créeme cuando digo que no tengo nada mejor que hacer. Y también créeme cuando digo que mis *puddings* son realmente increíbles.

Orion sonríe.

—De acuerdo, acepto. Gracias. —Abre y cierra la boca, inquieto, moviendo la cabeza de un ángulo a otro—. Yo también tengo una propuesta. —Le hago un gesto para que continúe—. Bueno… como eres nueva aquí, quizá necesites que alguien te enseñe un poco el lugar. Y yo he vivido aquí toda mi vida. —Hace un gesto con el pulgar hacia sus amigos—. Ellos también y sus exámenes terminan pronto. Así que podríamos, em... todos podríamos... mmm, hacer eso. Mostrarte los alrededores, quiero decir.

Mi radar cubano emite un pitido. Espérate... algo no está bien. Los dedos de Orion se deslizan por un lado de sus jeans y sus ojos revolotean como un ciervo esquivando los pasos de un cazador.

—De acuerdo, muéstrame el lugar. ¿Estás seguro de que esto es idea tuya?

Sus zapatillas deben ser interesantes porque las está estudiando atentamente.

—Bueno, quiero decir, creo que sería útil...

Suelto una carcajada.

—Ella te ha convencido, ¿verdad? —Él se levanta bruscamente.

—¿Qué?

—Tu propuesta dice «madre latina» por todos lados y está escrita en papel y tinta latinos. Fue idea de Cate, ¿no? ¿Qué hizo? ¿Entró en tu tienda de té o se topó contigo en el mercado de agricultores? —Cuando tuerce la barbilla, tengo suficiente confirmación para seguir adelante—. ¡Lo sabía!

Orion me extiende la palma de la mano.

—Lila, lo siento muchísimo. —Sacude la cabeza—. En realidad, no es tan, no sé, conspirativo como suena. La señora Wallace mencionó tu visita al pasar. Y todo siguió desde ahí.

Seguro que sí. Ella, eligiendo lo que necesito en lugar de dejarme elegir lo que yo necesito (algo sacado directamente del manual de maternidad de Mami) a pesar de llevar veinte años en Inglaterra. Me asalta otro pensamiento que me hace querer esconderme detrás de la estatua de la fuente. Miro hacia la ventana del tercer piso. Julieta, una mierda.

—Supongo que te lo he puesto fácil.

Resopla, agitando las manos como un árbitro.

—No. —Se encoge—. Mierda, sé cómo se ve, pero la señora Wallace no tuvo nada que ver con que te llamara para que vinieras con nosotros esta noche. —Levanto las cejas—. Te lo prometo. Eso fue un impulso del momento. —Se tranquiliza—. Soy muchas cosas, pero no soy un mentiroso.

Asiento con resignación. No hay nada que me haga dudar de su sinceridad. Es tan cálida como su cárdigan. Y no es culpa suya haber sido atrapado por una venezolana bienintencionada, pero entrometida.

Aun así, yo decido cómo serán mis días y mis noches aquí.

—Sobre el plan de Cate, estamos bien. Esto no tiene nada que ver contigo o tus amigos. Ellos parecen buena gente. Pero sobre cumplir una propuesta de la madre de tu amigo, no te preocupes. Sé leer un mapa. Encontraré los lugares a los que quiero ir.

El aire se le escapa del pecho.

—Me parece justo. Pero no necesitas invitación para quedarte con nosotros aquí. Ni en ningún sitio.

—Está bien.

Nos unimos a los demás y tengo que admitir que no me lo paso tan mal.

Un tiempo después, me separo de las risas y de la petaca de plata que Gordon pasa de mano

en mano, para dirigirme arriba. Me saco el cárdigan de Orion, sintiendo el cambio de temperatura, sin duda *no son los grados centígrados de Miami*. Pienso en cómo congelamos los alimentos para utilizarlos más tarde, para conservarlos y que no se pudran. Tal vez esto es lo que mi familia quería. Congelar un corazón de estrellita roto, un cuerpo demasiado dolorido, mientras se cura.

8

Pedaleo dos manzanas hacia el pueblo en una de las bicicletas de paseo verdes de Owl and Crow antes de darme por vencida y dar media vuelta, con la cara desencajada. Aún no me he puesto ninguno de los suéteres de Pilar. Y ni siquiera reconozco la chaqueta negra de abrigo que traslado de mi armario a mi cuerpo helado. ¡Carajo! Me niego a discutir esto conmigo misma.

Como Polly se toma los domingos libres después de hornear comida extra los sábados tanto para la mañana como para la hora del té, he salido a correr antes, durante el tiempo que usualmente se cocina. Y ahora ando en bicicleta durante el tiempo en el que usualmente salgo a correr. Las calles de St. Cross están húmedas y dormidas; coros de ladridos de perros y el repique de las campanas de la iglesia intervienen en mi camino. El aire golpea mi rostro, limpio y suave, y en unos minutos llego al centro de la ciudad y sujeto la bicicleta cerca del centro comercial peatonal de High Street.

Me paseo por la calle repleta de comercios, dejando que Winchester me acompañe durante el domingo. No creo en la magia ni en las leyendas. Pero durante unos instantes, esta pequeña ciudad se hace lo bastante grande como para hacerme olvidar de dónde vengo y por qué. Desconozco la versión de mí que se siente ligera y sin un hambre desesperante de pasado.

Sin embargo, esta magia es temporal. Pronto se rompe el hechizo y vuelvo a ser la que siempre recuerda demasiado. Cuando llego a Farley’s Records, me siento pesada y con los pies sobre la tierra. Una campanilla anuncia mi entrada al espacio con paneles de madera, impregnado del aroma maduro de pachulí y papel viejo. Los clientes se arremolinan alrededor de las vitrinas de madera con discos apiñados o curiosean por los cubículos de las paredes que están llenos de más hallazgos vintage.

Yo también rebusco entre leyendas del punk y el jazz y grupos británicos de los que nunca he oído hablar. No tengo ni idea de qué regalarle a Pilar. Estoy a punto de abandonar este antro para ir al mercado cuando la portada de un antiguo álbum marrón llama mi atención. *Orquesta Época.* ¡Salsa! Ya estoy bailando por dentro. Le doy la vuelta y dejo que los recuerdos imborrables de la primera melodía de la lista, «Trampas», llenen mis espacios nostálgicos de percusión y riffs de piano e instrumentos de viento.

Al cabo de unos instantes, abro los ojos y me fijo en una chaqueta negra cubierta de parches y una melena rubia rizada. Flora, la hermana de Orion, también es clienta de Farley’s. Estoy prácticamente oculta detrás de una de las vitrinas. Flora está mirando un CD de segunda mano cuando un hombre alto, en realidad un adolescente mayor que ella, se cruza en su camino. El pelo negro asimétrico cubre la mitad de su rostro. Lleva unos jeans de pinzas y una chaqueta de cuero verde musgo. Desde donde estoy, no oigo su conversación. Sus rostros se tensan hasta que Flora vuelve a colocar el CD en su sitio y sale disparada por la puerta principal. Pero el chico la sigue y Flora ralentiza el paso antes de que ambos desaparezcan de mi vista.

¿Lo sabe su hermano mayor? Ahora empiezo a sonar como las chismosas de West Dade. Llamémoslas «entrometidas en la vida de cualquiera», que seguían todos mis movimientos con Andrés. ¿Seguirán hablando de mí en las tiendas, peluquerías y restaurantes del barrio?

Aquí no me sigue ningún chismoso. Puedo salir y caminar hasta el mercado y nadie conoce mi historia. Claro, sigo siendo la chica que carga con una trifecta de pérdidas. Siempre lo seré. Pero mientras deambulo por la calle, no soy más que una chica de diecisiete años que va a comprar ingredientes para un flan cubano. Y eso se siente como estar en casa.



Flan cubano: esto es lo que elijo hacer para Orion y... ¿Charlotte? Hablando del *pudding* con Orion la otra noche, me decidí a cocinar lo que es, en esencia, un delicioso pudín de natillas. Los cubanos tienen muchos postres: la natilla y el arroz con leche están a la cabeza. La vainilla con canela y el arroz con leche son postres sencillos para los días laborales. Son postres básicos, no recetas impresionantes para una cita.

Pero el flan es suave, sexy e incluso elegante, y el baño de caramelo encima brilla con un dorado cobrizo. Existen diversas variantes del flan adaptadas de sus orígenes europeos. Obviamente, preparo la versión cubana de Abuela, que es un poco más espesa y dulce. Este es uno de los pocos postres que preparo en los que un poco más de azúcar es mejor. Y siempre es memorable.

La cocina del *Crow* es mía hoy y afortunadamente sin Polly. Tengo los ingredientes medidos y listos. Aquí los huevos son distintos a los de casa, más pequeños y brillantes. Estoy batiendo claras y yemas brillantes, de un color naranja intenso, como pequeños soles.

La puerta trasera se abre y Spencer y Cate entran con una cesta de productos de la huerta.

—Incluso en los días de descanso, no la puedes mantener fuera de aquí —dice Spencer.

Cate se asoma a mi bol.

—¿Flan Cubano?

Bato la leche evaporada y condensada.

—Una especie de pedido especial para Orion.

—Si es especial significa que es correcto. Hace cuatro años que Spence y yo no comemos un buen flan —reflexiona Cate.

Señalo los dos platos de cristal para hornear.

—Me lo imaginaba. Doblaré las cantidades para que haya uno para ustedes también.

—Bueno, es un lindo detalle de tu parte.

Spencer llena un bol de madera con tomates y pepinos.

Se va, pero Cate entra y sale de la despensa en busca de una de las latas de té. He guardado silencio sobre su pequeño arreglo con Orion, preguntándome si ella misma sacaría el tema. O quizás ha estado esperando a que yo lo hiciera. ¿Y si cree que este flan tiene algo que ver con su intromisión?

—No me extraña que a Orion no le importe traer los pedidos aquí. No parece que tenga muchas horas de trabajo en la tienda, con todo el tiempo que le sobra para hacer de guía turístico.

Cate tiene la delicadeza de parecer avergonzada. Pero solo durante medio segundo antes de que su boca se curve hacia un lado.

—Sabes que no he podido evitarlo.

—Me imaginé que no podrías —digo con indiferencia y cojo mi batidora—. Por supuesto, lo rechacé.

—Me imaginé que lo harías.

Nuestras miradas se cruzan hasta que ambas cedemos. Ella sonríe. Niego y pongo los ojos en blanco. Cate se inclina hacia mí antes de irse, con sus largos mechones sueltos y despeinados por la jardinería.

—Cuando entré, estabas sonriendo.

—Siempre estoy contenta en la cocina.

—Ajá. —Cate alarga la última sílaba para que perdure incluso después de salir de la habitación.

Con sonrisas o sin ellas, me pongo manos a la obra y vuelvo a mi flan. Los pasos de la receta se desarrollan durante una hora siguiendo solo mi memoria. Cuando la mezcla está lista, tomo una bandeja para horno y espío mi teléfono que está en la encimera de atrás. Es una tontería dejarlo fuera de la cocina porque nadie me llama o me envía mensajes a esta hora. Apenas ha amanecido en Florida. ¿Quién me va a mandar un mensaje? Pero Instagram nunca duerme.

Andrés Millán. Universidad de Miami. Fanático del fútbol de los Hurricanes y el béisbol de los Marlins. Adicto a los helados.

Hace tiempo, su biografía podría haber dicho adicto a los pastelitos. Adicto a Lila. Pero ya no. Revisar su *feed* es como rascarse una costra; sé que no es la manera de curar una herida. Sé que debería vendarla, mantenerla fuera de la vista. Pero no soy tan fuerte frente a los recuerdos como lo soy frente a los boles.

El perfil de Andrés muestra una nueva foto de ayer, con ubicación en South Beach. Casi puedo sentir el resplandor del radiante sol: mi sol, no la versión escondida que se ve en Inglaterra. Huelo la salmuera y su protector solar favorito: Sun Bum. Es un primer plano de su toalla desenrollada, sus auriculares y sus sandalias Rainbow en el centro. El pie de foto dice: «El sábado me tiene como...»

¿El sábado te tiene como qué, Andrés?

No puedo ocultar el pensamiento que cuelga como un hilo suelto del delantal de Abuela: Andrés nunca va solo a la playa. ¿Estaba con amigos, o...?

Dejo caer mi teléfono como si fuera una papa caliente.

¡Basta! La semana pasada, estos pensamientos inútiles ganaron. Arruiné mis pasteles y quedé como una tonta. Una amateur. Lo dejé entrar en mi bizcocho, pero no dejaré que destroce mi flan. Saco el teléfono y pulso el pequeño ícono de la cámara para hacer que Instagram desaparezca.

Inhalo y exhalo, sosteniendo el momento durante un latido del corazón antes de que desaparezca también.

Es hora de trabajar.

Divido la mezcla en los dos moldes ya llenos de caramelo y los coloco en la bandeja y dentro del horno precalentado. A continuación, los pongo en baño maría, que es como un baño de agua caliente. Esto hará que mi flan se cocine uniforme y lentamente, sin que se agriete en la parte superior. Un hervidor eléctrico suena sobre su placa caliente. Vierto unos dos centímetros de agua hirviendo en la bandeja y confío en el horno para que la ciencia se convierta en magia. La clase de magia en la que creo.



Después de comer la pasta a la carbonara con ensalada de la huerta que hizo Spencer y mi —perfecto, delicioso— flan, estoy doblando la ropa y mirando por la ventana al atardecer. Hace dos horas envié a Gordon, el repartidor de flanes, a casa de Orion después de que prestara juramento: «Sí, Lila, cuidaré el plato con cúpula de vidrio y no lo dejaré caer».

Tras un sonido de alerta, la ventana de FaceTime parpadea en la pantalla de mi portátil. Mis padres están en la mesa de la cocina, acurrucados frente a la computadora de Papi. Fuera de cámara, el televisor reproduce el pegadizo tema musical de *Family Style*. El sol de Miami a primera hora de la tarde ilumina sus espaldas.

Esta no es nuestra primera charla, ni mucho menos. Pero nuestras palabras iniciales aún son vacilantes. No somos nosotros... no lo hemos sido desde que perdí mi mundo y me llevaron volando a través de la mitad del planeta para intentar que me recomponga.

—Ahí está mi preciosa niña —dice Papi, pero sus ojos marrones esconden otra verdad. Dicen: *¿Volverás a ser la misma Lila que conocimos?*

—Tienen buen aspecto —digo. Tan trillado. Tan superficial. Puedo sentir el olor de la cocina a través de la pantalla. Naranjas, guayaba y granos de café, pero no tamales. ¿Pueden oír esto a través de la pantalla? ¿Pueden oír lo que realmente estoy gritando? *¡No comerán tamales hasta que regrese! Pilar, Stefanie y yo los hacíamos con Abuela los domingos. Luego Pilar y yo, y Stef. Y ahora dos de esas incorporaciones clave ya no están, y Pili no las hace sin mí.*

Mami pregunta:

—Ahora que te has instalado, ¿tienes todo lo que necesitas?

¿Has conocido a gente nueva? ¿Estás encontrando tu camino?

Necesito que Stef vuelva de Ghana y hable conmigo. Necesito que Andrés se dé cuenta de que puede encontrarse a sí mismo y seguir queriéndome. Necesito...

—Envía pasta de guayaba. No la venden en Winchester y comprarla en línea es caro. Y café cubano. Aquí hay mil millones de cafeterías, pero el *espresso* no es el mismo. Y luego está lo del té.

Pienso en Orion.

—Dame hasta el lunes para conseguir la guayaba —dice Mami—. Stop & Shop tiene una promoción.

Fue como si la misma Abuela se hubiera colado en nuestra conversación. Ella siempre insistió en que su cuenta de ahorros se creó un principio frugal a la vez.

—La próxima semana estará bien, Mami.

Esa fue una pequeña forma de honrar su espíritu. Papi charla un momento más y me lanza un beso de despedida. Se va a La Paloma, pero Mami se queda.

—¿Necesitas algo más?

—Un pasaje de avión.

—Lila. —Mi madre es la clase de persona que llora con los anuncios de comida para cachorros y con las adorables niñas que vienen de la iglesia a comprar pasteles con sus vestidos con volados. Sus manos se alzan, agitándose hacia su pecho como alas. Con el rostro contorsionado, sus ojos se abren y las verdaderas palabras surgen, audaces por su propio dolor, fuertes por su maternidad—. ¿Todavía? ¿Todavía crees que queríamos enviarte con Catalina? ¿Crees que no entendemos lo difícil que es esta separación? Te echamos de menos.

Pero nada de eso es suficiente para que me suba devuelta a un avión. Y no sé por qué, pero ahora me doy cuenta: tres pérdidas, tres meses. ¿Fue idea de Pili? ¿Me introdujo en uno de sus algoritmos contables, para recomponer a la hermana que conoce y ama?

—Tendrás tu pasaje pronto. Te lo prometo. — Mami toma aire—. Pero hay algo bueno, ¿no? Cate me ha dicho que has descubierto la cocina.

La palabra cocina es lo único que me impide colgar el teléfono.

—Es de lo mejor —digo, recordando que Mami estuvo aquí hace solo dos años, cuando Papi la sorprendió con un pasaje por su cumpleaños—. Muéstrame el exterior. Enséñame mi casa. Mi barrio, mi mundo.

Mi madre es como una de esas muñecas blandas en las que el vestido y la cabeza pueden girarse para mostrar dos emociones opuestas. Muñeca de cara triste, muñeca de cara feliz. Mami con cara llorosa puede cambiar fácilmente a Mami con una cara traviesa que dice «Tengo noticias». Esta última invade mi pantalla. Luego gira la computadora para que yo pueda asomarme por la gran ventana del rincón de la cocina—. Quizá no debería decir esto. —*Pongo los ojos en blanco en mis adentros*. Ni dos segundos después oigo—: Vi a Ángel saliendo de casa de Chany. — Se inclina hacia delante—. Eran como las siete de la mañana.

—Interesante. —Y quizá solo estoy escuchando a medias la charla sobre el ex de mi vecina porque estoy mirando nuestra calle a través de la pequeña pantalla de la computadora.

Mami continúa, sus retazos de información se entretejen en mis recuerdos.

—Óyeme, a la señora Cabral le extirparon la vesícula...

Niños jugando al béisbol en la calle antes de cenar. Gallos salvajes sueltos que nunca me dejaban dormir. La hija de Gloria practicando con su saxofón en el garaje.

—Vi a la madre de Stefanie en Dillard’s el otro día. No subí, pero...

El comedero de colibríes y los árboles de mango y Andrés en su Camaro plateado, estacionado tres casas más allá, besándome.

—Mami, ¿ellos...? —digo en voz baja—. ¿Siguen hablando de mí?

¿De Andrés y Stefanie? ¿Sobre cómo una chica logró perder a tanta gente tan rápido?

—Cariño, no te preocupes por esas cosas.

—Pero qué has... —Me interrumpen unos golpes extrañamente persistentes. Corto mis pensamientos y la conexión con un adiós, prometiendo interrogar a Pilar sobre los chismes más tarde. Encuentro a Gordon al otro lado de mi puerta.

—Jules y Remy están enfrente, preguntando por ti —dice—. Bueno, por los dos, pero especialmente por ti.

¿Por mí? Me encojo de hombros y sigo a Gordon hasta la escalera privada. Se adelanta cuando llegamos al vestíbulo, acompañando a Remy y Jules fuera del frío nocturno.

Jules saca los brazos de una chaqueta estampada con un leopardo de las nieves y envía mensajes de texto frenéticamente mientras me saluda con la mano.

—Orion acaba de mandar un mensaje —dice Remy—. Un pequeño percance en su casa.

—Dime que no se le cayó el flan —digo.

—Más bien como que se le cayó su cita —dice Jules, metiéndose el teléfono en el bolsillo de los jeans—. Charlotte canceló, dijo que estaba enferma.

—Pero eso no es lo peor. Teddy, que trabaja en Maxwell’s, vio a Charlotte entrando en una cafetería de Twyford con otro tipo que se acercaba y la besuqueaba —dice Remy y se vuelve hacia mí—. Es un pueblo cercano. Se lo acaba de decir a Orion.

—Bueno, esto es una mierda —dice Gordon.

Jules se da cuenta de mi desmesurado estremecimiento y añade:

—Exacto. Y es por eso que iremos todos ahora. Necesita distraerse. El padre de Remy envió porciones gigantes de carne asada que sobró del domingo con papas y verduras. Y también está

todo ese *pudding* que les hiciste.

—Lo que solo le recordaría su noche arruinada —dice Remy con seriedad.

—Gordon y yo ya hemos comido. Acabamos de comer flan también.

—Lila, ¿de verdad quieres que tu flan se convierta en un símbolo de tristeza? —pregunta Gordon y luego les dice a los demás—: Su flan es espectacular. Además, no lo podemos dejar solo sumido en la tristeza.

Coincido, pero miro mi cuerpo. Soy un desastre, vestida con pantalones de yoga, chanclas y una camiseta larga. En el espejo se me ve el pelo recogido en un moño que parece un nido de pájaros.

—Denme cinco minutos.



Nuestro pequeño grupo de distracción da un corto paseo hasta la casa de Orion. Aunque al principio no le gustó la idea, cuando llegamos a la calle cercana, repleta de hileras de estrechas casas de ladrillo adosadas, Orion ya está en la puerta, con los brazos cruzados sobre un suéter azul marino. Unos calcetines color carbón se asoman por el umbral.

—Pasen. —Orion se aparta y sus amigos irrumpen dentro de la casa. Jules se quita la capa y se acerca al equipo de música de Orion. Una canción electrónica llena el salón.

Me quedo atrás mientras Orion cierra, sintiendo cómo la línea del bajo se cuela debajo del suelo de madera.

—Lo siento mucho.

—Gracias. —Sus ojos revolotean por la habitación—. Pero así son las cosas a veces. O gran parte del tiempo —añade, casi como si estuviera acostumbrado a la decepción. Pero entonces esboza una sonrisa—. De igual manera, bienvenida.

Después de dos semanas dentro de los amplios y altos espacios del Crow, la casa de Orion se siente sumamente acogedora. Me paseo por ella. Una estrecha escalera aparece al lado de la puerta principal, perfecta para alguien que intenta entrar o salir sin ser visto. El salón tiene una luz tenue, alfombras persas y muebles de cuero oxblood desgastado. Las paredes blancas y limpias sostienen estanterías repletas de libros y collages enmarcados. Me acerco a una. Fotos en blanco y negro muestran la gran Muralla China y un interminable bosque de bambú, puestas de sol en el desierto y secciones abstractas de puentes y monumentos. Es como el mundo en una sola pared.

—Mi padre viaja mucho —dice Orion detrás de mí.

—¿Alguna vez has ido con él?

—No tan lejos. —Señala una foto de una gigantesca montaña de cima plana—. Es la montaña de la Mesa en Sudáfrica.

—Ri, ya está todo listo —dice Jules desde la cocina—. Solo puedo contener a estos bárbaros por un tiempo.

—Si tus amigos son como mi familia, será mejor que te des prisa —le digo.

En menos de cinco minutos, Jules y Remy consiguen colocar los platos de comida recalentada sobre la encimera de Orion. Se mueven por la cocina como si vivieran aquí. Los trozos de carne asada con una salsa espesa y cremosa, las papas a las finas hierbas y las verduras asadas huelen casi tan bien como se ven.

Remy le da un plato a Orion.

—Tú vas primero y nosotros comeremos lo que sobre.

—Como animales de granja. —Gordon me da un plato y toma uno para él—. ¿Deberíamos guardar algo para Flora? —Inclina la cabeza—. ¿Dónde está ella por cierto?

—En la casa de Katy comiendo pizza y cualquiera de las otras cosas que hacen —dice Orion, llenando su plato con las delicias del papá de Remy—. Quería marcharse mientras, ya sabes... pero tiene toque de queda.

No tengo nada de hambre, pero aun así tomo un poco de cada cosa antes de unirme a Orion en la mesa redonda. Jules acerca una silla vacía que está contra la pared. La gira para que el respaldo quede apoyado contra la mesa, y luego se sienta a horcajadas, como te subirías a un caballo. ¿Es que esta chica nunca se sienta en una silla como una persona normal?

Remy y Gordon son los últimos y apoyan cinco botellas heladas sobre la mesa. Leo la etiqueta, Oldfields Cider, y recuerdo que aquí Orion tiene edad suficiente para comprar alcohol. Soy nueva en esto de la sidra. Mi primer sorbo es una explosión de felicidad de manzana ácida y lupulada. Ni demasiado amarga ni demasiado dulce ni nada de eso. La sidra tiene un equilibrio perfecto, como cualquier postre.

Jules no tarda mucho en familiarizarse con la suya. Atrapa un eructo en silencio, pero su pecho todavía se hincha con él.

—Un brindis —dice Orion, levantando su botella—, por los amigos que no escuchan cuando dices que se alejen de una puta vez, tontos entrometidos.

Las risas retumban por todos lados.

—Por Jules, que olvidó su cuaderno de canciones con las prisas —dice Remy y los brindis se alternan entre sorbos, con Gordon elogiando la deliciosa comida del padre de Remy y Jules agradeciéndole a Remy por soportar sus arrebatos malhumorados de creatividad.

Todos los ojos se posan en mí, la chica nueva con nueva sidra y viejas heridas. Intento mantener mis problemas fuera de la mesa. No pertenecen a amigos como estos, que lo dejan todo por uno de los suyos.

—Por tener una opción mejor que Netflix —digo.

Cuatro botellas se inclinan hacia la mía. Bebo de nuevo, sintiendo el calor de la manzana ácida y la efervescencia.

—Todo un verano fuera —dice Jules después de tragarse casi toda su carne asada—, sin tus amigos de Miami. Debes echarlos mucho de menos.

—Yo...

Estoy segura de que no consigo ocultar la oleada de amargura que me atraviesa.

—Especialmente esa chica, la rubia que siempre estaba cerca cuando te visitábamos —sugiere Gordon.

—Stefanie —digo.

—Exacto. ¿No podía venir al menos un tiempo?

¿Que si podía haberme contado sus planes de cambiar de vida? ¿Haber sido honesta?

—No lo creo, teniendo en cuenta que está en un pueblo remoto de Ghana.

Las cejas se levantan, los tenedores descansan y, una vez más, nadie fuerza los detalles fuera de mi corazón. Si hablo, será mi elección. No sé si es el alcohol o la calidez del pequeño rincón de la cocina, pero decido hablar. Me vuelvo hacia Orion.

—No es por apropiarme de tu noche de mierda, pero mi amiga me dejó plantada por los próximos dos años. —Les doy una introducción de diez segundos a La Paloma y a cómo prácticamente crecí en esa cocina—. Se suponía que Stefanie iba a estar a mi lado, como hemos

estado desde que éramos niñas. Su plan era estudiar enfermería y trabajar con nosotros a tiempo parcial. Pensábamos comprar nuestro propio apartamento el año que viene.

Pero este plan se ha enfriado y se ha convertido en una receta completamente nueva. Les cuento lo de su voluntariado de ayuda sanitaria.

—Es algo importante —dice Orion—. ¿No te había hablado nunca de Ghana?

—No, no tenía ni idea. Toda su familia venía a mi panadería dos veces por semana y nadie me dijo nada. No hasta que me acerqué y vi el enorme bolso y el pasaporte de Stefanie sobre su escritorio. Dijo que yo habría intentado impedir que fuera. Pero la habría apoyado y le habría dado mi bendición.

Tengo que empujar estas últimas palabras fuera de mi boca. Quieren pegarse como la miel al fondo de mi garganta.

Jules pregunta:

—¿Y cómo quedó todo entre ustedes?

—Mal. Es la única palabra que funciona.

El tiempo se ralentiza. En realidad, puedo oír el clic, clic, clic del reloj de pared que está arriba de mi cabeza. Es oficial. No debo formar parte de ningún grupo de distracción. Soy Lila Reyes, panadera desplazada de Miami y auténtica aguafiestas. ¿No hemos venido aquí para animar a Orion? Gruño para mis adentros y me levanto de un salto.

—¿Flan?

Jules esboza una sonrisa de payaso y los chicos se sientan más erguidos en sus sillas, con los ojos brillantes. Flan, la única palabra que necesito.

9

El plato con flan está en el estante superior del refrigerador de Orion. Destapo y presento la redonda y amarillenta crema pastelera cubierta con glaseado de caramelo. Huele a calorías y a pecado.

Orion toma el primer trozo y lo mira embelesado, casi con adoración. Imagino que es la mirada que Charlotte echa de menos ahora mismo, y está desperdiciada en repostería cubana. Y ahora esa mirada está sobre mí, sus ojos azul invierno acompañados de su suave sonrisa.

—Es increíble. Nos conoces desde hace unos días y aun así te has tomado todas estas molestias.

—Es lo que hago —le digo, y veo cómo su sonrisa se convierte en una mueca.

Reparto las porciones restantes, olvidando que Gordon ya se había comido dos porciones en el Crow y recordando con prudencia que yo me había comido una y un cuarto. Pero no puedo resistirme a comer otra porción.

Los demás comen y los gemidos flotan sobre la música.

—¿Necesitan una habitación privada con su flan?

Con la suave vainilla fría y el caramelo dulce empapando cada bocado, Remy dice:

—Disculpa nuestro éxtasis, pero...

—*Dios,* es que se parece a nuestras tradicionales natillas. —Jules se apunta a sí misma con la cuchara—. Pero es como si hubieras fusionado la mezcla con un encuentro fogoso entre dos amantes.

Todos nos reímos.

—Ningún encuentro fogoso formó parte de la elaboración de este flan.

Y desgraciadamente, tampoco en mi pasado reciente. Sin embargo, me gusta que a la gente le guste mi comida. Me concentro en eso hasta que varias porciones acaban con la mayor parte del flan. Empiezo a apilar platos vacíos para tener las manos ocupadas, pero Jules me detiene.

—Ya basta, Lila. En mi familia el que cocina no limpia.

Los chicos también colaboran, así que me levanto y curioseo por el salón contiguo. He dejado el bolso en el banco de ébano del piano. Saco el teléfono; es la primera hora de la tarde en Miami, pero nadie me ha mandado un mensaje. Tampoco hay correos electrónicos cruciales ni llamadas perdidas; ese es el estado habitual de mi teléfono hoy en día. Oficialmente, he desaparecido en Inglaterra.

—¿Lila?

Me doy la vuelta. Orion me tiende otra sidra como una ofrenda de oro líquido.

—Estoy bien, gracias.

Remy le lanza un paño de cocina a Gordon.

—Mamá llamó. Uno de los que lava platos en el pub se ha ido a casa enfermo, así que tengo que sustituirlo. —Señala la sidra y le dice a Orion—: ¿Te bebes otra por mí? Y anímate, amigo.

Abre la puerta y me felicita por última vez. Jules se pone un morral gris y se coloca la chaqueta de leopardo sobre los hombros.

—Espera, amor. Yo también voy a ayudar. Me veo increíble con esos delantales a rayas.

Remy sujeta la puerta.

—Solo quiere cantar hits de rock clásico con los cocineros.

Gordon es el siguiente en apresurarse hacia la puerta de Orion, saludándonos a ambos con la mano.

—A mí me «llamó» el maldito examen de literatura que tengo mañana —dice. Empiezo a seguirlo, pero él dice—: Acompañarás a Lila a casa, ¿no, Ri? Alguien tiene que quedarse un rato para asegurarse de que no te hundas en un charco de tus propias lágrimas saladas.

—Siempre tan optimista —dice Orion y, luego, añade—: Espera, Gordy.

Detiene a su amigo en el porche.

Sola y porque aparentemente me voy a quedar un rato, estudio el piano vertical contra la pared de la escalera. Bösendorfer, dice el logotipo en letras doradas. Leves arañazos estropean el acabado liso y mate de la madera de ébano. Los herrajes de latón se han oscurecido y las teclas, aunque están en perfecto estado, presentan un ligero tinte amarillo. Se trata de un piano muy querido y usado.

A pesar de lo intrigante del instrumento, me llama la atención la serie de fotos enmarcadas alineadas en la parte superior. La primera foto muestra a una pareja de novios bajo una pérgola de flores. El hombre bien podría ser Orion: la misma complexión enjuta, pero presente bajo un chaqué gris, el mismo pelo rubio oscuro con la promesa de rizos en las puntas. De su brazo va una mujer delgada vestida con una prenda de encaje color marfil. Lleva el pelo rubio hacia atrás y de sus manos brota un ramillete de rosas. Tienen que ser los padres de Orion. A su lado, hay un retrato de estudio de la misma mujer con un niño pequeño en sus rodillas y un bebé vestido con volantes en sus brazos. Por último, hay una foto familiar delante de un fondo tormentoso de césped y la escarpada orilla del mar. Tomo el gran marco plateado. Los Maxwell están muy juntos, vestidos de lana, bajo un cielo gris. Orion aparenta tener diez o doce años y la pequeña Flora se aferra al costado de su madre, con sus rizos cayendo por su espalda.

—Irlanda. Los Acantilados de Moher, en el condado de Clare.

Miro a Orion con el retrato de su familia en mis manos. Su rostro se tensa como si luchara contra el peso de cosas inconfesables. La curiosidad le gana a la cortesía y le pregunto al chico al que acusé de hacer demasiadas preguntas:

—¿Es tu madre?

Toma el marco. Asiente.

—Sí.

—¿Ella... no está?

¿Como Abuela?

No me espero la forma en que su boca se tuerce, en un ángulo irónico y descentrado.

—Sí y no.

—¿Se ha ido?

¿Como Stefanie?

—De cierta manera. —Vuelve a colocar la foto lentamente, casi con reverencia—. Pero no de la manera que piensas.

¿Qué me pasa? No es como si yo hubiera sido un cartel de «desnuda tu alma» últimamente.

—Lo siento. No debería haber preguntado —digo con la respiración entrecortada. Me apresuro a tomar el bolso del banco. Mis ojos miran a todos lados. Fotos. La pared de viajes de su padre. La cocina. La puerta de entrada—. Debería irme. Conozco la...

Orion se pone delante de mí y me señala el sofá.

—Siéntate, por favor. —Un «¿puedo?» parece formarse en su rostro mientras, vacilante, toma mi bolso negro y lo deja en el banco—. Quédate, Lila. Está bien.

Asiento y me hundo en el grueso cuero oxblood. Orion agarra su sidra de un aparador.

—¿Segura que no quieres nada para beber?

—Quizá solo agua.

Vuelve con un vaso de vidrio grabado. Apaga la música y se sienta, con un cojín entre nosotros. No dice nada.

El silencio parece eterno. Levanto mi vaso hacia la botella que tiene en la mano.

—Entonces... ¿brindamos? —Arrugo la nariz—. ¿O es raro?

Esquiva el brindis, pero la silenciosa habitación recupera el ritmo cuando vuelve la conversación.

—En realidad, eso podría ser mortal para los dos. Según los antiguos griegos, los muertos solían beber del río Leteo en el inframundo para olvidar sus vidas pasadas. Así que ellos siempre brindaban con agua por los muertos para marcar su viaje, a través del río, al inframundo. —Gesticula con las manos—. Como resultado, brindar por alguien con agua se considera lo mismo que desearle mala suerte a él y a ti mismo, o incluso la muerte.

—Vaya. De acuerdo. Nada de brindis, entonces. Todas esas supersticiones de las que siempre hablas… en realidad no crees en ellas —entrecierro los ojos—, ¿verdad?

Se estremece, parece muy ofendido.

—Oye, ¿y qué pasa si creo en ellas? ¿Es tan malo?

—¿Honestamente?

—Sí, honestamente —replica.

—Hay muchas supersticiones en cientos de culturas. —Agito mi mano libre—. Algunas de ellas probablemente se contradicen entre sí. Si te las creyeras todas, ¡literalmente no podrías hacer nada! Me refiero a las camas mal orientadas, a no pisar grietas, a caminar debajo de una escalera y a los traicioneros gatos negros, ¡y eso son solo algunas!

Orion mira, endemoniado.

—Tu voz subió unos dos decibeles recién.

Bueno…él me llevó directo a eso. Mis mejillas son manzanas de caramelo calientes y no necesito espejo para comprobarlo.

—Así que estabas intentando sacar a relucir mi... no diré *cubanía*, porque no todos los cubanos tienen el temperamento parecido al de un volcán.

Le hago una mueca, más una sonrisa exagerada que otra cosa.

—No hagas suposiciones. —Da otro sorbo—. En realidad, solo quería hacerme el listo, como siempre. —Cuando mi risa se convierte en un gruñido fingido, añade—: Y no, Lila. Lo de las supersticiones es más bien que me gusta coleccionarlas. Una especie de pasatiempo. Además, me gusta la historia que hay detrás de ellas. —Levanta el hombro—. Hace años que... —Se dirige a una estantería de madera de cerezo y vuelve con una foto. Mantiene lo que sea que esté enmarcado contra su pecho—. No estaba siendo evasivo sobre mi madre o tratando de hacerte sentir mal. Es una larga historia, pero te contaré lo esencial.

Pongo mi vaso en un posavasos y asiento.

—Hace siete años le diagnosticaron un tipo de demencia de inicio precoz llamada DLFT (degeneración lobar frontotemporal). Yo apenas tenía doce años y Flora, ocho. Y mi mamá solo tenía cuarenta y dos.

Su revelación penetra en mi interior, dando vueltas en un caos silencioso, y dejando atrás las bromas de hace unos instantes. Mis palabras cambian.

—Lo siento mucho —me sale con facilidad—. ¿Ella está aquí? ¿Arriba?

—Ya no. Mi papá quería que estuviera en casa el mayor tiempo posible. Tuvimos cuidadores, entrando y saliendo, durante años. Y mis últimos seis meses de colegio los pasé estudiando en casa para poder ayudar. —Ahora mira al frente—. Pero hace unos nueve meses, la enfermedad avanzó demasiado. La trasladamos a una residencia donde la cuidan de maravilla. La visito más o menos día por medio. —Me pone la foto en las manos—. Esta fue una de las últimas fotos que papá le hizo antes de su diagnóstico.

Trago saliva y se me hace un nudo en la garganta. Su madre está preciosa con un suéter color crema y el pelo rubio de hada cayéndole sobre los hombros. Orion tiene sus ojos y yo me pierdo al ver a esa mujer, su madre, bajo un árbol de flor de cerezo.

—Oh, Orion, es...

—Ella lo es todo. —Su voz se quiebra—. Los cerezos en flor de Londres eran sus favoritos. Flora se llama así por ellos. Pero ya no me reconoce a mí, ni a papá, ni a Flora. Ya no sabe ni su propio nombre.

Abro la boca para ofrecer algún tipo de consuelo, sacado del lugar donde yace mi propia pérdida, cuando la puerta principal se abre con un chirrido.

Flora entra trayendo tras de sí una ráfaga de aire frío. Al verme, su rostro se queda en blanco con lo que podría ser confusión; está claro que no soy Charlotte de Twyfold.

Orion se levanta de un salto.

—Oye, Pink, ¿quieres un poco del flan increíble que ha hecho Lila? —pregunta como si hubiéramos estado hablando de películas, música o cualquier otra cosa que no fuera su madre. También noto el apodo de Flora. Pink. ¿Rosa por los cerezos en flor? Puede ser. Pero el atuendo negro y gris de Flora es todo lo contrario a algo rosa o floral.

Flora ya ha subido un tercio de la escalera, justo después de decir un «no, gracias». Orion se acerca, susurrando algo por encima de la barandilla, y entonces ella desaparece.

Él se vuelve, ladea la cabeza y agarra la tela de lana gris oscuro que cuelga de la barandilla. Es el cárdigan que usé la otra noche en el patio de la iglesia.

—Toma. Estás tiritando.

Las partes de mi antebrazo que se me ven bajo la camiseta manga tres cuartos de color ciruela tienen piel de gallina. Me doy cuenta de que no tengo tanto frío, sino que estoy abrumada. Pero intercambio el marco de fotos por la suave lana y me la pongo sobre los hombros.

—Gracias.

Orion vuelve a colocar el cuadro, esta vez sobre el piano.

—Era de mamá. Era una pianista increíble. —Sacude la cabeza—. Así es cómo comenzó a sospechar que algo andaba mal. Canciones que había memorizado durante años y que tocaba todo el tiempo, bueno, empezó a olvidar las notas.

—Con solo cuarenta y dos años. Es difícil pensar que eso le puede ocurrir a alguien tan joven.

Orion se sienta, más cerca esta vez.

—Es más común de lo que debería ser, médicamente hablando. Pero nunca piensas que te va a

pasar a ti o a alguien de tu familia, especialmente cuando tienes doce años.

—Debes haber tenido que crecer muy rápido.

Da un solo asentimiento de cabeza.

—Por eso me aferré a las supersticiones. Era un escape mental, no un código de conducta. Papá y los médicos intentaron ayudarme e informarme, siempre fueron honestos con lo que ocurría, pero había mucho más. Tenía confusión y amargura. Coleccionar me daba algo que hacer. Las supersticiones explican o dan sentido a algunas cosas que no podemos entender. —Orion toma la sidra y se pasa el dedo por el labio—. Las culturas atrapaban esa confusión en objetos o nociones con las que nos podemos sentir identificados. Aportaban a la gente una sensación de cierre y quizá algo de control.

Algunas cosas que no podemos entender. Como Stefanie puede compartir un pasado conmigo, pero no confiarme su futuro. Como Andrés puede decir que aún me ama, pero no puede estar conmigo. Como Abuela que se fue demasiado pronto.

—Mi familia también intentó ayudarme. —Aconsejarme, cuidarme y mimarme—, pero yo no quería, así que me enviaron aquí.

Orion se inclina hacia delante, con las manos entrelazadas.

—Pero te enviaron aquí tres meses, ¿solo por lo de tu amiga?

—Ojalá fuera solo por eso. —Me muerdo la mejilla.

—Ya veo. Bueno, la historia de mi madre es muy larga. Pero te conté la versión abreviada, la simple, si es que podemos llamarla así.

Lo miro con un ojo obstinado.

—¿Quieres decir que podría darte la versión rápida y fácil de la mía? ¿Como cuando ocupas una mezcla para pasteles instantánea en lugar de hornear algo desde cero?

—Podrías. —Me señala—. Pero apostaría mi próximo sueldo a que nunca has usado una mezcla para pasteles. Y nunca lo harás.

Mi boca se abre de par en par, solo para respirar.

—De acuerdo. Puedo simplificar la historia —me encuentro diciendo. He tenido muy cerca todo el trauma de la primavera pasada. Pero al igual que antes con los amigos de Orion, aquí nadie hará de mis asuntos personales la próxima tanda de chisme del barrio. Nadie me ha juzgado ni se ha detenido demasiado en cada una de mis palabras y movimientos. Orion acaba de compartir la historia de su madre conmigo. Todavía estamos dentro de ese pequeño y tranquilo espacio. Uno que se siente... seguro. Así que empiezo—. Lo llamo la trifecta. Stefanie es solo uno de los puntos finales. En cuanto a los otros dos, mi novio de tres años me dejó hace unas seis semanas. Y mi abuela. Mi abuela… —Me encuentro con él cara a cara—. Murió de un ataque al corazón en marzo. La receta del flan de esta noche era de ella.

—Vaya, son muchas cosas a la vez. —Mira al suelo y luego a mí—. Lo siento mucho. Y no son palabras al pasar. Lo entiendo... una pérdida así.

—Lo sé. Y sé que todavía tengo a mi mamá. Ella y mi padre son increíbles y fueron quienes me criaron. —Mi voz se tambalea—. Pero Abuela... me hizo crecer.

En contraste con la masa de mi cabello que cae en gruesas ondas, mis manos son pequeñas y ligeras. Él extiende la mano tentativamente hacia la que descansa cerca de su muslo y la cubre. Yo lo acepto con un simple movimiento de cabeza, cerrando mis dedos en un puño. Un planeta en miniatura dentro de la fuerza de gravedad de su agarre. Se me cierran los ojos. Lo he echado de menos. Y no, no solo a un hombre, vivo y cálido a mi lado. Sino a alguien, que no sea mi familia.

Orion también escucha. Arriba, los pasos de Flora golpean el techo y por los conductos de la calefacción se cuelan fragmentos de sus conversaciones telefónicas. Pronto terminamos nuestras bebidas y nos encontramos paseando por el barrio de St. Cross en dirección al Crow.

Ha llovido durante nuestra ausencia en la calle. Caminamos en tándem, con los pies golpeando el pavimento empapado. Sin embargo, tardamos más que cuando me acerqué a su casa con sus amigos.

—¿Este es otro camino?

El contorno de su sonrisa cambia bajo el resplandor de las farolas.

—Más largo, sí. Pensé que lo necesitaba después de comer esas dos porciones de flan.

Suelto una carcajada.

—Querrás decir tres. —Los dos damos un brusco desvío para esquivar un charco muy profundo.

—Lo siento, de nuevo, por lo de Charlotte.

—Sí… Me gustaba, pero ya la he olvidado. No me gusta que jueguen conmigo. —Las palabras suenan en mi cabeza, diciéndome que es hora de abandonar un juego que ya no puedo ganar. Aquí, contra el manto oscuro de las copas de los árboles y la fuerza de los viejos muros de ladrillo, dejo de competir contra Inglaterra. *Bien*, le digo a esta pequeña ciudad medieval. *No estás tan mal. ¿Ya estás contenta?*

Doblamos en una esquina que reconozco. Pasamos la iglesia, luego el patio amurallado con su santa fuente dormida y llegamos a la posada. Las luces brillan en las ventanas del segundo piso.

Orion me detiene en la puerta de la pérgola.

—Tú y los otros, pero sobre todo tú, hicieron que mi noche no apestara, así que gracias por eso. —Está tan cerca. Tan cerca que cualquiera que pasara por allí podría confundirnos con una pareja a punto de besarse bajo la luz de las estrellas. Pero no lo somos. Somos Lila Reyes de Miami y Orion Maxwell de Winchester—. ¿Puedo pedirte algo? —Su aliento desprende el sabor agridulce de la sidra.

Me estremezco un poco. Quizá sea el frío.

—Puedes —le digo, poniendo mi propio toque juguetón a su formalidad.

Resopla débilmente.

—Lo que estoy a punto de sugerir... No pretendo incomodarte, Lila.

En general, cuando la gente empieza así, la incomodidad le sigue como lo haría un cachorro.

—Deberías haber dicho que no pretendías ser británico.

Esto hace que él suelte una carcajada, profunda y brillante a la vez. Cuando se apaga, dice:

—Verás, aunque ahora hace frío, el verano está llegando y las temperaturas están subiendo. Y esperaba que Charlotte estuviera por aquí para hacer cosas. Hay un cine y algunos eventos divertidos que se organizan cada verano, y el grupo de Jules, Goldline, toca en todo tipo de conciertos geniales.

Me tenso.

—¿Quieres que sea la suplente de Charlotte?

No soy la sustituta de nadie.

—No, para nada. Entiendo por lo que has pasado. Acabas de romper con ese chico. ¿Cómo se llamaba?

—Andrés. Andrés Christian Millán.

Sus cejas se levantan.

—Andrés. Eso sí que es un nombre de marquesina. —Hago ademán de agachar la cabeza,

pero sus siguientes palabras me dejan helada—. Lila, lo que te propongo es más bien un acuerdo.

—También lo es la prostitución. Tus palabras no te están ayudando.

Orion exhala con dificultad. Se frota la cara, de la frente a la barbilla.

—Entiendo por qué rechazaste mi oferta la otra noche, la señora Wallace me insistió para que te enseñara la ciudad. —Dejo caer el labio inferior—. Pero tenía razón en una cosa. No puedes vivir en esa cocina todo el tiempo. Deberías salir, y no siempre sola. Así que mi muy decente propuesta es esta: te mostraré la ciudad, y tú puedes ser mi acompañante. Esta vez soy yo quien te lo pide, no la madre de mi amigo.

Sigue siendo la misma oferta, pero a la vez, es completamente diferente. Esta noche es sincera. Ensayo la respuesta en mi cabeza. Miami seguirá estando allí incluso si me la paso bien donde estoy, ¿verdad?

Y entonces lo digo en voz alta:

—De acuerdo.

Orion sonríe.

—Genial.

También sonrío.

—Parece que voy a tener un guía turístico después de todo.

—Claro, llamémoslo así por ahora. Hay muchas cosas de Inglaterra que los mapas no pueden enseñarte, pero yo sí.

Le entrego su cárdigan.

—¿Y qué pasa si Charlotte aparece en tu puerta mañana?

—Nada. No después de lo que me dijo Teddy. Me refiero a que…las mezclas instantáneas para pasteles están bien —Se echa hacia atrás y me guiña un ojo—, pero a mí me gustan los pasteles de verdad.

10

Estoy tratando de lavar una mañana de pastelería de mi ropa cuando el temporizador del horno suena. Y sigue sonando. Pero Polly no llega. Sus galletas Jammie Dodger se van a quemar y mis oídos van a explotar. Me limpio las manos en el delantal de Abuela y me ocupo del horno.

Tengo dos de las tres bandejas sobre el bloque de madera de la isla cuando la panadera principal del Crow entra por la puerta de empuje.

—¿Qué estás haciendo?

Me pinto las uñas y bailo tap. Saco la tercera bandeja y cierro la puerta del horno.

—Tus galletas, tenía miedo de que no hubieras escuchado el temporizador.

Polly vuelve a ponerse el delantal.

—Claro que lo escuché. Estoy aquí, ¿no?

Dios. No es mi cocina. Es la cocina de Polly. Levanto las manos en fingida rendición y vuelvo a lavar los innumerables tazones y utensilios que se necesitaron para hacer la receta de la carpeta roja de Polly que ella seleccionó para ese día.

Mis manos están cubiertas hasta los codos en espuma cuando Orion entra por la puerta trasera de la cocina con pantalones de chándal sueltos y una camiseta de manga larga para correr. Es, básicamente, la versión masculina de lo que llevo puesto, a excepción de la cinta para el pelo y la cola de caballo.

Polly apila galletas en rejillas para enfriar.

—Bueno, hola. No tenemos un pedido para hoy, ¿verdad?

Relajado y con una mirada divertida, Orion se las arregla para dirigirse a ella siguiendo mis indicaciones.

—Tú no. Pero si no me falla la memoria, el horneado de la mañana termina alrededor de esta hora, y luego Lila sale a correr. Y he decidido retomar el ejercicio.

—Oh, ¿de verdad? —Polly ladea la cabeza.

—Razón de más para comer algo dulce antes de irte. Hay pasteles en el salón.

—Había. —Esto lo dice Cate, que entra a la cocina con dos cafeteras—. Quedan algunos *bannocks*, pero no queda ni una miga en la bandeja de los *Chelsea buns.*

Cuelgo el paño de cocina, intrigada. Polly hizo los *bannocks*, que son unos panes planos redondos y sabrosos, pero yo hice los *Chelsea buns,* que son panecillos con masa de levadura rellenos de grosella, parecidos a los rollos de canela.

Polly se vuelve hacia mí.

—¿No hiciste la cantidad indicada en el libro de recetas? Siempre ha sido suficiente para una casa llena de invitados, e incluso sobraban para dejar algunos en la sala del personal para las amas de llaves y los jardineros.

¿Ahora me acusa de ser vaga en la cocina? Agito su carpeta roja.

—Cuatro docenas, como dice *tu* receta.

—Interesante —dice Cate—. Vi al señor Howell de la habitación seis con tres en su plato. —Y luego le dice a Polly—: También tenemos poco café.

Polly da un breve asentimiento antes de abalanzarse sobre las dos cafeteras nuevas y salir por la puerta.

Miro a Orion, que ha estado apoyado contra la mesada, con los brazos cruzados y una sonrisa descarada, disfrutando de la última edición del enfrentamiento Polly versus Lila. Es mejor que cualquiera de las telenovelas de Mami.

—Polly me ha encomendado cocinar los dulces matutinos durante los últimos días. ¿Debería estar haciendo más? — le digo a Cate.

Ella se dirige a la puerta de la cocina, con unas tijeras de podar y una bolsa de lona en la mano.

—Sí, deberías. Pensé que era casualidad, pero no ha habido sobras desde la semana pasada.

Orion echa un vistazo al libro de Polly.

—¿Qué le pones a tus delicias, Lila?

Me aseguro de que estamos solos.

—Es más bien lo que no les pongo. Polly insiste en que haga sus recetas familiares y no las mías, pero las proporciones a veces están mal. Así que las he estado modificando.

Apilo boles en los estantes abiertos.

—Pero esas recetas son clásicos británicos y pertenecen a su familia desde hace décadas.

Me doy la vuelta.

—¿Alguna vez has comido uno de los *Chelsea buns* de Polly?

—Muchas veces. A menudo me los envía cuando traigo el té.

Tomo un plato pequeño que está cerca del refrigerador.

—Este es uno de los míos que quedó un poco deforme, así que no lo puse. Adelante, pruébalo. —Su boca se tuerce antes de darle un bocado. Y luego otro. Aparto las cucharas limpias y las tazas medidoras—. Quiero decir, los invitados están claramente comiendo porciones extra por lástima y mi antigua yo ha arruinado totalmente el...

—Lila.

—Y vaya que...

—Lila.

—¿Qué? —Me quito el delantal de Abuela.

—Este es el *Chelsea bun* más rico y alucinantemente delicioso que he probado en mi vida. —Lo miro como si aquello fuera una noticia vieja—. Y —continúa— sigue siendo igual que los que he comido desde que estaba en pañales, pero mucho mejor. ¿Llegaste a comer algo de lo que cocinaste hoy?

—Solo una probada mientras los hacía.

Orion parte a la mitad la parte del panecillo que le queda y me lo da.

—Dime por qué es mejor.

Entre bocados de la delicia pegajosa digo:

—Tiene un poco menos de azúcar en la masa, una pizca de cardamomo junto a la canela y cáscara de limón en el glaseado. Justo como lo habría hecho Abuela.

Se lame los dedos.

—Nunca volveré a dudar de ti.

Me lamo los dedos.

—Será mejor que no lo hagas si quieres entrenar conmigo. Además, soy una buena corredora.

—Me las arreglaré, pero debería haberte preguntado antes. Me vas a decir que correr es algo que haces a solas para pensar, lo cual está bien. ¿O vas a dejar que te enseñe algunos caminos nuevos? La mayoría de los lugareños le dice a los visitantes que corran el circuito hacia la ciudad a través del sendero de la universidad, que está junto al río.

—Ese es el único camino que he tomado —digo—. El único que conozco. Ni siquiera había considerado cambiar algo que funciona bien.

—Bueno, entonces. —Su cara se transforma en algo entre una mueca y una sonrisa—. Puedo enseñarte lo que te has estado perdiendo.

11

Orion corre a mi lado, seguramente disimulando alguna quemazón pulmonar, que muestra su falta de estado físico, con respiraciones entrecortadas y silencio. No le digo que no estoy yendo a mi ritmo habitual, en realidad no soy tan mala. Aunque suelo serlo. Pero la vista merece que avancemos lento.

Él jadea y dice como puede:

—¿Qué hace esa esfera circular brillante haciendo acto de presencia?

Me río, pero no hace falta que mire al cielo para saber que está hablando del sol. Caminamos por la acera hasta un sendero oculto. Ni siquiera intento ocultar mi asombro cuando Orion me guía hacia un auténtico caleidoscopio. Los árboles se inclinan con el peso de sus hojas con forma de estrella mientras que los delgados arbustos se alzan y sus extremos se tocan. La luz del sol se filtra, cambiando los patrones sobre la tierra dura y hace que el rostro de Orion se parezca al de un gato atigrado.

—¿La escena merece la compañía inesperada del sol? —pregunta.

—Claro que sí. Esto es increíble. —Sin embargo, el camino tensa algo más que mis músculos porque este es justo el tipo de lugar que elegiría para venir sola y llorar; para echar de menos a la gente. Me sentaría como lo hago en el arbolado parque estatal Oleta River, frente a la Bahía vizcaína y esperaría a que lo brillante se oscurezca y haga juego con las piezas ensombrecidas de mi interior.

Pero ahora no estoy sentada. Corro con determinación, más despacio que de costumbre, pero impulsándome con todas mis fuerzas. Hacia delante, había olvidado lo que se siente. ¿Durará? No lo sé. Pero este túnel aireado no me atrapa como la cabina de British Airways o el pasaje de ida que me trajo hasta aquí.

Mantenemos el ritmo hasta que el sendero se ensancha, más cerca del centro de la ciudad de lo que pensaba. El chapitel de cuatro esquinas de la catedral de Winchester asoma en la distancia. El comercio y los coches revelan que aquí la vida es diferente.

Orion me da un codazo.

—Te he traído a través de una especie de medio círculo, de aproximadamente cinco kilómetros.

—¿Estás diciendo que deberíamos parar? En realidad, es un comienzo digno para alguien que hace tiempo que no corre.

—¿Quizás caminar un poco? No estamos lejos de Maxwell’s y necesito hacer un pedido rápido y llevarlo un par de calles más abajo. Puedes probar un poco de té.

—Una degustación de té. ¿Eso es parte de mi iniciación en Winchester?

Camino despacio, girándome para mirarlo.

No contesta. Tiene la cintura inclinada, tomando aire como si lo estuviera guardando para más tarde. Es algo más que un poco... *lindo.* Me doy la vuelta y golpeo su hombro jugando.

—¿Estás vivo?

—*Ha bloody ha* —dice y se incorpora. Interpreto que es como una risa irónica para recalcar que algo no es gracioso—. Eres una buena corredora, Lila de Miami. Pero ya me pondré a tu altura. Vamos, podemos pasar junto a la catedral.

Lo sigo por un sendero cercano a la escuela Winchester College, el aire de media mañana refresca mi piel acalorada. Conozco bien este tramo, pero Orion se detiene de nuevo junto a un bajo muro de contención de ladrillo que marca el final del sendero.

Enseguida veo por qué. Al igual que la tienda de ropa de segunda mano de la semana pasada, el muro está manchado con pintura negra en aerosol.

—¿Otra vez?

— Y es el mismo grupo. —Señala la forma retorcida del grafiti—. ¿A qué te hace acordar?

—A algo parecido a esas cadenas de cartulina que hacíamos en la escuela, en las que arrancabas una cada día de diciembre hasta Navidad. Pero más cortas.

Asiente y dice:

—Creo que son símbolos de infinito. Pero a diferencia del que limpié en Come Around Again, este se supone que representa a unos cuantos conectados entre sí. Pasa el dedo por una de las formas y me doy cuenta de que tiene razón. Una cadena de tres símbolos de infinito.

—¿Quién está haciendo esto y por qué?

—Nadie local. Apostaría mi tienda en ello. Hay una banda londinense indie (en realidad, un líder y su bajista y baterista, así como su entorno) que pasan mucho tiempo en Winchester. Demasiado tiempo, por lo que se dice. Siempre están intentando conseguir algo único e interesante en Farley's. Y, más a menudo, causando disturbios en los pubs, metiéndose en peleas y altercados en casi todos los sitios a los que van. Tienen más o menos nuestra edad y son unos imbéciles.

Arqueo la ceja.

—¿Pero las pintadas?

Orion hace un gesto para que comencemos a caminar.

—Los otros comerciantes y yo no tenemos pruebas concretas de que sean ellos, pero tenemos motivos más que suficientes para sospechar. Las pintadas comenzaron hace un año. Cada vez, pintan un símbolo sacado directamente de las letras de sus canciones. No de los títulos, eso sería demasiado obvio. Pero una de sus canciones dice: «Lánzame al infinito». También hemos visto flechas, coronas... todas imágenes clave que aparecen en sus canciones. De nuevo, no podemos hacer nada porque nadie ha sido capaz de atraparlos en el acto. —Siento que se me arruga la frente—. Uno pensaría que una banda que toca en conciertos tendría mejores cosas que hacer con su tiempo que molestar a unos comerciantes en Winchester. Pero nuestra pequeña ciudad de Hampshire tiene una cosa que el líder, Roth Evans, quiere mucho, más que los vinilos raros de Farley's. —Fija su mirada en mí—. Jules.

—Remy debe tener un par o muchas cosas que decir al respecto.

Orion hace un gesto sin rumbo.

—Sí, pero no como te lo imaginas. Te dije que Jules tenía talento, pero decir eso es quedarse corto. No solo es una compositora brillante sino que es una vocalista extraordinaria. Me refiero a que es tan buena como para firmar un contrato discográfico o para que su nombre aparezca en luces de neón.

—Vaya. —Estoy sonriendo, por dentro y por fuera. Jules me cae bien—. Entonces, ¿este Roth quiere que Jules se una a su grupo?

—Está obsesionado con la idea. Ha estado intentando alejarla de Goldline, su banda. —Avanzamos por un parque verde; carteles ilustrados señalan el camino hacia la catedral—. Especialmente desde que logró cantar con ella una vez. Me temo que eso fue culpa de Flora.

Casi tropiezo con mis propios pasos.

—¿Flora?

Él suspira.

—El año pasado, toda la pandilla de Roth estaba de compras en Farley's. Flora discutió con ellos por un asunto de conocimientos musicales estúpido. Se hizo una apuesta, por dinero, algo que Flora tiene poco.

Niego con la cabeza.

—Perdió la apuesta.

—Así es. Y Roth encontró una mina de oro, más bien una línea de oro, ya sabes, por Goldline. Le dijo a Flora que llegarían a un acuerdo si convencía a Jules para que cantara una canción con él en el Win-Fest. —Cuando frunzo el ceño, agrega—: Es un gran festival callejero que se celebra aquí cada octubre. Roth tocaba y quería a Jules para hacer un dúo. Tendrías que haber visto al público.

—¿Así que eso realmente ocurrió?

—Sí, porque Jules ama a Flora lo suficiente como para colaborar con el mayor rival de Goldline con tal de salvarle el culo. Accedió a regañadientes y sigue siendo una fuente de drama dentro de su banda. —Asiente lentamente—. Roth y Jules hicieron una versión acústica de *Blackbird*. ¡Y por Dios! Odio admitirlo, pero fue absolutamente impresionante.

Se me encoge el corazón. Stefanie es una gran fanática de Paul McCartney. Siempre que la llevaba en coche por Miami, insistía en poner su perfil de Spotify.

Orion abre el navegador en su teléfono.

—Este es Roth, es la abreviatura de Maximillian Evans Rothschild III. Nadie que quiera mantener sus extremidades lo llama así a la cara.

Mi interior se estremece por una razón totalmente distinta.

—Espera, déjame verlo otra vez. —Tomo su teléfono—. Estaba en Farley's el otro día y vi a un tipo con Flora. Parecían estar teniendo una discusión, pero se fueron juntos.

Orion maldice en voz baja.

—Uno pensaría que aprendería a ignorar a esta gente, pero mi hermana es muy fácil de impresionar. Y el bajista de Roth, Fitz, tiene un hermano que se encarga de lo técnico y de la publicidad. Le gusta Flora. Hasta ahora solo da vueltas a su alrededor, pero si llega a más voy a tener que involucrarme. Después de lo que Jules sacrificó por ella… ¡todo es una mierda! Además, él tiene diecinueve años y ella apenas quince. No me gusta nada.

Miro a Orion, su cara pesada y cansada de algo más que solo correr.

—Quieres vigilarla a cada segundo, ¿eh?

—Más bien los suficientes. Pero es como intentar seguir el rastro de un abejorro —dice con ironía y pienso en Pilar intentando controlarme todos estos años. Protegiéndome, guiándome, regañándome cuando me pasaba de la raya. La mayoría de las veces era yo quien le devolvía todo ese infierno, duplicado, y la mantenía a raya a ella también. Miami inunda mi mente y mi corazón. Echo de menos a mi hermana.

Orion hace un rápido estiramiento de hombros.

—Ahora ya conoces la historia de nuestro problema con los grafitis. Roth y su banda solo intentan controlar el lugar. Ya sabes, intimidar y burlarse porque la realidad es que no pueden salirse con la suya. Algún día vamos a atraparlos. —Se restriega la cara y toma aire—. Pero ahora tú y yo vamos a echar un vistazo rápido a una pequeña iglesia antes de ir a la ciudad.

¿Una pequeña iglesia? Eso sí que es una mentira. La punzada de nostalgia desaparece cuando nos acercamos a la catedral de Winchester. Había visto la enorme estructura gótica de lejos, pero es la primera vez que me paro frente a la imponente fachada con su pasillo de ventanas arqueadas y llenas de vitrales. La catedral está tan adornada que no sé en qué fijar mi mirada primero.

—Impresionante, ¿verdad? —Y cuando solo puedo asentir, añade—: Es del Siglo XI. Una de las catedrales más grandes del Reino Unido.

Rodeamos la fachada lateral hasta el extenso edificio, anclado como una larga caja torácica con cientos de vitrales. La parte central sobresale ligeramente a ambos lados, en forma de cruz, como la catedral de Notre Dame en París. Pero solo he visto esa catedral en fotos.

Orion chasquea la lengua, con un brillo en los ojos, lo que también me parece lindo, y ya sé lo que va a pasar.

—Una superstición rusa dice que, si tomas una moneda vieja, das tres vueltas alrededor de una iglesia con ella, luego vuelves a casa y la pones en un lugar donde guardas objetos de valor, te harás rico.

—Oh, ¿eso es todo lo que hace falta? Y yo que pensaba hacerme millonaria vendiéndole pasteles cubanos a los ciudadanos de Miami.

Salimos del recinto de la catedral por una estrecha calle de acceso. Más casas y tiendas pintorescas, más de lo antiguo.

—Entonces... ¿sobre esos pasteles cubanos? —pregunta.

—¿Te refieres a que quieres probarlos? —Suelto una carcajada—. Estoy hace poco aquí, pero después de una visita al supermercado, puedo decir que tendría algunos problemas para hacerlos. No hay pasta de guayaba en ningún estante y es un ingrediente imprescindible. Mi madre va a enviar un poco. Todo lo que encontré fue pasta de higo. O sea… ¡*higo*!

—Espera. —Realmente se detiene—. Lección número uno como tu guía turístico. Nunca desprecies el higo por aquí. Solo echa un vistazo al libro de Polly: pudín de higo, tarta de higo, rollitos de higo...

—*Me cago en diez* —digo por una comisura de los labios—. Nunca menciones esa monstruosidad de libro a mi alrededor.

—Increíble. —Se ajusta los cordones de las zapatillas—. Te he hecho enojar, hasta se ha colado el español. Apuesto a que era una maldición. Tendré que aprenderlas.

Me mira de reojo.

—Pues sigue mencionando a Polly.



Echo un vistazo al folleto de sabores y a la lista de precios dentro de Maxwell’s Tea Shop. Ya he conocido a Teddy y Marjorie, estudiantes universitarios que trabajan como vendedores. Ellos atienden con destreza a los clientes mientras Orion se escabulle en la trastienda.

Sin embargo, esta tienda tiene más sorpresas para mí que unos tés gourmet. No esperaba que se pareciera tanto al escaparate de la panadería La Paloma. El mismo suelo de madera rubia y

mostradores blancos y limpios, las mismas lámparas industriales colgantes y la misma pintura crema.

Orion aparece demasiado aseado y fresco con una nueva camiseta de manga larga (¿acaso tiene armario aquí?). Señala con el pulgar la abertura arqueada detrás del mostrador.

—Tenemos un lavamanos en la parte de atrás, si quieres.

No me gusta tener mi frente húmeda y manchas de sudor por todo el cuerpo.

—Gracias. —El pasadizo conduce a una pequeña cocina comercial, pero es una ciudad culinaria fantasma de equipos cubiertos y mostradores que funcionan también como almacén. Aquí no cocina nadie. No puedo evitar sentir lástima por este espacio, o por cualquier espacio en el que sea tan evidente que hace falta un chef. Sé que es una tontería. Pongo los ojos en blanco y agradezco el jabón de gardenia y el agua caliente del lavamanos.

Cuando vuelvo, Orion está preparando un pedido al por mayor. Pesando y llenando bolsitas de papel de aluminio con tés sueltos. Podría ser un boticario que ha viajado en el tiempo hasta un espacio moderno y luminoso en el que usa ropa de calle. Docenas de recipientes metálicos se alinean en la pared detrás de él, su propia variedad de hierbas y pociones.

—Todo listo. Me pasaré por el bistró de camino a casa para limpiar. —Me hace señas para que me acerque a la pequeña barra de degustación que corona un extremo del mostrador.

Me dejo caer en un taburete.

—¿Hoy tienes que trabajar?

—Más tarde, cuando Teddy se va a clase. Primero voy a ver a mamá. —La pequeña palabra titila entre nosotros. La mantenemos durante unos latidos antes de que Orion exhale con una sonrisa resignada—. Ahora… ¿cuánto sabes de té?

—Más o menos lo mismo que tú sabes de café cubano. Además, en Miami es más común que sirvan té helado en los cafés al aire libre.

Orion hace una mueca, la pequeña hendidura de su barbilla se arruga un poco.

—Oh Dios, eso es un sacrilegio. Tengo mucho trabajo por delante. —Se acerca a la enorme selección que está en la pared—. ¿Por dónde empezar? Mmm… probemos con algo sencillo y clásico. *English breakfast.*

Observo los movimientos que hace en una pequeña zona de servicio, donde hierve agua en un hervidor eléctrico y luego calienta una pequeña tetera de porcelana con un rápido enjuague. Hace un gesto con las cejas y toma uno de los contenedores. Mide. Coloca dos tazas de té en una bandeja con mini recipientes de leche y azúcar.

Observarlo me tranquiliza. Mi respiración se ralentiza.

—Menudo ritual.

Orion pasa un paño de cocina por la encimera.

—Si te gustan los rituales, espera a que te prepare uno de los tés verdes asiáticos o té oolong.

Coloca la bandeja preparada delante de mí y se deja caer en otro taburete.

Que haga todo esto por mí es más que lindo. Es amable. Sonriendo, agarro la tetera, pero él me detiene con la palma de la mano. Sus dedos son largos y finos.

—Un minuto más. El tiempo lo es todo. No hay que precipitarse.

El tiempo. Durante los próximos tres meses, mi familia se ha apoderado del mío, tanto de mi reloj como de mi calendario. No he sido capaz de conseguir un pasaje de avión adelantado o tampoco apresurarlos.

—¿Lila?

—Yo... gracias. —Orion sirve un té marrón intenso y aromático en nuestras tazas—. Los

clientes pueden comprar té suelto, pero ¿no pueden pedir una taza para tomar aquí? ¿Quizá con un pastelito o un *scone*?

—De momento no. La cocina trasera vino con la propiedad, pero no estamos preparados para servir comida.

Lo miro a los ojos, asintiendo antes de pasar los dedos por el asa. Yo sé de sabores. Pero el *English breakfast* cubre mi lengua de unos que no conocía.

—Es realmente delicioso. Intenso y con cuerpo.

Orion sonríe.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, ¿quieres ser realmente británica y añadir un chorrito de leche?

Solo por ese pequeño e insignificante detalle, descubro que sí quiero. Tal vez sea por la forma en la que lo pregunta, su acento suave y almibarado, sazonado con una pizca de atrevimiento. Vierto la leche y veo cómo el té se aclara hasta convertirse en un moca pálido.

Orion también echa un poco en su taza.

—Oye, con toda la charla de antes sobre Jules y Goldline, se me olvidó invitarte a su presentación del próximo fin de semana.

Doy otro sorbo. Asiento cuando recuerdo a Orion hablando maravillas de su voz y su talento escénico.

—¡Genial! Es una... —Se sonroja con un tono de rojo que no tiene nada que ver con nuestra carrera—. Tu guía de la ciudad de Winchester solo se está asegurando de que tu carné de baile está reservado para el sábado por la noche.

—No puedo esperar —digo, y me doy cuenta de que es verdad.

—Así que, Lila de Miami. —Señala mi taza—. La mayoría de los lugareños tienen un té que consideran suyo. Ya sabes, su sello personal. Por ejemplo, a Victoria, de la tienda de segunda mano, le encanta el té de Ceilán negro que ofrecemos. Lo elige antes que cualquier otro. Tenemos que encontrar el tuyo. Sé que necesitas probar más variedades, pero ¿el *English breakfast* está en la lista?

Casi he terminado mi taza.

—No estoy segura. Me gusta mucho. Puede que no sepa de té, pero sé de calidad, y este la tiene. Solo que no sé si lo considero mío.

—No importa. Supongo que tenemos casi tres meses para averiguarlo.

Esto lo dice como si fuera mucho y a la vez poco tiempo.

12

Hoy es el día más caluroso en Winchester desde que estoy aquí. Me las he arreglado con un pequeño vestido y he salido a buscar ingredientes para cocinar comida cubana al mercado. Ahora, una fina capa de luz solar alimonada se aferra al atardecer, lo suficiente para que me ponga una chaqueta de jean y me siente en una reposera en el terreno de la posada. Desde aquí llamaré a Pilar por FaceTime. Al otro lado del jardín, Spencer y Cate están recogiendo verduras de la huerta.

Veo como él le da un dulce beso en la frente y no puedo evitar pensar en otro jardín: el de mi tío abuelo en el barrio de la Pequeña Habana de Miami. Fue el primer lugar donde Andrés me besó.

En ese pequeño terreno donde están todas nuestras raíces familiares. Cuatro años después de que Abuela abandonara Cuba, mi tío abuelo siguió su camino a través del océano. Trajo sus escasas posesiones y una bolsa de tela llena de granos de maíz de la granja familiar. El maíz de Miami, el maíz de Estados Unidos, no serviría. Hasta hoy, sigue plantando la cosecha todos los años y lo molemos para hacer masa. Comemos de lo que nació del suelo cubano, hace más de cincuenta años.

La casa de Tío es también el lugar de la mayoría de nuestras grandes cenas familiares. Durante años, Stefanie nos acompañó a comer cerdo asado, frijoles negros y el flan de Abuela. El verano después de cumplir quince años, también invité a Andrés. La única tarea de Stefanie luego de la cena era distraer a Abuela y a mis tías, que tenían unos ojos muy curiosos, mientras yo me llevaba a Andrés a escondidas. Tenía un plan.

Lo guie en un recorrido puramente inocente por parterres de calabazas, lechugas y cebollas. Rodeamos aguacateros y limoneros. Luego, la parcela de maíz, la mayor joya del jardín y, atrevida como una caribeña, agarré a Andrés de la mano y tiré de él hacia un lugar escondido entre los tallos.

El maíz nos tragó por completo y nos convirtió en un secreto.

Cuando me besó allí, un hormigueo recorrió mis extremidades, soltando chispas dentro de mi vientre. Sabía a flan y a la Coca-Cola con lima que Papi le había servido, lo que constituía su lenguaje de aceptación.

Todo está bien.

A miles de kilómetros de distancia, en este jardín inglés, me pregunto si Andrés está realmente bien. ¿Sigue soltero? Las palabras han estado dentro de mí, ganando peso, desde que vi su Instagram. Finalmente, las suelto por FaceTime después de que Pilar termine su actualización sobre Miami.

Pili se ahoga con su refresco y le suben burbujas por la nariz.

—Lila. —Vuelve a toser y me mira por encima del vaso.

—Dímelo. Te juro que hace días que no miro su Instagram, pero la última vez que lo hice lo vi estaba en...

—South Beach. —Es obvio que vio la foto. Y así es Pilar. Me dirá cien veces que siga adelante e ignore al chico que me rompió el corazón. Sin embargo, la misma convicción caracteriza su hermandad, y estará ahí sumando consejos, haciendo sus comprobaciones y balances. Es lo que ella hace.

—¿Y bien? —la presiono—. ¿Sabes con quién estaba? ¿Sabes algo?

Ella exhala con pesadez.

—Está bien. Annalise está tomando clases de ballet barre con la novia de Christopher, Jacqui, y...

—Solo ve al grano. Sé cómo viaja la información.

—Ese día en la playa, Andrés estaba allí con Chris y Jacqui, y… Alexa.

Alexa Gijón. Ella creció con Andrés en Coral Gables e incluso salió con nosotros en grupo varias veces. De repente, soy testigo de una presentación mental de diapositivas de cada interacción que vi entre ellos.

—Hermana —recalca Pilar—, juro que no sé si tienen algo. —Le creo. Podemos adornar las historias, pero Pilar y yo no nos mentimos. Es una de las razones por las que estamos destinadas a triunfar como socias.

—Está bien.

Andrés probablemente fue a South Beach con ella como amigos. Podría ser algo totalmente inocente. O tal vez estaba en una cita doble. Todo lo que quiero hacer es correr a lo largo de cualquier camino de Winchester que pueda encontrar para escapar de ese pensamiento.

—No te precipites, ¿de acuerdo? —dice—. Limítate a lo que sabemos por…

—Pili, tengo que irme. Hablamos más tarde. Besitos.

Termino la llamada antes de que responda porque necesito un poco de espacio tras su revelación. Mientras que mi hermana siempre ha sido fiel a las pruebas y a la recopilación de datos, Stefanie siempre ha actuado diferente. Noticias como la de Andrés y la playa la harían pasearse con rabia y determinación por estos hermosos terrenos ingleses. Olvídate de intentar resolver nada, Stef se limitaba a satisfacer mi deseo de ser excesivamente dramática. Nos quejábamos y nos lamentábamos, a veces planeando extraordinarios planes de venganza dignos de cualquier telenovela. A menudo, acabábamos riendo tanto como habíamos llorado.

Echo de menos esa parte de nosotras. Y, ya sea un drama o la trama de una telenovela o la vida real y honesta, la realidad es que se me acabaron las excusas para no contactarla. Lo he estado posponiendo. La he estado posponiendo. Preparo un correo electrónico y, luego de escribir y borrar al menos diez líneas diferentes, me decido por nueve palabras:

Querida Stef:

Hola. Creo que deberíamos hablar. Lila.

Ahora lo que pase mañana depende de ella. Pulso «Enviar» y me guardo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, justo cuando veo a Spencer ayudando a su mujer a levantarse de los parterres. Avanzan hacia mí en lugar de entrar por la puerta lateral de la cocina.

—¿Buen botín? —pregunto mientras la pareja se deja caer en las dos sillas que quedan.

—La huerta está creciendo muy bien. Lo suficiente para hacer ensaladas decentes esta semana. —Cate sacude su cesta antes de dejarla sobre el césped—. En otras noticias, Polly ha avisado que en dos semanas dejará de trabajar con nosotros.

No me sorprende en absoluto mi rápido destello de alegría, que se vio intensificado luego de

mi llamada con Pili.

—No va a renunciar —corrige Spencer—. Es algo temporal. La madre de Polly tiene una enfermedad cardíaca. Su cuidadora va a ser operada de la rodilla y estará de licencia hasta agosto. Su madre se niega a permitir que venga una enfermera suplente. Es testaruda. Polly no tiene más remedio que intervenir ella misma. Buscaremos un reemplazo mientras tanto. Pero como has estado trabajando con ella, queríamos que lo supieras.

La hermosa cocina del Crow irrumpe en mi mente. ¿Un espacio vacío, sin la carpeta roja y sin Polly coartando mi estilo?

—No necesitas buscar más ayuda. Puedo encargarme de toda la pastelería sin problema. Y Polly no tiene que esperar dos semanas para irse.

Spence ladea la cabeza.

—Muy bien. Creo que sin duda eres lo suficientemente capaz.

—Capaz, sí, pero la carga completa de trabajo podría ser más de lo que puedes manejar —añade Cate—. No estás aquí para hacer de Cenicienta, obligada a trabajar todo el día sin tiempo para divertirte.

Me miro las manos, notando las marcas de quemaduras por descuido y lo secas que están de tanto usar harina. Pero para mí, eso es la belleza. La cocina es el castillo de cuento de hadas que necesito.

—Por favor. Quiero hacerlo.

Cate lo consulta con Spencer sin mediar palabra. Asiente.

—De acuerdo, pero con una condición. Tú preparas el desayuno y los aperitivos, pero yo prepararé y serviré el té de la tarde como lo hace Polly mientras tú buscas tiempo para salir.

—Trato hecho —digo y por fin le pongo palabras a un deseo—. Sé que esta es una posada tradicional británica, pero ¿estaría bien si empezara a añadir al menú algunos panes y pasteles cubanos?

Spencer dice:

—Nos parece bien que introduzcas un poco de variedad. ¿Qué tal si vamos viendo cómo resulta?

Se marchan, dejándome algo más que un nuevo trabajo. Los pensamientos de Andrés y Alexa juntos en la arena de South Beach vuelven a brotar en mi mente, creciendo tan bien como cualquier planta del jardín de Tío. Esta vez no puedo alejarlos. Puede que le haya ocultado la verdad a Pili, aunque sea una parte. Porque esto no está bien. Y quiero saber: ¿Alexa nos estuvo observando en grupo durante años? ¿Viendo la boca de Andrés sobre la mía, su mano deslizándose por mi muslo desnudo mientras todos descansábamos en la terraza de su piscina? ¿Ha estado esperando todo este tiempo y ahora es ella la que tiene su piel bajo las manos aceitadas con Sun Bum de Andrés, recorriendo su cuerpo y rompiendo con su dedo juguetonamente la cinta de la parte de arriba del bikini entre sus omóplatos?

Stefanie siempre solía hablar de los ganchos emocionales, esos pequeños puntos de trauma y memoria que siempre están pegados a ti.

«¿Andrés seguirá soltero?» Es el mío.

13

Se supone que Orion estará aquí en quince minutos para ir al show de Jules y yo estoy en un feroz duelo de miradas con mi armario. Hasta ahora estoy ganando. Lo que no significa que esté vestida. Además de la costumbre que tengo de procrastinar, es difícil concentrarme en elegir un conjunto cuando mi mente actúa como una especie de armario propio. Mis pensamientos están repletos de imágenes recientes: viejos amigos, noticias sobre exnovios y playas y preguntas sin respuesta.

Receta para una ruptura de la cocina de Lila Reyes

Ingredientes: Una joven cubana. Un joven cubano. Un vestido de graduación color champaña. Un par de sandalias doradas de tiras. Un bolso de mano dorado. Una mejor amiga. Una hermana. Harina. Agua. Levadura. Azúcar. Sal. Manteca de cerdo.

Preparación: Escucha atónita cómo tu novio de tres años te dice que no te deja porque no te quiera, simplemente ya no puede estar contigo y necesita su espacio. Corre a casa de tu mejor amiga y llora durante horas mientras ella planea su muerte de infinitas y creativas maneras. En la noche del baile de graduación, mientras tus compañeros bailan, hornea una docena de panes.

*Olvida el vestido de gala para el baile. Tu hermana lo sacará de tu armario antes de que tengas que verlo.

Temperatura de cocción: 450 grados Fahrenheit, la temperatura perfecta para el pan cubano.

Tres fuertes golpes en la puerta de mi habitación me sacan de mi armario virtual.

—¿Lila? Me vinieron a buscar, ¡así que me voy! —grita Gordon.— Un pequeño consejo... Ri nunca llega tarde.

Desde luego, no voy a admitir mi retraso y mis divagantes pensamientos en frente de Gordon.

—¡Está bien, gracias! —le digo—. Nos vemos en el club.

—¡Genial!

Abrígate bien, me advirtió Orion esta mañana durante nuestro trote por la orilla del río Itchen. Y lo repitió cuando me dejó en el Crow antes del trabajo. Después de cepillarme el pelo con suero alisador, me pruebo unas cuantas prendas más.

Mi teléfono suena sobre el escritorio.

Orion: Estoy afuera.

Yo: ¡Es muy temprano!

Gordon no bromeaba.

Yo: Bajo en cinco.

Orion: Bien, te esperaré aquí congelado.

No le respondo.

De vuelta al armario y sin tiempo, me rindo y decido ponerme uno de los suéteres negros de lana merino de Pilar. Le quito la etiqueta y lo combino con unos jeans ajustados oscuros. Y, ya que me estoy poniendo en plan *Qué no ponerse, edición Miami a finales de junio*, me pongo unos calcetines finos y las botas bajas negras de mi hermana. El acento de Orion resuena en mi mente, así que me pongo el grueso pañuelo gris y negro de animal print. Una capa del labial MAC Impassioned colorea mis labios como pomelos.

Bajo corriendo y abro de un tirón la puerta principal del Crow. Estoy más agotada de lo que cualquier corredora decente debería estar. Bueno. Orion parece estar muy calentito con su chaqueta de cuero marrón y su bufanda de lana azul marino anudada al cuello.

—Te esperaré congelado aquí, ¡y una mierda! —le digo, bromeando—. Además, ¿llegar temprano es algo de los británicos?

Da un paso atrás y cierro la puerta detrás de nosotros.

—Se llama ser puntual y la forma en la que lo preguntas me hace cuestionar si llegar tarde es algo de Lila.

—No siempre. —Se forma una grieta en mi pintalabios rosa brillante—. Y nunca cuando se trata de algo de la cocina.

Su sonrisa es lo más cálido que tiene puesto.

—Te ves bien. Me has hecho caso. Bueno, más o menos —añade tímidamente.

Me cuelgo el bolso.

—¿Qué quieres decir con «más o menos»?

Durante todo este fin de semana, la zona de estacionamiento frente al Crow está bloqueada por obras menores en la carretera. Doblamos en la esquina y me detengo bruscamente.

—Espera. ¿Viajaremos en eso?

No me considero una cobarde. Pero nunca he montado una motocicleta; es algo que ocupa el número cinco mil en mi lista de diez cosas que debo hacer.

—Eso —dice Orion, señalando la máquina negra de dos ruedas con asiento de cuero color canela que podría causarle la muerte temprana a cualquiera—, es una Triumph Bonneville de 1982. Está totalmente restaurada, aunque es un poco ruidosa.

Recuerdo el estruendo que invadió la cocina del Crow la primera vez que lo vi.

—Em, pero...

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Acércate, Lila. Ella ladra más de lo que muerde.

No me muevo, ni me acerco.

—¿Ella?

—Pues sí. Se llama Millie y era de mi abuelo. Ahora es mi chica. Ya no las fabrican, Millie es un clásico.

Un temblor recorre mi cuerpo.

—Tal vez hay una razón válida por la que ya no las fabrican y puede que tenga que ver con que son cuerpos metálicos de destrucción total.

—Es inofensiva. —Me toma por el codo y me lleva hasta Millie—. Hoy la lustré antes y todo. No tienes miedo, ¿verdad?

¡Carajo!

—Claro que no. Es que hay mucho peligro... ahí fuera.

Orion se coloca como mediador entre la moto y yo.

—Llevo manejando esta moto desde que era niño, mucho antes de que fuera legal. Cientos de horas sin incidentes y puedo conducir la ruta que lleva al auditorio con los ojos cerrados. Obvio que no puedo prometer que nunca nos pasará nada. Pero… ¿puedes afirmar lo mismo cuando cruzas cualquier calle de la ciudad?

¿Decir que algo, o tres cosas, están alterando mi mundo? Nunca. Así que niego.

—De acuerdo. Pero no me gusta invitar a la gente... —Arquea una ceja sin entender—. En concreto, a mis acompañantes de visitas guiadas, a actividades que sé que probablemente los lastimarán.

Pero sé que él no lo haría, no podría. Es un chico que ha sufrido lo suficiente como para pavimentar todas las calles de Winchester con su dolor. Mi cuerpo se afloja.

—De acuerdo. —Tomo la goma para el pelo de mi muñeca, sujetando mis mechones planchados en una cola de caballo.— Será mejor que vuelva por una chaqueta.

—No hace falta. Además, tenemos que irnos o nos perderemos el show de Goldline. —Abre una mochila y saca una conocida prenda de lana gris—. Después de lo que dijiste sobre tu equipaje de Winchester, no estaba seguro de tu situación con la ropa abrigada.

Me pongo el cárdigan sobre el cuello redondo de mi suéter merino. El cárdigan de Orion es más suave que la gabardina que cuelga en mi armario. Podría perderme dentro de él. Me ajusto la bufanda para que los extremos caigan sobre mi pecho.

—Esto se está convirtiendo en un hábito.

—Conozco hábitos peores —dice y se sube a la moto—. Es tu turno.

Me siento a horcajadas en el espacio de cuero que queda detrás de él y apoyo las botas donde me indica.

Orion se inclina.

—Agárrate de mi cintura y no te sueltes, e inclínate conmigo en las curvas. —Acelera a Millie. El motor vibra bajo mis muslos—. ¡Agárrate, Miami!

Orion arranca despacio mientras atravesamos St. Cross. Luego ignora mi debut en la motocicleta cuando la carretera se ensancha. He corrido por esta carretera, *hemos* corrido por esta carretera. Pero en su moto, todos mis sentidos están intensificados por la noche y la velocidad.

Durante los vacilantes primeros minutos, no pude evitar pensar en el descapotable plateado de Andrés. Incluso a toda velocidad, nuestros días en Miami me perseguían con repeticiones de la brisa tropical bañada por el sol y los paseos por Collins Avenue. Pero la moto de Orion tiene algo que decir sobre mi memoria. Y es más fuerte que las viejas palabras en mi cabeza. Tanto el motor como su hábil conductor luchan por ganarle a mis recuerdos. El olor a pino fresco y césped se envuelven en el viento, disparándose a mi nariz como una droga.

La velocidad me aprieta contra la espalda de Orion. A medio camino, aprieto más fuerte y apoyo la mejilla en el cuero desgastado. Estoy abrigada con su cárdigan y mis brazos se apoyan en su cuerpo. Cierro los ojos y me limito a sentir hasta que la moto frena y Orion entra en un estacionamiento lleno de coches.

—¿Tan pronto?

¿De verdad acabo de decir eso?

Parece que sí porque Orion se ríe mientras estaciona y luego me ayuda a bajar de la moto. Mi cuerpo sigue pensando que estamos en medio de giros y curvas vertiginosas, el gruñido del acelerador resonando en mis oídos.

—Te he traído hasta aquí en una pieza e incluso has conseguido disfrutarlo.

—Yo... sí —digo mientras mis piernas recuerdan cómo caminar.

—Entonces, ¿podrías soltar mi pobre e inocente chaqueta antes de que entremos?

Miro hacia abajo; mi mano se había agarrado instintivamente como una prensa alrededor de su antebrazo.

—Lo siento. No me había dado cuenta.

—Millie tiene ese efecto en la gente. —Suelta otra carcajada, sus rasgos cálidos y presumidos —. Entonces sí te gustó.

14

Mis piernas consiguen volver a la normalidad cuando llegamos al edificio blanco con tejado a dos aguas y ribetes negros. El cartel de la entrada dice Heaven’s Gate, pero los lugareños llaman a este bar simplemente The Gate.

Dentro del local, la poca luz crea un matiz fantasmagórico. Sudor, cerveza de lúpulo y una mezcla de cientos de perfumes acompañan nuestros codazos entre la multitud. Orion planta la palma de su mano en mi espalda y nos guía hacia el centro. Remy y su equipo nos han estado reservando asientos, y menos mal porque ya no queda ninguno.

Nuestro grupo ha conseguido dos mesas y las ha juntado. En el fondo, veo a Flora con un par de chicas y chicos mientras nos acomodamos en nuestras sillas.

Gordon saluda con la mano y Remy me saluda desde la izquierda, y dice:

—¿Has sobrevivido a Millie? Tienes agallas detrás de tu delantal, Lila. Ri es una bestia con esa cosa. Suele acabar robándole el coche a su padre cuando lleva acompañantes.

Orion se inclina hacia delante.

—Ya está bien, gracias.

Me giro y miro a mi chófer.

—¿Un coche? Tenías acceso a un coche y…

—Goldline es la siguiente. —El ojo izquierdo de Orion se desvía hacia mí. Su boca se frunce de forma exasperante.

—No hemos terminado de discutir esto —digo.

—Es hora de escuchar música, Lila.

La verdad lo salva y el público aplaude cuando Goldline sube al escenario. Remy pasa lista por mí. Leah, la baterista, aparece primero, luego Tristan y Jack, uno al teclado y el otro en el bajo. Por último, Carly, una morena menuda con una guitarra acústica, se acerca a un micrófono con brazo y presenta a Jules. La cantante aparece con un maxi vestido color borgoña y una chaqueta de cuero negro, su cabello lacio y teñido del mismo color de la limonada rosada.

Atrás queda la chica torpe que eructa por tomarse una sidra y no puede sentarse bien en una silla. Con el micrófono en la mano y una buena banda a sus espaldas, es una seductora profesional, delicada e impecable. Jules se come el escenario.

Al cabo de unas cuantas canciones, me doy cuenta de su particular estilo musical. Pilar lo describiría mejor, pero incluso yo sé que Goldline toma prestadas sus variantes eclécticas de muchos sonidos y décadas de referencias musicales. En parte alternativo, en parte folk, añaden suficientes matices para que la polifonía de sintetizadores y guitarras no resulte demasiado sofisticada.

Orion capta mi mirada de reojo.

—¿Te gusta? —me pregunta, tan bajo y empañado como la luz, y sé que se refiere a la música. Un suspiro sigue tropezando con mi lengua.

—Jules está hecha para cantar. —Su voz aireada, pero controlada atrapa mi corazón en un anzuelo.

Orion se mueve y el cuero roza mi brazo.

—Ella escribe la mayor parte de las canciones. En ese cuaderno púrpura que siempre lleva consigo. —Extiende su largo brazo hacia el escenario—. Por eso la consentimos.

Pierdo la noción del tiempo entre una balada acústica y una oscura improvisación alternativa. Mis ojos vuelven al presente cuando las luces de la sala se encienden para que la banda tome un breve descanso. Fueron cinco canciones que parecieron no ser ni una.

Remy tensa el cuello para observar el lugar antes de inclinarse hacia Orion y hacia mí.

—Por Dios. Jason Briggs está aquí. A las seis.

Orion señala a un pelirrojo alto y desaliñado. Parece que hace dos semanas que no toma un baño.

—Es el asistente de producción de Four Points Records. Jules ha puesto a Remy a seguir el Twitter de los cazatalentos y mánagers londinenses para ver a qué conciertos van. Siempre hay una posibilidad de que la vean.

—¿Crees que está aquí por Jules? —pregunto, lo que despierta los oídos de Gordon.

—Todavía quedan bandas, pero esperamos que sí —dice Remy—. No sé cuándo llegó. —Él se gira, mirando de lado a lado—. Necesita escucharla, pero no hay más asientos y los dueños no dejarán que nadie deambule por los costados por mucho tiempo.

Luego de menos de diez segundos de deliberación entre nosotros, comienza el juego de la silla. Gordon le hace señas a Briggs para que se siente junto a Flora, en su silla que ahora está vacía, y luego se desliza hasta la silla de Remy. Remy se desliza hasta mi silla. ¿Y yo? Termino en el lugar más lógico: el regazo de Orion Maxwell. No acostumbro a sentarme en el regazo de los chicos, sobre todo después de conocerlos hace menos de dos semanas, pero Jules se merece mi incomodidad. El dueño del regazo también sonríe y me hace señas para que me acerque como si no fuera para tanto.

Aun así...

—¿Es...? ¿Estás seguro? ¿No soy muy pesada o algo así? —Hago hincapié en el «algo así» sintiendo como todo mi cuerpo se sacude como las alas de una polilla.

—No hay nada de qué preocuparse. —Orion me cambia de lado, dejando mis piernas colgando sobre su muslo derecho.

Se apagan las luces y el público le pide a la banda que vuelva al escenario. Jason Briggs se acomoda en la antigua silla de Gordon mientras envía mensajes de texto. Yo estoy más preocupada por intentar balancear el peso de mi cuerpo en el regazo de Orion sin invadir completamente su espacio personal. Jules canta los primeros compases de una cautivadora versión acústica de *Dream On* de Aerosmith que me hace estremecer, como si tuviera hormigas cubanas borrachas en los pantalones. Y tampoco está ayudando sentir el suspiro profundo de Orion, cálido contra mi cuello. Me rodea con los brazos y me estrecha contra su pecho.

—Relájate —dice mientras Jules lanza un agudo soprano mortal en el estribillo—. Es como estar en la moto.

Tiene razón. Eso me tranquiliza. Seguimos en la misma posición el resto del espectáculo, sintiendo las palabras y balanceándonos con las melodías. Vuelvo a perderme en las sensaciones y el sonido, pero es algo más que un emocionante viaje en moto y un conjunto de magníficas

canciones. Es todo lo nuevo que me rodea y que se suma cada día. Ahora mismo, soy una chica de Miami en un bar inglés escuchando a un grupo inglés, sentada en el regazo de un chico inglés, con su calentito cárdigan abrigándome. Y no puedo evitar disfrutarlo, de verdad. Mi pulso y mi respiración marcan un ritmo constante, chocando contra el cuero marrón pegajoso y el aroma a menta y cítricos del jabón de Orion.



Estar detrás del escenario es como estar atrapada en medio de un desfile de carnaval. Orion y yo nos mantenemos juntos, pero perdemos a los demás. Casi me pisa un grupo de chicas que llevan minifaldas de cuero con lentejuelas y botas de charol con tacón de aguja. Jules aparece por fin, adelantándose a la banda, y se apresura a atravesar la estrecha sala llena de cables y guitarras.

Luego de que Orion y yo le empezáramos a hablar de su actuación, Jules me agarra por los hombros.

—Dime que Remy no estaba bromeando y que es real. ¿Jason Briggs estuvo en nuestra mesa? No podía distinguir una mierda con la iluminación de allí arriba.

Me aclaro la garganta y decido omitir la parte sobre los asientos.

—Es verdad. Y seguro que vio la segunda mitad de tu actuación. Todavía estaba allí cuando nos fuimos.

—Obviamente, eso significa que ahora tengo que *stalkearlo* en Twitter. Siempre hace un resumen del fin de semana y se burla de lo que le gusta —me dice Jules y luego apunta su mirada a las vigas del techo—. ¿Por qué me torturo a mí misma? —Señala el cartel de bandas impreso en la pared—. ¿No quieres quedarte? GLYTTR toca dentro de un rato.

¿GLYTTR? *Wow*. Pero luego pienso en los tacones de aguja y las lentejuelas. Tiene sentido que tengan un nombre que haga referencia al brillo.

Orion dice:

—Estábamos aquí por ti. Además, los he oído antes y su sonido es como una mezcla cósmica de música electrónica, K-pop con algunas dosis de Adderall y un número de circo.

Estoy a punto de hacer un comentario, pero Gordon se interpone entre nosotros.

—¿Han visto a Flora? Estaba con nosotros cuando Remy y yo fuimos a buscar bebidas y luego... desapareció. Todos quieren irse, pero no queremos dejarla. Y no está contestando los mensajes.

Orion pasa de ser un relajado espectador de conciertos a un hermano guardián y protector en menos de medio segundo. Frunce el ceño hacia Gordon.

—La encontraremos. Busca a los demás y esperen junto a la boletería.

Le sigo el paso mientras cruzamos un par de veces la planta principal, encontrando nuestros asientos anteriores ocupados y a Jason Briggs todavía observando. Pero no hay ningún rastro de Flora.

—¿Es propio de ella desaparecer e ignorar su teléfono? —le pregunto.

—No... sí. Sí, es muy propio de ella. —Orion se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Hace seis meses, te habría dado una respuesta diferente.

Nos separamos. Yo chequeo el baño de mujeres mientras Orion espía por la puerta de servicio. Cuando regreso, sin Flora, me encuentro con gente que sube y baja por una estrecha escalera que está en la entrada. Las escaleras me llevan a un entrepiso donde la gente puede charlar, pero unos gruesos pilares de apoyo obstruyen la mayor parte del escenario.

No encuentro pasta de guayaba en Winchester, pero encuentro a la hermana de Orion diez segundos después de zigzaguear entre la multitud del entrepiso. Flora está apoyada contra la pared del fondo, un tipo con gorro de lana y camisa de franela frente a ella. Envío un mensaje de texto rápido mientras escucho a GLYTTR tocar en la plata baja. La crítica de Orion sobre el grupo fue acertada; su sonido es de lo más extraño.

Él aparece, me rodea y llama a Flora. Su cara cambia de un sueño a una pesadilla al ver a su hermano.

—No contestabas al teléfono —dice. Esta noche no existe Pink ni otros apodos cariñosos.

—Aquí arriba hay mucho ruido —replica ella.

Orion se planta firme, cruzándose de brazos.

—Tus amigos te están esperando junto a la boletería para irse. Contigo.

El chico retrocede, pero solo un paso.

—Llevaré a Flora a casa. Sana y salva.

—En otra ocasión, William —dice Orion.

Flora resopla, mirando su reloj.

—Pero íbamos a...

—En *otra* ocasión será. Esta noche estás con Gordon y tus amigos. Y se están yendo a comer algo.

Rindiéndose, William levanta ambas palmas hacia Orion. Vuelve sus ojos oscuros y entrecerrados hacia Flora.

—Llámame cuando puedas.

Flora le dedica una única sonrisa antes de pasar por nuestro lado sin decir una palabra más. William levanta la barbilla hacia Orion antes de volver a la barandilla del entresuelo.

—Así que... —digo mientras descendemos—. Ya se conocían.

—Es Will. ¿Recuerdas que te dije que uno de los técnicos de Roth Evan anda revoloteando alrededor de Flora?

Instintivamente, vuelvo a mirar hacia arriba.

—Eso no tenía buena pinta. Definitivamente, em, revoloteando.

Me guía fuera.

—Podría verse aún peor. Si Will está por aquí, lo más probable es que el resto del grupo de Roth esté o haya estado aquí también.

—Así que Jason Briggs no fue el único que vino a ver a Goldline.

Cruzamos hacia el estacionamiento, serpenteando entre los coches estacionados en doble fila.

—Exacto. Jules ha estrenado tres canciones nuevas esta noche, incluida la de los trenes que te gustó. —Señala un Land Rover plateado—. Allí. Ese es el de Roth. Lo sabía. No han venido desde Londres esta noche para ver a GLYTTR. Hay cien grandes artistas femeninas en Londres, pero Roth quiere a Jules y su particular estilo, y no puedo culparlo. Pero no se cansará. —Orion se detiene en seco a metro y medio de su moto y exhala. Su amargura se afloja en una media sonrisa—. Después de lo de Flora y todo eso, me vendría bien un paseo. Hay un sitio genial cerca de aquí que ya tengo en tu lista de cosas que hacer en Winchester. ¿Vienes o tienes que madrugar?

Ya le conté a Orion sobre mi trabajo de cocina en Owl and Crow. Pero esta mañana ya he adelantado toda la repostería de hoy más la del domingo (*scones* de chocolate, bollos de la mañana, bizcocho de Abuela y galletas de azúcar), la única costumbre de Polly que mantengo.

—Mañana dormiré hasta tarde, así que estoy bien. ¿Hay una lista de cosas por hacer?

—Daría una mala imagen como guía turístico si no tuviera una.

El cárdigan de Orion me mantiene abrigada mientras paseamos por la pequeña zona de la ciudad cercana a The Gate. El río Itchen atraviesa el centro de la ciudad en este punto. Pasamos por puentes antiguos y el agua corre bajo nosotros.

Orion es un libro de historia.

«Este viejo molino lleva aquí desde 1086. Se utilizó para lavar la ropa durante la primera guerra mundial».

«Nuestro río Itchen tiene cuarenta y cinco kilómetros de largo».

«Winchester ha estado habitada desde tiempos prehistóricos, pero un incendio destruyó gran parte de nuestra ciudad en 1104. El arzobispo hizo reconstruir gran parte».

Escucho complacida, pero el paisaje y las calles empiezan a resultarme familiares. Demasiado. Saco a relucir un poco de mi propia historia.

—Espera. Si la calle The Broadway está justo ahí, entonces podríamos haber llegado hasta aquí por St. Cross Road en minutos. Pero tomamos esta ruta rural superlarga por las afueras de la ciudad y entramos por detrás...

Se levanta sobre sus botas desgastadas.

—¿Y?

—¿Y? *Y* Remy dijo que puedes usar el coche de tu padre.

—A veces lo hago. —Su estómago gruñe y ambos soltamos una carcajada—. ¿Vamos por un bocadillo, entonces? Podemos ir a Tesco. Mi cena de antes fue algo... mala.

Nos dirigimos al supermercado de la cuadra siguiente.

—¿Intentas distraerme de lo de la moto diciéndole a una cocinera obsesiva que estás comiendo fatal?

—Solo expongo los hechos. Comí una manzana y un sándwich de queso.

Su técnica funciona.

—Lamentable. Ahora que la cocina del Crow es mía, voy a empezar a hacer toda la comida cubana que pueda con ingredientes ingleses. —Mi voz se afina—. La echo de menos.

—Me imagino. Hay un par de sitios en Londres, pero creo que no he probado comida cubana específicamente. Vas a compartir, ¿entonces?

Los británicos sospechosos con motocicletas inútiles no merecen mi sonrisa, pero el estómago vacío de Orion Maxwell, su entusiasmo juvenil y el levantamiento de sus cejas son más fuertes que mi ceño fruncido.

—Ninguno de mis guías turísticos va a sobrevivir a base de té y sándwiches de queso. —Llegamos a Tesco—. Tú ve por los bocadillos mientras yo busco una nueva mascarilla facial. Mi piel echa de menos la humedad de Florida.

Al salir del supermercado, dejamos atrás el centro de la ciudad. Orion no me da ninguna pista sobre nuestro destino final mientras me conduce por una cuesta en constante ascenso a través de un lujoso barrio con grandes casas.

El barrio nos introduce en un sendero marcado por barandillas de hierro forjado y amplios escalones.

—Hay poca luz y está un poco empinado, pero los dos llevamos botas resistentes. Y lo que espera al final merece la pena. —Saca su teléfono, toca el ícono de la linterna y me insta a hacer lo mismo—. ¿Confías en mí?

Confío en tres cosas sin dudarlo: las recetas de Abuela y sus particulares variaciones, el negocio de mi familia— y cómo funciona—, y la ciudad donde lo hace. Pero hasta ahora este

chico ha mantenido a una reacia chica trasplantada de Miami informada, orientada, entretenida y abrigada en suave lana gris. Ahora mismo, yo también confío en él. Tal vez incluso más de lo que lo conozco.

—Vamos.

15

El camino y los escalones son empinados, pero no son rival para mis pulmones de corredora. El sendero secreto termina en una plataforma vallada y una vista que se traga todas mis palabras. Me precipito hacia la luz nocturna y colorida de la ciudad que tenemos debajo, como cuando Stef y yo fuimos a Disney World de niñas. Winchester se extiende como una galaxia invertida de brasas doradas. Estamos muy arriba. Los árboles brillan y los edificios resplandecen contra un cielo negro azulado. Las vías del tren serpentean como colas de cometa. En el centro, la enorme catedral se sumerge en el amarillo de las luces.

—St. Giles Hill. —Orion señala el extenso parque en la ladera a nuestra izquierda—. Ven. Espero que el césped no esté demasiado mojado.

Lo está, bueno, no exactamente mojado, pero sí húmedo, porque esto es Inglaterra. Orion se divierte demasiado con la expresión de mi cara y con el vacilante contacto de mis jeans con la capa de rocío.

—Ya que te hace tanta gracia mi culo mojado, estoy esperando a que sueltes algún mito cultural aleatorio sobre el césped —le digo.

—¿Ahora me pides supersticiones? Y yo que pensaba que todos mis datos y la historia de Winchester te iban a aburrir y enviarte directo a Miami.

La palabra «emboscada» aparece en mi mente así de rápido, y estoy desarmada y débil con el paisaje, las motos y la música. *Estoy aquí*, me dice Miami. Como si pudiera olvidarlo. Pero esta vez Miami solo roza mi piel porque he dejado que esta vista centelleante de la ciudad cambie la mía. Solo puedo pertenecer a un lugar, pero voy a sentarme en una colina y disfrutar de este ahora mismo. Tal vez incluso amarlo.

—Lila. Yo no quise...

—Enséñame lo que hay en esa bolsa —digo.

—Sí. Pero sé que quieres...

—Quiero que tu estómago gruñón se calle de una vez.

Exhala, no sé si por alivio o por humor. Pero agita la bolsa marrón.

—Algunos clásicos aperitivos británicos para tu iniciación.

—Oye, mi vida no está cien por ciento desprovista de «cosas británicas». —Saco el teléfono y le enseño una foto de mi Mini Cooper turquesa.

—No era broma. —Levanta la vista y sonríe—. Combina contigo. El color es alegre y muy Miami.

—Y rápido. Echo de menos conducirlo.

—No falta mucho. Antes de que te des cuenta, te habrás reunido con él. —Lo dice como un juramento—. Tres menguantes meses.

Menguantes como la luna, a la que encuentro asomándose por un árbol y bordeando la colina en todo su redondo esplendor. Luego me vuelvo hacia Orion y, tal vez, contemplar una cosa hermosa me permite apreciar otra. Orion Maxwell es una criatura atractiva. Mejor dicho, *muy* atractiva. Las partes desgastadas de él (el cuero maltratado, las botas llenas de marcas y su cabello, que siempre se encrespa) resultan interesantes en contraste con un rostro iluminado por la luz de la ciudad, con sus bordes afilados y ojos azules salidos directamente de la paleta de un pintor. Mis palabras siguientes salen como si hubieran estado metidas dentro de la imaginación, nubladas.

—¿Qué clase de proveedora de servicios alimentarios soy? Te distraje de tu bolsa de comida.

—Es cierto. —Con una sonrisa, Orion organiza nuestro pequeño pícnic de comida—. Papas fritas Walkers con tocino. Y para un subidón de azúcar, barritas Aero y Dairy Milk. —Por último, presenta una botella grande de aspecto familiar—. Sí, Oldfields otra vez. Tenía prisa, así que fui a lo seguro. —Sirve sidra en dos vasos de plástico transparente—. El dependiente de Tesco me los puso cuando vio nuestro botín y mencioné la colina. Así no tendríamos que beber de la botella. —Choca su vaso contra el mío—. Como los paganos.

Me acurruco en el cárdigan de Orion, bebo sidra y pruebo la comida. Las papas fritas con tocino son mis favoritas. Y también lo es la vista. Es otra cosa en la que podría perderme, incluso con un guía turístico como él, y quizá incluso un nuevo amigo. Dejaría que me muestre todos los caminos.

Orion me atrapa con la mirada hacia el cielo.

—¿Mirando las estrellas? —pregunta.

Me recuesto en la ladera, con el pelo apoyado en el césped húmedo, pero no me importa.

—Te estaba buscando. Me refiero a tu constelación.

Él sonríe.

—Fue cosa de mi padre y por eso mamá le puso el nombre a Flora. Orion es un cazador mitológico griego. Papá siempre ha cazado en lugares lejanos. Combina eso con el amor por la astronomía y obtienes un nombre por el que los niños se burlan de ti en la escuela.

—Es un nombre estupendo. Único y fuerte —digo sin darme cuenta.

—Gracias, ahora me gusta. Creo que tenía que acostumbrarme a él. Pero no me encontrarás en el cielo esta noche.

—¿Por qué no?

—Orion es visible durante los meses de invierno en el hemisferio norte. Aquí vuelve a principios de agosto, pero solo al amanecer. —Me choca el costado jugando—. Orion tiene horario de panadero.

—Aún estaré en Winchester en agosto, con las manos en la masa. Tendré que salir a mirar, si es que puedo encontrarlo entre toda la niebla y las luces de la ciudad. Nunca he estado en un buen lugar para observar las estrellas. Hay demasiadas ciudades en nuestros viajes y Miami también lo es.

Mi brillante y hermosa casa nunca está lo suficientemente oscura.

—Estás de broma. —Incluso en la penumbra, capto el fingido horror en su rostro—. Tu lista de cosas que hacer como turista crece a cada minuto. Hay un lugar de ensueño para los observadores de estrellas que es oscuro como el pecado. No queda muy lejos de aquí yendo en Millie.

—Me encantaría ir. —Suelto un suspiro espeso, inhalando y exhalando—. Recién en las últimas semanas he sido capaz de mirar las estrellas sin quebrarme. Desde el funeral de mi

abuela que no podía. —Giro la cabeza y lo veo quieto, esperando—. Me llaman Estrellita en mi barrio de Miami. Como si iluminara el cielo nocturno, y la cocina, mientras los demás duermen.

—Lo haces —dice Orion—. Se nota en tu comida.

—Gracias. Necesito ese ánimo para lo que voy a hacer cuando llegue a casa.

—¿Para los negocios de tu familia? Yo conozco algo de eso.

Asiento.

—Mi madre no hornea, pero es una experta decoradora de pasteles. Cuando Pilar se gradúe el próximo mayo, mis padres quieren abrir una pequeña pastelería personalizada en otra parte de Miami y Pilar y yo nos haremos cargo de La Paloma. Yo supervisaré al personal de cocina y toda la comida. Pilar se encargará de la contabilidad y los negocios.

—Un equipo ganador. —Extiende un dedo, pero no me toca—. Eso explica el amuleto. Si todo eso te espera en casa, entiendo por qué es difícil estar lejos.

Me incorporo y busco la paloma dorada. Por la forma en que se dobla mi bufanda, sé que el pájaro cuelga justo debajo de la lana con estampado de leopardo.

—Estar lejos de casa es como estar lejos de mi corazón. Pero es culpa mía. Fui una especie de Flora multiplicada por mil.

Él también se levanta, mordisqueando su barrita de chocolate.

—Me imaginé que no te mandaron lejos por tres meses porque te escabulliste e ignoraste tus mensajes de texto.

—No, pero un día me ganó el sentimiento de pérdida y me volví imprudente. Extrañaba a Andrés y la muerte de Abuela me carcomía por dentro. Y luego Stefanie se fue. Todo lo que conocía se me escapaba y sentí que tenía que recuperar mi ciudad para sentirme mejor, arraigarme.

—¿Y cómo una persona recupera una ciudad, entonces?

—Corrí todo lo que pude por Miami, durante horas. Sin contestar ningún mensaje. Pilar terminó rastreando mi teléfono y me encontró a casi treinta y dos kilómetros de casa. Estaba tirada sobre el césped de un parque cualquiera, deshidratada y llorando a mares. Básicamente, un desastre.

—Cielos, ya veo por qué estaban tan preocupados. Alguien podría haberte asaltado... o algo peor.

—Sí... —susurro. Es la primera vez que hablo de esa noche. Me siento mejor de lo que pensaba al soltar algunas de las imágenes en las que todavía pienso cuando mis manos amasan. El pánico de los pulmones ardiendo y no tener suficiente aire, mi garganta secándose hasta convertirse en el mayor desierto de Florida. Y Pilar peinándome suavemente el cabello recién lavado antes de calentar la sopa.

Esta vez me encuentro con ganas de continuar hablando.

—Mi familia no envía lejos a sus seres queridos, a menos que sea el último recurso, así que supongo que eso compró mi pasaje aquí. Que Abuela viniera a Estados Unidos cuando era adolescente fue más bien una oportunidad única que mis bisabuelos no podían dejar pasar. Fue en un programa de intercambio en el extranjero a través de su iglesia. Pero al cabo de unos años, la mayoría de mis parientes la siguieron y se amontonaron en casas hasta que encontraron trabajo y pudieron permitirse tener una propia. Nos mantenemos unidos y esa unidad familiar lo es todo. —Mis ojos se nublan—. Gran parte de la mía es...

—Mucho de lo tuyo es Miami —dice.

—Exacto. Es donde empezamos, en cierto modo. —El teléfono de Orion suena—. Revisa.

Puede que sea Flora —le digo.

Me mira con la barbilla inclinada antes de leer el mensaje.

—No es ella. Es Remy. ¿Recuerdas lo de Jules *stalkeando* en Twitter al productor? —Cuando asiento, dice—: Jason Briggs twitteó sobre lo más destacado del sábado en la pequeña ciudad de Winchester. Pero no dijo ni una palabra sobre Goldline.

Enderezo mi columna vertebral.

—Eso es ridículo. Jules es una de las mejores cantantes que he escuchado.

—Sí, y, a veces, un mensaje no es suficiente. Deberíamos llamarla.

Lo hace y cuando Jules contesta, Orion la pone en el altavoz.

—Esto es una mierda —dice.

—Esas sí que son unas palabras apropiadas, Ri —dice Jules del otro lado de la línea, inexpresiva—. ¡Briggs incluso hizo un guiño a GLYTTR, ¡a GLYTTR! ¿Entiendes?

—Jules, habla Lila. Tú y tu banda estuvieron mucho mejor que cualquiera en ese escenario esta noche. Escuché algo de ese grupo GLYTTR y son basura. De verdad lo siento.

—Gracias, amor.

Continúo:

—¿Así que el estudio de Briggs está en Londres? Siempre podría hornearle algo especial, ya sabes, con un ingrediente extra para mantenerlo atrapado en el retrete durante largas y dolorosas horas.

Una armonía de risas llena la silenciosa colina.

—Esa chica es siniestra. Me gusta. —Eso viene de Remy.

—A mí también, y tu oferta es tentadora, pero creo que no —dice Jules—. Así son las cosas. Toda la industria es subjetiva y todo consiste en captar la atención de alguien en el momento adecuado. Me pondré mis pantalones de niña grande y lanzaré mis nuevas canciones sin importar lo que diga Jason Briggs. Y a partir de ahora, no quiero oír ni una palabra más sobre mi cuaderno púrpura de boca de ustedes.

Estamos de acuerdo y se lo decimos. Luego colgamos y Orion me sorprende, de nuevo, con la cara mirando al cielo despejado y negro.

—¿Estás buscando a otros chicos con nombres de constelaciones?

—*Ha bloody ha* —digo, imitándolo, lo que hace que él suelte una risita divertida—. Creí ver una estrella fugaz, pero solo era un avión. Y también estaba pensando en Jules. Ella no está esperando y deseando que su gran oportunidad caiga sobre su escenario. Está trabajando muy duro para conseguirlo.

—Sin duda no está dejándole su futuro a ninguna estrella de los deseos. Ella se convertirá en la estrella.

Miro hacia arriba y hacia abajo de nuevo.

—Pero sigue siendo divertido desear. Si esa lucecita que vi no fuera un avión, ¿qué desearías?

—Probar tu comida cubana.

Lo miro.

—Eso es un hecho.

—¿De verdad? —Gira, apoyándose en un codo—. Eso es lo que dices, pero yo todavía...

—La probarás. Voy a empezar con algo llamado sándwich cubano. No te daré pistas excepto que requiere asar un par de paletas de cerdo y hornear un jamón. Así que, solo quedan días, Maxwell. No necesitas desperdiciar una estrella de los deseos. Ahora, ¿cuál es tu verdadero deseo?

Su sonrisa feliz se apaga y dirige la mano hacia las tenues estrellas.

—Hace tiempo que dejé de pedir deseos. Quiero decir, aún tengo esperanzas y sueños. Pero eso no significa que me quede sentado esperando a que las cosas sucedan. He hecho un trato con el universo. He aprendido a no pedirle más de lo que se me da, tanto de lo bueno como de lo malo.

—¿Desde... tu madre?

—Sí. He aprendido a encontrar la paz y la aceptación en no luchar contra lo que no puedo controlar. Ya no acudo a Dios o al universo como un mendigo. Eso me ha ayudado. —Su boca se tambalea ligeramente—. Y mira, a veces el universo me regala noches muy divertidas enseñándole a las reposteras cubanas visitantes la música de mis amigos, las motos y nuestros bocadillos autóctonos. Así que puede que quieras ir a casa. Lo entiendo y conozco todas tus razones, pero ahora mismo estás aquí y no creo que sea tan malo, Lila.

—No lo es. No está nada mal. —Las palabras salen de mí a toda prisa, superando incontables ecos en mi cabeza sobre Miami y mis raíces cubanas, y todo lo que metí en la maleta para venir a este lugar frío y extranjero. Pero es totalmente cierto. Llevo puesto su cárdigan y está bien, como está bien que yo también empiece a llevar puesta su ciudad.

Un viento nocturno sopla a través de toda la sensación de pesadez y arremolina nuestros vasos de plástico vacíos colina abajo. Así que compartimos el resto de la sidra, pasándonos la botella de mano en mano. Como paganos. Y no importa que su constelación homónima solo sea visible en Australia o Nueva Zelanda en junio. Estoy aquí, en su hemisferio. Y de todos modos, encuentro a Orion.

16

Es por Spencer que mi carrera de media mañana empieza y termina en la cocina del Crow. Todo lo que Spence tuvo que decirle a Orion cuando se topó con él junto a la puerta de la pérgola de rosas fueron cuatro palabras: pasteles cubanos, pan cubano.

Sin aliento, me refresco y le lanzo una botella de agua a mi compañero de carrera.

—Creo que es lo más rápido que hemos hecho ese circuito. Tu ritmo no tendrá nada que ver con los pastelitos, ¿verdad?

Se pasa el plástico frío por la frente y golpea el lavaplatos.

—Me había olvidado completamente de eso.

—Mentiroso. —Le doy la espalda y agarro mi provisión secreta. La cocina reluce, recién organizada y arreglada para que coincida con la disposición que tengo en La Paloma. Sin Polly, por fin es mi cocina. Al menos hasta el final del verano. He reutilizado una de las cajas de reparto de té de Orion como caja de pastelitos. Levanto la tapa y le muestro media docena de pastelitos. Los pastelitos rectangulares están perforados en la parte superior para revelar los rellenos dulces.

—Dios mío. Ahora entiendo por qué me hiciste esperar hasta después de nuestra carrera. De ninguna manera hubiera podido detenerme en el primer bocado y eso no me llevaría a nada bueno. —Él inhala, saboreando la mantequilla y la masa de hojaldre.

Le señalo los dos tipos de pastelitos: coco y guayaba.

—Coco y guayaba. Mi mamá me mandó pasta de guayaba, pero esa la uso para los amigos, no para los huéspedes. Y no, no son todos para ti. —Sacudo la cabeza ante su puchero—. En tu casa viven otras dos personas.

Muerde el pastelito de guayaba y luego pone cara de atontado, como si estuviera medio drogado.

—Deberían ser ilegales. No recuerdo la última vez que tuve algo tan bueno en la boca.

Mis ojos se clavan en los suyos, más rápido que un chasquido de dedos. Preparada, lista: ruborizada. No puedo evitarlo. Ojalá piense que es solo el rubor típico de mi cara después de correr.

Su risa retumba en su pecho. Se dio cuenta.

—¿A qué lugar oscuro llevaste lo que dije? Me estaba refiriendo a la masa de hojaldre porque es muy ligera, ¿también la has hecho tú?

¡Tranquila! Tranquilízate, Lila. Me aclaro la garganta y lanzo una mirada que dice: «¿Acaso no me conoces?».

—Ayer me pasé todo el día haciendo un congelador lleno de hojas de masa para las próximas dos semanas. —Mientras mastica, le doy una gran hogaza de pan ovalada, perfectamente dorada y con una hendidura en el centro, que aún está caliente—. Pan cubano. Muchas culturas tienen

un pan autóctono y este es el nuestro. Es parecido al pan francés, pero lleva manteca de cerdo. Nos encanta la carne de cerdo.

—Apruebo la carne de cerdo. —Levanta una ceja cuando deslizo la hogaza hacia delante—. ¿Es todo para mí?

—Para ti y tu familia. Me alegro de haberlo escondido aquí. Cate dice que solo quedó media hogaza y seis pastelitos para compartir con el personal de servicio. Necesito aumentar mis cantidades otra vez. —Tomo un cuchillo de sierra y corto un trozo, luego lo unto con una de mis nuevas cosas favoritas: la mantequilla irlandesa que guardo cerca en una pequeña vasija.

Engulle los carbohidratos y la grasa y pone otra expresión de éxtasis.

—Es tan perfecto. Esto podría ser una deliciosa tostada de queso.

—Sabía que dirías eso. Mi madre me debe un cargamento de café, así que puedo hacerte café cubano. —Mami lo olvidó en mi último paquete, pero se aseguró de incluir un suéter extra y un nuevo conjunto de ropa interior. *Por Dios*—. En fin, mojamos el pan en el café y es lo mejor del mundo.

Ya casi ha terminado su rebanada y dice:

—Si lo haces, lo probaré.

Muevo las cejas.

—Lo siguiente que vas a probar son los sándwiches cubanos. Pero será mañana, porque la carne tardará todo el día en asarse. Ven cerca de las siete, si puedes, y te enseñaré a hacerlos.

—Oh, claro que puedo. —Se lleva una mano a la barbilla—. Empiezo a preguntarme si todo esto de correr va a quedar anulado de alguna manera.

Pruebo mi propia comida, mordisqueando el pan caliente con mantequilla y una esquina del pastelito de guayaba que Orion me entrega. Sabe a casa.

—La mayoría de los cocineros cubanos tienen la misión de alimentarte hasta que no puedas caminar, respirar, mantener conversaciones normales, o una combinación de las tres. —Me encojo de hombros—. Lo que hagas con tu cuerpo es asunto tuyo. *Sorry not sorry*.

—¿Ah, sí?

Nuestras miradas se cruzan en otro combate. Pierdo, soy la primera en romper a reír. Él también lo hace antes de volver a su pastelito. Su lengua sale para atrapar trocitos de relleno de guayaba en la comisura de sus labios. Tiene una linda boca. Tiene unos labios carnosos, con el ancho perfecto. No es que no me haya dado cuenta antes. Pero ahora, darme cuenta aumenta mi asombro. No puedo ver cómo mi asombro podría significar o ser algo más en este momento. Sin embargo, la sangre roja y caliente sigue brotando de corazones rotos como el mío.

Spencer y Gordon pisotean mis pensamientos y entran por la puerta de atrás con bolsas de compra repletas de productos del mercado. Spence inclina la cabeza hacia Orion y me dice:

—Fue un éxito. No solo conseguimos tus higos, sino que estaban en oferta.

Gordon vierte los higos en un bol y lo deja sobre la isla de madera.

—Mientras más, mejor. Gracias, chicos —digo antes de que Spence deje sus compras en el pasillo de servicio.

Gordon ya ha encontrado los pastelitos de guayaba que había reservado para la cocina del *loft*. La mano en el borde del plato, sus ojos de perrito mojado en mí.

Cedo con un resoplido.

—Uno más. Guarda algunos para tus padres.

Gordon no tarda en darle un bocado.

—Es que son mis favoritos de todo lo que probé en Miami. Además, ya ajusté cuentas con la

máquina elíptica. —Tira de su sudorosa camiseta de entrenamiento.

—Ajá. Todo este tiempo pensé que esa ropa deportiva nueva y elegante era solo para aparentar —dice Orion.

Gordon se acerca y se mete un enorme trozo de pastel en la boca.

—Vete a la mierda, Ri —dice en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que lo escuche. Nos reímos mientras lo vemos irse.

Me acuerdo de los higos y me acerco al bol, observando el botín desde varios ángulos. Con cautela.

—Lila —dice Orion—, son frutas inofensivas, no pequeñas vainas de huevos de monstruos a punto de romper el cascarón y atacar.

—Eso es lo que tú crees. —Lo miro y suspiro—. Pero tengo que hacerme amiga del higo porque tengo poca guayaba. Muy pocas frutas funcionan bien como relleno para pastelitos. —Tomo uno de los higos morados y negros; el tamaño y la textura son bastante similares a mis queridas guayabas—. Mi trato con los Wallace era integrar la repostería cubana y la británica, pero voy a intentar combinar de verdad los ingredientes y las técnicas de vez en cuando, en lugar de servirlos uno al lado del otro.

Orion asiente.

—Entonces, ¿pastelitos de higo? ¿Una especie de fusión británico-cubana?

Mi boca se tuerce con la palabra pastelitos, que suena completamente adorable en el cálido tono británico de Orion.

—Sí, mi abuela hubiera hecho lo mismo. Le encantaba variar sus recetas tanto como cocinar platos de manera tradicional.

Corto uno de los higos y descubro dos partes púrpuras y rojizas que puedo sacar para cocinarlas con azúcar, aceite y pectina.

Mi teléfono suena en el bolsillo de mis calzas deportivas. Es Mami... es temprano para que esté despierta, pero puede que tenga un día ocupado horneando pasteles.

> Luisa vino anoche. Stef viajará a un lugar donde el wifi es mejor. Se pondrá en contacto contigo pronto. Y hay más, pero te cuento después de hacer algunos pedidos. Besitos.

Luisa López es la madre de Stefanie. Todavía no me acostumbro a la nueva normalidad en la que Stef y yo tenemos que pasar por intermediarios para mantener una simple conversación.

Vuelvo a leer el texto en voz alta y se lo traduzco a Orion.

—Nadie de la familia de Stefanie ha puesto un pie en La Paloma desde que ella se fue a su voluntariado. Han estado comprando en nuestra panadería rival. Hasta anoche.

—Es imposible que ese otro sitio sea tan bueno como el tuyo.

Me encojo, sacudiendo la cabeza.

—Eso muestra lo incómodas que han sido las cosas. Todo el mundo lo sabe. —Le enseño a Orion el mensaje que le envié a Stef el otro día. Aún no ha respondido.

Él se inclina, con los antebrazos apoyados en el bloque de la isla, sin apartar los ojos de los míos mientras mastica el pan. Traga.

—Tal vez tiene miedo y pasar por su mamá era más fácil por ahora. ¿Qué crees que es ese «más» del que habla tu mamá?

—No estoy segura, pero lo averiguaré, ya sea con Mami o con Pilar. Pero...

—¿Pero qué?

—Yo... —Las palabras que nunca le he dicho a nadie llegan hasta el borde de mi lengua. Pero no se animan a saltar. Es mucha la distancia del salto.

—Está bien —murmura y busca un pequeño bol de madera con sal marina—. Hace mucho tiempo… —empieza con un brillo en los ojos—, la sal representaba la amistad. Es una de las primeras supersticiones que aprendí. La sal era un bien preciado y derramarla no solo era costoso y se consideraba de mala suerte, sino que se creía que indicaba la pérdida inminente de un amigo. —Me acerca el pequeño bol—. Para evitarlo, te echas una pizca de sal por encima del hombro izquierdo.

Mami utiliza la sal para sacar las manchas de aceite a la superficie y hacer que se puedan limpiar. Pero no es solo la sal lo que hace que me sienta segura sacando a la luz algunas de mis verdades ocultas. Es Orion, comiendo mi comida y dándome algo de sí mismo. Aunque solo sea una superstición, algo me dice que para él esto no es solo curiosidad o una conversación trivial. Realmente le importa.

Justo cuando estoy a punto de decir algo más, se acerca.

—Tengo que ir a trabajar, pero ¿te pasas luego por la tienda? —A pesar de que ambos estamos sonrojados y traspirados tras la carrera, me envuelve en un abrazo que no sabía que necesitaba, incluso más que el sabor de mi hogar—. Lo solucionarás, Lila. Las viejas amistades son valiosas, mucho más que la sal vieja. Pero también lo son las nuevas.

Mi cabeza encuentra un hogar en su hombro. Huele a jabón y a sudor seco. Y en el momento en que normalmente me alejaría, me doy cuenta de que no quiero hacerlo y apoyo la mejilla justo encima de su clavícula. Al notar el cambio, él estrecha su abrazo y coloca la palma de la mano firmemente en el centro de mi espalda. A medida que pasan los segundos, mi pulso cambia de una vigorosa salsa a una danza lenta y formal. Siento como si toda la cocina volviera a respirar. Finalmente, levanto la mirada y él sonríe, colocándome un mechón de cabello detrás de la oreja.

Cuando Orion se marcha, una punzada de miedo me recorre todo el cuerpo. Hace unos minutos, me sentía más que bien y quizá un poco feliz de estar en Winchester. Durante treinta segundos contados, deseé estar en los brazos de Orion, con sus supersticiones y oídos atentos, más de lo que deseaba estar en un vuelo de British Airways de vuelta a casa.

Hace mucho tiempo, la sal representaba la amistad.

Agarro el bol de madera y me echo una pizca de sal por encima del hombro izquierdo, tal y como dijo Orion. Es tonto y ridículo, pero lo hago de todos modos. No lo hago por mi amistad con Stefanie. No quiero perder la ciudad de Miami, mi amiga más antigua de todas.



Estoy montando una bicicleta. Estoy montando una bicicleta verde en la calle Jewry. Estoy montando una bicicleta verde en la calle Jewry con casi tres kilos de paleta de cerdo y un jamón de dos kilos en mi cesta.

Además, no estoy sudando la gota gorda como si estuviera montando una bicicleta en West Dade. Estoy empezando a conocer Winchester y ahora puedo pedalear desde el Crow y cambiar de ruta, observando casas de ladrillo, arcos de flores y monumentos sin preocuparme por perderme.

Guardo la bici en un espacio vacío al otro lado de la calle de Maxwell’s. Me acompañan dos bolsas llenas de carne asada, pepinillos gourmet y mostaza amarilla. Mientras espero para cruzar,

siento unos golpecitos en la ventana detrás de mí. Giro y encuentro a Jules en una mesa, indicándome que entre en un bar de jugos orgánicos.

El tintineo de una campana me da la bienvenida a la pequeña tienda que huele a césped cortado y naranjas. Me acomodo en la silla libre y dejo las bolsas.

—Me sorprendiste.

—Justo a tiempo —dice Jules alegre. Es la vez que más informal la he visto, tiene una sudadera gris jaspeado, jeans *boyfriend* y el pelo recogido en un moño—. Carly, mi compañera de banda, se acaba de ir. Tuvimos una sesión de estudio para un examen y mi cerebro quedó totalmente frito. ¿Me haces compañía hasta que venga mi madre?

Sonrío; me gusta su estilo, su seguridad.

—¿Quieres pedir algo de beber? —pregunta—. No hay nada tan estimulante como el refresco de hierba de trigo.

Le creo, pero niego con la cabeza.

—La próxima vez. Tanta bondad verde podría rebelarse contra todos los carbohidratos y grasas que comí antes.

—Muy cierto —dice Jules antes de empezar a hablarme de sus próximos trabajos de verano. Le hablo de mi trabajo en la posada y de algunos detalles sobre Florida. Pronto el ritmo y el volumen de nuestra charla se disparan dentro de la pequeña tienda. Nos damos cuenta de que las dos somos unas fanáticas de la comida y que sus padres son tan adictos a las series británicas como Mami a las telenovelas. Ni siquiera tengo que explicar cómo pueden formar parte de nuestra familia, incluso cuando la televisión está apagada. Pero ella lo entiende. Y no solo eso.

Jules entiende lo que se siente tener una hermana mayor protectora, la suya va a la universidad en Escocia, y todo sobre las emociones tristes y confusas que quedan cuando perdemos a alguien cercano. Su tío más querido falleció de cáncer el año pasado. Era quien más la apoyaba, su mentor musical, y la primera persona a la que le contó que le gustaban tanto las chicas como los chicos. Fue el tío Albert quien la animó e inspiró a escribir su primera canción.

Su revelación, como un conocido estribillo, sigue dando vueltas en mi cabeza cuando suena mi teléfono. Levanto la vista de los mensajes de Mami y Jules pregunta:

—¿Noticias de casa? —Normalmente, no le daría importancia. Pero en veinte minutos, he aprendido que Jules no es solo una chica genial con un talento estelar. Además de tener puntos de vista similares sobre la familia y comer primero el postre, parece que nos entendemos. Es imposible que haya vivido dieciséis años sin tener al menos una discusión con una amiga, así que decido compartir más sobre mi amiga y todo sobre las novedades que me dio Mami.

—Stefanie... no creí que durara allí —añado tras una breve pausa.

—¿En Ghana? —pregunta Jules, acercándose.

—Sí. Es una de las razones por las que no quería irme de Miami. Pensé que después de un par de semanas ella aparecería de nuevo en mi porche y se daría cuenta de que todo lo que habíamos planeado era más grande que el trabajo de campo. Entendería que tal vez ese lugar no era para ella. La Stef que yo conocía era quisquillosa con la comida y no podía pasar dos días sin secarse el pelo.

Jules arruga la nariz y levanta una mano lentamente.

—Puede que conozca a alguien parecido.

Siento la risa como una inyección de vida, mucho mejor que el refresco de hierba de trigo.

—Encima —continúo—, teníamos nuestro plan en Miami y quería mantenerlo cerca. Antes de venir aquí, corría y compraba en nuestros sitios habituales, y me sentaba en la parte de South

Beach a la que siempre íbamos.

—¿Como si eso fuera a traerla de vuelta de alguna manera?

—Creí que pensar en nosotras, en el programa universitario de enfermería, en lo que habíamos sido desde niñas, la traería de vuelta. Pero no va a volver a casa pronto. Aunque lo intenté. Me quedé en aquellos lugares de Miami por las dos.

—Lo entiendo. —Jules se inclina como si sus próximas palabras fueran un secreto—. ¿Sabes por qué se fue como lo hizo?

He acarreado esta pregunta por todas partes, incluso a través de continentes.

—Estaba demasiado alterada para quedarme el tiempo suficiente para escuchar una respuesta real. Y no se me ocurre nada que tenga sentido. —Trazo la veta de la madera de la mesa, teñida del color de la arena de la playa—. Supongo que la gente no siempre es quien crees que es. Lo que Stef me hizo me dolió, pero sé que no fue solo su culpa. Y odié la forma en que dejamos las cosas.

—Sí, una relación rota, como tú has dicho —reflexiona. Tiene la misma concentración que he visto en su cara mientras escribe una canción—. La cosa es que cuando recompones algo nunca es exactamente igual que antes. ¿Qué pasa si ella quiere arreglar las cosas, pero eso significa que su amistad será diferente a la de antes? ¿Podrías hacerlo?

Si algo me han demostrado los dos últimos meses es que no me llevo bien con lo «diferente». Aun así, respondo:

—Eso espero. Pero ni siquiera sé cómo sería. Solo conozco nuestra antigua amistad.

—Bueno, primero tiene que hablar contigo y parece que lo hará. Su madre le dijo a la tuya que es feliz. —Sus cejas se fruncen—. La pregunta es… ¿tú estás feliz por ella?

—Siempre lo estaré. No importa lo que haya pasado. —Mi voz suena débil.

Jules me ofrece una cálida sonrisa.

—Entonces parece que ustedes dos estarán bien. —Señala por la ventana al BMW negro que se detiene en la acera.

—Me vinieron a buscar —dice y recoge sus cosas—. Mira, ya sabes cómo es esto. Ciudad pequeña, comunidad unida. Sé que conservaré a algunos de mis amigos para siempre —sus ojos azules se cruzan con los míos, pensativos, pero vibrantes, como su música—, pero hay otros a los que ya no veo mucho y me he dado cuenta de que eso está bien. —Sonríe pensativa—. A veces los pongo en canciones y ahí los guardo. Además, siempre hay lugar para nuevos amigos.

Mi corazón se hincha, poniendo a prueba el espacio entre mis costillas. Orion había dicho prácticamente lo mismo. Recordando sus palabras, no me doy cuenta de que Jules se levanta y camina hacia la puerta.

—Oye, Jules... gracias.

—No hay problema —dice con una sonrisa, dejando entrar la brisa del exterior—. ¡Nos vemos, Lila!

Unos minutos después, cruzo hacia Maxwell’s. Después de mi encuentro con Jules, mis pasos se tornan más ligeros el resto del día. Orion está en el mostrador ayudando a un hombre mayor vestido con una chaqueta impermeable, aunque en realidad está soleado afuera. Hileras de bolsitas de té de papel de aluminio se alinean frente a él. Un atareado Orion me saluda con un movimiento de cejas.

Me entretengo echando un vistazo a algunos rincones de la tienda que pasé por alto la última vez. En las estanterías empotradas se exponen delicados objetos de porcelana y pequeñas teteras

asiáticas de color rojizo oscuro y hierro negro. Una mesa individual presenta libros sobre la preparación del té, así como pilas de toallas de lino y fundas para el té.

Me giro cuando escucho el gran suspiro de Orion. Además de una camisa azul marino a cuadros, lleva la cara fruncida que dice «ayúdame»; el cliente está siendo demasiado inquisitivo o generándole algún otro tipo de molestia. Y obvio que lo hago sentir peor. Los cubanos son tan descarados como algunos británicos.

Por detrás del distraído hombre, agarro uno de los trozos de cerdo envueltos y finjo que es un amor perdido. Hago pantomimas cariñosas y agito mis largas pestañas hacia el cerdo, mirándolo a los «ojos» con ensueño. La comisura de la boca de Orion se mueve, pero mantiene la calma y toma otra lata de té, esta vez de *earl grey*. Es bueno, pero yo soy mejor.

Doy vueltas y me balanceo, bailando en silencio como si fuera Clara y el cerdo fuese mi cascanueces navideño superespecial. Y gano. El cuello de mi objetivo se pone rosa y se ve obligado a ocultar su ataque de risa con una evidente tos falsa. Cuando el cliente por fin termina y se dirige a la caja registradora, Orion aprovecha para lanzarme una mirada llena de advertencia y cuchillos de juguete.

—Eres una persona peligrosa, Lila Reyes —dice y se reúne conmigo en la barra de degustación.

Me siento y me levanto la manga de la camiseta a rayas que Pilar me eligió.

—Se me habrá borrado la etiqueta de advertencia.

—*Ha bloody ha*. —Aprieta la mandíbula como si intentara mantener el rostro serio. Fracasa —. No sé si te mereces una taza de té después de esas payasadas, pero soy un tonto y no puedo evitar darte una. Además, aún tenemos que encontrar tu té favorito.

Intrigada, lo veo agarrar una lata y seguir los mismos pasos que la última vez. Al cabo de unos minutos sirve el té. Nuestras tazas blancas se llenan de un color burdeos intenso.

—¿Qué es?

—*Assam* —dice—. Un té negro mono varietal que se cultiva en la India. Pruébalo.

Lo hago y le digo:

—Es intenso y... maltoso. Es la mejor palabra que encuentro.

—Exacto. Es robusto y por eso se utiliza sobre todo en las bebidas irlandesas para el desayuno, que son de las más fuertes que existen. —Me acerca la leche. Echo un buen chorro.

Vuelvo a beber a sorbos, el té me calienta la lengua con un sabor reconfortante. Ahora entiendo por qué los británicos esperan con impaciencia este ritual cada tarde.

—Juro que puedes saborear la tierra de la que procede y todas las plantas que la rodean. Pero no creo que sea un candidato a mi favorito. Está bien, pero quizá es demasiado fuerte.

—Seguiré con mi tarea, entonces. —Echa un vistazo a mis dos bolsas de compra—. Esto puede sonar raro, pero es una barbaridad la cantidad de carne que tienes ahí.

Me río.

—El señor Robinson, el carnicero, me convenció. Voy a hacer muchos sándwiches cubanos mañana. Probablemente comas al menos uno y medio, o incluso dos.

—Como mínimo —dice.

Nuestras charlas y la bebida hacen que el espacio entre nosotros se vuelva liviano y relajado, de la misma forma que la leche suaviza el intenso *Assam* en nuestras tazas.

Un hombre entra en la tienda por la parte de atrás y no necesito presentación para saber que es el padre de Orion. El hombre es igual a Orion, con treinta años más. Es rubio y alto, y está vestido con un fino suéter negro y pantalones de gabardina. Nos ve, sonríe y se acerca.

—Phillip Maxwell —me dice Orion—. Papá, esta es Lila.

El señor Maxwell me estrecha la mano.

—Así que tú eres la brillante cocinera que hizo los deliciosos pasteles que hay en la encimera de mi cocina.

—Me alegro de que le hayan gustado.

Orion dirige su pulgar hacia mí.

—Si subo de peso y no me entran los pantalones, es su culpa. Y cuidado, papá, porque está enviando comida cubana a casa para ti y Flora también.

Sus ojos son amables, un espejo de los de su hijo.

—Es un lindo gesto. Entonces, puede que pronto me encuentres corriendo detrás de ti. — Su sonrisa se desvanece cuando saca su teléfono—. Elliot acaba de enviar esto a varios comerciantes. Mira. Definitivamente no está compitiendo por un espacio en una galería.

Los dos nos inclinamos y ahí está otra vez: un grafiti negro en una gran pared de ladrillo encalada.

—Elliot tiene una tienda de herramientas cerca de Farley's. Esta es su pared trasera, la del callejón —me dice Orion y me dedica una mirada cómplice.

Observo de cerca otra imagen: el mismo símbolo de infinito, junto a otros símbolos o diseños extraños que no consigo descifrar.

—Suena como Roth y su gente, por lo que dijiste.

—Sí, pero siempre se las arreglan para seguir haciendo esta porquería sin que los descubran.

—Ri, Elliot quiere saber qué usaste para limpiar la tienda de Victoria. ¿Lo llamas luego? —El señor Maxwell bosteza mientras se aleja—. Lo siento, *jet lag*. Y también la hora de la facturación. Ha sido un placer conocerte, Lila.

—Igualmente —le digo y luego me dirijo a Orion—: Si tu padre ama su tienda la mitad de lo que yo amo la mía, debe ser duro para él dejarla, incluso si le gusta mucho viajar.

—Dejar a mamá es lo peor para él. En cuanto a Maxwell's, ahora es en parte mía. Y su ausencia me da la oportunidad de gestionar todo por mi cuenta. —Mira a la izquierda, luego a la derecha—. De todos modos, basta de hablar de mi tienda cuando podemos hablar de la tuya. Busqué tu panadería en línea. Tiene críticas muy buenas y está claro que tenemos gustos similares en diseño de interiores.

—Gracias. Pilar lleva la página web. Y sí, hace unos años, mis padres remodelaron el local, todo estilo industrial moderno. Aunque la estructura sigue siendo la misma con la que empezaron mis abuelos.

—Lo viejo y lo nuevo juntos —reflexiona Orion—. Una mezcla, algo así como la moderna ciudad de Winchester.

—Y los pastelitos de higo.

Y tal vez una vieja amistad entre dos chicas de West Dade que solo puede sobrevivir con nuevas reglas. Si es que sobrevive.

17

—¿Te das cuenta de que soy un inútil en la cocina? —dice Orion unos segundos después de entrar en la cocina del Crow. Se gira, con los ojos muy abiertos ante la cadena de montaje de bocadillos cubanos que he colocado en el bloque de madera de la isla.

—Inútil, ¿eh? —Paso la mano por encima de la hornilla de la cocina. Casi llega a la temperatura necesaria—. ¿Sabes hacer un sándwich o necesitas un tutorial para cortar queso y untar mostaza?

Intenta mirar de reojo, pero lo estropea con una carcajada.

—Cielos, huele fantástico. Lo he seguido como una rata por el pasillo.

—El canto de sirena cubano. Atraigo a mi presa con grasa de cerdo.

—Estoy perdido, entonces. — Orion se lava las manos y me guiña un ojo—. Pero vale la pena si puedo comer eso antes de mi muerte.

Está a mi lado. Acerco dos de mis panecillos cubanos y le paso a Orion una paleta para untar.

—¿Remy y Jules no vienen?

—Remy está haciendo el turno de noche en Bridge Street Tavern, que es el pub de su familia, y Jules tiene ensayo con Goldline. Pero mencioné cerdo y pan casero en el chat del grupo y creo que se les cayeron un par de lágrimas.

—Bueno. Nadie llorará porque no les doy de comer. Les haré un paquete de comida.

Gordon entra a la cocina como un huracán.

—No se preocupen por mí, no me quedo a comer —dice, protegiéndose de nosotros con los brazos levantados como si estuviera interrumpiendo algo—. Se me ocurrió ir al gimnasio en una de las bicis de los huéspedes para hacer un poco de ejercicio extra.

Se va antes de que podamos burlarnos de él, así que nos conformamos con mirarlo con los ojos entrecerrados.

—Comió dos sándwiches cubanos con los Wallace. Lo que explica... —hago un gesto hacia la puerta trasera— eso.

—¿Tú crees que lo explica? —Orion echa un vistazo a la sartén que contiene las paletas asadas que cociné a fuego lento durante seis horas. Corto un trozo. Lo mastica. Traga—. Tenía razón antes, eres peligrosa.

Apunto de lleno a asesinarlo con mi comida, guiando a Orion por los pasos de la preparación de un sándwich cubano. Primero un híbrido de mayonesa y mostaza, luego queso suizo, pepinillos en rodajas finas, carne de cerdo, jamón y otra capa de queso. Su primer esfuerzo es digno. Untamos el exterior de los panecillos con mantequilla derretida y los llevo al fuego.

Orion me sigue.

—¿Es caliente?

—Y derretido. En casa usamos una sandwichera grande, como una máquina para hacer *paninis*, pero aquí tengo que improvisar. —Tomo una agarradera y la gran sartén de hierro forjado que he estado calentando. Nuestros bocadillos chisporrotean en la superficie plana; presiono la parte superior contra la sartén—. Con este método hay que darles vuelta, pero funciona si no hay más remedio.

Aso los dos lados de nuestros sándwiches cubanos hasta que estén perfectamente crujientes, con el queso rezumando por toda la carne. Dos taburetes y dos platos blancos después, veo a Orion dar el primer bocado. Se queda sin palabras, una demostración del clásico desmayo de la escuela de teatro británica. Su mano libre cae sobre su corazón.

Me río y le doy un bocado al mío. Comemos en silencio durante un rato. Miami llena mis sentidos, alimentando todo lo que queda de mí.

—Yo los llamo la cuarta comida de Miami. La gente solía comerlos después de bailar en los clubes de salsa. Todavía lo hacen, de hecho. También son uno de nuestros platos más populares para fiestas. Graduaciones, cumpleaños...

—¿Cuándo es el tuyo? —pregunta Orion y luego añade—: Tu cumpleaños. Quería preguntártelo antes, pero se me olvidó, y ahora me sorprende poder recordarlo después de tu comida.

Inclino la cabeza ante el cumplido.

—Diez de agosto. Los grandiosos dieciocho.

—Seguirás aquí.

—Ahora entiendes lo en serio que hablaban mis padres con esto de mandarme fuera. Lo... supongo que la palabra es «desesperados». Lo desesperados que estaban. Sabían que se perderían mi cumpleaños y compraron un pasaje de todos modos.

Nuestras miradas se cruzan por encima del pan.

—Imagino que será duro para tu hermana, no poder celebrarlo contigo.

—¿Quieres la verdad? —Sus ojos se abren de par en par y yo me levanto y tomo unos panecillos cortados para la familia y los amigos de Orion y los unto con mostaza—. Se suponía que iría a Disney World con Andrés para mis dieciocho. Lo habíamos planeado durante meses. —Apilo trozos de carne y queso sobre ocho rebanadas de pan—. Pilar se metió y dijo que en vez de eso iríamos con Stefanie y una de sus amigas, un viaje de chicas. —Pongo los sándwiches terminados en una bandeja para calentarlos—. Luego Stef se largó y no quise pensar en ello. Así que no dejé atrás ningún plan épico, si esa era tu siguiente pregunta.

—Esa no era mi siguiente pregunta. —Apoya un codo en el bloque de madera—. Es una que no voy a hacer porque sería un entrometido y un desgraciado.

—Responderé a esa pregunta y a cualquier otra que tengas. —Santo cielo, las palabras se escapan de mi boca. Saco hojas cuadradas de papel para envolver los sándwiches para llevar. Se repiten en mi mente los últimos diez segundos y me doy cuenta de que Orion Maxwell es un maldito genio y un mejor interrogador que cualquiera de mis parientes. Conozco sus métodos. Pero Orion... ¿desafiándome? ¿Haciendo que se me erice el vello de los brazos, con la curiosidad que me despierta su atrevimiento? Es una tentación a la que no puedo resistirme—. Pregunta.

Sus ojos azules parecen canicas lisas.

—Andrés… ¿Lo sigues amando?

Mis pulmones se desinflan. El calor me inunda, cien grados por encima del humo y las llamas que salen del asador. Amé a Andrés durante años. Y traté de mantener mis sentimientos intactos, atándolos a mí hasta que él volviera, igual que lo hice con Stefanie. Pero, a pesar de echarlo de

menos y desear tenerlo de vuelta, nunca se me ocurrió comprobar si todos mis intentos estaban funcionando en mi corazón. Esta noche, escondida entre mi cocina y la pacífica tranquilidad de su ciudad, Orion me lo pregunta. Cualquier chica atrapada en un circuito de espera del amor diría que sí, con seguridad. *¡Sí! Todavía amo a Andrés*. ¿No deberían escaparse también estas palabras de mi boca?

Pero no lo hacen.

—Andrés sigue ahí. Los sentimientos están ahí, pero son diferentes, como si hubieran cambiado de forma. —Las palabras llegan en un abrir y cerrar de ojos—. Sé lo que se siente enamorarse, pero no sé qué se siente desenamorarse. —Abuela nunca me enseñó esa parte, y se fue de mi mundo antes de que pudiera preguntarle.

Por la forma en que Orion curva la boca, sé que se está mordiendo el interior de la mejilla. Toma uno de los cuadrados de papel y empieza a doblarlo y arrugarlo.

—Le dije a una chica que la amaba, pero eso se acabó hace tiempo. Y cuando terminó... fue su decisión. —Asiente ante sus propias palabras—. Fue una mierda. Sin embargo, me di cuenta de que al final era capaz de pensar y hacer cosas sin que mi mente se encontrara siempre con ella primero. Estuvo ahí, como has dicho, durante un tiempo. Luego no tanto y ahora, casi nunca. —Tras un último pliegue, saca un capullo de tulipán de origami hecho con papel de cocina—. Así que cuando tu mente deje de pensar tanto en Andrés, lo sabrás.

Me lo da. Me siento y reflexiono, mirando la pequeña manualidad.

—Quizá lo sepa, y esto es adorable… ¿dónde aprendiste a doblar papel?

Orion toma un segundo papel.

—No eres la única que aprendió algunos trucos de una increíble mujer.

Busco tristeza, de la cabeza a los pies, pero no la encuentro. Trabaja con entusiasmo infantil, dando forma y doblando el papel para hacerme otro tulipán.

—¿Acaso te lo enseñó tu madre para que tuvieras algo que hacer con las servilletas de la cena y, digamos, impresionar a una cita algún día? —pregunto porque yo también soy una desgraciada.

Ni siquiera me mira.

—¿Acaso tu abuela te enseñó a hacer sándwiches increíbles para que pudieras hacer que el estómago de un hombre diera vueltas?

—No —digo entre risas—. No fue necesariamente para eso, pero si mi comida inspira volteretas espontáneas, las aceptaré con gusto.

—Ahí tienes tu respuesta, entonces. —Pone un segundo tulipán en mis manos y mi sonrisa florece como un ramo de flores rosas.



Después de poco más de un mes, estoy en otra sintonía. En mi calle de West Dade, las estridentes voces que atraviesan las paredes ni siquiera me hacían levantar la vista de un libro. En cambio, aquí me levanto y miro por la ventanilla lateral. Ahora conozco a estas personas, sus perfiles y siluetas. Jules y Flora están delante del patio de la iglesia con tres tipos que no son ni Orion, ni Gordon, ni Remy. Agarro la manivela de la ventana, pero recuerdo que chirría más que una nota aguda de trompeta. Me dirijo a la otra ventana.

Me acerco, abro y escucho. No puedo verlos desde aquí, pero sé que es Jules quien dice:

—¿Cuánto tiempo estuvieron esperando? ¿Minutos, horas?

—Si desbloquearas nuestros números, no tendría que...

—¿No tendrías que qué, Evans? —Es Jules otra vez y... ¡oh! Son Roth y sus secuaces.

—¿Puedes escucharnos?

—No están diciendo que lo que haces en Goldline no sea estupendo. —Esto viene de Flora—. Lo es, pero...

—Ahora no, Flora. Y yo no soy la razón por la que aún no han firmado con North Fork —dice Jules.

—¡Claro que lo eres! Escucharon *Blackbird*. A ti y a mí. Es eso lo que quieren. —La voz de Roth se eleva aún más—. No voy a dejar que tus compañeros de concierto arruinen mi oportunidad.

Wow. No me gusta esto. Antes de pensar si debería, *lo hago*. Me pongo una chaqueta de deporte sobre la camiseta extragrande y los pantalones de yoga que me puse para hablar por FaceTime con Pilar. Solo que ahora mi hermana tendrá que esperar.

Me calzo las sandalias y bajo las escaleras. Entre el piso de los Wallace y el vestíbulo planeo mi estrategia para resolver una situación complicada sin empeorarla. Mi plan me lleva naturalmente a la cocina. Mi sala de guerra.

Rápida como un rayo, tomo las sobras que aparté para Jules y Remy y empaqueto en cajas un surtido de las galletas de mantequilla rellenas de fruta que horneé mientras el cerdo se asaba durante el día. Todavía tengo las bandejas llenas de galletas, más que suficiente para dos raciones de merienda, incluso después de que Orion engullera un puñado antes de irse.

Uso la puerta lateral; docenas de trágicos desenlaces pasan delante de mis ojos, pero sigo caminando. Con la columna vertebral erguida y armada con una munición real de productos de panadería, llego al grupo e ignoro los cinco rostros perplejos. La conversación se detiene. Le tiendo la bolsa de papel a Jules.

—Tenía esto preparado para ti cuando te oí aquí fuera. Sándwiches cubanos, como prometí. —Miro el reloj—. ¿Remy ya debe haber salido, no? Quiero decir, estos están mejor en tu refrigerador que en el mío.

—Em, sí. Gracias. Él... eh... ya salió. —Jules agarra mis sándwiches en cámara lenta. Su rostro es una canción original: una tímida melodía de confusión arreglada con armonías de «Sé lo que estás haciendo».

Un rápido vistazo a Flora revela una mirada y una postura parecidas a las de un ratón, encogida y más pequeña de lo que esperaba. Abro la caja de las galletas favoritas de Abuela, tan mantecosas que su aroma nubla la lluvia de la tarde y la madreselva. Los chicos dan un paso adelante por instinto. *¡Ja!* El canto de la sirena cubana ataca de nuevo.

—Soy la nueva panadera de Owl and Crow y he estado experimentando con rellenos. Probé con higo, fresa y limón. —Ahora a subir la temperatura—. Me refiero a que soy nueva por aquí y difícilmente puedo predecir cuáles les gustarán más a los comensales, ¿saben? ¿Quizás algún lugareño quiere opinar?

Will/William/como sea que se llame, espectador del concierto en Heaven’s Gate y la razón por la que Flora probablemente esté rompiendo el toque de queda, suelta un «¿Por qué no? ¡Galletas!» y luego se encoge de hombros. Saca una galleta de limón de mi caja, Flora enseguida elige la de fresa.

Mi sonrisa tiene más azúcar del que yo añado a cualquier receta. Apunto la caja a Roth y al otro chico con camisa de franela, que se parece lo suficiente a Will como para que lo considere su hermano. Ambos comen y Jules toma una de higos y otra de fresa.

Ya no hay conversaciones tensas, ni acusaciones, solo ruidos de masticación y agradables reacciones que se propagan por la calle.

—¿Qué estamos comiendo? —Gordon se acerca, arrastrando los pies en pantalones de chándal y chaqueta de jean. Bosteza y se pasa la mano por el pelo, creando una nube de tormenta pelirroja—. He oído una pelea aquí fuera.

—Nada de peleas. Solo pruebas de sabores y votaciones. —Le ofrezco la caja a Gordon, que toma una de cada sabor.

Muerde y se come las otras dos en menos de treinta segundos.

—Todas son deliciosas. Además, ¿alguna vez paras de hornear? ¿Qué hora es, las diez y media?

—Algo así —digo y le dirijo a Flora una mirada inocente, pero cómplice. Orion va a perder la cabeza. Se ha pasado el toque de queda y anda por ahí con este grupo. Hago que eso se note en mi cara y ladeo la cadera.

Flora responde con un cansado suspiro.

—Quizás elegiría comer la de fresa la próxima vez. Será mejor que me vaya.

De ninguna manera les voy a dar a Will y Flora tiempo cara a cara en su puerta, nada de FaceTime. Me giro hacia Gordon.

—Oye, ¿puedes...?

—Te acompaño a casa —le dice a Flora, pisándole los talones—. Hay menos posibilidades de que se desate un infierno si tu padre se asoma por la ventana y me ve. — Se gira hacia mí y se quita una goma para el pelo de la muñeca, recogiendo la masa rizada—. Y mi voto es para las de limón. —Hace una tonta reverencia cortés y extiende su brazo haciendo que Flora esboce una sonrisa reacia—. ¿*Milady*?

Bien hecho, Gordon. Pero cuando veo su estúpida sonrisa, me pregunto si es algo más que un «bonito detalle» casual. Los otros tres chicos están votando sabores de galletas. Fresa y limón son los ganadores. Me planto al lado de Jules, formando un frente unido, y no me voy. Si Roth y sus colegas quieren molestarla, tendrán que pasar por una bolsa de sándwiches y por mí.

Solo escucho silencio.

Roth se rasca la sien, la que no tiene el pelo colgando en forma de ala de cuervo, y mira a sus compañeros.

—Está bien. Sí, será mejor que nos vayamos. Nos vemos, Jules.

—Espero que no —dice ella.

Cuando la banda se va, Jules golpea mi caja de galletas.

—¡Benditas sean tus galletas! No puedo creer que vinieras aquí y les dieras galletas a esos idiotas y los convirtieras en gatitos.

—Es mi manera.

—Estaba a punto de usar mis maneras antes de que aparecieras.

Espera. ¿Está enfadada conmigo? ¿He ido demasiado lejos? ¿Acaso metí mis cucharas y espátulas donde no debía?

Jules inclina su cuerpo contra la pared del patio, cerrando bien la lana gruesa a su alrededor. Su largo cárdigan me recuerda a otro cárdigan gris.

—Tus trucos funcionan bien —dice—, pero estoy acostumbrada a salir sola de mis propias cagadas.

—Yo... lo siento —digo y lo digo en serio. A diferencia de mis nuevos amigos británicos, yo reparto disculpas como si fueran ingredientes raros y costosos. No me desprendo de ellas

fácilmente y las utilizo con moderación—. Los escuché y vi a Flora. Orion me contó toda la historia y solo quería ayudar. —Es lo que hago, a veces sin siquiera pensarlo. Pero me hago cargo de mis actos—. Debería haber dejado que tú lo manejaras.

—Bueno. —Jules agita una mano—. Conociendo a esa gente, siempre habrá una próxima vez para que lo maneje yo.

Yo también me apoyo; la pared está fresca contra mi espalda.

—También lo siento por eso.

—Flora. —Jules suelta un áspero suspiro de frustración—. Por mucho que quiera a esa pequeña duendecilla, ahora mismo podría estrangularla. A Will se le escapó que tocaríamos en Tristan's Garage. Tenemos un escenario montado allí. —Hace un gesto con la cabeza—. Está a la vuelta de la esquina. Estaban esperando, casualmente «pasando el rato» entre el bar de Tristan y mi apartamento. Nos siguieron hasta aquí y nos dijeron toda la mierda que probablemente escuchaste.

—Sutil. ¿No entiende Flora que no estás interesada?

—Esa es la cuestión. Flora tiene un camino difícil y dos hombres que la quieren mucho. Y no me refiero al idiota de Will. Intento que lo entienda y la conozco desde que era una niña. Pero ella simplemente no se conforma con nada. Se deja llevar por el viento y olvida... olvida que lo que hace en un pequeño momento puede afectar en el futuro.

Las palabras me empujan suavemente, como Abuela despertándome al amanecer para empezar a amasar pan.

—Eso suena como la letra de una canción, ¿dónde está tu cuaderno?

—Quizá tengas razón. —Jules saca el cuaderno púrpura de su bandolera y lo agita con orgullo —. Mi madre y mi padre todavía me preguntan a veces por qué no me uno a Evans. Quiero decir, tiene un fondo fiduciario y un equipo de última generación.

—¿Y por qué no lo haces?

—Fácil. No confío en él. Se le insinuó a una chica con la que salí un tiempo, antes de Remy. Es la hija del dueño de uno de los clubes locales. Él lo negó por completo. —Le hago una mueca comprensiva—. Profesionalmente es un gran cantante, pero quiere dirigirlo todo. En Goldline, colaboramos. Nos escuchamos los unos a los otros y nos aseguramos de que todo el mundo sea escuchado. Roth jura que yo tendría mucho poder creativo, dice que haríamos mis canciones y todo eso. Pero... —Sus ojos completan el pensamiento.

—Diría cualquier cosa para que firmes. Y terminarías siguiéndole la corriente todo el tiempo.

—Sí y yo no soy de las que siguen a otros. Creo que mi música se perdería. —Señala con un audible suspiro, su mirada se desvía mientras estudia la bolsa de sándwiches que tiene a sus pies. Saca uno—. Casi me olvido de estos. Orion me mandó un mensaje justo antes de encontrarme con Roth. Dijo que lo dejaste sin palabras con lo que había en este paquete y ahora estoy pensando en qué demonios importa que sean casi las once y esté hecha polvo. —Desenvuelve el papel.

—La realidad es que hay una versión de ese sándwich llamada «medianoche», que tiene un pan de huevo más blando. Se llaman así porque se suelen comer por la noche, después de salir de fiesta. —La insto a comer—. Creo que un baile de salsa y un ensayo de banda se parecen bastante, ¿no?

Jules sonríe y le da un buen bocado.

—Esto es increíble, amiga mía.

Ha aceptado mi disculpa; estamos bien y nos apoyamos en la piedra pintada por el musgo, que

se construyó eones antes de que siquiera alguna de las dos lo pudiera imaginar. Una amiga comiendo mi comida después de una noche de música. Miami y Winchester. Al final, bailar salsa y ensayar con la banda son cosas diferentes, pero también parecidas.

18

—Hoy el clima es demasiado veraniego para correr —declara Orion. Tiene otros planes, además de una mochila sospechosa que ha tirado en el asiento de cuero color caramelo de Millie. Yo solo tenía un trabajo: preparar el almuerzo. Esta vez me acomodo en la moto y rodeo a Orion con facilidad. Llevo su mochila y me cuelgo la bolsa térmica de Cate en un hombro.

Llevamos prendas finas para las altas temperaturas, camisas abiertas de cambray y algodón a cuadros que cuelgan sobre camisetas, jeans y zapatillas Chucks casi a juego. Respiro la frescura de la brisa soleada. ¿Puedo embotellar un poco para llevármela a casa?

Conducimos hasta las afueras de la ciudad y estacionamos a Millie en una carretera arbolada. Una colina cubierta de césped se alza alta e imponente.

—Hoy el recorrido termina en la colina de Santa Catalina, —Orion usa su voz de locutor de radio— el hogar de un fuerte de la edad de hierro y, hoy en día, un lugar ideal para hacer un pícnic. —Señala un pequeño bosquecito que corona la cima.

Demasiado empinada para subirla sin ayuda, los escalones artificiales de la colina parecen una línea de vías de tren talladas en el césped y en los parches de flores silvestres. «Trescientos escalones», me dice Orion. Los subimos despacio, sin ganas de hacer ejercicio, solo de hablar. A mitad de camino, intercambiamos información sobre Jules, Roth y Flora. Por desgracia, mis galletas mágicas rellenas de fruta no consiguieron evitar que su padre se enterara de la excursión nocturna de Flora, lo que dejó al señor Maxwell entre molesto y furioso.

—¿Planeas comer moscas en el almuerzo? —pregunta Orion.

Lo dice porque cuando llegamos a la cima me quedo boquiabierta. Hacia el norte, se ve la ciudad, una versión diurna de la vista desde St. Giles Hill. Pero hacia el sur... ¡qué bonito! La extensión meridional se abre a infinitas bajadas. Verde, verde y más verde, más allá de lo que puedo ver.

Mis ojos son demasiado pequeños para este día de verano en Inglaterra.

—Podría comerme todo este lugar para almorzar, pero traje comida cubana.

Orion golpea contra mi costado y me mira con los ojos entornados.

—Sabía que lo harías. —Sigue mi indicación para determinar nuestro lugar de aterrizaje; quiero mirar hacia el sur durante unas veintisiete horas, por lo menos—. Esta vez estoy preparado —dice y desenrolla una gruesa manta de lana de tartán que sacó de la mochila—. Cuando diga que pienso en tu trasero, no tendrás motivos para abofetearme.

—Encontraré otros motivos. —Mi risa se escapa mientras me siento. Está mirando mi bolsa térmica con una atención parecida a la de un depredador. Me tomo mi tiempo—. Sobras de sándwiches cubanos, recién calentados. —Orion hace la pantomima de clavarse un cuchillo en el corazón—. Pastel de limón que hice para el té de la tarde. Revelo una bolsita con dos rebanadas y tenedores.

—¡Santo cielo! —Parece exhalar las palabras.

Todo esto es sagrado. Perfecto.

—Y por último, estas son del servicio de desayuno. Hoy los huéspedes del Crow han podido probar empanadas. —Le enseño los minúsculos semicírculos de masa, el azúcar espolvoreado con clara de huevo brilla por encima y los bordes presionados con un tenedor—. Cuba se encuentra con Inglaterra, otra vez. Estas son de fresa y queso crema.

Muerde una empanada y hace un ruido sacado de una escena erótica. Se lo reprocho.

—Eres malvada y grosera, Lila Reyes. Pero yo también lo soy y este pastel está buenísimo.

Comemos en agradable silencio hasta que recuerdo que la comida no era lo único que había arrastrado hasta esta colina.

—Quiero dejar una idea flotando en tu cabeza —le digo.

—¿Sí? —Ahora es él el perezoso, con su delgado cuerpo extendido sobre la manta y los brazos estirados detrás de la cabeza. La camiseta se le sube y los jeans quedan bajos. ¿Así que Orion Maxwell usa calzoncillos rojos y ha estado escondiendo unos marcados abdominales? —. Podrías hacerme flotar como una boya. Estoy que exploto... ¿Lila? —dice más alto, chocando con mi desvío mental sobre las marcas de sus músculos por encima de su cintura. ¿Cuántos abdominales hará?

—Em —ocupo mis manos acomodándome la camiseta y desenredándome el pelo—, he tenido una idea. Pilar lleva nuestros libros, pero sé suficiente del negocio para decir esto y que exista la posibilidad de que no me equivoque. —Tras un suspiro purificador, presiono el botón de *play*—. Creo que tu negocio necesita algo del mío.

—¿Una bruja cubana del azúcar? —Ironía; eso es lo que cubre todo su maldito rostro—. Estoy bromeando, Lila. Winchester solo te está tomando prestada y yo también lo estoy haciendo. —El silencio se vuelve ensordecedor en esta colina.

No puedo evitarlo. Pero diseccionar todos los motivos me va a llevar más tiempo del que tengo entre frase y frase, así que me aferro a lo que está en la parte delantera de mi mente.

—Ya tienes la tienda web, pero tu tienda de ladrillo y cemento puede ofrecer una cosa más, además de la conexión personal. ¿Cómo te sientes cuando comes uno de mis pasteles?

—Como si quisiera más.

Ignoro el revoloteo de mi estómago. *Negocios, Lila*. Mi sonrisa se tambalea.

—Está bien. ¿Y si vendieras infusiones y un pequeño surtido de productos de panadería? ¿Y si fueran tan buenos que los clientes hicieran fila temprano para tomar el té y se llevaran un bocadillo a casa antes de que se agotaran o simplemente se quedaran a comerlos? Y el boca en boca...

—Sí, lo entiendo. Contratar a un panadero o dos.

—Si lo hicieras, creo que tu negocio crecería aún más. En La Paloma tenemos mesas de cafetería donde los amigos pueden reunirse y charlar tomando un café y comiendo algo. A veces se sientan allí toda la mañana y piden más comida o deciden que quieren bollos y pan. Los mantenemos allí y acabamos vendiendo más. Eso hace que vuelvan más a menudo.

Su expresión se vuelve amarga.

—Sí, pero ya te he dicho que no estamos preparados para eso.

—Solo piénsalo. Con unos pequeños retoques, podrían estar listos.

—¿Pequeños? No lo creo. Para empezar, no tenemos mesas ni vitrinas como en tu local. Luego está la preparación de la comida y más mano de obra para preparar las bebidas. Así que,

aunque tengas razón, si le comento tu idea a papá, no te desanimes si no lo ve como tú, ¿de acuerdo?

Sus palabras se crispan, las mías naturalmente se agudizan.

—Bueno, a veces no vemos cosas nuevas porque estamos muy acostumbrados a ver las cosas como eran.

Lugares nuevos, gente nueva.

Enderezo la columna, junto las rodillas y me cubro la cara con las manos. Pienso en lo reducida que era mi vida en casa. Los espacios en los que he vivido y cocinado parecen tan pequeños frente a todo este verde y a todos los demás países y continentes, más allá de la base de esta colina.

Las yemas de unos dedos me presionan el brazo. Las ignoro.

—Lila. —Un susurro tan cerca que su aliento caliente me roza la oreja.

Giro la cabeza y Orion se ha incorporado, con el rostro a escasos centímetros del mío.

—Perdona si me he enfadado, han sido muchas cosas.

Busco su mano y la aprieto.

—Lo sé. Soy la última persona que necesita una explicación.

Asiente y me devuelve el apretón.

—Hablando de cosas nuevas, últimamente pareces más feliz aquí. Sonríes mucho. Sobre todo cuando te llevo a ver paisajes abiertos que probablemente no encuentres en Miami. Excepto el océano, supongo. El Atlántico llega más lejos de lo que alcanza la vista —reflexiona en voz baja —. ¿Esas sonrisas son reales?

—*Realísimas.* Aunque echo de menos el mar y aquí hace más frío. Pero para eso hay suéteres y… ¿por qué estamos susurrando?

—Porque somos tontos y ridículos. Y sí, hay muchos suéteres y ovejas lanudas para hacerlos.

Esto no pasaría en Miami. Un chico de bosque hablando de ovejas, nuestros costados pegados, las caras inclinadas para captar cada pizca de la lluvia azul que cae de un cielo sin nubes. Últimamente nos tocamos más y no de forma deliberada. Incluso con la cara de Andrés todavía en mi mente, mi cuerpo siempre parece acercarse al de Orion. Y el suyo me corresponde. Más de una vez, sus dedos se enhebran en los míos o su palma se extiende por la curva de mi espalda. Nos abrazamos durante el tiempo perfecto, pero nunca hablamos de ello. Tenemos que hablar de ello.

Mis amigos nunca me han tocado así. Claro, Orion es mi amigo, pero también es algo más. Y lo que sea que es ese algo, es desconocido para mi paladar, un sabor que no puedo describir. No es mi novio ni está intentando convertirse en el que perdí hace tan poco. Tampoco está actuando como un chico que está a horas o días de ligar conmigo. Los trece mil kilómetros de ida y vuelta, lo que he dejado y a lo que voy a volver, me lo confirman. Pero no lo gritan.

Voy a hacerlo. Voy a preguntar. Pero justo cuando creo que he encontrado las palabras suficientes para empezar, el ícono de FaceTime parpadea en mi teléfono y alerta mis nervios.

—¿Quieres conocer a Pilar? —Es la única pregunta que hago por ahora.

—Quiero conocer a Pilar.

Nos damos la vuelta, boca abajo sobre la manta, las cabezas pegadas con el teléfono entre nosotros. Las presentaciones son rápidas y agradables: reina de la contabilidad, conoce al experto en té. Persona más importante de mi vida, te presento a... Orion.

—Así que, Pilar, tu hermana está intentando enterrarme bajo pasteles y platos cubanos —dice Orion.

—No se la puede parar y, además, Lila, la voz de este chico es como la natilla. ¿Puedes grabarlo unos dos días seguidos? —Me dedica *La mirada*. Más tarde recibiré otra llamada en la que tendré que explicarle todo sobre él y no tendré forma de escapar.

Expulso el pensamiento con un largo suspiro y lo veo rodar hacia abajo y más abajo por esta colina de cuento de hadas.

—Él no para de hablar, así que lo haré, hermana.

Orion me dirige una mirada burlona mientras Pili pregunta:

—¿Dónde están? Lo de atrás se parece al terrario de Mami.

Orion hace los honores, llevando a Pilar en un tour panorámico de la colina de Santa Catalina.

—Oh... Lila. —Y eso es todo lo que necesita decir. En nuestra lengua secreta de hermanas, que tiene unas caras secretas de hermanas, eso significa que estoy sana y bien, y que mi corazón roto está acolchonado entre todo este suave verde. Y ella también está bien.

Mi mano cubre el teléfono para cortar el resplandor. Me fijo en la gran variedad de follaje que hay detrás de Pilar, sobre la mesa del comedor.

—Hablando de plantas...

—Dios mío. Es de la boda de Ashley. Fue el domingo. — Gira la vista y *wow*. Ahora todo tiene sentido. La boda de la hija de mi vecino, a la que habría asistido si hubiera estado en casa.

—La regla de Mami suele ser un centro de mesa por persona y eso —señalo—. Eso es mucho más que para una pareja.

Pilar se golpea la frente con la mano.

—Mami hizo lo suyo y tenemos dos. —Bien, puedo lidiar con eso—. Pero entonces Isabella hizo que algunos de sus hijos se los llevaran. Sin embargo, olvidó su viaje a Italia. Las flores se morirían. Así que anoche, la pequeña Grace apareció con cuatro centros de mesa en su coche. Mami estaba encantada, por supuesto.

Orion se está riendo y ni siquiera sabe la historia completa todavía.

—¿Esos son claveles? —le pregunto.

—Estuvo horrible, muy mal gusto. El pastel de bodas de Mami es lo único que estuvo bueno. —Pilar arranca una deplorable flor—. Las tiñeron de azul oscuro para que hicieran juego con los vestidos de las damas de honor.

Claveles azulados. Suelto un suspiro burlón.

Orion se incorpora después de que me comprometa a llamar a Pili más tarde y guarde mi teléfono.

—Entonces, ¿qué hay con todas esas flores?

—¿Listo para escuchar el episodio cubanoamericano de la *Misión: Imposible* de los centros de mesa?

—Más que listo.

—Toda celebración que se respete: bodas, *baby showers*, etc. necesita centros de mesa. Es súper importante. Y la misión de muchas madres y tías cubanas es llevarse a casa tantos centros de mesa como sea socialmente posible. Hasta se quitan los elegantes guantes de fiesta.

Orion suelta una carcajada.

—¿Como una competencia?

—Una del más alto nivel. La madre de Stefanie y la mía han mantenido una rivalidad tácita durante años, pero Mami es la campeona indiscutible. Desde siempre, su estrategia para las bodas ha sido la siguiente: hacia el final de la fiesta, nos envía a Pilar y a mí a «relacionarnos» con amigos de otras mesas. Entonces acercamos lentamente su centro de mesa hacia nosotras

mientras los atrapamos en la conversación. Luego, cuando llega la última llamada para ir al bar o el baile final, tomamos las flores, nos despedimos con un beso al aire y salimos corriendo.

—Eso. Es. Increíble. —Sonríe mientras come una última empanada.

—No sé si es increíble, pero así somos nosotros.

Mi familia, mi Miami.

—¿Pero por qué centros de mesa? ¿Aparte de que tu comedor huela a jardín? —Yo también picoteo un poco. Mi bizcocho de limón está húmedo con el almíbar de cáscaras de cítricos de Abuela recién salido del horno.

—Las celebraciones son una parte fundamental de nuestra cultura. En general, somos un pueblo sociable. Compartir nuestra alegría con los seres queridos también es importante. Por ejemplo, no es raro que, si pueden, los padres cubanos empiecen a ahorrar para la boda de sus hijas con años de antelación. Es solo mi opinión, pero creo que se trata de querer llevarse a casa una parte de la fiesta y hacer que dure. Es un símbolo de un acontecimiento feliz que sigue floreciendo durante unos días.

Sonríe ante esa imagen.

—Me gusta bastante esa idea. No quieres que se acabe la celebración; el compartir y los recuerdos. Es más un ritual que una superstición.

—¿Quieres supersticiones cubanas? Se me ocurren unas cuantas.

Me lanza una mirada burlona.

—¿Te conozco desde hace semanas y recién ahora me lo dices?

—Oye, he estado ocupada intentando que otras frutas actúen como la guayaba en las recetas y dando de comer a los huéspedes. —Le pincho el estómago con un dedo—. Dándote de comer a *ti*.

Orion atrapa mi dedo y desliza su mano para capturar la mía. Se levanta, usando un agarre firme para ponerme de pie.

—Vamos a ver esa zona boscosa y me cuentas las supersticiones.

Mientras subimos hasta el pequeño bosque que corona la colina, empiezo a hablarle del *mal de ojo*.

—Conozco el mal de ojo, ¿pero puedes repetir esas palabras?

—*Mal de ojo*. ¿Por qué?

—Me gusta oírte hablar español.

Eso provoca un sonrojo instantáneo. Desvío ligeramente la mirada como si eso pudiera borrar el rosa de mis mejillas.

—Bueno, una hora conmigo y Pilar y un poco de ron de contrabando y nos rogarías que paráramos de hablar. —Entramos en la arboleda de la colina, nuestras zapatillas crujen sobre trozos húmedos de tierra, rocas y mantillo de hojas muertas. Los árboles se apiñan, atrapándonos en una sombra moteada—. Mi familia no es muy partidaria del *mal de ojo*, pero la maldición proviene de los celos y suele producirse cuando la gente pasa y mira a los recién nacidos o a los niños pequeños, que son los más susceptibles.

Orion divisa un tronco talado; nos sentamos bajo una sombrilla de ramas y hojas.

—¿Debe de haber un amuleto para evitar la maldición, no? —pregunta.

—Normalmente un amuleto de ojo negro o una pequeña pieza tallada de azabache. —De nuevo, estamos cerca; los muslos juntos y nuestros brazos rozándose—. Luego hay una sobre no salir nunca por la noche con el pelo mojado y la regla de esperar tres horas para nadar después de

comer. Ambas son cruciales. No obedecerlas seguramente te provocará un infarto o tos, o tal vez necesites un trasplante de corazón.

Se ríe a carcajadas, mostrando sus hoyuelos. Se acomoda y, antes de darme cuenta, mi cabeza ya está apoyada en su hombro.

—Mi madre era inflexible con lo de no nadar después de comer, aunque su regla solo exigía una hora —dice Orion.

Quiero bromear y decirle que se libró fácilmente, pero me trago las palabras y las empujo muy dentro de mí.

—Ves, no somos tan diferentes después de todo —añade.

No, no por dentro. Pero en el exterior somos tan opuestos como nuestras costas: la mía cubana, bronceada y morena. La suya británica, clara y rubia. Arena de playa y adoquines, bikinis y suéteres. Pero recuerdo que ambos somos estrellas. Estrellita y Orion, una estrellita feroz y una constelación guerrera. Nos sentamos cerca de aquel árbol un rato más, en la cálida luz dorada, pero en silencio, como un sol en la sombra refrescante.

19

No hay centros de mesa de mal gusto en la Bridge Street Tavern, pero esta fiesta no los necesita. El fin de los exámenes, el comienzo de las vacaciones de verano para los jóvenes de Winchester y que Gordon haya conseguido un codiciado trabajo de medio tiempo en un estudio de arquitectura son motivos más que suficientes para celebrar. Anoche fuimos todos al cine, pero este sábado por la noche todo gira en torno a la comida.

Todo el mundo está aquí. Y por todos me refiero no solo a los amigos de Orion, sino también a sus padres y hermanos. Incluso Flora no parece miserable desde su asiento en la mesa. La madre de Remy monta nuestra enorme fiesta en un extremo del bar y luego deja de lado sus habituales tareas de anfitriona para unirse a nosotros. Todos los padres se apiñan en una mesa contigua y no nos prestan atención. Orion está apretujado en una esquina y yo estoy bastante apretada a su lado, con Jules a mi izquierda.

Una camarera me deja el agua con limón y pone dos cervezas delante de Orion, una de color ámbar pálido y otra marrón dorado.

—Gracias, Bridget —dice.

—¿Tienes mucha sed, Orion? —Bridget no espera respuesta antes de servir las bebidas al resto del grupo.

Enarco una ceja.

—¿Esto es lo que pasa cuando voy al baño? ¿Dos cervezas?

—Oh, es probable que beba dos, pero no juntas. Todavía te quedan unas semanas antes de que puedas pedirte una. Así que técnicamente, quería una *pale ale* ligera. —Señala la primera—. Así como una cerveza negra *nut-brown ale,* más oscura, pero ligeramente dulce. Prueba las dos y quédate con tu favorita.

Guiño un ojo ante su socarronería y sonrío por su detalle antes de probar.

—Elijo la marrón.

Es más rica y no es tan amarga. Remy se inclina rodeando a Jules y le dice:

—Ya veo en qué andas, amigo.

—¿De quién crees que lo aprendí? —Orion señala a Jules, de dieciséis años, y la cerveza dorada que tiene más cerca de su plato que del de Remy, de dieciocho.

Le doy un sorbo a mi cerveza.

—¿Has elegido lo que voy a comer? —Bridge Street no cree en los menús. Una gran pizarra en la pared central enumera los platos especiales y decido que le toca a Orion darme de comer. Spencer suele cocinar y solo he comido un par de veces en un bar con la familia Wallace, así que recurro a mi guía local.

Gordon se inclina hacia delante.

—Mejor que sea morcilla, Ri. Lila necesita una iniciación.

—Si lo hace, se lo llevará colgando. —Me imagino las salchichas redondas. No. Nunca—. Lila no necesita nada hecho con sangre de oveja o carnes raras.

Orion levanta ambas palmas.

—Mi ropa está a salvo. Ya pedí mientras estabas en el baño y lo hice bien.

Eso es verdad. Cuando llegan nuestras comidas, me entero de lo cerca que está el pastel de cordero de nuestras papas rellenas cubanas. La carne picada con especias reposa bajo un puré de papas de ensueño, ideal para los amantes de los carbohidratos. Está horneado hasta que la parte superior está dorada y crujiente. Como con ganas mientras también tomo a hurtadillas algunas papas del plato de *fish and chips* de Orion, el plato de pescado y papas fritas típico de Inglaterra.

—¡Oye! —Finge apartarme la mano, pero también me pasa la salsa de curry que preparó la madre de Remy.

Voy a pedirle la receta, decido, y luego hago una pausa para asimilar la escena.

Una enérgica colmena de voces y el tintineo de vasos y bromas groseras. Remy besando a Jules en la sien mientras discute con Gordon sobre los pros y los contras de dos nuevos sistemas de juego.

Si pudiera cambiar de lugar y de personas, esta podría ser cualquiera de las grandes cenas de mi familia. En Bridge Street Tavern, me siento dentro de otro tipo de familia. Me acogen a mí, a toda mi persona, incluidas mis partes perdidas y pródigas. Pero aquí no soy nada preciado. Se burlan de mí y me fastidian como a los suyos, me consideran la hija del medio y me hacen lugar en una silla extra.

Después de un momento, mi mente vuelve al presente. Mi cerveza se ha reducido a un tercio y Orion ya se ha pedido otra. Gordon está hablando con sus amigos de su nuevo trabajo.

—Es probable que me dedique a revolver cafés y tareas menores, pero al menos podré hacerme una idea de cómo funciona todo. —Gordon muerde un trozo de salchicha y traga casi todo antes de decir—: Vieron fotos de los dibujos de mi casa en Instagram. Me dieron el puesto en el lugar de otro chico.

Me acuerdo de la casita de Miami enmarcada en mi habitación. Los tonos rosa melocotón y las palmeras.

—Así que todo ese trabajo, pasando de canción en canción en tu mesa de dibujo, dio sus frutos. ¿Qué vas a dibujar ahora?

Me tiende la Coca-Cola.

—Quizá algunas estructuras más típicas de las viviendas de Winchester.

—Pero Winchester es muy aburrido comparado con Londres —dice Flora—. Fíjate en Notting Hill, por ejemplo, todos esos colores. Aquí todo es ladrillo rojo y piedra gris, y bla, bla, bla. Necesitamos unos cuantos lugares extravagantes, como una casa de un morado brillante con tres pisos disparejos y ribetes negros.

Jules interviene:

—Sí, o una pintada a rayas de cebra con un arcoíris de flores desordenadas por delante.

—Si quieres algo brillante y colorido, ven a visitarme a Miami —digo, atrapando la mirada de Orion ante las palabras. Gris, tenue, sombrío... ese es el color de su cara antes de levantar la barbilla y dedicarme una media sonrisa. Sus ojos azules brillan. ¿Cuál de sus dos caras está más cerca de la verdad?

Esta noche, mi verdad sigue siendo esta: ochenta y cinco días, que ahora descienden rápido. Últimamente las horas parecen segundos. Cruzamos miradas y Orion levanta otra papa con curry

entre nosotros, el brillo es ahora un estallido de alegres fuegos artificiales. Se la arrebato antes de perder la oportunidad.

—Mira, Henry está aquí —me dice mientras mastico—. Sé que esto te gustará. —Orion señala a un hombre blanco, corpulento y mayor, con el pelo revuelto en tonos gris y negro, y una barba desaliñada a juego. Henry arrastra un instrumento de cuerda con forma de pera hasta un taburete y un micrófono. El público local debe conocerlo porque lo aclaman y luego guardan silencio. Las luces se atenúan y todos los que están frente a nosotros giran sus sillas para mirar.

—Es un maestro del laúd —me dice Jules—. La música folk tradicional británica está desapareciendo y es una verdadera lástima. Londres está lleno de nuevos sonidos y música *rave*. Pero los padres de Remy quieren mantener viva nuestra historia.

Los primeros rasgueos melosos y acordes de laúd me quitan la tensión de los hombros. Relajada y suelta, escucho, pensando en la juventud de Miami yendo regularmente a los clubes de salsa de la Pequeña Habana o enseñando a sus primos pequeños a jugar al dominó mientras meriendan buñuelos de plátano. Mi cultura también tiene demasiadas ganas de extinguirse en lo nuevo y trabajamos para que siga creciendo fuerte, tan alta como los tallos de maíz cubano en el jardín de mi tío abuelo.

Tras un par de melodías, el público corea el nombre de Jules. Henry la localiza y la saluda con la mano. Me encanta que todos la conozcan y la aprecien. *Jules-no-Juliana* es una de las joyas de Winchester.

—Vamos, amor. Enséñale a Lila qué más sabes hacer con esas cuerdas vocales —dice Remy.

Jules nos despide con la mano.

—Solo por diversión —me dice y luego se escabulle detrás de los asientos para hablar con Henry.

Mi mente capta la música.

—¿Estaba oyendo otra cosa o hay partes de un par de canciones de Goldline que parecían inspiradas en las melodías o los acordes de Henry?

Orion asiente.

—Es lo que hace Jules. Es la reina del *mash-up* en sus composiciones. Le encanta hacer referencia a temas antiguos en su música moderna. Esa canción del tren que te encantó es un guiño a las viejas canciones de cuna inglesas.

Nos giramos cuando Henry toca una nueva introducción. Jules canta menos de dos líneas en este bar con paneles de madera y me quedo con la boca abierta. Demuestra lo que deben ser años de entrenamiento. Su clásica y feroz voz soprano domina una trillada balada folk.

—Esta canción es del siglo XVI —susurra Orion, inclinándose—. *Flow my Tears*.

La música me inunda. Una melodía hechizante, una letra agridulce y esa voz. En la segunda estrofa, no puedo evitar que algunas lágrimas resbalen por mi mejilla. Orion me pone una mano en el hombro, invitándome a pasar por debajo de su brazo. Lo hago sin cuestionarme nada, como si estuviera recostándome en mi cama, con la misma naturalidad con la que mis manos se curvan en una bola de masa. Segura contra el algodón de su suéter negro, me fundo con él.

Levanto la vista hacia su rostro apacible y descubro que no soy la única con los ojos llorosos. Apostaría mi panadería a que está pensando en su madre, a la que probablemente le encantaría comer pescado y papas fritas y oír cantar a Jules esta noche. Me aprieto contra su costado. *Lo entiendo.*

Los labios de Orion recorren la coronilla de mi cabeza mientras se acomoda. Los amigos no suelen sentarse así. Últimamente, parece que siempre estoy tocando a Orion Maxwell. No

importa que mis días aquí sean pocos, él parece estar siempre tocándome, cada uno de esos días. Dado quien soy, y donde he estado, y donde vivimos, no sé qué podría significar. ¿Qué significa ahora mismo?



Después de más música, *pudding* y despedidas, Orion y yo estamos a medio camino de llegar a Millie antes de que se detenga.

—Está lindo fuera, ¿verdad? ¿Quieres volver caminando y que mi padre vaya en la moto a casa?

Asiento.

—¿También usa a Millie?

Nos guía por la callecita lateral que sale de High Street.

—Era de él cuando tenía mi edad.

Sonrío ante la imagen, pero mis adentros siguen revueltos de preguntas. No me ha soltado, desde la mesa de la esquina hasta la acera de hormigón. Su brazo se engancha al mío, nuestras cabezas se inclinan tan cerca que podemos charlar fácilmente por encima del torbellino de tráfico y comercios. Pero Winchester es pequeño. No tardamos en entrar en St. Cross, en donde solo se escucha el ruido de los árboles sacudiéndose.

Se me ha olvidado recordar que soy audaz. Y ya no lo soporto. Yo dirijo cocinas. ¿No puedo tomar el mando de una pregunta? Audaz, eso es lo que soy. No soy una preguntona indefensa.

—Orion.

—Lila. —Sonó como un gruñido contra mi costado mientras continuamos caminando.

—¿Qué estamos haciendo?

—Estamos caminando a casa, amor.

Una palabra adorable, que hace que mi audacia se haga añicos.

—No. Tú y yo. ¿Qué es... esto?

Orion se detiene, girando sobre sí mismo para mirarme. Pero sigue cerca porque eso es todo lo que hacemos últimamente. Un gesto burlón baila por su rostro; *agh*, sabía exactamente a qué me refería antes. *¡Idiota descarado!*

—De acuerdo, quizá tengamos que aclarar algunas cosas —dice. Asiento—. Primero y antes que nada, eres mi amiga.

—Tú también lo eres.

—Bien, eso está bien. —Él sonríe—. Pero cómo somos, la forma en que...

—Sí, todo eso. Me refiero a que los amigos no...

—No, no lo hacen. Entonces eso significa que somos... —dice esto al cielo, con estrellas palidecidas por la luz amarilla de la calle.

—Pero.

Y ahí está. Una sílaba en su idioma, dos en el mío.

—Sí, pero —dice, de vuelta a mí—. Ahí es donde estoy terriblemente atascado. —Alarga la mano para tocarme el antebrazo, del codo a la muñeca—. Si esto fuera normal o habitual...

No estamos completando frases, pero comprendo todo.

—Claro. Solo que no lo es. Normal, digo.

Su mano cae sobre la mía.

—En absoluto. Entiendo por lo que has pasado y todo lo que has perdido. También entiendo que tu pasaje nunca fue solo de ida.

Miami. El tercer corazón sobre esta acera, tratando de amarme con más fuerza.

—Pero tú y yo —digo—. Realmente me gusta lo nuestro y me estoy divirtiendo...

Me aprieta los hombros.

—A mí también me gusta lo nuestro y me estoy divirtiendo mucho. Demasiado para dejarlo ahora.

—Entonces, ¿no lo hagas?

No me dejes también.

—No, Lila. —Me abraza para sellarlo y se queda para decir—: Hagámoslo. Creemos una nueva categoría para nuestro tipo de nosotros. No tenemos por qué definirla. Lo dejaremos en blanco y llevaremos las cosas día a día.

—¿A esto te referías con no pedirle demasiado a Dios o al universo o a la vida misma?

Siento su asentimiento.

—Exactamente eso es lo que quería decir.

—Yo nunca he hecho eso. Siempre he exigido lo que quiero a cualquiera que me escuche. Incluso cuando no me escuchan lo hago saber, y eso me afectó. Eso fue lo que me trajo aquí. —Me echo hacia atrás para que me vea decir—: Pero también me trajo hasta aquí.

Exhala y me rodea con el brazo, guiándonos de nuevo hacia delante.

—Miami te está esperando y, ¡vaya que es una ciudad con suerte! Como también lo son tu familia y tu negocio —reflexiona.

—Sí. —El amuleto de la paloma dorada golpea contra mi pecho.

—Y cuando sea el momento adecuado, podrás volver a encontrar a alguien. —Él aprieta su agarre—. Pero tengo algunos requisitos para ese futuro chico. Hipotéticamente hablando, claro.

Se me escapa una carcajada. Suelto un suspiro.

—¿Qué requisitos?

Me mira como si fuera tonta.

—Obviamente, debe tener una motocicleta. Pero me parecería bien que no le pusiera nombre.

—¡Qué generoso!

—Claro que lo soy. —Agita un dedo en señal de advertencia—. Debe ser capaz de hacer una taza de té decente, porque ahora necesitas tu té de la tarde. Y tendrá que llevarte a conocer este hermoso mundo, porque tiendes a trabajar demasiado.

—Trato hecho. —Mi voz es casi inaudible—. ¿Algo más?

—Mucho más, Lila.



Ella tendrá que prepararle sándwiches. Corro por St. Cross y no es un trote normal, es de esos en los que corro como una loca y espero que la carrera me deje deshecha y sudada como la cáscara de un tamal.

Cate me hizo prometer que nunca correría de noche, pero tuve que hacerlo. Cuando Orion me dejó en el Crow, estábamos resignados y tranquilos con lo de no definir el mañana y pensar demasiado en lo que éramos. Mi cabeza sabe que es lo mejor, pero no planificar es algo nuevo para mí. Desplanificar es algo nuevo para una chica que lleva años escribiendo su nombre con tinta indeleble: *Lila Reyes, jefa de panadería*. Es nuevo para una chica cuya vida ha sido

cuidadosamente trazada, la cubana Lila, hija, hermana y sobrina, nacida y destinada a quedarse en Miami.

Mi corazón no tenía ni idea de cómo elaborar la noción de Orion del día a día. Tuve que arrastrar esto a las calles mientras golpeo con fuerza el pavimento. La bruma me rodea y la niebla que se asienta modera todo el calor que sube a mi piel cuando me pongo muy audaz con las preguntas.

Ella tendrá que hornearle bocadillos y pasteles. Mi mente se desvía hacia allá, hacia este requisito. Muy importante. Le encanta el limón. No tienen que ser pasteles cubanos, pero tienen que ser decentes. Seguro que la chica que se ganará el corazón de Orion usa demasiado azúcar.

Sin embargo, mi mente cambia de nuevo mientras cambio de rumbo por otra bifurcación. ¿Cuántos planes hice recientemente que acabaron fracasando? ¿Un apartamento con Stef y un viaje cuidadosamente orquestado a Disney para mi decimoctavo cumpleaños? *Puf*. ¿El futuro que planeé para nuestra cocina, en la que cocinaba junto a Abuela cuando todo se volvía completamente gris...? *Destrozado*. La fecha de su lápida es un monstruo.

Orion y yo no vamos a planear o definir nada. Quizá eso le dé una oportunidad real de que funcione. O lo contrario y, en unas semanas, el tiempo será otro monstruo.

Ella tendrá que correr con él. Alrededor del kilómetro cinco, él probablemente empezará a ir más despacio y a quejarse. Ella tendrá que empujar su trasero para que llegue al sexto. Pero lo logrará. Y luego, tendrá que dejar que le haga el té, esta afortunada, afortunada chica.

Esta afortunada chica a la que quizás incluso odie... ¿Solo por ser ella, por estar aquí cuando mis metas significan que siempre voy a terminar... allá? La emoción me quema la garganta. No puedo. Esta noche, no hay suficiente pavimento para que yo resuelva todo esto, así que decido probar lo mejor que puedo el método de desplanificación de Orion. Es como probar una nueva receta.

Pero trabajo en mi cuerpo en su lugar.

Ahora es tan tarde que los árboles son espectros en la niebla. Corro dentro de una espeluznante nube nocturna que me hace estremecer. Aun así, estoy a salvo. Durante kilómetros, solo he oído la brisa envolvente de las hojas, el golpeteo de mis zapatillas, el tintineo metálico del tirador de la cremallera de mi chaqueta. Sin embargo, cuando llego a otra bifurcación, la que lleva a la ciudad o a una carretera nacional, en la siguiente curva se oye un sonido extraño. *Shhh, shhh, shhh*, seguido de un siseo. Y se repite otra vez.

Reduzco la marcha y saco el teléfono, por si acaso. Bordeo el muro de contención que queda a la vuelta de la esquina. Cuando giro, veo el contorno de una figura con capucha. Luego, rayas de pintura negra en aerosol en una pequeña sección de ladrillo: un símbolo de infinito. ¡Los tengo! He atrapado a Roth o a uno de sus compinches en su juego de grafitis, algo que Orion lleva intentando desde siempre.

La figura se gira y aspira una ruidosa y sobresaltada bocanada de aire. Le veo la cara con claridad. Pero...

—¿Tú?

20

Flora.

—Eres tú —repito innecesariamente. Durante meses, Flora Maxwell ha tenido a su hermano y a la mitad de los comerciantes del pueblo en una inútil persecución. Lo de Roth y su banda y sus intimidaciones, ¡y una mierda! El vándalo y artista de grafiti del pueblo, si se le puede llamar así, ha estado comiendo los mismos cereales en el desayuno que Orion todo este tiempo.

Juro que puedo oír el tamborileo del corazón de Flora. Su mirada se mueve de izquierda a derecha, como un conejo a punto de huir. Pero luego suspira, con los hombros caídos en señal de derrota. Soy una veloz corredora con una cámara de teléfono que funciona. La he atrapado.

—¿Por qué? —le pregunto.

Ella se encoge.

—Siempre estás ahí, ¿verdad?

—¿Perdona?

Flora deja caer la lata de pintura en aerosol y se mete las manos en el bolsillo de su sudadera.

—Últimamente, cada vez que me doy la vuelta, estás ahí como una maldita sombra. En el club cuando estaba con Will, junto a la posada…

¿Realmente está tratando de desviar la atención?

—No me eches la culpa, te hice una pregunta. —¿Esperaré hasta mañana o debo arrastrarla de vuelta a casa yo misma? —. Le has hecho daño a tu ciudad. Gente de verdad, con negocios como el tuyo. Orion está por ahí fregando paredes y...

—Por favor, no se lo digas —suplica y da un paso hacia mí—. Por favor, Lila.

Epa. De acuerdo. ¿Hubo un cambio en algún continuo espacio-tiempo? Orion sabría sobre esos. Solo reconozco la mirada de miedo paralizante, típica de Winchester.

—Por favor. Me detendré. Pero no se lo digas a Orion. —Ella tiembla, sus ojos azules muy abiertos, como la mirada de un lobo que se filtra en la oscuridad—. No entiendes lo que se siente. Hay tantas cosas, tantas cosas con las que ya están lidiando.

Tantas cosas con las que *ella* está lidiando.

—En realidad sé lo que se siente. No tienes ni idea de dónde vengo. —Exhalo en cámara lenta y señalo la forma oscura en la pared que me llega a la altura de los hombros—. ¿Puedes decirme por qué?

Se queda mirando al suelo y se lo cuenta a los cordones de sus zapatillas:

—Mi padre y mi hermano tienen buenas intenciones, pero siempre están encima de mí. Mucho más que las familias de mis amigos. —Ella libera una mano, agitándola sin rumbo—. Todos mis pasos, controlados con sumo cuidado. Y todo por mamá. —El hielo de mis venas se rompe—. A veces me siento como una niña pequeña. Como si mis deseos se perdieran y olvidaran.

—¿Así que esta es tu manera de ser más lista que ellos? —Hago un gesto hacia la pared—. ¿Demostrándoles que no pueden controlarlo todo?

Ella se encoge de hombros.

—Es como... en el tren a Londres, puedes ver todos esos edificios señoriales. Pero si pasas uno que ha sido pintado, eso es lo primero a lo que tu mirada se dirige, ¿verdad? Ves el edificio, pero realmente estás viendo la pintura. Las letras o símbolos. Encontré la lata en el almacén de la tienda de té y recordé eso... el ser visto y reconocido. —Se acerca a la pared y la frota. Todavía húmeda, la pintura mancha de negro las yemas de sus dedos—. No ser olvidada.

Dios, la demencia. Alcanzo a pensar en Orion, aceptando pacíficamente todo lo que la vida le da y sin molestar al universo exigiendo más. En cambio Flora… Flora, con la misma raíz de dolor, vive lo contrario. Su perturbación es la mancha de pintura sobre las paredes. Controlándola, cambiándola. Diciendo: *mírame*. Lucha contra un universo que la niega, que trae una enfermedad tan cruel que hace que su propia madre la olvide. *Sigo aquí*, eso dice la pintura.

Pero Flora sigue haciéndose daño a sí misma y a los demás. Lo sé porque yo he hecho lo mismo. Entiendo lo que significa estar en el césped, deshidratada, sucia y consumida por las lágrimas. Corrí tan lejos y con tantas ganas hacia la pérdida que me había arrollado, porque podía.

Oh. Miro por encima de Flora y, por primera vez, veo a Pilar mirando por encima de mí en el parque. Mi vientre se agita con ello y las náuseas se arremolinan rápidamente. Me veo a través de los ojos de mi hermana. Había corrido tanto. ¿Cuánto más lejos llegaría, haciéndome daño a mí misma e intentando burlar mi propio universo de pérdida? Pilar no tenía una respuesta esa noche, solo la invadía el miedo. Pero ella y Mami y Papi tenían Inglaterra, una oportunidad de un nuevo lugar para mí que me diera un nuevo propósito. Flora también necesita uno.

—Por favor. Por favor, no se lo digas a Orion.

No es una persona a la que quiera ocultarle las cosas. Sin embargo, evalúo la débil, fuerte, decidida y destruida cara de una chica, suplicándome. Flora; escabulléndose, deseando ser vista y recordada, marcando muros y vallas.

Evalúo un recuerdo, que me da codazos. *Lila.* Una chica tirada en el césped de Miami, a kilómetros de casa.

¿Mentiría por esa chica?

En su opinión, mi familia hizo algo peor que mentir, algo que va más allá del límite de lo doloroso. Me pusieron en un avión y me enviaron lejos de todo. Lejos de ellos.

Con un suspiro que me hace sonar igual que mi padre, cruzo los brazos en mi pecho.

—No se lo diré a Orion con dos condiciones.

—De acuerdo.

—Prométeme ahora mismo que dejarás de pintar.

Ella asiente rápidamente.

—Te lo prometo, Lila. No volveré a hacerlo.

—Bien. La otra cosa es que tres días a la semana trabajarás conmigo en la cocina de Owl and Crow. Empiezo a las seis de la mañana.

Flora da un paso atrás.

—No sé cocinar ni hornear.

—Te enseñaré. Empezarás por lo más sencillo.

—Pero ya estoy trabajando en Maxwell’s casi todas las tardes. —Ella levanta la barbilla—. ¿Así que ahora también mis mañanas? ¿Quién se levanta tan temprano durante las vacaciones?

Eso no es...

Ahí va. Flora está a punto de decir que mi idea no es justa y, *no es justo*. Circunstancias simpáticas o no, ella hizo vandalismo.

—Son solo tres días a la semana. Sobrevivirás. —Le tiendo la mano—. Depende de ti.

Me mira fijamente hasta que la mirada se endurece.

—Como sea.

Sí, claro, eso es un sí. Es otro idioma que conozco bien.

—Bien. Nos vemos el lunes.

Flora recoge la lata de pintura.

—No te alteres, voy a tirarla.

—¿Te parece que estoy alterada? —Miro el reloj—. Te acompañaré a tu casa.

—Está cerca, puedo volver sola.

Debería asegurarme de que llegue bien a su porche. Pero cuando dijo que se sentía asfixiada, la escuché. Flora puede llegar a su casa que queda a solo cuatro manzanas. Necesito dejarla hacer esto.

—Sí, claro que puedes.

La dejo huir y me dirijo al Crow por una calle cercana y paralela, sabiendo que Flora está haciendo lo mismo. Oiría cualquier cosa fuera de lugar. Planificadora como soy, probablemente debería decidir qué decirle a Orion cuando mencione las pintadas y el nuevo entrenamiento de Flora. La sola idea de ocultarle algo hace que mi estómago se pudra como comida en mal estado.

Cuando llego a la pérgola de rosas, unas pocas luces del segundo piso dan prueba de vida desde las habitaciones de los huéspedes. Sin embargo, el tercer piso está a oscuras.

Estoy lo bastante familiarizada con la escalera superior como para ascender mientras miro mi teléfono. Cuando es tarde para mí, es el momento perfecto para llamar o hacer FaceTime con Pilar. He tenido el sonido apagado; lo vuelvo a encender y me fijo en la burbuja de mensajes de mi pantalla de inicio. Ocupada con Flora (aunque ocupada es decir poco), debo de haberme perdido su mensaje. Casi tropiezo con el siguiente escalón. El nombre que aparece bajo el mensaje no es de Pilar Reyes.

Es de Andrés Millan.



Minutos más tarde, mi teléfono vibra, pero no forma parte de la configuración. Soy yo en mi cama, temblando, leyendo una y otra vez el mensaje de Andrés.

Andrés: Hola. Sé que es repentino, pero quería saber cómo estabas.

Me llega otro mensaje.

Andrés: ¿Estás ocupada?

Mi mente da vueltas. Debería bloquear su número, debería tirar el aparato por la ventana. Pero no hago ninguna de las dos cosas. Aunque los sentimientos se han reordenado y cambiado, la sombra de Andrés sigue ahí, oscura y cargada de dulces recuerdos. Y yo sigo picando el anzuelo.

Yo: Aquí estoy.

No pasan ni cinco segundos cuando responde.

Andrés: ¿FaceTime?

Yo: Llama.

Y lo hace. Contesto con una vieja y polvorienta palabra sacada de un viejo y polvoriento baúl.

—Hola a ti también, Lila —dice Andrés con la voz que escuché contra mis labios y en el borde de mi oreja, la misma que finalmente pronunció un terrible adiós.

—Sé que esto es raro y salido de la nada —dice. Abro la boca, pero las palabras no me salen —. Así que, Inglaterra, ¿eh? —Debe haber estado mirando mi Instagram también—. ¿Cómo es allí?

—Frío. —Pero hay suéteres para eso, un cárdigan suave, cálido y gris.

—Claro —dice.

—¿Por qué? —Mi atrevimiento decide aparecer ahora—. ¿Por qué hoy?

Lo oigo soltar un grueso suspiro.

—Estaba pensando en ti, preguntándome si estabas bien. Sé que todo fue una mierda. Yo. Nosotros. El baile de graduación. Tu abuela. Y me enteré de lo de Stefanie. Eso realmente apesta. Quería comprobar que estuvieras bien.

—Estoy bien. De verdad lo estoy. —Mi respuesta no es una mentira.

—Bien. Me alegro. Sabes que siempre puedes llamar.

Se me humedecen los ojos. ¿No soy yo la que ha estado esperando? ¿No he estado deseando esto durante meses? Sin embargo, no me genera nada, ni encaja igual dentro de mí, tan cálido y seguro como la ciudad desde la que llama. En cambio, me llena la garganta de bilis.

—De acuerdo.

—¿Puedo llamarte otra vez yo también?

Malvado. Desgraciado. Débil.

—Sí.

21

La puerta lateral se cierra tras él. Es una lluviosa mañana de domingo y Orion me encuentra rápido. Es mi día libre, pero necesito la cocina después de la nueva trifecta de ansiedad de anoche:

1. Orion y nuestra *desplanificación*.
2. Flora y el vandalismo.
3. Andrés y una llamada de tres minutos.

Le devuelvo el saludo, mirando un par de bocadillos del segundo paquete de Mami, que no sabe lo oportuno que ha sido. Necesito estos pequeños objetos. Ayer, antes de ir al bar, recibí la caja de envío marrón que, cuando abrí las solapas, olía a mi casa de West Dade.

Orion se quita la chaqueta húmeda y yo soy pura confusión. Verlo en jeans y una camiseta polo azul suelta hace que mi cuerpo se acomode, acercándose a él como si fuera mi casa. Pero verlo luego de lo de Flora y Andrés hace que se me forme un nudo en el estómago. Es imposible que ambas cosas sean verdad.

—Ah, ¿más regalos de tu madre? —dice Orion y me frota el hombro.

Le muestro la pila de envases de pasta de guayaba y la bolsa de plástico llena de tres latas en miniatura de condimento Bijol amarillo. Sacudo la bolsa en el aire.

—Considérame demasiado entusiasmada con las especias. Ahora puedo hacerte *arroz con pollo*.

—Bueno, a pesar de que lo dijiste en español lo entendí. —Sus cejas caen—. Aunque suena bastante simple.

—Si luego de probarlo, crees que mi arroz con pollo se parece en algo a un simple pollo con arroz, colgaré mi delantal antes de tu siguiente bocado.

—*Nah.* —Está muy cerca de mí—. Sería inútil de mi parte dudar de ti, una lección que debería haber aprendido antes.

Un intento de sonrisa se forma en mis labios antes de desvanecerse. Orion tiene razones para dudar de mí y esas palabras retumban en mi cabeza, aún más con él a mi lado.

Le enseño el último tesoro de café cubano: una lata de Café Bustelo.

—Seguro que ya has tomado suficiente cafeína en el desayuno.

—Prepáralo. Si luego soy un tonto con demasiada energía, puedo echarte la culpa a ti, y eso siempre es divertido. —Me muevo para darle un manotazo, pero él es más rápido. *¡Basta!* La nueva trifecta me tiene débil y lenta. Orion me toma la mano y me la aprieta—. Hablando de desayunos, Flora nos acompañó a papá y a mí esta mañana a la cafetería. Y no es algo que normalmente haga, así que también estoy un poco sorprendido por esa novedad. ¿Sacrificando sus preciosas horas de sueño, apareciendo aquí para ayudar y aprender algunas cosas? —Su boca

se tuerce y su mirada se clava en la mía. No puedo evitar sentir que sus cejas levantadas esconden algo más que curiosidad.

Dicen: *¿Qué no me estás contando, Lila?*

No quiero mentirle. «Siento no haberte mandado un mensaje. Me la encontré ayer supertarde. Pintando una pared, rogando por mi silencio».

—Dijo que iba de camino a casa de Katy y que estabas corriendo. —Arruga la nariz—. Sola. No es que necesites escolta, pero sabes que podría haber ido contigo.

Demasiada información. Primero, me doy cuenta de cuál ha sido la coartada de Flora para escabullirse todo este tiempo, y luego, está la parte que me hace mirar directamente a Orion. Y se siente como mirar fijo a un dulce sol y a la vez a un precario agujero negro. Ambas cosas son ciertas. *No podía correr contigo, estaba corriendo por ti.*

Necesito poner mis manos en cualquier cosa menos en Orion. Me alejo y agito la lata de café.

—Decidimos que viniera tres mañanas a la semana. —Saco la cafetera de metal que uso para rellenar los pasteles con café—. Me pareció una buena idea. Puedo enseñarle de cocina y eso siempre está bueno, ¿no? ¿Aprender lo básico? —Mido el café y pongo el fuego alto.

—Eh, claro. Pero creo que ella tiene algún motivo oculto.

Respiro ansiosa y me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿cómo ha sacado el tema? —*¿Qué excusa ha puesto?*

—Lo que dijiste. Como está de vacaciones y tú nos preparas cosas deliciosas, pensó que era hora de aprender un par de habilidades útiles. Mientras estás... aquí. —Apenas pronunciada, la palabra suena a kilómetros de distancia.

Y añade:

—Sospecho que hay algo más, siento que está tratando de encontrar la manera de probarse a sí misma. Todo eso de andar a escondidas con Will. ¿Y recuerdas la otra noche cuando Gordon la trajo a casa después del toque de queda? Creo que está tratando de demostrar que está tomando la iniciativa, ganando concentración y confianza.

Por suerte, el café no tarda mucho en estar listo. Busco dos tazas pequeñas y una jarra de vidrio. Al igual que Orion lo hizo con la preparación del té, hago una demostración de los pasos para un café cubano perfecto.

—Hacemos espuma, o crema, batiendo un poco del café con azúcar.

Él sonríe.

—Todo se trata del azúcar contigo.

—Pero nunca demasiado —musito mientras continuo con el trabajo entre las manos. Vierto el café preparado sobre la crema y un poco de la espuma en nuestras tazas. Por último, vierto el resto del café en las tazas, con cuidado de no estropear la espuma.

Movemos los taburetes hacia la isla.

—Ya comiste, pero me conoces.

—Si dijera que he mentido sobre el *brunch* y estoy con el estómago vacío, ¿eso me acercaría a lo que me ofreces?

Arrastro una hogaza fresca de pan cubano y corto dos rebanadas gruesas. La mantequilla irlandesa se cierne por encima. Deslizo su plato por la madera.

Se lame los labios antes de beber.

Mis ojos se dirigen hacia ellos, luego hacia arriba.

—Tú no mientes. —Pero sí lo hago. Por favor, haz que valga la pena. También está el asunto de Andrés. La otra noche hablé tan libremente de él con Orion; debería ser capaz de soltar lo de

la llamada sorpresa. Pero no puedo. A pesar de que mi silencio me hace sentir mal, necesito un tiempo a solas con él: tiempo para entender por mí misma qué significa la reaparición de Andrés antes de contárselo a un chico al que puedo contarle cualquier cosa.

Bueno, casi cualquier cosa.

—Sabía que te encontraría aquí —dice Cate, con la puerta batiéndose tras ella—. Y tú, Orion, nunca estás lejos de lo que ella hornea. ¿Es Café Bustelo?

—Estoy en una iniciación. Tiene un sabor digno —ofrece Orion.

—¿Quieres que te prepare uno? —le digo a Cate.

Ella huele mi taza.

—Mmm, para la próxima. Anoche hablé con tu mamá y ahora esto. Oh, extraño tanto Miami. —Se pone una mano sobre el corazón, echando de menos la ciudad de su infancia—. En fin, estaba charlando con uno de nuestros huéspedes. Le conté todo sobre La Paloma. Le encantó cómo cocinas y quería conocerte antes de irse.

—Claro.

En cuestión de minutos, Cate lleva a la cocina de Owl and Crow a una pelirroja menuda, probablemente de unos veinte años. Se presenta como Lauren y nosotros nos presentamos como Lila, quien le preparó el desayuno, y Orion, que vende el té inglés que tomó para acompañarlo.

—El té estaba buenísimo —dice Lauren—. Tendré que pasarme por Maxwell's de camino al tren. —Luego se vuelve a mí—. Pero… ¿Lila, verdad? —Ante mi asentimiento, me dice—: Estuve aquí todo el fin de semana por una boda y pude probar muchas de sus delicias. Debo decir que el equilibrio de sabores y la textura eran dignos de mención. Esos pasteles hojaldrados y añadir canela a esos rollitos de higo... ingenioso. —Señala el horno que se está enfriando—. Y tus panes eran extraordinarios.

—Ella lo es —dice Orion.

Le sonrío y le digo a Lauren:

—Gracias. Siempre es agradable oír que mi comida ha hecho feliz a alguien.

—Estoy de acuerdo —dice Lauren—. Yo también. Estoy en la escuela de artes culinarias. *Le Cordon Bleu* en Londres.

He oído hablar de la *Le Cordon Bleu* de París. Cualquier cocinero que se respete conoce la escuela de cocina francesa más prestigiosa del mundo. Pero...

—¿Hay un campus en Londres?

—Sí, es fantástico. Yo formo parte del programa *Diplôme de Cuisine*, pero hay varias carreras. También tenemos el curso de *Diplôme de Pâtisserie*. Pastelería y panadería. ¿Has tenido algún tipo de educación formal?

—Solo mi abuela.

—Ella te enseñó bien. Echa un vistazo a la escuela, si te apetece. Aprovecha que estás cerca de Londres.

Lo dice como si yo fuera de aquí. Como si yo perteneciera a esta pequeña ciudad medieval que está tan cerca de Londres. No corrijo a Lauren antes de que Cate la guíe a hacer el *check-out*.

Orion está untando mantequilla sobre otra rebanada de pan cubano cuando vuelvo a mi taburete, con el teléfono en la mano. Al cabo de unos instantes, pregunta:

—La estás buscando, ¿verdad? ¿*Le Cordon Bleu*?

—Solo por curiosidad. —Muevo el teléfono para que ambos podamos ver la impresionante página web, digna de una gran institución. Navegamos por ella y encontramos los detalles del extenso programa y fotos de comida a todo color—. ¡Mira esos postres y tartas! Puedo hacer

buenos pasteles, pero estos están a otro nivel. —Detalles elaborados y formas delicadas, casi demasiado bonitos para comérselos. Son obras de arte.

—¿Has pensado en ir a la escuela culinaria antes? —pregunta Orion.

Niego.

—Abuela me enseñó todo lo que necesitaba para La Paloma. —Me desplazo por la página y encuentro los tres niveles sucesivos de clases. Nueve meses de estudio de exquisita pastelería francesa, aprendiendo nuevas técnicas que podría aplicar a mi propia repostería, haciendo que se distinga aún más. Londres. Pero otra ciudad se hace presente en mi mente: Miami. Todo lo que ha sido y sigue siendo para mí—. Esto es… es algo imposible.

—Pero no dejas de mirarlo. —Orion da un sorbo a su café—. Déjame ver la dirección de la escuela. —Se la enseño y él agita la mano—. Está en Bloomsbury. Justo en el corazón de Londres, cerca de Covent Garden, una de mis zonas favoritas. —Parece horrorizado ante mi inexpresivo rostro—. Mientras digo todo esto, me doy cuenta de que soy una mierda de guía turístico por no haberte llevado a Londres en todas estas semanas.

—Estuve atrapada en esta ciudad, pero me encantaría ir. Y la escuela, no estaría mal pasarse por ahí. Ver dónde está y todo eso.

—Claro. Papá y yo vamos a visitar a mamá más tarde, así que hoy no podemos. Además, deberíamos tomarnos el día entero. —Frunce el ceño—. El próximo fin de semana me toca encargarme de la tienda.

—Dentro de dos semanas, entonces. Pasarán volando —digo, haciendo un gesto con la taza levantada.

Al parecer, gesticulo demasiado ya que el café salpica la isla de madera. Orion chasquea la lengua y sus ojos brillan con picardía.

—Oh, esto es interesante. Ahora tú lo has hecho.

Limpio el desastre con un trapo.

—Presiento que se viene una superstición.

—Puede que vengan muchas más —me dice—. Tradicionalmente, si derramas café significa que un amado está pensando en ti.



No averiguo lo que *realmente* significa hasta después de la cena. Resulta tan irónico que creo que el propio estado de Florida me está jugando bromas pesadas.

Solo unas horas después de que Orion equiparara mi café derramado con los pensamientos de un amante, el nombre de Andrés parpadea en la pantalla de mi teléfono. Un rebobinado emocional instantáneo a la noche anterior. Aun así, Andrés Millan ya no es mi amado.

La notificación de FaceTime no deja de sonar. Me interesa lo suficiente como para extender la mano para pulsar el familiar ícono verde de respuesta. Me interesa la forma en que lo veo, como mi primer sorbo de licor fuerte, cómo lo ingiere todo mi cuerpo.

—Lila. —Su cara y su voz, la inclinación de su mandíbula, incluso sus largas y oscuras pestañas, que yo había considerado injustas: todo es igual. No han pasado ni tres meses, me recuerdo.

—Me encontraste —digo. *Y yo te he perdido*.

—Sé que te llamé ayer, pero... —Se restriega la cara—. Dios, te ves bien. Te ves muy bien.

No puedo evitar que se me escapen algunas lágrimas. Sacudo la cabeza.

—Lila, por favor, no llores. No he llamado para hacerte llorar otra vez.

¿Qué espera? ¿Que no sienta? ¿Que no recuerde? ¿No se da cuenta de que él es una gran parte de la razón por la que estoy aquí?

—¿Por qué haces esto?

—Estoy... —Al final dice—: Intentando averiguarlo sobre la marcha.

Y podría fácilmente darse cuenta de que tenía razón la primera vez, cuando me dejó la primavera pasada. Era muy fácil. Siento que me duele la cabeza y me aparto el pelo de la cara.

—Has estado ocupado, ¿no?

—Esto y aquello, sí.

—Seguro que has estado mucho en la playa. En tu favorita. —Mi risa lleva un tinte de histeria —. Echo de menos South Beach. Y más desde que la vi en tu Instagram. Sigues sin ir solo, ¿verdad?

Su cara se marchita y este pequeño indicio de confirmación me golpea de vuelta. Ahora sabe que sé lo de Alexa Gijón. El centro de espionaje cubano de Pilar vuelve a ganar.

—Lila.

—¿Desde cuándo?

Él inhala con brusquedad.

—No significó nada, fue un error.

Se me caen las lágrimas al oírlo decir la verdad. Absorbo la información y la retengo, sintiendo un ardor en mi corazón.

—Fueron como dos semanas, Lila. Ya ha terminado.

—Dos semanas es más que un error. —Se mueve para hablar, pero digo—: Solo quiero saber una cosa —inclina la barbilla—, y ahórrame la mierda de «no eres tú, soy yo». ¿Qué. Fue. Lo. Que. Hice?

—Estuvimos casi tres años —dice—. Eso es como tres para siempre en años de escuela. —Se hace un silencio y él se encoge de hombros—. Crecimos juntos. Siempre has sido brillante, intensa y poderosa. Y me enamoré de eso. Pero hacia el final... —Mi expresión lo inhibe y mete los labios hacia dentro—. Me estaba perdiendo a mí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre nos movías a toda velocidad, planeando todo con tanta antelación. Me presionabas. Me decías qué clases debía tomar o que debía quedarme en Miami para estudiar; me dirigías como lo haces con los panaderos aprendices en La Paloma. Solo necesitaba espacio y alejarme por un tiempo. Pensar en mí.

Él se convirtió en la estrella quemada, como dijo Abuela. Entonces, había ignorado sus advertencias, desechándolas bajo nuestra masa de hojaldre más fina. Pero aquí están; él las pone frente a mi rostro. Al igual que lo había hecho Stefanie.

Debería haberla escuchado cuando corríamos cada semana.

—¿Por qué hacemos esto otra vez? —Stefanie había dicho el invierno pasado, jadeando las palabras mientras pasábamos el siguiente marcador kilométrico a lo largo del puente Key Biscayne.

Desvié la mirada de la bahía turquesa.

—Es sábado.

—No, quiero decir. ¿Por qué nos torturarnos corriendo? —Su coleta rubia rebotaba al compás de sus pasos.

—¿Más espacio para pastelitos? Además, te encanta.

Stefanie dijo:

—A *ti* te encanta.

Nunca le había gustado y yo nunca la había escuchado. Ahora no puedo disculparme con ella, pero sí con Andrés.

—Lo siento —susurro—. Por toda la planificación.

Inhalo y exhalo. Su boca se abre, luego se vuelve a cerrar.

—Lo que pasa es que creo que me alejé demasiado. De ti.

Oh. Hace dos meses e incluso dos semanas, habría sido la Lila «estrella en llamas» y habría cruzado corriendo países y el Atlántico entero, solo por esto.

Ahora, soy la que no se mueve. Me quedo quieta. Le digo que me dé tiempo y que no me llame. Después de que la pantalla se apaga, me acuesto en la tranquilidad de mi cama antigua en esta vieja, vieja posada. Me detengo a mirar las estrellas, pero mi telescopio está al revés. Vuelvo mi búsqueda hacia el interior.

Tal vez la superstición anterior de Orion fue acertada. Tal vez dio en el clavo. Sin embargo, a medida que el cielo se adentra en el anochecer, el amado que piensa en mí después de que derrame mi café es inesperado.

Soy yo. *Yo* pienso en mí.

22

Es mi cocina. No la cocina de Flora. Y mi salud mental.

—Hay más paños de cocina en el otro cajón —le digo a mi reacia protegida, que ha sido relegada a la limpieza. Eso lo puede hacer sin supervisión, creo.

—Solo hicimos tres cosas. ¿Cómo es posible que tres malditas cosas requieran tantos recipientes? —rezonga Flora, con espuma hasta en los codos.

Desmoldo los pasteles de fresas para más tarde, lista para una siesta de seis horas y un nuevo cerebro que sustituya al que ahora mismo quiere salirse de mi cabeza. *Brillante, Lila*. ¿Qué fue lo que hice? Quizá haga que Flora trabaje aquí una semana. Sería castigo suficiente y evitaría que despertara mi intensidad Reyes contra una chica de quince años.

Estoy horneando cosas dulces, pero soy toda sal, gracias a una noche de dar vueltas en la cama por una llamada de FaceTime.

La puerta trasera cruje. Me giro y capto la sonrisa de Orion antes de que encuentre a su hermana.

—Mírate, Pink. —Se acerca al fregadero—. ¿Qué tal te ha ido el primer día?

Se me encoge el corazón: su sonrisa alentadora, la nota de curiosidad que brilla en sus ojos, enmascarada por el engaño del que no puedo deshacerme del todo.

—Lo hice bien. —Se encoge de hombros y juro que detecto el momento exacto en que Flora Maxwell se acuerda de que tiene que convencerlo. Le lanza a su hermano una sonrisa torcida—. Hice el jarabe para un pastel y mezclamos masa para pan, pesando y midiendo y todo eso. También hicimos un plato de fruta con salsa de nata y vainilla.

Las recetas de hoy han sido sencillas a propósito. Nada de rollos de canela que requieren mucho trabajo ni rebelde pan francés o cubano.

—Tu bocadillo antes de correr. —Señalo el plato que hemos reservado para él.

Sus ojos brillan mientras moja rodajas de melón en la crema.

—Delicioso —le dice a Flora—. Me alegro mucho de que hagas esto. Y papá también.

Una parte de la sonrisa de Flora podría ser real. Exhalo por lo que me queda de trabajo.

—Flora, puedes irte. Yo terminaré con los platos. —Se seca las manos con una toalla, afloja los lazos y me da su delantal. Nuestros ojos se encuentran en dos verdades. Ella no quiere estar aquí. Yo poseo información por la que ella ha decidido que vale la pena estar aquí de todos modos. Me guardo la tercera verdad, pero espero que haya suficiente mezclada con el cansancio en mi cara. *No me rendiré contigo*.

—Lo has hecho muy bien —le digo—. ¿Nos vemos el miércoles?

Levanta los hombros.

—Nos vemos el miércoles.

—Y te veré más tarde en la tienda —le dice Orion.

Una vez solos, Orion mastica más fruta y crema mientras yo me arrastro hasta el lavamanos.

—¿Cómo lo ha hecho realmente? —pregunta.

Quiero explicarle que su hermana tiene cero habilidades, pero la culpa lo carcomerá de punta a punta.

—Aprender a cocinar requiere práctica. Lo conseguirá.

Mis manos han sustituido a las de Flora bajo el jabón y el agua caliente. Frotar y fregar con esponja. Enjabonar, enjuagar, repetir. Toda esta limpieza no puede borrar el FaceTime y la pared de St. Cross pintada de mi mente.

—Lila. ¿Qué pasa?

Aún no puedo decírselo, y el silencio que yo misma me impuse duele tanto como los detalles. De nuevo, me atengo a lo que es verdad.

—Estoy agotada, no pase una buena noche.

—Bueno, no sé hacer pasteles, pero se me dan bien los abrazos…

Asiento y me arrastra hacia él, con mis manos empapadas y todo. Me disuelvo en Orion Maxwell como el azúcar en la mantequilla, los huevos y la vainilla.

—Eres el mejor dando abrazos. —Respiro dentro del suave zumbido de su risa y su olor. Lluvia y manzanas mezclado con su aroma natural a jabón.

Si es posible, me escondo más dentro de él. Su serena fortaleza envuelve todas las cosas que me están matando, los secretos que guardo y el que me he estado ocultando a mí misma. Mi verdad secreta se convierte en una pregunta: ¿Esto realmente tiene que parar? Tonto. Ridículo. Imposible para una chica que pertenece a Miami.

—Te ayudaré a terminar con estos platos antes de que desechemos tu terrible noche por los senderos de Winchester. Luego te llevaré a la tienda y te haré un té antes de que vayas al mercado de agricultores. —Orion se echa hacia atrás, me arregla el pelo bajo la diadema.

Y me lo arregla un poco más.



Mi té favorito no es ninguno de los verdes. Terminada la carrera, Orion y yo nos instalamos en el bar de degustación de Maxwell’s con un trío de tazas de té asiáticas en miniatura.

—¿Todavía no? —me pregunta con una taza de lo que él llama *silver needle green*. Una delicia, fuerte y herbácea.

—Me gustan, sobre todo el que lleva jazmín. Pero no sé, nombrarlo mi favorito es un gran compromiso. Sé que lo encontrarás.

Su sonrisa se traslada a su padre, que sigue a los clientes por la puerta principal. Teddy se encarga de los pedidos mientras el señor Maxwell se detiene en la barra.

—Lila. —Intercambiamos saludos—. Gracias por lo que estás haciendo con Flora. Con su ayuda, tus tareas probablemente te lleven el doble de tiempo, pero aprecio el esfuerzo. —Ese esfuerzo empieza a sentirse cada vez mejor. El señor Maxwell le dice a Orion—: Me ocuparé de las cosas aquí más tarde. ¿Te tomas el resto del día?

Una pesadez se instala entre padre e hijo. Conozco a este último lo suficiente como para detectarlo con facilidad. Algo pasa.

—Lo haré. Gracias, papá.

Cuando volvemos a estar solos con el té, pregunto:

—¿Todo bien?

Orion se queda mirando el borde de una taza de *dragonwell*, el más fuerte de los tres tés verdes de la barra.

—Bueno, antes de pasar a eso, le comenté a papá tu idea de negocio. Ya sabes, prepararnos para servir comida, tal vez organizar algunas mesas de bistró para que la gente pueda pedir un té y sentarse a comer un pastel artesanal con él.

—¿No le gustó?

Orion niega.

Como dueña de una cuarta parte de un negocio, no lo entiendo. La respuesta es tan fácil, tan clara en mi cabeza. Haz esta única cosa y tu negocio crecerá. Haz algo más que quedarte en el mismo nivel.

—A él le gustaría y sabe que tiene potencial. Pero ahora no puedo empujarlo a hacer nada más allá de lo mínimo. La vida nos está costando mucho a todos.

—Está bien. —Exhalo mis ideas sin fallos, mi manera de hacer las cosas. Podría martillarlas todo el día en las paredes blancas y tendría razón. Pero lo de Maxwell es asunto suyo, no mío.

Orion añade:

—Ayer fuimos juntos a ver a mamá. Esta enfermedad ataca en etapas. Se estabiliza por un buen tiempo, luego vuelve a caer. —Agacha la cabeza.

Oh. Pongo mi mano sobre la suya.

—¿Recayó?

—Se podría decir que sí. Era lo siguiente que esperábamos, y bueno, ha sucedido. Ha dejado de caminar por completo. No se ha movido mucho durante un tiempo, pero esta semana, fue como si su cerebro dijera: «Ya hemos tenido suficiente de esto». —Sus ojos azules, fríos como el invierno, se clavan en los míos y, antes de que pueda pensar en palabras adecuadas, dice—: Quiero preguntarte algo. Sabes que me he propuesto no pedir nunca cosas imposibles, pero últimamente siento que mi petición no es tan imposible.

«Cualquier cosa», son las palabras que saltan de mi mente. Las repito en voz alta.

Él entrelaza nuestros dedos.

—¿Quieres venir conmigo alguna vez? ¿Pronto? ¿Vendrías a conocer a mi madre, aunque ella no pueda conocerte?

La confianza que me tiene me abruma.

—Sí.

—Bien. Entonces una pregunta más. Ya que le voy a hacer caso a papá y tomarme el resto del día, ¿vienes conmigo? Podemos salir de la ciudad o algo así.

Otro sí, como siempre.



Tras mi parada en el mercado y una ducha, Orion me sube a Millie. Nos ponemos los cascos para nuestro viaje más largo por la campiña de Hampshire. Me promete tres cosas: algo desagradablemente bonito, una sorpresa más vieja que el tiempo y *fish and chips.*

Nos adentramos en un desnivelado cuadriculado de grises, verdes y marrones. El ganado pasta a lo largo de carreteras serpenteantes y el sol se asoma entre las nubes cuando nos detenemos a las afueras de un pequeño pueblo. Luego de dejar a Millie en un carril lateral, me jura que mi gabardina negra estará a salvo plegada en la alforja. Opté por combatir el frío de la tarde con el

cárdigan de Orion, y ni siquiera me sorprendió cuando apareció como parte de mi «equipo» junto con mi casco.

Caminamos por una carretera de acceso hasta que esta desciende bruscamente, depositándonos cerca de un puente túnel de ladrillo encalado para embarcaciones pequeñas.

—¿Esto es lo desagradablemente bonito?

—Un poco más adelante. —Orion me toma de la mano, guiándome por los empinados escalones finales. La vegetación, más de la que puedo asimilar, se amontona alrededor del olor a musgo y hojas en descomposición. Estamos en un camino de sirga empedrado que se extiende a lo largo de un estrecho canal de agua de color jade oscuro—. Es francamente horrible. Incluso asqueroso —dice mientras damos un perezoso paseo. Me dice que estamos en el canal de Basingstoke, de cientos de años de antigüedad, que une esta región con el río Támesis en Londres.

Asimilo casi todo, así como los datos históricos sobre la región de Hart, en Hampshire. Sobre todo, me asombra que, a excepción de algunos turistas y ciclistas extraviados, estemos solo en compañía de la calma del agua y el desordenado follaje. Filas de árboles se inclinan ante mí, sus doseles se hunden en la superficie del canal. Recuerdo que estoy en un país con monarquía. ¿Por qué no fingir que soy una princesa latina en una corte de árboles postrados? Se lo confieso a Orion, haciéndole jurar que no se lo dirá a nadie.

Como si este sendero acuático no pareciera ya sacado de un cuento de hadas, Orion divisa un par de cisnes flotando medio segundo antes de que yo lo haga.

—¡Míralos! Pero no te acerques demasiado. Son unos bichos engañosamente salvajes.

—Ya me caen bien —digo, tirando de él hasta que se detiene. Solo quiero verlos dar vueltas, sacudir sus plumas y girar sus curvilíneos cuellos.

Los miro durante tanto tiempo que Orion me da un codazo.

—Seguro que hay cisnes en Miami…

—Sí, pero no estos cisnes que están aquí. —Y tampoco él mirándolos conmigo con una chaqueta de cuero gastada, tan en casa que es como si hubiera nacido entre los tocones de los árboles. Especiado, amaderado y fuerte.

—Es verdad, pero lo que nos espera aquí es mejor que los cisnes. Para los que sean lo bastante valientes como para seguir adelante durante horas de, em, terreno escabroso.

Lo miro de soslayo por un rato hasta que me quiebro y entonces nos reímos los dos. Después de una mañana pesada, la risa sabe mejor que los panes cubanos empapados en mantequilla.

Tomamos la siguiente curva, pero Orion se adelanta de repente y me muestra su espalda.

—*Milady*, su carroza la espera. —Un paseo a caballito que nadie rechazaría—. Tu sorpresa está solo un poco más adelante y es más vieja que todas las cosas viejas.

Se agacha y me agarro a sus hombros. Engancha las flexiones de mis piernas y me levanta. Me agarro mientras nos movemos, pero Orion empieza a zigzaguear por el camino como la versión para niños británicos del juego de Disneyland «El paseo salvaje del señor Toad». Hace caso omiso de mi fingida desesperación y solo se frena cuando empiezo a golpearle la espalda con el puño.

—De acuerdo, de acuerdo, me comportaré. Ya casi hemos llegado. Verás, toda princesa latina necesita su castillo. Me temo que el castillo de Odiham ha pasado por mejores momentos y no cumplirá tus expectativas, pero sigue siendo muy especial.

Al final de otra curva, me deja en el suelo y me quedo boquiabierta. Justo delante, las ruinas de un castillo se elevan y sobresalen del verde que está a lo largo del sendero.

—¿Esto es un castillo de verdad? ¿Y está aquí?

Me guía hacia un pequeño sendero.

—Honrado por Dios y construido por el rey Juan como pabellón de caza en el año mil doscientos siete. Era un lugar práctico porque aquí estamos a medio camino entre Winchester y Windsor.

Una familia de turistas pasa mientras ascendemos por el estrecho sendero. Una amplia rosquilla circular de césped rodea el desaliñado fuerte y un alto arco de árboles vigila desde atrás. Tenía razón cuando dijo que es lo más viejo de todas las cosas viejas. Sin duda, es lo más antiguo que he visto. Todo lo que queda de la estructura son gruesos muros exteriores, desgastados hasta parecer masas de coral marino gris oscuro, dispuestas en forma de letra C. Podría ser un castillo de arena ya que no quedan bordes sólidos. Podemos caminar directo hasta el centro, detenernos y girar lentamente en círculo dentro de la construcción antigua. Hay carteles que describen la vida en el castillo y detallan el aspecto que tenía el edificio hace cientos de años, con representaciones artísticas y muestras representativas.

Después de la lección de historia, no estoy lista para caminar, ni para ir por el mejor plato de *fish and chips*, que queda a solo unos minutos a caballito. Nos tumbamos en el césped junto a Odiham. No hay nadie más que nosotros y los pequeños sonidos: el viento a través del agua del canal y el lírico cotilleo de los pájaros.

Pero oigo algo más. Si hay fantasmas rondando los maltrechos muros del castillo, me dicen cosas. O tal vez sea yo quien lleva días oyendo los mismos susurros y por fin ha llegado el momento de escucharlos.

—He estado guardando un secreto.

Él está jugueteando con una brizna de césped.

—¿Que en realidad no eres tú quien me hace todas esas deliciosas comidas cubanas?

—Ja... nunca. Pero esta es la historia. Hoy en el mercado de agricultores, uno de los comerciantes me ayudó personalmente a escoger los mejores pimientos, cebollas y tomates. Dijo que sabe lo exigente que soy. Y mientras estaba allí, me encontré con el señor Robinson, el carnicero. Me ha dicho que esta semana le van a traer unos pollos de granja particularmente buenos y que si quería que me guardara un par de los mejores.

Orion se encoge de hombros.

—Así es Winchester. Así somos.

—Y tengo docenas de ejemplos más, la gente me ha dado la bienvenida. Y mire hacia donde mire es un cuento de hadas. Castillos y adoquines, cosas viejas mezcladas con cosas nuevas. El campo es tan grande y también acabo de enterarme de la existencia de *Le Cordon Bleu* y no dejo de pensar en el programa de pastelería. Y sigo pensando… —Yo también estoy jugando con el suave césped—. Ni siquiera quería venir aquí.

—Lo sé.

—Pero ahora, estoy enamorada de Inglaterra. —Y justo detrás de ella, hay un chico con nombre de constelación. Mi corazón sigue latiendo cuando no está conmigo, pero pensar en *echarlo de menos* hace que bombee más sangre aún—. Ese es mi secreto. Es algo más que un turista que tiene un lugar de viaje favorito —añado—. Es *amor*, verdadero amor.

Su sonrisa brilla, pero si tiene palabras o respuestas o incluso más preguntas, se las deja a los fantasmas del castillo. Sin embargo, está bien. Todo está bien. Hoy solo quiero su sonrisa y quiero la mía.

Así que no le digo la otra parte, que me siento como si estuviera engañando a mi propia

ciudad, amando otro lugar de la misma forma. Lo acepto por única vez, con la misma precisión con la que mido los ingredientes de un pastel. Entonces me pruebo a mí misma que *puedo* ser buena olvidando.

—Tu secreto está a salvo conmigo, Lila Reyes —dice finalmente, más a los muros del castillo que a mi cara.

Lo sé, *sé* lo que debo y lo que no debo sentir. Como las verduras y las vitaminas, sé lo que es bueno para mí. Pero hoy voy a amar algo solo porque sí. Voy a amar un lugar tan mágico que hasta yo podría creer en sus hechizos y pociones, el aire, tan densamente dulce como el caramelo. Me centraré en la promesa de Orion de llevarme a cenar a un bonito bar, y en la mía de robarle papas fritas del plato. Y en la promesa que me hará una noche de verano en Inglaterra cuando volvamos en una moto de época, con los cuerpos abiertos a la carretera por el viento helado.

Amo Inglaterra. Simplemente me encanta. Y si hay algo que sé, es lo que se siente enamorarse.

23

El miércoles amerita que haga empanadas de fruta. Flora las prepara al otro lado de la isla. Su tarea es sencilla: rellenar los círculos de masa, sellar y presionar los bordes con un tenedor, y luego pincelarlos con huevo.

Preparamos dos opciones de relleno azucarado, pero mi mente se centra en lo agridulce. El lunes hubo cisnes, un castillo encantado y delicioso pescado con papas fritas junto al chico que me lo enseñó todo. Le conté un secreto: Inglaterra ha pasado de ser un lugar que quería odiar a un lugar del que no puedo salir sin angustiarme. En el castillo me negué a pensar en esta parte y me limité a disfrutar de todas las demás. Pero dos días después, ese sentimiento de angustia ha vuelto, escondido detrás de mi corazón.

El temporizador suena entre mis pensamientos. Voy corriendo del lavaplatos al horno para colocar cuatro hogazas de pan de miel y avena en una rejilla para enfriar. Ahora, es la hora de las empanadas.

—¿Puedes traer las que tienen el relleno de fresa?

—Sí. —Flora trae las empanadas sin hornear de nuestra bandeja de preparación.

Les echo un vistazo antes de dejar que el horno haga su magia.

—Bien. Siempre hago de más. Son las favoritas de los invitados. —Las medias lunas tienen una forma uniforme, perfecta. Más temprano, le enseñé a Flora como Abuela me enseñó a mí: yo hago algunas, luego hacemos algunas, luego tú haces algunas.

Sin llamar mucho la atención, intento medir el progreso en su lugar de trabajo.

—¿Tienes listas las de arándanos?

Ella asiente con una sonrisa sosa.

—Solo falta una última fuente.

Flora lo hizo tan bien con las dos primeras docenas que dejé que se encargara de las de arándanos mientras yo cocinaba y enfriaba un pudín cubano de vainilla y canela. Me limpio las manos y me dirijo a la bandeja donde ella ha estado apilando sus empanadas.

—Veamos tus mini obras maestras —le digo y saco una fuente para doce empanadas. Pero me quedo mirando con incredulidad. Con el estómago hecho un nudo, me apresuro a sacar la otra fuente—. Flora, ¿qué ha pasado?

Dos docenas de las empanadas no están ni cerca de sellarse uniformemente. Los pliegues superiores ni siquiera llegan a los bordes inferiores en la mitad de ellas y el relleno desborda sobre los papeles de pergamino de las bandejas. Algunas están demasiado llenas, otras apenas tienen relleno suficiente. ¡Y la capa de huevo! Está desigual y, además, les ha echado azúcar en grumos gruesos. No puedo servir esto.

—No lo entiendo. Yo misma te vi hacer las de fresa. —Y además de eso, me levanté temprano para empezar el pan de avena con miel por mi cuenta, poniendo la masa a leudar antes

de que ella llegara, así tenía tiempo extra para enseñarle algunas habilidades básicas de cocina. Le enseñé a medir los ingredientes secos y húmedos y a utilizar distintos tipos de cuchillos. Pensé que empezaba a interesarse.

Flora se desata la mitad inferior del delantal.

—Te dije que no soy buena para esto, para trabajar aquí. Solo voy a hundirte. —Se asoma al horno; las empanadas de fresa están cobrando vida—. Al menos puedes poner estas y la última fuente de las de arándanos. Debería ser suficiente.

Espérate. Esta cocina empieza a oler a gato encerrado. Recuerdo las palabras que Jules dijo sobre Flora la otra noche:

Ella olvida que lo que hace en un pequeño momento puede afectar en el futuro.

Flora hizo esto a propósito para que cancelara nuestro trato. Vio una oportunidad fácil para escapar, pero no pensó en mí ni en la posada. Sería tan fácil tomar su delantal y acompañarla a la puerta, pero de nuevo, me veo a mí misma en este acto. Yo habría hecho algo así (no, no con comida), pero esta maniobra está sacada directamente del manual de Lila Reyes para la manipulación de situaciones.

Estoy tentada a aplaudirla: bien hecho, Flora. Sin embargo, como conozco tan bien este juego, no tengo que buscar mucho para saber qué va a venir después. El único problema es el precio: mi reputación.

Antes de pensarlo detenidamente, lo hago.

—No, no será suficiente. Todas las habitaciones de huéspedes están llenas y muchas con familias. Los huéspedes han comido siempre más de una empanada cada uno. —Exhalo un suspiro resignado—. No tengo tiempo de hacer más masa de empanada, así que tendremos que servir las que has hecho.

—¿De verdad vas a servirlas? —Mira la bandeja y se queda boquiabierta. ¿Ahora se da cuenta de lo horribles que son?

—No tengo elección. —Le hago un gesto—. Ahora átate el delantal porque tenemos que hacer galletas de mantequilla para acompañar el *pudding* de después.

—¿Quieres decir que no quieres que me vaya?

Intento pintarme la cara con el color blasé, fingiendo que forma parte de la nueva colección de verano de MAC.

—¿Irte? Claro que no. Todos los cocineros meten la pata de vez en cuando. Y tú acabas de empezar. No te castigues.

Treinta minutos después, las horribles empanadas están en el salón. Me lavo las manos, literalmente y de verdad, mientras Flora raspa la masa del bloque de madera, con la cabeza gacha.

Cate entra a la cocina.

—Lila, ¿podemos hablar un momento? —Asiento, con la mente adelantada a lo que creo que se avecina—. ¿Te encuentras bien? —Cate inclina la cabeza y me mira con curiosidad.

—Sí, solo estoy cansada. Me cuesta conciliar el sueño. —Eso es cierto. Los enredos alrededor de mi mente y mi corazón han alcanzado lo que queda de mí, queriendo mantenerme despierta más allá de la hora de dormir habitual de cualquier panadero.

—Ah. Solo me lo preguntaba por las empanadas del desayuno de hoy. —Sus cejas caen—. Son tan diferentes a lo que estamos acostumbrados a ver de ti. Tu impecable calidad y consistencia habituales.

Auch. Miro a Flora. Está inmóvil, con la mano apretando con fuerza el cepillo. Podría culpar a

quien corresponde, pero las palabras de Orion me ayudan:

Flora está a la deriva, más caprichosa que nunca. Aunque esta pequeña cosa que estoy a punto de hacer no importe, la familia de Orion merece que yo asuma el golpe. Pero solo una vez. Esto no va a volver a pasar aquí. Exhalo una rápida bocanada de aire.

—Tienes razón. Siento lo de las empanadas de arándanos. Es mi culpa, estuve un poco distraída.

Cate me frota el hombro.

—Ya veo, Lilita. Es solo que la posada nunca ha estado así de llena por tantos meses. Tenemos todas las habitaciones reservadas hasta septiembre. Ayer oí al caballero de la habitación seis hablar maravillas de tu comida. Había convencido a la familia de su hermano de alojarse aquí en vez de en un lugar más cerca de la ciudad solo por eso. Y nuestra puntuación en el sitio de viajes TripTell nunca ha sido tan alta. ¡Son todos comentarios sobre el té de la tarde! Lo que haces aquí importa, no lo olvides.

—No lo haré.

—Bien. —Inclina el cuello—. Y Flora, me alegro mucho de que Lila haya conseguido ayuda aquí.

Con los ojos muy abiertos, Flora solo asiente.

Desde la puerta batiente, Cate dice:

—Esta noche le diré a Spence que te prepare su té de cúrcuma con leche de coco. Te ayudará a dormir esta noche.

Vuelvo al fregadero y Flora está a mi lado, con los labios apretados.

—Puedes irte. Yo terminaré —le digo.

—Yo... te echaste la culpa por mí. ¿Por qué? —le dice al suelo.

Llevo un bol de vidrio para mezclar a la rejilla de secado.

—Lo que pasa en esta cocina es mi responsabilidad.

—Pero...

—Orion llegará pronto para salir a correr. —Vuelvo a mi lavado—. Le guardé una de las empanadas de fresa que hicimos juntas. Son unas de sus favoritas y le va a encantar. —Le dedico una última mirada directa a Flora—. Entonces... ¿viernes?

—Em, está bien. Viernes.



—¿Cómo que le dijiste a Andrés Christian Millan que se calmara y no te contactara por un tiempo? ¿Y cuánto tiempo es un tiempo?

—Uf. Mierda. Uf. —Estoy segura de que Pili aún puede verme perfectamente a través de la pantalla de FaceTime de su portátil mientras me desplomo, boca abajo, sobre la cama—. No lo sé —le digo al edredón—. Ahora mismo no entiendo nada.

—Lila. —Arrastro la cabeza hacia un lado, todavía panza abajo—. Pero si es Andrés —dice ella— ¡El tipo por el que lloraste en el congelador! ¿Y ahora se está arrepintiendo?

Sí, es Andrés y el *nosotros* que ha sido un pilar de mi vida durante años. En el que puse nuestras caras en una bandera y la ondee bien alto sobre West Dade. Andrés Millan y Lila Reyes para siempre. Pero en cuanto me entero de que Andrés podría querer volver conmigo o al menos hablar de ello, ¿le digo que no llame?

—Te ves diferente —dice Pilar en voz baja. Una sonrisa melancólica se dibuja en su rostro.

—¿Diferente cómo? —Alargo el antebrazo y lo giro—. ¿Más pálida? —Agarro un mechón del pelo que compartimos—. Mira, no tengo mechas de verano como en casa.

—La hermana que conozco habría llamado, enviado mensajes de texto, hecho FaceTime y hasta contratado acróbatas aéreos que escribieran un mensaje en el cielo para que Mami y Papi te dejaran volver a casa temprano por esto.

—Sí... ¿Y qué más haría? ¿La Lila que tú conoces? —Me intrigaba saber cómo me ha visto realmente Pili todos estos años, no tanto como familia, sino como persona.

Pilar se ríe un poco.

—Veamos, probablemente irías corriendo a los Gables, besarías a Andrés hasta dejarlo sin conocimiento y harías que vuelva a llamarte suya.

Lo obligarías. Y, si se refiere a la chica que dejó en el aeropuerto, tiene tanta razón. Miro fijamente a mi hermana, esa parte de mí que tanto quiero.

—Pili —digo nerviosa—, aquí empieza a hacer calor, pero me he puesto toda la ropa que me enviaste. Te echo de menos.

—Yo más. Echo de menos estar las dos juntas.

Sus palabras se deslizan por mi cuerpo, llegando hasta mí. Ella me arrastra, me lleva a casa. Las Reyes, Lila y Pilar. Nuestro plan de dominar la industria pastelera mundial sigue tan vivo y brillante como siempre en mis ojos, en mi corazón. Así de fácil, así de sencillo, ese es mi futuro, siempre lo ha sido.

—No puedo volver corriendo a los brazos de Andrés tan rápido —digo. Mi propio corazón me importa demasiado—. No puedo apresurarme esta vez. No entiendes lo mal que estaba.

—¿No lo hago? —Cuatro mil kilómetros de conocimiento ensombrecen su rostro.

—Gracias. —Mi mano se mueve, concediendo—. Por hacerme venir aquí.

Pilar suelta un largo y lento suspiro.

—Tenía razón. Estás diferente.

24

Estoy cocinando mucho. El trabajo me ayuda a centrarme; corto y cocino a fuego lento cebollas con mantequilla, leche y harina para hacer una salsa bechamel. Hoy no voy a usar latas, sino que voy a pelar y cocinar al vapor mis propios tomates del mercado para la salsa, y a hervir la carne y las hierbas para el caldo de pollo.

Mi teléfono vibra en el bolsillo del delantal. No es un mensaje, es un correo electrónico. El asunto hace que se me pare el corazón. Es Stefanie.

Querida Lila:

Sí. Deberíamos hablar. Te llamaré pronto, lo prometo. Stef

Por lo menos es algo. Pero como todos los pasos hacia delante, es en puntillas. ¿Nuestro primer cara a cara será como caminar sobre fragmentos de cristal o sentarse en medio de una habitación en llamas? Decenas de clichés me inundan, pero tengo que recordar: podemos hacerlo. Podemos volver a encontrarnos a nosotras mismas, aunque tengamos que empezar por apoyarnos en todo lo que solíamos ser durante años.

La puerta trasera cruje al abrirse y luego se cierra de golpe. Aunque normalmente es Orion, esta tarde, Jules y Flora entran a mi cocina en medio de una conversación.

—Sí, sí, Nicks es digna. Legendaria. —Flora sacude un dedo hacia Jules—. Pero Benatar tiene formación clásica en Juilliard y todo eso. Se nota en su repertorio.

—Te entiendo —responde Jules—. ¿Pero Nicks? Por favor. Prácticamente escribió el manual del rock de los ochenta.

Revuelvo el caldo.

—Em, ¿hola?

—Lo siento, amor —dice Jules—. Bueno, tal vez puedas resolver nuestra disputa. Reina indiscutible del rock de los ochenta, ¿Stevie Nicks o Pat Benatar?

—Es mejor que tengas esa conversación con mi hermana —le digo—. Ella habla el idioma vinilo.

Jules huele aquí y allá.

—Por Dios, Lila, a esto debe oler el cielo.

—Lo divino es siempre el objetivo. ¿Pero Orion no les dijo que a las siete? Llegan unas cuatro horas antes.

—Es por mí —dice Flora—. Nos dirigimos a la ciudad, pero creo que esta mañana me he dejado aquí los lentes de sol.

Retiro el caldo terminado del fuego, apuntando con mi cuchara de madera a la encimera de enfrente.

—Fuera del alcance de las salpicaduras de tomate.

Mientras Flora recupera sus lentes de sol, Jules mira por encima de mi hombro. Todas las hornillas están ocupadas con preparaciones de salsas, caldos y rellenos.

—Estamos emocionadas por esta noche. Remy, también. Normalmente, cuando nos invitan a tomar el té, es pizza o comida para llevar del restaurante local. —Hago la pantomima de una herida mortal y Jules se ríe—. Yo tampoco cocino mucho. Mi madre no cocina mal y Rems y yo siempre estamos gorroneando comida de bar.

—Tú cocinas canciones, Jules.

—Muy cierto. Pero estaría bien aprender algunos trucos.

Los trucos de cocina son *mi música*. Apoyo la cuchara sobre la mesada.

—¿Podrían quedarse a cocinar conmigo?

—¿Lecciones de la jefa? —Jules sonríe y se vuelve hacia Flora—. ¿Qué dices? Podemos tomarnos un café con leche y gorronear por la tienda de Victoria cualquier otro día. Lila solo está aquí por un tiempo.

Las palabras melancólicas me golpean suavemente, pero ya estoy cansada de ellas.

Sé que me iré. Lo sé.

Flora empuja un plato de galletas de limón que sobraron hacia Jules. Siempre las tengo cerca para alimentar a cierto comerciante de té.

—Prueba una, yo ayudé a hornearlas. —Jules muerde una de las crujientes galletas y luego hace ademán de intentar meterse todas en el bolsillo—. Sí —dice Flora—. Nos quedaremos a ayudar.

Después de explicar y dividir las tareas, hago que mis ayudantes se laven las manos, se pongan el delantal y se instalen en la isla. Ponemos rock de los ochenta mientras Flora pela papas y Jules se encarga de cortar las verduras como toda una profesional.

Cate entra a la cocina.

—Lila, dijiste arroz con pollo, no la mitad de un libro de cocina cubana. —Le hago señas para que se acerque y meta la nariz en la olla burbujeante de arroz con leche.

—¿También hiciste arroz con leche?

—Y papas rellenas y croquetas de jamón.

Cate acerca un taburete. Observa en silencio, pero casi puedo ver los pensamientos que se agolpan tras sus ojos.

—Antes de que nacieras, antes de que conociera a Spencer, tu abuela y tu abuelo me invitaban a cenas como esta todo el tiempo. Tu madre sabía mucho, pero la comida cubana de Miami era de Abuela. Su vieja cocina era como una caja de zapatos, pero ella usaba cada pequeño rincón. El olor, Lila... era igual a este. Lo seguí hasta aquí. Los invitados se preguntarán cuando se servirá la cena.

El canto de sirena cubano.

—Si cierro los ojos, estoy en Miami otra vez —continúa Cate—, y el aire acondicionado está estropeado y todos estamos empapados en sudor con ventiladores portátiles soplando fuerte detrás de nosotros y la música sonando aún más fuerte. —Tiene las manos sobre el corazón—. En su mente, tu abuela Lydia podría haber estado en la cocina más lujosa, pero más que a mí, ella alimentaba a todo el mundo. Cuando eran tiempos difíciles para sus vecinos, traía ollas de caldo de pollo y pan cubano.

Levanto la mirada a través del rastro de melaza que dejaba la memoria. Flora y Jules han dejado de picar, solo escuchan. Este es mi Miami, mi historia. Esta soy yo.

—Quédate —le digo a Cate—. Puedes cocinar con nosotras.

Ella mete la mano en la pila de delantales, sonriendo.



Mis parientes cubanos proceden de una pequeña granja cerca de Cienfuegos. Ahora la cocina de la posada emana vapor y humo con casi la misma cantidad de calor. Les enseño a trocear pollos y, junto con Flora, doro los trozos en hierro fundido para hacer el arroz con pollo. Cate y Jules meten el relleno de picadillo de carne en una capa de puré de papas que Jules ha hervido y sazonado. Ambas me observan y luego se encargan de formar bolas con la mezcla. A continuación, pasan el relleno de croqueta de jamón por pan rallado y las freímos a último momento.

—Mantén las verduras en movimiento para que no se quemen —le digo a Flora.

Ella se gira obedientemente y revuelve. Luego le dejo que añada el arroz blanco seco, el caldo y, por último, el Bijol.

—¿Entonces tiene que ponerse amarillo? —pregunta.

—El arroz con pollo debe tener ese color, como el azafrán. Y esta especia también le da sabor. —Revuelvo la mezcla por última vez—. Vigila que hierva rápido. Va a burbujear, pero cuando lo hace rápido, sabes que es hora de bajar el fuego y poner la tapa. Tengo que revisar nuestro arroz con leche, así que tú te encargas de eso.

Flora me hace un gesto de visto bueno con el pulgar.

Con las bandejas de albóndigas de papa y croquetas de jamón listas para freír, Cate trae cuatro Coca-Colas. Le doy una sonrisa de complicidad cuando corta una lima y engancha un gajo en el borde de cada vaso.

—¿Lima con Coca-Cola? —pregunta Jules.

—Algo típico de Miami. Pruébalo —responde Cate.

—Está muy bueno. Refrescante. —Jules mueve los hombros a su propio ritmo, dando otro sorbo—. Me siento tan del sur de Florida.

—Bueno, si de verdad quieres sentir Miami, tienes que escucharlo —le digo—. Dejemos los ochenta y pongámonos a bailar salsa.

—Recuerdo tantos bailes, tantas noches —dice Cate—. Las discotecas con Mami y nuestros amigos.

Sincronizo mi teléfono con los altavoces portátiles y pongo la música de mi cultura. Con nuestra cena cubierta y lista para una larga cocción a fuego lento, Flora se aleja de las hornillas con su bebida. Tiene el cuello y la cara enrojecidos por el fuego de las ollas, pero sonríe.

—¡Esta música! —dice Jules, con los ojos brillantes de asombro—. La polifonía, la percusión y el ritmo son fantásticos. Suena como un resort tropical, una colorida calle llena de comerciantes y...

—¿Qué?

—Sé que es raro, pero suena a como huele esta comida. Especiada y sexy.

Le doy un codazo a la copropietaria de la posada, es lo menos *Cate Wallace de Winchester* que he visto de ella en estas semanas.

—Catalina, tenemos que enseñarles el baile.

—Sí, por favor —dice Jules, agarrando a Flora por el codo—, enséñennos.

Lo hacemos. Parecemos un par de tontas, pero conseguimos enseñarles lo básico de la salsa.

—Eso es, chicas —digo—. Hagan una pausa en los tiempos cuatro y ocho. Arrastren el pie, no lo apoyen. —Les enseñamos dónde poner la cadera y el hombro, cómo afinar cada movimiento, cerrándolo. Flora se mantiene, pero Jules lleva su instrucción de salsa a otro nivel. ¿Por qué me sorprende?

Jules no puede evitar sumergir su preciosa voz en las canciones. Con un oído entrenado, capta las frases en español y crea sus propias armonías con los cantantes. Mi amiga es preciosa.

Miro hacia la puerta. Los chicos han aparecido, los tres haciendo fotos o grabando videos y demasiado orgullosos de sí mismos. ¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—Ni idea de qué demonios está pasando —dice Remy—. Pero un día, cuando Jules sea famosa, este video aparecerá en Internet y será increíble.

Jules ya está dirigiéndole una sonrisa radiante mientras intenta arrebatarle el teléfono.

La cara de Gordon muestra una dosis de horror. ¿Problemas para procesar una nueva faceta de su madre y su formidable balanceo de caderas?

—No tengo palabras.

—Por una vez en tu vida. —Cate le despeina el cabello—. Voy a subir. ¿Nos traes a tu padre y a mí nuestras porciones cuando Lila las sirva?

—Sí, mamá.

Cate y yo entrelazamos miradas cuando ella llega a la puerta de empuje del pasillo. Presiona los dedos sobre sus labios y luego sobre su corazón antes de irse.

Encuentro a Orion echando un vistazo al arroz con pollo y a los aperitivos. Cuando me acerco, me atrae para darme un breve abrazo. Después de horas de diversión frenética, mi respiración se calma.

—Ahora me siento culpable. Has trabajado mucho y solo te hemos traído un par de botellas de vino tinto y algo de cerveza. —Señala a Remy, que está colocando las botellas en el mostrador —. Debe haber algunas tareas de última hora que podamos hacer para ayudar.

—Más que unas cuantas. —Le pellizco la manga de su camiseta desteñida—. Y no se admiten culpas. Esto es lo que hago, lo que me encanta hacer.

Sonríe y me pasa suavemente un dedo por la cara.

—Tienes harina en la nariz.

—Probablemente tenga mucha más por el resto de mi cuerpo. —Miro los jeans ajustados y la camiseta negra que llevo debajo del delantal—. Debo parecer un desastre.

—Nah. —Me levanta la barbilla con el pulgar y esboza una sonrisa perezosa—. Siempre estás encantadora.

Oh. Nunca me había dicho eso. Muchas veces lo he sentido escondido tras su mirada, pero las palabras son nuevas y mi corazón ya no está adormecido. Vuelve a estar frenético.

—¿Me sirves un poco de ese vino que trajiste?

La velada empieza con un primer trago de vino y luego se extiende: larga, ruidosa y deliciosa. Remy es un profesional de la freidora gracias a su trabajo en el bar. Las croquetas de jamón y las albóndigas de papa quedan doradas y crujientes y los rellenos rebosan de grasa. Orion ayuda a servir y el público aplaude el humeante plato de pollo sobre arroz amarillo con guisantes, pimientos y cebollas, empapado con caldo reducido y mucho sabor.

Todos nos inclinamos sobre la superficie de madera, con la barriga llena de comida y los oídos llenos de historias. Orion acepta una segunda cerveza de Gordon y me ofrece una a mí, pero yo me quedo con el tinto local que Remy ha traído del bar.

—Lila, dime que has visto a Ri borracho —pregunta Gordon—. Me refiero a bien borracho.

Sonrío al pensar en ello y al ver la mirada que Orion le da a su amigo.

—Mmm, sé que lo he visto un poco borracho. Pero no puedo decir que he tenido el placer de verlo completamente borracho.

Remy interviene:

—Bueno, eso va a requerir más de dos cervezas, pero como alguien que lo ha visto, puedo decir que es magnífico.

Orion se traga el último bocado de su millonésima albóndiga de papa.

—Cállate, Rem.

—No lo creo. —Esto solo incita más a Remy—. Orion es un borracho dormilón. La última vez que lo vi, estaba en mi casa.

—Oh, Dios, me acuerdo de esto —añade Jules con una risita.

—Sí. —Remy inclina su botella—. Se tumbó en mi sofá y antes de quedarse dormido, murmuraba todo tipo de tonterías al azar. Algunas coherentes, otras no. No estábamos seguros de si estaba despierto o soñando.

—Idiota —dice Orion, el enfado disfrazado sobre su risa irónica.

—Eso no lo hace menos real —dice Gordon—. La próxima vez, lo grabaremos.

Las burlas y bromas sobre mi guía turístico de Inglaterra dan paso a la comida. Mis invitados son de los buenos, se paran para elogiar y piden repetirse. Cuando llega la hora del *pudding*, le pido a Flora que traiga los ramequines de arroz con leche.

—Debo felicitar a mis dignas ayudantes salseras, Jules y Flora —digo, con las palabras entrecortadas por los efectos de tres copas de vino.

Las chicas hacen una reverencia por encima de los aplausos de los chicos y todos comemos el arroz con leche, una de las comidas más dulces y reconfortantes de Cuba. Después, todos ayudan con los platos y, antes de que me dé cuenta, estoy sola con Orion y el último recipiente de plástico. Coloco el arroz sobrante en el refrigerador y me doy vuelta. Quizá demasiado rápido.

Orion estaba cerca, pero es rápido como un rayo y me mantiene parada.

—Cuidado. No estás borracha, pero debes haber comenzado a marearte con tu segunda copa. —Caliente. Deliciosamente caliente. Mis mejillas y sus brazos y el ajetreo de mi cabeza. Y como si fuera para darle la razón, suelto un ruidoso bostezo—. A eso me refiero. Iba a sugerir que viéramos una película, pero estás muerta de sueño y además tienes que levantarte temprano. Tenemos muchas noches más para ver películas.

¿De verdad las tenemos?

Su sonrisa cambia con el tictac de los segundos: amplia, luego ladeada, luego pequeña.

—Tenías razón. No era un simple pollo con arroz y puede que sea la mejor comida que he comido nunca. Y ver a Flora aquí, contigo...

No continúa. No lo necesita.

—Lo sé.

—Ahora ve a dormir, pero asegúrate de salir de la cama por el mismo lado por el que entras para evitar la peor de las suertes.

—Hay que ser precavido. —Orion guiña un ojo—. Buenas noches.

Me planta un suave beso en la frente.

Una cálida noche de julio se lleva el resto de él. La escalera se queda con mis pies doloridos, mi barriga llena y mis movimientos desacertados por culpa del vino. Al llegar al apartamento, me recibe una luz tenue. La silueta de Cate en bata me atrae hacia el mullido sofá. Una copa de vino cuelga entre los dedos pulgar e índice y se escuchan los zumbidos del televisor.

Al verme, se aparta y palmea el cojín. Baja el volumen con el control remoto.

—¿Quieres una copa? Spence sigue fuera con unos amigos.

Suelto un bufido y esto alivia mis doloridos músculos.

—Otro vaso y la posada no comerá mañana, pero gracias.

—Gordon subió hace media hora hecho polvo y con la panza llena. Estuviste increíble hoy. Cocinar, bailar y recordar ha sido muy divertido. —Asiento y ella dice—: Flora trabajando contigo, creo que lo necesita. —Ella agita la copa de cristal, haciéndola zumbar—. Sé la verdad sobre las empanadas de arándanos, ni durmiendo podrías hacer empanadas como esas.

Me estremezco y me encojo de hombros.

—Bueno.

—Lila. —La voz de Cate se espesa—. Lo que hiciste por Flora, más que pan o pastelitos o un negocio, eso fue lo que Abuela de verdad te enseñó.

Me dejo llevar por las palabras y el silencio, además del vino, los amigos y la comida. El pulso eléctrico tras el fugaz beso de Orion en mi frente. La sal en mi garganta. Este lugar que amo y que quizá tenga que perder. Cierro los ojos, rindiéndome.

—Te he visto entrar en la web de la *Le Cordon Bleu* de Londres mientras se horneaba el pan. Me recordaste a Gordon cuando estudia grandes casas y edificios, con los ojos muy abiertos, evaluando todas las posibilidades. —Suelta un pequeño suspiro y luego—: Quiero que entiendas que siempre tendrás un lugar aquí. Nuestra habitación de invitados es tuya mientras la necesites.

Levanto la cabeza y parpadeo para evitar que se humedezcan los ojos.

—Gracias. Realmente me encanta esta posada y todo lo que he visto de Inglaterra.

Cate juguetea con el lazo de su bata.

—Parece que disfrutas estar aquí, especialmente el té.

Oh, Cate.

—Me he vuelto muy fan del té de aquí.

—Todos pensamos que es muy especial. Una mezcla rara. No puedes encontrar un té así en cualquier sitio y parece que a ti también te sienta bien.

—Mucho —le digo, negando con mi cabeza—. Dime…Después de irte de Miami con Spencer, ¿cuándo dejaste de echar tanto de menos? ¿A tu familia, a tus amigos?

Bebe un sorbo de vino y me asiente con la cabeza.

—Lo haré muy pronto.

25

Un día antes de que Orion me lleve a Londres a ver la escuela, soy instructora en jefe de otra: Introducción al pan. Después de dos semanas de nociones básicas, Flora está lista para amasar y duplicamos las cantidades para prepararnos para mi día libre.

—Bien, ahora le damos un cuarto de vuelta —le digo mientras presionamos los talones de las manos sobre la esponjosa masa para hacer pan blanco. Ella sigue cada uno de mis movimientos, ajustando la presión y acatando mis advertencias de utilizar solo la harina suficiente para que sea fácil amasar con el palo y de mantener las yemas de los dedos fuera.

—Esto es divertido —dice Flora—. Empujar algo y hacer que haga lo que tú quieras.

—Solo si sabes hasta dónde empujar. Si pones demasiada harina o amasas de más, el pan queda duro y chicloso. —Hoy Flora parece una auténtica panadera. Sus rizos sueltos le caen sobre las orejas por debajo de una bandana azul y su delantal está manchado con la canela de la tarta de manzana que hicimos mientras la masa leudaba.

—Pero tienes razón —añado—. Cuando mi exnovio y yo tuvimos una de nuestras peleas, mi familia tuvo pan para muchos días.

—Pero es un mejor desahogo para la rabia que pegarle a alguien, ¿o no?

Me vuelvo hacia ella con un guiño dramático.

—Tendrías que haberme visto la noche del baile. El vecindario entero tuvo pan a la mañana siguiente. Espera, ¿tienen algo parecido al baile de graduación aquí? ¿Un gran baile formal al final del último curso?

—Sí, excepto que en mi escuela tienden a centrar la atención en la cantidad de alcohol que se puede incluir en la velada. Frascos, bebidas escondidas en los arbustos, Alcopops —dice y, luego me explica que es una marca de limonadas y ponches—. Litros de champán Tesco, incluso antes de salir con tu cita.

Le dirijo una mirada irónica y cómplice.

—En realidad, es exactamente como nuestro baile de graduación. Bien, es hora de darle la vuelta. —La masa golpea contra el bloque de madera.

—¿Cómo fue el tuyo? ¿Tuviste tiempo de amasar y hornear la masa antes de prepararte? —Se ríe—. Si alguien puede hacerlo, serías tú.

—Gracias... creo. —Mi voz se vuelve sombría—. Pero en realidad no fui al baile. Mi ex tuvo mononucleosis durante el suyo y luego me dejó unos días antes del mío.

Los movimientos de Flora se detienen.

—¿Se puede caer más bajo?

—Es una larga historia, pero fue una de las peores semanas de mi vida. Pilar y yo compramos mi vestido con mucha antelación. Era largo y entallado, de color champaña, y tenía una abertura increíble. Algo de pedrería sutil, también, y tirantes entrecruzados en la espalda.

—¿Era? ¿Lo devolviste?

El recuerdo es tan real en mi mente: Pilar despejando mi dormitorio del baile de graduación. El precioso vestido, los tacones dorados a juego, los pendientes de cristal. Lo escondió todo y luego lo hizo desaparecer cuando le di el visto bueno. Le digo estas cosas a Flora mientras empezamos con las dos últimas bolas de masa.

Ella dice:

—Creo que yo habría ido de todos modos, pero me habría puesto mi impresionante vestido, me habría arreglado el pelo muy bien y habría salido orgullosa con mis amigas o algo así.

—Podría haberlo hecho, pero mi abuela murió el mes anterior.

—Oh, ya veo. —Sus palabras se acallan un poco—. Hablas mucho de ella, pero no sabía que había fallecido. ¿De verdad te enseñó todo esto? ¿Todo lo que cocinamos y horneamos?

—Eso es solo una parte. Mi hermana también era muy unida a Abuela, pero tenían más charlas de chicas en la oficina de la panadería que en la cocina. Mi amor natural por la cocina y la repostería me convirtió en la sombra de Abuela. Mi abuelo murió cuando yo solo tenía tres años y ella se mudó con nosotros. Estaba con ella constantemente. Yo solo... quería ser como ella.

Flora asiente.

—Mi abuela también se mudó con nosotros, un año después de que le diagnosticaran la enfermedad a mi madre. Estuvo allí dos años hasta que papá consiguió un cuidador que viniera a ayudarnos.

Orion nunca me contó esto.

—Solo tenías unos ocho años, ¿verdad?

—Más o menos. Mi abuela trató de llenar los vacíos que teníamos Ri y yo. Me peinaba para la escuela y cosas así, pero nunca tuvo tiempo de hacer galletas conmigo.

—Apuesto a que cuidar de tu madre era un trabajo a tiempo completo.

Flora voltea su masa cuando yo lo hago.

—Sí y además uno de los síntomas de la enfermedad de mamá es el movimiento constante. Era raro que se quedara quieta viendo un programa. Caminaba por la casa, de un lado a otro. Arriba, abajo, recogiendo cosas y dejándolas. Nunca podía quedarse sola y solo dormía después de tomar pastillas fuertes. Así que sí, nunca había tiempo. —Una pizca más de harina—. Mamá se rompió el tobillo hace un año. Fue entonces cuando papá se dio cuenta de que ya no podíamos mantenerla a salvo en casa.

—La llevaron a un centro de cuidados. —El lugar al que Orion quiere llevarme a verla.

—Sí. —Sus ojos se empañan—. Pasar de ese movimiento constante a la nada... Sabíamos que iba a pasar, pero...

—Lo siento, Flora —digo, con la mantequilla, el azúcar y la levadura pesando en el aire—. ¿Tu abuela sigue... aquí? ¿Lo sabe?

—Sí, papá se lo dijo esta semana. Viene desde Manchester un par de veces al año, pero nunca he pasado con ella el tiempo que tú pasaste con la tuya.

El pan está listo para el horno. Le enseño a Flora a utilizar una pala para introducir los panes en el horno. Durante unos instantes, miramos fijamente el espacio caliente. Lo que preparamos le importará a alguien que quiera relajarse en el salón con un periódico y una taza de té.

—¿Quizá podrías ir a visitar a tu abuela? —le sugiero—. ¿Tomar el tren alguna vez y quedarte una semana? Tal vez ella podría enseñarte algunas de sus recetas favoritas.

—Mi abuela es buena en la cocina, pero no como la tuya. Nada parecido a lo que tú puedes

hacer. Pero es increíble tejiendo. Tengo muchas bufandas y gorritos de punto que ella me hizo.

Mi sonrisa se dibuja con esa imagen.

—Nunca se sabe, puede que a ti también se te dé bien tejer. Podrías hacer cosas para tus amigos.

—A lo mejor sí. —La comisura de sus labios se tuerce—. Ese cárdigan gris de Orion que siempre llevas lo hizo ella.

26

Más tarde, estoy doblando la ropa cuando suena FaceTime en mi portátil y la ventana del ícono se superpone al sitio web de *Le Cordon Bleu*, en el que he estado viendo los videos promocionales cientos de veces. Es Mami. Cuando contesto, me encuentro con mi familia en la mesa del comedor. Mami tiene la cara sonrojada y aprieta un pañuelo bastante usado.

—¿Qué pasó? —balbuceo mientras el pánico aumenta—. ¿Quién se murió? ¿Quién se divorcia? ¿O pasó algo en la panadería? ¿Hay alguien en urgencias? ¿Fue Javi o Marta o nuestra vecina Chany o...?

—Tranquila, Lilita —dice Papi—. Tenemos noticias muy, muy felices.

Mami olfatea y luego dice:

—Tenemos un regalo de cumpleaños adelantado para ti. —Mientras mi corazón se tranquiliza, ella continúa—: Es *Family Style*. La productora se ha comunicado con nosotros y van a presentar La Paloma a finales del mes que viene. Nos han nominado muchos clientes y otra cafetería ha tenido que cancelar, así que nos han adelantado. ¿Te lo puedes creer? ¡No puede ser! Años siguiendo este programa y vamos a estar en él. En la tele.

Se acabó la tranquilidad. ¿El programa favorito de *Food Network* de mis padres que presenta lo mejor de lo mejor de pequeños restaurantes y tiendas familiares?

—Oh. —Es todo lo que puedo decir. Mi mente se acelera junto a mi pulso. La oportunidad y la exposición. El enjambre de nuevos clientes, ingresos e influencia. ¡La Paloma va a ser famosa!

Pilar dice:

—Tenemos tanto que hacer para prepararnos. Es hora de volver a casa. Te compraremos el pasaje antes y hasta podrás estar en casa para tu cumpleaños y...

—No. —El aire sale de mis pulmones junto con esa única y aguda palabra. *No* es mi primer pensamiento, travieso e inquieto. Un nuevo pánico me llena mientras el verano inglés se cierne tras la ventana, el crepúsculo avanzando sobre la tarde. No puedo irme todavía y cómo... ¿cómo puede ser que sea la misma chica que suplicaba volver a casa hace solo unas semanas?

Pero lo soy y no puedo. Es demasiado pronto. Necesito más tiempo con mis nuevos amigos y quiero ver la escuela de pastelería y visitar Londres. Flora ha llegado tan lejos y... Orion. Eso duele más que todo y corta más profundo que un cuchillo. No estoy lista para dejar a Orion Maxwell.

—¿Cómo que no? —Mami pregunta y esto impulsa la ola de agua a mis ojos, pero con otro tipo de agua salada. Mi dulce madre pensó que solo me enviaba a Inglaterra para darme un respiro y la oportunidad de curarme. ¿Me habría enviado si hubiera sabido que llegaría a albergar secretos tan traicioneros dentro de mi corazón? La respuesta de seguro era otro «No».

—La posada —suelto—. No puedo abandonar a Cate y Spencer y dejarlos sin panadera después de todo lo que han hecho por mí. Polly no volverá hasta mediados de agosto.

—Ah, tienes razón —dice Papi—. Ni siquiera pensamos en eso.

Asiento.

—Reserva mi pasaje para dos semanas antes de la grabación, así tendré tiempo de sobra para ayudar a preparar La Paloma.

Pilar dice:

—Tenemos que encontrar un color para repintar la sala de exposición y pensar en todos los productos que vamos a presentar.

—Yo puedo ayudar desde aquí. Va a quedar impresionante, perfecto. —La emoción crece, vibrante. Mi empresa familiar, ese local precioso que empezaron mis abuelos, crecerá y se expandirá como nunca. *Abuela, este es tu legado*.

Charlamos más tiempo, poniéndonos al día y planeando. Cuando por fin nos despedimos, ni siquiera pienso en mi próximo movimiento. Ya me estoy moviendo, con el pelo recogido en un moño desordenado y vestida con una sencilla camiseta y unos pantalones de yoga cortos. Me calzo las zapatillas Chucks y salgo corriendo.

Estoy agitada cuando se abre la puerta principal.

—Hola —dice Orion, con los ojos parpadeando de la sorpresa.

—Lo siento. Perdón por no haberte mandado un mensaje. —Miro a ambos brazos—. Tuve que...

—No seas tonta. —Abre más la puerta—. Pasa, me estás preocupando.

Me adentro en el cálido espacio mientras las cerraduras se cierran detrás de mí.

—Sé que acabas de salir del trabajo.

Orion me mira, apoyando las manos firmes en mis hombros.

—No es molestia. Papá está en la tienda hasta tarde y Flora se fue de allí a casa de Katy. Estaba a punto de calentar algunas sobras de esa increíble carne asada que hiciste. ¿*Ropa*?

Suelto un suspiro.

—*Ropa vieja*. —Un nombre apropiado para la fragante carne asada desmenuzada que serví anoche con frijoles negros y arroz, para ver una tonta película clásica y beber mucho vino. Agosto parece estar tan cerca y nadie va a cocinar para él después de que despegue mi avión.

Se inclina hacia mí, mirándome con preocupación.

—Ven —me dice y me lleva al sofá de cuero. Se sienta muy cerca, juntando nuestras manos —. ¿Qué pasa?

Recapitulo todo lo ocurrido durante la llamada con mis padres, observando cómo sus facciones cambian al ritmo de mis palabras. Nos quedamos en silencio cuando termino de hablar y nuestros ojos se cruzan con la increíble y terrible verdad. De un lado a otro.

Finalmente dice:

—No puedo imaginar lo que esta oportunidad significa para ti. Tu negocio no habría sido elegido si no fuera por todo el trabajo que tú y tu familia han hecho.

—Sí. —Mi familia—. Pero la grabación…no pensaba estar dos semanas menos aquí.

—Yo tampoco, pero todo esto lo sabíamos. Cada día que hemos tenido, lo hemos vivido sabiendo muy bien que iba a terminar —dice Orion, con la voz balanceándose en un hilo muy fino. Un movimiento en falso y ambos caeríamos—. Siempre supimos que volverías a Florida.

—Florida —musito y luego lo suelto porque estoy cansada de que el pasado me corroa las entrañas—. Andrés llamó. Dos veces. Dijo que... quiere volver a hablar. Dice que está arrepentido.

El aire sale de los pulmones de Orion. Sus ojos se entornan, oscuros y profundos. Se levanta y

va hacia el piano. Mi corazón se rompe cuando se aleja de mí.

—Bueno, bien. —Le habla a su foto familiar de Irlanda, a una época en la que este hogar albergaba todos sus corazones—. Eso debería facilitarte mucho las cosas. Miami, tu exitoso negocio, tu novio por el que suspirabas y ahora tu increíble futuro con todo el universo por delante.

—¿Hacérmelo más fácil?

—Lila, estás consiguiendo todo lo que soñaste.

—No —digo por segunda vez esta noche.

Él sacude la cabeza.

—Andrés te quiere.

—Orion, para. Solo porque...

—Es muy simple. Parte de la razón por la que incluso estás aquí es él...

—*¡Me cago en diez!* ¿Me vas a escuchar?

Esto lo logra. Se gira, con la mandíbula dura y los ojos vidriosos. No, no puede sentirse herido. No puede sentirse herido por lo de Andrés y en el momento en que esto me viene a la mente, la respuesta aparece, libre y clara.

Mi sonrisa estalla de puro alivio antes de que recuerde todo lo demás que me duele. Me pongo en pie; nos separan uno o dos pasos.

—¿Quieres que te enseñe la hora de la llamada de mis padres? Porque verás que no pasaron ni cinco minutos desde que colgué hasta que llamé a tu puerta, hecha pedazos. ¿Qué te dice eso?

Se restriega la cara, encogiéndose de hombros.

—Que eres tan condenadamente rápida corriendo como siempre lo fuiste.

—Inténtalo de nuevo. No le conté a Andrés la noticia. No lo llamé, ni le envié mensajes, ni siquiera pensé en él. No puedo estar con una persona para quien soy un segundo lugar. Sí, lo amé durante mucho tiempo, pero no puedo volver con él, Orion. —Mis palabras se enredan en un torrente de oxígeno—. Él debería estar con una persona que corra hacía él primero. Yo no quería hacerlo.

Orion absorbe esto con un molinete de reacciones. Su sobresalto de ojos abiertos se transforma en una amplia sonrisa, que termina en una risa desordenada y cáustica.

—Ves, te lo dije. Sin moto no hay trato.

Igualo su disparate.

—Él odia demasiado el té.

—Oh, bueno, vamos, entonces —dice y da un paso adelante, tan cerca que puede chocar conmigo o atraerme a sus brazos. Ocurre lo segundo y me siento en casa. Muy en casa—. Lila Reyes de West Dade va a salir en televisión. Es una noticia increíble.

Me acurruco contra él y, por unos instantes, solo estoy yo abrazando al chico con nombre de estrella que mojó su dedo en la mezcla de mi pastel. Semanas después, no hay parte de mi vida que él no haya tocado.

Pero el tiempo se cierra a nuestro alrededor. Se acomoda, pero no me suelta. Como esta casa de St. Cross, sabemos que somos otro hogar que no puede estar entero.

—Con o sin Andrés, todavía tienes que volver a Miami. Estar ahí para tu familia y La Paloma.

—Lo sé —digo contra su camiseta. Y lo digo en serio—. Pero a la vez, no quiero dejar nada aquí. Ni a nadie. —Y eso también lo digo en serio.

Se echa hacia atrás.

—El día a día, eso es todo lo que tenemos. —Y eso también es todo lo que dice. *Podrías*

volver. El pensamiento se eleva, moviéndose de su piel a la mía. ¿Pero alguna vez lo expresaría? ¿O solo soy otra cosa imposible por la que no se atrevería a rogar a ningún Dios o universo?

Me pasa el pulgar por debajo de los ojos.

—Quédate un rato, ¿ok? Podemos compartir las sobras, pero primero, puedo hacernos una taza de té. Tengo nuevas provisiones.

—Justo lo que necesito.

Espero en el sofá, apretando mis brazos contra mi pecho. Se oyen pasos y su suave cárdigan gris me rodea los hombros. Claro que lo tiene cerca. Me agarro al cuello de la prenda y digo por encima del respaldo del sofá:

—No me habías dicho que lo tejió tu abuela.

—No después de saber que acababas de perder a la tuya. —Da la vuelta y me tiende una taza caliente—. Y luego no pensé en ello.

Le doy un sorbo al aromático té y puede que suelte un gemido de placer.

—Bastante bueno, ¿eh? Todos esos *puddings* que me das de comer me han hecho pensar en esta variedad. *Vanilla black.*

Bebo de nuevo, los sabores de dos ciudades que amo enredándose en mi lengua.

—Orion, es este.

—¿Qué?

—Este es mi favorito.

27

El Londres de Orion son las calles, las aceras y el exterior de las cosas. Son las librerías antiguas y los parques secretos de barrio, la gente que mira mientras toma un café con leche en el extravagante Covent Garden. También el callejón Neal's Yard, con sus escaparates de colores brillantes y el ritmo ecléctico del Soho. Su Londres es darnos codazos contra el muro del terraplén un sábado soleado, en el que podemos arreglárnoslas con sus camisetas manga cortas y mi maxivestido de punto elástico.

El río Támesis fluye frente a nosotros, serpenteando entre los barrios. La rueda blanca del London Eye, de ciento veinte metros de altura, gira sobre la ribera sur de South Bank, justo al otro lado del puente de Westminster. La luz del mediodía resplandece en la Elizabeth Tower, al borde del monstruoso recinto del Parlamento.

—Muchos turistas creen que el Big Ben es la torre del reloj. Pero en realidad es la campana que hay dentro de la torre —dice Orion.

Miro fijamente el paisaje, que mezcla lo medieval y lo moderno, con tanto detenimiento que se me nublan los ojos.

—Nunca te detengas. —Dejo que el río pronuncie mis palabras.

—¿Que nunca me detenga de hacer qué?

—De contarme cosas sobre las cosas.

Sonríe y nos dirige hacia el Parlamento y la catedral de Westminster. Enlazo nuestros brazos a la altura del codo y le pido que me muestre el Palacio de Buckingham.

—Deberíamos intentar volver al menos dos veces más antes de... —No tiene ni que terminar la frase—. El Museo Británico es genial y también la Torre de Londres. Te encantarán las joyas de la corona y todo el arsenal, las armas. Y podemos ver todo lo que quieras por dentro.

Pero hoy el sol está radiante y la calle The Mall nos lleva a una larga calzada con un palacio de fantasía a sus pies. Las banderas del Reino Unido flanquean en nuestro camino, y cuando mis sueños de conocer Buckingham se cumplen, me enseña el elegante y cuidado barrio de Mayfair, y me conduce a los jardines de Kensington.

Mientras estoy soñando dentro de un jardín acuático italiano, recuerdo el plan que hicimos Stefanie y yo en la secundaria de conocer Londres y París juntas por primera vez. Yo, aquí con Orion en vez de con ella, no lo siento como una pérdida, lo siento como un cambio. Y siempre queda París.

Orion dice más «cosas» en los huecos de mi silencio, como que en 1861 el príncipe Alberto construyó este jardín ornamental como regalo para la reina Victoria. Paseamos entre urnas italianas y cuidados setos.

—Hace cinco minutos que no te cuento una superstición.

Mi risa retumba y le doy un golpecito de costado.

—Adelante. Tienes que saber una sobre jardines o flores.

—Sobre abejas, en realidad. Pero no tendríamos jardines sin ellas. Y esta es de origen inglés, así que también resulta apropiada —dice mientras miramos fijamente uno de los estanques reflectantes—. Los apicultores pensaban que para producir miel era esencial hablar con las abejas. Así que «contarles a las abejas», como ellos lo llamaban, se convirtió en una obligación. Les contaban cualquier acontecimiento de sus hogares, como nacimientos o matrimonios. Y en especial, muertes. —Veo como mi reflejo apoya la cabeza en su hombro—. Cuando alguien moría y la familia se vestía de luto, había que vestir a las abejas de luto también. Había que decirles.

—¿Cómo se viste a las abejas de luto? —He aquí hay una serie de palabras que nunca diría en mi vida en Miami.

La sonrisa melancólica de Orion se curva sobre el agua.

—Normalmente cubrían sus colmenas con tela negra, para que lo supieran. De lo contrario, las abejas abandonarían la colmena o incluso morirían, como castigo hacia la familia.

—Abuela te habría adorado. — El chico que me cuenta historias, que me hace el té, y el chico que podía romper y apuñalar mi corazón, solo por vivir bajo otra bandera—. Viajó a algunos sitios, pero nunca estuvo aquí ni en Europa. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de pasear por un parque londinense. Ojalá hubiera visitado París y Roma. —Ahora veo al verdadero Orion, no al rostro borroso que nada entre nenúfares y flores de loto—. Es curioso porque tardamos una hora en tren para llegar aquí y durante todo el trayecto estuve pensando que su vuelo de La Habana a Miami solo duró unos treinta minutos.

—¿Solo eso? ¿de verdad? —Avanzamos hacia Hyde Park y hacia el gigantesco lago Serpentine que separa el parque de los jardines de Kensington.

—De verdad. Tan cerca, pero a un mundo de distancia. Solo tenía diecisiete años, mi edad. Y fue tan valiente para dejar sola a su familia... a su país.

—¿Cómo lo hizo?

—Le surgió una oportunidad especial a través de su iglesia y una parroquia de Miami, como un programa de intercambio de estudiantes. Ahora es mucho más difícil, claro. Se necesita más de una hora en tren para entender la política cubanoamericana. Pero Abuela lo convirtió en un intercambio para siempre. Vivió con su familia de acogida durante años después de que terminara el programa y fundó La Paloma con mi abuelo. Mi madre no heredó la habilidad para hacer pasteles, pero aprendió a decorarlos muy pronto. Y aún lo hace.

—¿Y tu padre?

—Se dedicaba al *marketing*. Pero cuando mis padres se casaron, él se unió al negocio y liberó a Abuela y Mami para que tuvieran más tiempo para crear. La Paloma duplicó su tamaño y compraron la tienda de al lado, ampliando todo el local. Pilar se parece mucho a él. —Caminamos por el sendero y vemos a londinenses y turistas remar en parejas o atravesar el lago en barcas de alquiler a pedales.

Doy tres pasos antes de darme cuenta de que Orion no ha avanzado conmigo. Me doy vuelta; está mirando su teléfono, escribiendo un mensaje y sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Qué ha pasado? —digo a su lado. Estamos en el mismo parque, pero todo el paisaje ha cambiado.

—Maldita sea. Lo han hecho y yo...

—¿Quién ha hecho qué?

Pasa a otra fotografía y se me revuelve el estómago. Más pintadas. Solo que esta vez, tanto la

pared lateral como la trasera de Maxwell's han sido marcadas y con más pintura de la que hemos visto hasta ahora. Gran parte del exterior de la tienda necesitará reformas. Los pensamientos revolotean en mi mente como las abejas de su superstición. Flora. Lo prometió. *Ella me lo prometió*. ¿Y pintar su propio negocio?

—Esos hijos de puta —dice Orion—. Espera, mi papá me está mandando un mensaje.

Mi teléfono también vibra.

Flora: Juro que no fui yo.

Antes de que pueda responder, me manda otro mensaje.

Flora: Estuve en casa de Katy toda la noche. Su madre se llama Abigail, te daré su número para que se lo preguntes tú misma. Sus padres nos llevaron a un espectáculo y Katy y yo nos quedamos en la sala después. No fui yo.

Yo: Te creo.

Lo escribo porque es verdad.

La frente de Orion se arruga con tensión.

—Estoy harto de esperar para atrapar a esos imbéciles. —Mueve la cabeza de izquierda a derecha y comprueba su reloj—. Nunca te pediría que me acompañaras para esto, puedo dejarte en algún sitio que te encante, como Fortnum & Mason, hasta que resuelva esta situación. Pero yo iré directo a la casa de Roth. Voy a hacer que lo admita y limpie mis paredes ahora mismo.

—¡No! —Mi pulso late diez pasos por delante de mi miedo.

—¿Cómo que no? Esta vez han ido demasiado lejos, han destruido casi todo nuestro exterior.

Se me humedece la piel por los nervios. ¿Qué puedo decir? Le prometí a Flora que mantendría su secreto.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si realmente no son Roth y sus amigos? ¿Y si...?

—Mira, hemos estado lidiando con ese grupo y sus payasadas por mucho tiempo antes de que tú llegaras. Sabemos que son ellos y el pueblo está harto. Harto de pasar el tiempo con cepillos de fregar y disolventes. —Vuelve a ver la foto, maldiciendo profusamente—. Harto de matones, Lila.

—Pero mira, son dos colores. Negro y gris claro y no son los mismos símbolos. Y en ninguno de los otros casos habían causado tanto daño. Probablemente sea alguien diferente. —Orion sigue sacudiendo la cabeza—. No sabes de lo que es capaz Roth si vas y lo acusas sin pruebas. Dijiste que era temperamental, podría volverse loco.

—Bien, no iré solo. Remy no trabaja hoy y no tardará en llegar. Tiene sus ojos puestos en la escuela de leyes, quiere convertirse en abogado. Esto le dará algo de práctica en el interrogatorio.

—Pero Orion, no puedes...

—Lo haría por él, sin pensarlo dos veces. Vendrá.

Mi respiración se acelera. ¿Jules aceptaría esta idea? Me vienen imágenes peores a la cabeza: La cara temblorosa de Flora y su «por favor, no se lo digas a Orion», Orion con el rostro destrozado y toda esta farsa que sigue y sigue y...

—¡Espera! No fue Roth. Yo... yo sé quién ha estado pintando. No este, pero sí los otros. —Me oigo a mí misma, las palabras se desprenden de sus frases y se golpean en un orden confuso, como una ráfaga entre mis oídos.

La incredulidad en sus ojos me desgarra de pies a cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—No es Roth quien ha estado haciendo todos esos símbolos durante estos meses. No son ellos, Orion. Olvídalo.

—¿Cómo es posible que lo sepas? —pregunta, su voz parecida a algo que se arrastrara por un piso de piedra desgastado.

Entrecierro los ojos, sacudiendo la cabeza.

—Yo...

—Lila, comprendo por qué intentas detenerme, pero necesito poner fin a esto y me las arreglaré, solo...

—Fue tu hermana —escupo, odiándome a mí misma—. Flora. La descubrí pintando.

Perdóname, Flora.

Un asombro desgarrador y luego su expresión se afila hasta convertirse en mármol duro al escuchar los acontecimientos de aquella noche en que troté detrás del bar de Remy.

—Por favor, no le digas a Flora que te lo he contado. No se lo digas a tu padre, solo… olvídalo. Me suplicó que no lo dijera. *Lo suplicó*. El daño a tu tienda no pudo haber sido ella. Tiene pruebas de ello, ¿de acuerdo? Me dijo que pararía y lo ha hecho. —Se me llenan los ojos de lágrimas—. Prométeme que no le dirás nada.

—¿Prometértelo? *¿A ti?* —El calor sale de él en oleadas—. Dios, Lila, ¿por esto es que está trabajando contigo? ¿Una especie de pago para comprar tu silencio?

—No es un pago, quería ayudarla. Ella está sufriendo.

—¿Crees que yo más que nadie no está al tanto de eso? ¿Crees que no lo sé? —Su mano sale disparada—. Dejando a un lado su dolor, igual estuvo mal y tiene que hacerse responsable de ello.

—Estoy de acuerdo. —Hundo los dedos en mis sienes doloridas—. Pero el viernes me dijo que había ido a limpiar la pared donde la atrapé. Le está haciendo bien trabajar en la posada, se está abriendo. Estaba desesperada por que la vieran y la escucharan. Que la recordaran. Estaba pidiendo a gritos que...

—Esa no era tu elección. —Da un paso adelante—. Ella no es tu hermana, no es tu responsabilidad. Esta es nuestra familia, nuestro negocio. Tomaste la decisión por todos nosotros.

Oh, esas palabras. No tengo más espacio, no queda lugar en mi interior para contenerlas. Me acerco a él, endureciendo mi rostro.

—Flora es mi amiga. ¿Acaso eso no significa nada? Lo único que quiere es que las cosas vuelvan a ser como antes. Aunque no estemos pasando exactamente por lo mismo, sé cómo se siente. —Mis manos cortan el denso aire entre nosotros—. Así que sí, podría haberla delatado, pero no lo hice. Decidí darle una oportunidad de hacer algo nuevo, una igual a la que tuve yo.

Se da media vuelta y me señala.

—Nunca le hiciste daño a la gente o a su propiedad privada como hizo ella. No dañaste tu ciudad.

—Me hice daño a mí misma. ¿Por qué eso es menos importante?

Giro sobre la punta de mis pies y salgo corriendo. No miro atrás ni una sola vez. La furia llena mis venas y apresura mis pasos por el sendero que bordea el Serpentine.

Unos minutos después, ni siquiera estoy segura de lo lejos que he llegado. Hay tanto verde, tanto espacio abierto para tragarse mi inmensa prisa. Pero ahora voy más despacio y me detengo, dejándome caer en uno de las muchas bancas que están al borde del agua. ¿Por qué creí que mi

plan de mentir a medias iba a ser diferente solo porque intentaba ayudar a alguien de verdad? Hoy, no había mejor opción, ninguna puerta por la que pasar que condujera a un premio.

Ayudar a Flora, mantener su confianza y que Orion se sienta herido por mi engaño.

O decírselo a Orion, como él dijo que debería haber hecho, y que Flora esté lo suficientemente herida para quizás encontrar otra versión de pintura en una pared de ladrillo. Suficientemente herida para ser más cuidadosa y quizás incluso más destructiva.

Y ahora está hecho. No puedo hornear a su alrededor o añadir más azúcar a lo agrio, batiéndolo para que todos ganen. Tengo que aceptar que esto es otra cosa que no puedo cambiar. Tengo que seguir adelante y recordar por qué vine aquí.

Así que recuerdo: la escuela, las habilidades, mi pasión. Y aunque no esté en mi futuro, recuerdo una elección que hice incluso antes de subirme al tren en Winchester. Sigo eligiendo, por mí. Voy a cruzar la ciudad hasta Bloomsbury y visitar *Le Cordon Bleu*. Saco el teléfono. Puedo encontrar el camino hasta allí y, si es necesario, encontrar mi propio camino de vuelta a Winchester, también.

—Lila. —La voz detrás de mi banca está llena de cansancio.

Meto los labios hacia dentro, con la cara inclinada sobre el césped. Se sienta a mi lado, más lejos que nunca.

—Nunca quise mentirte. Lo siento —digo y luego mido la siguiente parte con tanto cuidado como la masa de un suflé—. ¿Crees que no me ha sentado mal guardar el secreto de Flora? ¿Que solo había sido un capricho? ¿Crees que era *fácil* sacarlo de mi mente cada vez que estaba contigo? —Lo digo directo a sus ojos.

Los corazones no están hechos para partirse en dos, dividirse entre mares y cielos. Dividirse entre dos personas que me importan y...

Orion se mueve, solo unos centímetros.

—No fue lo que pensé. No lo hice, ni siquiera por un segundo. —Se restriega la cara—. Pero la estoy perdiendo, Lila. Casi nunca está y ya no me habla, ni siquiera va a ver a mamá tan a menudo como solía hacerlo.

Perder a una hermana. Perder a una madre.

—Pero me puse a pensar —añade y apoya la espalda en el banco—. El otro día, cuando estaba con mamá y no pude ir a correr contigo, Flora trajo a casa una hogaza de pan recién hecha. Estaba muy orgullosa y eso significa algo. Hacía mucho que no la veía estar orgullosa de algo.

—Sé cuánto la quieres. Cómo quieres estar cerca y llegar a ella, pero está empezando a relajarse. Es divertida y lo pasamos bien, incluso al amanecer.

—Lo sé y eso también significa algo. —Suelta un suspiro liberando peso—. Así que te lo prometo, los dos compartiremos su secreto ahora.

El aire se escapa de mis pulmones en señal de alivio.

—No estoy tratando de cambiarla. Solo quería ser un lugar seguro para ella, como otra persona lo es para mí.

—Un lugar seguro. —Se tapa la boca con el puño, aspira de golpe y asiente—. Y aun así te dije cosas horribles. Estoy intentando tener una visión buena y correcta de mi vida, pero eso no significa que siempre diga lo correcto.

Le tiendo la mano. Él la agarra con fuerza.

—Si lo hicieras, serías un cíborg obsesionado con el té, aficionado a la historia y con una moto demasiado ruidosa. Y eso suena más al personaje de un cómic que a una persona real. Sabes que puedes ser quien quieras ser conmigo.

—No quiero ser alguien que te haga daño.

—Sí, pero lo harás —digo—. Y yo te haré daño a ti. Pero es el tipo de herida que ocurre entre... amigos y que te hacen humano. Y se superan. —Pienso en Stefanie, en el daño que nos hemos hecho. Nuestro futuro aún es oscuro, no es estable y cálido como la luz del sol sobre mis hombros desnudos. Me acerco un poco más—. También hay un tipo peligroso de heridas entre las personas y de esas sí se huye.

—Tú huías de mí hace un momento.

—Necesitaba decidir cómo me sentía sin desatar mi ira Reyes.

Su ceja se arquea mientras mueve el pulgar hacia un lado.

—¿Esa no era tu ira?

—Es curioso que pensaras que era mi ira.

Se ríe con nerviosismo, pero cae en la gravedad de lo que dije cuando se encuentra con mi rostro.

—¿Y cómo te sientes ahora? ¿Hay una parte de ti capaz de aceptar mis disculpas?

Asiento.

—Todas mis partes lo hacen.

Esboza una sonrisa y me toma la otra mano.

—¿Quieres volver a la posada? ¿O me dejas que te lleve a *Le Cordon Bleu*? Y te enseño el barrio.

—Vamos.

Pero en lugar de irse, apoya la cabeza en mi hombro.

—No soy del tipo peligroso que hace daño, Lila.

Pronto nos levantaremos, pero aún no. Ahora mismo, es cálido como un suéter y seguro como las estrellas. Y cualquier otro tipo de peligro que conozca.

28

Flora se queda cuando le ofrezco preparar café con leche para beber con los pastelitos de guayaba que hemos hecho. Se deja caer en un taburete y corta gruesas rebanadas del pan que también hemos hecho, mientras me mira servir café cubano en grandes tazas de leche caliente.

—¿Es como un *latte*, entonces?

—Bastante parecido. —La estudio. Hoy ha trabajado duro haciendo sus primeros pastelitos ella sola y ahora podrá comérselos. Pero durante todo el proceso de mezclar, hacer las capas y doblar, se mantuvo callada. Una clase de silencio que no pasa desapercibido para otra chica. Yo me di cuenta, pero no dije nada.

En cambio, arrastro las tazas, el azúcar y el plato de pastelitos que guardamos para su familia. Jugueteo con la masa, perfectamente dorada y hojaldrada, con el relleno de guayaba justo asomando por los lados y la parte superior cortada en forma de cresta. En mi cabeza, es sábado y estoy de vuelta en Londres contemplando un clásico edificio de marfil y ladrillo encerrado en una hilera de casas de piedra rojiza adosadas: *Le Cordon Bleu*.

La escuela estaba cerrada, pero su cafetería pública, que ocupa el patio adyacente, estaba repleta de clientes. Estudiamos las fotos de los estudiantes, con sus batas de chef blancas y sus emblemas sobre pantalones grises sueltos. Luego nos sentamos bajo una sombrilla azul y probamos cuatro postres y pasteles sin pudor. Todo tan ligero y aireado, con figuras de chocolate talladas y delicados pasteles rellenos de cremas y frutas.

—¿Por qué esta escuela? —preguntó Orion mientras comía una tarta de limón en miniatura cubierta de diminutas bolas de merengue tostado con una forma parecida a las nubes.

—No tengo mucho más que aprender de la pastelería cubana. Pero hay tantas cosas por ahí, tantas técnicas que desconozco, cómo moldear el azúcar y el chocolate y un sinfín de trucos más. —Señalé con el tenedor el pastel en capas que estábamos compartiendo. ¿Cómo hacía el chef para apilar todos esos rellenos en capas tan finas?—. No sé cómo hacer un pastel como este. Es una obra de arte. Además, la filosofía de la dulzura de Abuela era diferente de la que creen muchos cubanos, que consiste en añadir azúcar al azúcar.

Orion se rio y terminó su tarta de limón.

—Cuando abrió La Paloma, había probado algunos postres franceses y se dio cuenta de que eran más ricos que dulces.

Orion me dio un golpecito juguetón.

—Así describiría yo tus pasteles.

—Exacto. En casa, no veía ninguna razón para aprender más. Pero estar aquí y salir de mi pequeño rincón de Miami cambió eso. Me recordó que el mundo es más grande que mi barrio y que mis habilidades también podrían serlo.

—¿Como lo que has estado haciendo en la posada? ¿Lo de mezclar todo?

—Sí, pero mejor. Como tomar un intrincado postre francés y sustituirlo por algunos sabores cubanos. O sabores británicos. Por supuesto, siempre haré mis recetas de siempre, pero a los clientes les encantan los maridajes eclécticos y la comida interesante. Y para eso, necesito ayuda. Sí, hay escuelas en Estados Unidos, pero no del calibre de esta. Londres es la más cercana donde yo...

Él pasa los dedos por mi muñeca.

—Donde tienes gente cercana.

Asiento.

—Queda a una hora de la posada. En Miami, la gente que trabaja en Fort Lauderdale también conduce esa distancia y con el tráfico más estresante que te puedas imaginar. Yo podría ir relajada en el tren, leer, enviar mensajes o hacer llamadas.

¿Llamar a mi familia? ¿Llamarlos mientras se quedan en Miami y llevan el negocio sin mí? Una vez más, no había elección aquí que hiciera que todo fuera mejor. Otra vez tendría que decidir quién saldría más lastimado. Y de cualquier manera, uno de esos perjudicados sería yo.

—Nunca me dijeron específicamente que me quedara aquí o que me quedara en Miami, pero ese es el patrón que hay en mi familia. La mayoría de mis primos vivieron en casa hasta que se casaron e incluso algunos rozaban los treinta.

—¿Así que esto es lo contrario a esos ideales tácitos? Es huir, no solo lejos de tu familia, sino a otro país. A otra cultura.

—A otra vida.

Ahora, dejo atrás ese sábado por la tarde a una hora en tren y vuelvo a lo que está pasando hoy. Flora tiene un pastelito en una mano y un pan cubano con mantequilla en la otra. Le tiendo la taza.

—Ten cuidado, chica. Estás empezando a volverte cubana.

Se ríe, pero lo hace débilmente, con los ojos clavados en la isla de madera.

Mojo el pan en el café con leche.

—Entonces, ¿algo nuevo que contar?

—La verdad es que no...

—De acuerdo. —Corto mi pastelito, echando un rápido vistazo a la última bandejita que se está dorando en el horno. La mantequilla me mancha los dedos y el hojaldre se me pega al brillo de labios mientras como.

Gordon se abalanza desde fuera, con el viento a favor y una mochila colgando de un hombro.

—Ri dice que escondes latas extra de ese *pudding* de vainilla en el refrigerador.

Resoplo.

—Traidor. Pero sí, sírvete.

No entiendo por qué Gordon tarda tanto tiempo y hace tanto ruido para tomar un simple ramequín de natilla, un vaso de agua, una cuchara y cualquier otra cosa. Entra corriendo en la despensa, pasa por otro cajón y vuelve al refrigerador.

—No me hagan caso.

No lo hacemos. El relleno de guayaba es demasiado bueno y el café es mejor.

—Bueno —dice Flora cuando el tercero que interrumpía nuestra conversación finalmente sale por la puerta trasera—. En realidad… ¿Puedo preguntarte algo raro?

—Además de hornear a horas raras, ser rara es mi otra especialidad.

Ella inhala, suelta el aire y luego dice:

—¿Es normal que un chico con el que estás charlando y que estás conociendo... Quiero decir,

¿es raro que pregunte mucho por tu amiga? ¿Como demasiado?

Ah, sí.

—No solo es raro, es lo que en mi barrio llamamos una *red flag*.

—Decimos lo mismo aquí.

La miro directamente a los ojos.

—Entonces, creo que sabes la respuesta.

Su siguiente bocado le deja un poco de mantequilla en la barbilla. Se la limpia.

—Así que, sí. Me temo que Will me ha estado utilizando para acercarse a Jules, tal vez quería meterse en nuestro grupo para beneficiar a Roth. Yo no le importaba.

Mi yo de quince años sufre por ella. Busco dentro de mi corazón, mi propia verdad.

—Cualquiera que tenga la suerte de estar contigo tiene que ser todo para ti. Ya sabes, ser más considerado. —Doy un sorbo al café y muerdo algo más que solo hojaldre—. Como Gordon, por ejemplo.

—¿Gordon? —Se da vuelta con una mirada tan vacía como el cielo de una mañana inglesa—*¿Gordon?* —Ella realmente se ríe—. Dios, no. Lo conozco desde que usaba pañales. Y es un buen compañero y todo eso, pero nada más. —Sacude la cabeza para afirmarlo—. ¿Te imaginas... ?

Podría, pero no soy el cupido forzoso de nadie.

—Está bien. Pero quien sea, tiene que hacerte sentir la persona más especial.

—Eso sí me gustaría.

—Y la tendrás, pero la realidad es que no hay prisa. Disfruta de los amigos que tienes ahora.

—Tengo amigos. Pero a veces se dejan llevar por las cosas. Es decir, si tu hermana se enterara de que un tipo como Will te hace eso, ¿estaría encima de ti?

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Como no te imaginas.

—Estaba pensando en aquella vez que me hablaste de tu baile de graduación. Me gustaría tener a alguien que entrara en mi habitación, que no sea Orion. Alguien que eliminara todo rastro del chico que me hizo daño, que limpiara todo antes de que yo lo viera.

—Creo que Jules haría eso si la dejaras.

—Es verdad. Ella arrojaría todo tipo de basura desde mi ventana y luego escribía una canción sobre ello.

—La canción más furiosa.

Nos reímos y entonces Flora le susurra al interior de su taza:

—También serías buena en eso. No en la parte de la canción, en todas las otras partes.

El temporizador del horno suena por encima del latido de mi corazón.

—Es tu turno.

Flora salta en busca de los guantes de cocina.

—¡Ugh! ¿Qué demonios? —grita después de meter una mano dentro del guante. Saca una espuma blanca y se lame los dedos—. ¿Crema batida?

Ya estoy en el horno, apagando el fuego y utilizando una toalla gruesa para retirar la bandeja.

Flora corre hacia el lavaplatos.

—¿Alguien puso una trampa en nuestros guantes de cocina?

Un ruido extraño nos hace mirar hacia la puerta batiente. Está abierta y un mechón de pelo rojo se enrosca en el marco. La puerta se abre y unos pasos apresurados golpean contra el suelo.

—¡Gordon! —gritamos al unísono.

Flora frunce el ceño y señala el refrigerador.

—¿Estuvo allí dos veces solo por un plato de *pudding*? —Se abalanza sobre la puerta de acero inoxidable y saca un envase de crema batida. Lo levanta.

Tomo el envase, gruñendo.

—No sé qué es peor, si su broma y volver a hurtadillas para espiarnos, o que se haya atrevido a traer esta mierda procesada y falsa a mi cocina.

Nuestros rostros van de mirar la crema a tener expresiones de confabulación.

—Conozco su escondite. Ya ha salido por la puerta principal, créeme —dice Flora.

Le pongo el envase en las manos antes de salir disparadas al patio.

—Nos lleva ventaja, pero nosotras somos más listas.

La sonrisa de Flora, su pelo iluminado como el sol después de la lluvia.

—Va a verse increíble de blanco.

Corremos por St. Cross como mis primos lo hacen en un partido de béisbol.

29

En lugar de Millie, vamos en el Volkswagen del padre de Orion a visitar a su madre. Muchas veces hemos apilado mochilas y bolsas térmicas en la vieja moto, pero Millie no está hecha para llevar una enorme caja blanca de panadería.

Llevo bollos, empanadas de fresa y pastelitos de queso para el personal, usando la caja con tapa como un escudo improvisado. ¿No es lo que hago siempre? ¿Esconderme detrás del pan y la repostería?

No es que no quiera venir a Elmwood House. Quiero conocer esta parte importante de Orion Maxwell. Quiero ver la parte de su corazón que vive en uno de estos pasillos pintados de azul.

—Sara —le dice Orion a una recepcionista detrás del mostrador de bienvenida—, mi amiga Lila hizo bocadillos para todos.

Mientras la agradecida empleada envía a Orion al despacho del director para que recoja algo de papeleo, el personal se arremolina como suelen hacer los humanos alrededor del azúcar. Aparecen enfermeras, seguidas de un par de médicos y trabajadores de mantenimiento.

Mientras espero en esta sala de recepción con sus macetas y su papel bígaro en la pared, veo cómo los miembros de una familia se reúnen con visitas que esperaban hace mucho y se separan una vez más con partidas que llegan demasiado pronto. Se me aprieta el corazón cuando una mujer se seca las lágrimas al marcharse.

Pero ella puede volver y no puedo dejar de pensar en ello. Yo nunca visitaré a Abuela en un lugar como este.

Receta para un funeral de la cocina de Lila Reyes

Ingredientes: Una familia en duelo. Un ataúd (debe ser blanco como la harina y el azúcar). Una catedral. Un delantal blanco. Una abuela, que ya se ha ido, vestida con su vestido azul favorito.

Preparación: Siéntate entre tu novio y tu mejor amiga mientras ambos intentan mantenerte erguida en el banco. Aprieta con fuerza un delantal blanco sobre tu regazo. Mira a tus padres llorar una fila más adelante y a tu hermana apoyada en el hombro de tu madre. Mira por encima de tu hombro la enorme catedral, maravillada por la multitud que ha venido a despedirla.

*Omite el hecho de que tu abuela está acostada en el ataúd blanco. Ella no está allí. En lugar de eso, llora, arrodillándote durante el velatorio privado con los ojos secretamente cerrados.

Temperatura de cocción: 100 grados Fahrenheit. El mínimo de tu horno.

Meses después, nadie sabe que nunca vi a Abuela con su vestido azul aquel día de marzo. ¿Hay algún código de luto cubano antiguo que haya roto con ese comportamiento? Probablemente. Pero no me importaba. Para mí, ella tenía que descansar donde pudiera tenerla para siempre, un hogar cálido y lleno de amor que fuera digno de ella. Decidí dejarla donde la encontré. La dejé donde ella me encontró cuando era pequeña, a sus pies con un juego de cucharas medidoras. La dejé donde me crio. No, no en un ataúd blanco ni en un centro de cuidados prolongados. Dejé a mi abuelita en la cocina.

—¿Lila? —La voz de Orion me trae de vuelta a este lugar y a este día—. ¿Todo bien?

Asiento. La dulce preocupación de sus ojos y la palma de su mano enroscada en mi hombro lo confirman.

Su mano entrelazada con la mía me da fuerzas mientras cruzamos el amplio pasillo. *Evelyn Maxwell*, dice el cartel de su puerta. Antes de entrar, Orion se toma un momento para él. Mira hacia abajo y hacia otro lado, y me pregunto si lo hace siempre. Solo pestañea un par de veces antes de recuperar su suave sonrisa.

—No estés triste. Quiero decir, por mí.

—De acuerdo —prometo. La lástima, la tristeza y la pena no son el motivo de nuestra visita ni lo que él necesita de mí.

Una enfermera con uniforme verde sale antes de que entremos. Tipea en una *tablet* y dice:

—Orion, buenas tardes. Me dirijo a recepción, he oído que hay pasteles.

Me presenta a Kelly como la pastelera y nos enteramos de que su madre acaba de cenar temprano y saldrá al jardín cuando nos vayamos.

En el interior de la acogedora habitación, obras de arte impresionista cuelgan de las paredes verde pálido y una ventana con cortinas de flores da a un patio. Hay un televisor de pared encendido, pero el sonido está silenciado. Entonces mis ojos se posan en la pulcra cama individual y en una madre.

—Hola, guapa —le dice Orion a la rubia con una camiseta rosa de manga larga.

Alguien le ha pintado los labios con un bálsamo de color. Se mueve y se sacude, pero no me mira, ni siquiera mira a su hijo.

Acercamos dos sillas que están al costado. Él se sienta más cerca y le toma la mano.

—Siempre le tomo las manos o le toco la cara —me dice. Y luego, la mira directamente a los ojos azules que comparten—. Mamá, hoy he traído a Lila. La chica de Miami de la que te he hablado. Ha causado un gran revuelo en la recepción porque trajo bocadillos para todos. Quería que la conocieras.

Mi corazón se hincha y él tiene razón, la tristeza no es la mayor emoción que quiero sentir. La habitación está llena de amor y silenciosa aceptación. Orion cuenta historias, trayendo vida al lugar y sacando pedazos brillantes de sí mismo, de mí, de la música, las motos y los amigos. La llena de vida y de un mundo del que ella ya no puede disfrutar.

—¿Le contaste sobre el incidente del bol de mezcla? — le pregunto.

—Esa misma semana. Y cómo me perseguiste... Dios, tu cara. —Él sonríe—. Pensé que debía saberlo.

Le cuenta más cosas sobre cómo me llevó a ver mi primer castillo y cómo paseamos por Londres. Unas cuantas veces, su madre murmura o asiente al azar. Orion toma nota y saborea

estos chispazos de reacción antes de pasar a relatos más aventureros. ¿Es esta la habitación donde nació mi contador de historias?

Pronto me siento lo bastante cómoda para participar.

—Flora está aprendiendo a hacer pan. Lo que más le gusta es amasar, porque puede darle órdenes a la masa —le digo y, luego, le hablo de lo orgullosa que debería estar de su hija. Pase lo que pase, a todas las madres les gusta oír eso—. Y Orion es el mejor para saber cuándo necesitas una taza de té o un abrazo muy fuerte. Bueno, en realidad me tomaría hasta la noche contarle todas las cosas en las que es el mejor.

Pero a medida que nuestra visita se alarga y la luz del sol se hace más tenue, el mundo entre Lila Reyes y Evelyn Maxwell cambia. Me encuentro a la deriva y luego comienzo a hablar por completo en español, permitiéndome decirle a la madre de Orion cosas que apenas puedo decirme a mí misma. Los secretos. Ella entiende mis secretos mientras su hijo nos mira a las dos. Sé que no puede entender ni una palabra, pero no le cuento mis misterios y rompecabezas del corazón para que los entienda. Ni yo puedo entenderlos y poder hablar de ellos es todo lo que tengo.

Así lo hago, hasta que digo todo lo que puedo.

De repente, demasiado consciente de mí misma y de Orion, me vuelvo hacia él, el calor llenándome.

—Lo siento. Me he dejado llevar.

—No. No lo sientas. —Besa la mano de su madre y luego toma la mía—. Si un británico te dice que no lo sientas, entonces de verdad no debes sentirlo, ¿ok?

Mi boca se tuerce de lado a lado.

—De acuerdo.

—Sobre lo que has dicho, creo que he entendido las palabras hermana, abuela, avión, madre y panadería. Y mi nombre es igual en los dos idiomas, así que...

Sin arrepentirme, pero aun sintiendo que puede ver a través de mí, desvío la mirada hacia la ventana.

—Entonces entendiste lo esencial.



No sabemos a dónde queremos ir los dos después de Elmwood House. Algunos visitantes hacen pícnic en el césped o lanzan pelotas a los perros en la colina St. Catherine’s Hill, pero nosotros nos instalamos en los matorrales, donde hay un poco de sombra. El cielo, teñido de un color ciruela se adentra en el último tramo de la tarde. La pasamos en una banca de troncos caídos, en silencio.

—Te he estado observando de forma descarada y casi espeluznante —dice Orion después de largos minutos—. La manera en que tu cara se contrae de muchas maneras. Cómo te mueves para hablar y luego tuerces la boca hacia los lados. ¿Se trata de mi madre, entonces?

—Sí y no. Mi pasaje de avión llegó hoy, justo antes de irnos. Se lo conté a tu madre.

—Oh. —Respira más que lo que pronuncia la palabra. Estamos cadera con cadera, alma con alma. Los dos sabíamos la fecha, pero no puedo dejar de ver el logotipo oficial en el correo electrónico. British Airways LHR—MIA.

—Y también le dije... —Pongo los ojos en blanco—. No importa.

Su barbilla se inclina y sus ojos se achican.

—¿Sabes que literalmente no hay nada que no puedas contarme?

—Esto no, créeme. Es horrible, terrible. —Desgraciada; soy desgraciada y malvada—. No me hagas decirlo.

—Nunca te obligaría a hacer nada, pero estoy muy acostumbrado a lo terrible. Puedo con lo tuyo.

La tristeza tampoco está aquí. La rabia tiñe mi sangre, enrojece las palabras atrapadas detrás de mi garganta. Clavo los dedos en la corteza áspera y rígida del árbol.

—Bien. Quería saberlo, ¿ok? Quería saber qué es peor: entrar en tu cocina después de la escuela y encontrar a tu abuela, tu todo, en el suelo delante del lavaplatos, cuando ya se había ido.

—Por Dios. —Su brazo me atrae—. No sabía que tú la habías encontrado. Maldita sea.

—Sí... así que eso, o amar a una madre que sigue aquí pero no está presente. Verla perder un poco más de ella cada mes y prepararte. Odio tirarte tu realidad a la cara ahora mismo. Y todavía tengo a mi propia madre. Pero... Abuela... nunca pude despedirme. —Entierro la cabeza en su pecho, avergonzada—. Y no sé qué es peor, no llegar a despedirme o despedirme de a poco cada año.

—Un maremoto o el reloj de arena.

—Exacto.

Me pasa los dedos por el pelo.

—¿Tiene que haber uno peor? ¿No pueden ser los dos igual de terribles? ¿Nos cambian y nos hacen más fuertes, y nosotros hacemos lo que podemos para seguir adelante?

—Lo hacemos —le digo, dejando que sus palabras se eleven y se ramifiquen—. Y tienes razón. Es increíble cómo manejas lo que te da la vida, cómo lo afrontas. Pero ¿nunca has querido defenderte un poco? ¿Engañar al universo? ¿Tomarte un momento solo para ti y no esperar a que la vida planee el resto?

Su mirada azul choca con la mía, marrón.

—¿O te lo quite?

—O eso.

—Todos los días.

—Pero todavía... ¿no puedes? —Y ya no puedo mirarlo.

—Lila —dice, su mano se aferra a mi antebrazo tan rápido que me estremezco—. ¿Soy tan idiota que no tienes ni idea de lo que siento? ¿Por ti?

Hazlo. Míralo. Míralo a la cara. Levanto la cabeza y me encuentro con otro tipo de tormenta: el anhelo de bebidas calientes y suéteres calentitos, pero la frialdad de estar desnuda.

—Lo siento más que nada. Y deseo... —Sacudo la cabeza—. ¿Acaso importa? ¿Ya no podemos hacerlo? ¿Desear? ¿En las estrellas o por momentos solo para nosotros?

Toma sus manos en las mías.

—¿Cuál es tu deseo, entonces?

—Em, no. *No*. Tu parte supersticiosa debería saber que es mejor no pedir detalles. Ya hay demasiadas cosas en el universo luchando para que mi deseo no se haga realidad. —Me enderezo, casi sollozando—. Y si aún no lo sabes, entonces la idiota soy yo porque...

Orion silencia mis palabras y roba el espacio entre nosotros cuando pone su boca sobre la mía. Un juramento en voz baja resuena en el fondo de su garganta. ¡Santo cielo! Esto es nuevo y ¿qué estamos haciendo? Lo hacemos de todos modos, resolviéndolo sobre la marcha, un caos de

movimientos agitados: dientes que se raspan, narices que chocan, nuestros cuerpos flojos y ansiosos.

Se echa hacia atrás, respirando como un corredor sin aliento.

—Tenía razón, entonces. Es igual que el mío, ya sabes, si fuera un tipo al que le gusta pedir deseos.

Hago una especie de sonido de afirmación.

—Pero puedo hacerlo mejor.

Y vaya que lo hace. *Lo hace, lo hace y lo hace*. Con mis mejillas atrapadas entre sus manos, Orion me mira como si fuera el mejor postre que he hecho hasta ahora. Me roza la mandíbula y desliza su boca lentamente sobre la mía. Se toma su tiempo como si nos sobrara.

Sus manos descienden, descienden y descienden aún más hasta que me sujetan por detrás y me suben a su regazo. Orion sabe a fruta y a azúcar. Luego me dedica una sonrisa, aún más dulce, antes de rozar con sus labios mi frente y la curva de mis pómulos.

Lo arrastro de nuevo hacia abajo. Las chispas doradas de todas las luces de la ciudad que hemos visto me atraviesan, cruzan todas mis avenidas. No puedo dejar de tocarlo. No puedo estar lo suficientemente cerca. Empujo mi cuerpo contra el suyo, la magra fuerza de sus músculos y huesos se agolpa a mi alrededor.

¿Quedarme? Otro deseo que ni siquiera puedo confiar a las estrellas. ¿Qué idioma uso para desear que se doblen los continentes y las culturas? *Quedarme con él aunque sea imposible.* Lo deseo con mis manos, mis uñas marcando con medias lunas al niño con nombre de estrella.

Esta noche, lo beso bajo el follaje de un haya y entiendo que el patrón grabado en un cielo crepuscular no importa. Orion Maxwell es toda la aurora boreal, la estrella polar, mi verdadero norte, incluso cuando mi legado me llama hacia el sur.

Hacia el sur. Hacia Miami.

Los relojes marcan la hora y las ruedas de autos tocan el asfalto. Ambos sentimos el cambio y nos apartamos en el mismo momento. Sigo en su regazo, envuelta en él como si fuera lana. Mi frente se inclina contra la suya a pesar de los seis mil kilómetros que nos separan.

—Cuando llegaste aquí —empieza con la voz ronca—, tu corazón pertenecía a otro chico. —Cuando asiento dice—: Pero incluso ahora, sigues perteneciendo a otro lugar. Ni siquiera puedo pensar en estar contigo en Miami durante años. Sin mi mamá, sin Flora...

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

—Hay tantas cosas que son fugaces y un «adiós» en mi vida. Estoy perdiendo gente y estoy tan cansado de ese sentimiento. Y tú... —Esa única palabra se refleja en sus ojos—. No podrías ser solo un coqueteo fugaz. No puedo hacer eso, semanas de revolcones de verano, con una fecha de término en mi cabeza. No puedo meterte en un avión y quedarme solo con el recuerdo de eso. De ti.

Mi respiración tambalea, comprendiendo y sabiendo que tiene razón. Odiando su razonamiento y a la vez amando que todo gire en torno a mí de esta terrible y hermosa manera.

—No podemos volver a hacer esto, ¿verdad?

Con los ojos vidriosos, sacude la cabeza.

—Es demasiado difícil. Por ahora, dejemos que este, aquí, sea nuestro momento.

El momento por el que engañamos a mundos, vidas y universos. Ellos aún ganan.

Por ahora.

30

La noche de mi decimoctavo cumpleaños me han dicho que me ponga mi vestido más bonito y me quede en mi habitación hasta que alguien venga a buscarme. Tengo un vestido nuevo, un modelo corto y frisado que, hace un par de semanas, Victoria, de la tienda Come Around Again, dijo que era perfecto. El precio, al igual que el calce, también era perfecto. El vestido negro de gasa floreada me roza el cuerpo y se eleva hasta un escote cuadrado enmarcado con finos tirantes.

Le doy los últimos retoques a mi *look* mientras empiezo a hacer la maleta. Quedan dos días, pero estoy concentrada en divertirme todo lo que pueda, sin pensar qué, y a quién, tengo que dejar. Para salir del paso, he tenido que tomarme un momento perfecto y tramposo con Orion en un follaje crepuscular, encerrándolo en una caja de tesoros dentro de mí. *Por ahora.*

Pero a Orion no le faltaron otros tesoros y regalos. Antes, me regalaron más de Londres por mi cumpleaños. Esta vez, los atractivos interiores. Me pasé todo el día contemplando las joyas de la corona y arrastrándolo por todas las plantas de los grandes almacenes de Fortnum & Mason, adulando ingredientes gourmet y eligiendo souvenirs para Mami y Pilar. Sin embargo, mi verdadera sorpresa llegó cuando Orion me invitó a tomar un magnífico té en el Diamond Jubilee Tea Salon de Fortnum. Comimos durante toda la tarde, rodeados de manteles blancos y vajilla azul. Bebimos su exclusivo té *royal blend* y nos atiborramos de exquisitos sándwiches, *scones* y pasteles.

Luego tomamos el tren de vuelta temprano, dejando una parte de la noche para Winchester. ¿Pero para qué? Me estoy abrochando la última hebilla de mis sandalias doradas cuando suenan unos golpes en la puerta.

¿Mi cita?

—Oh —digo cuando abro la puerta y, luego—: *¡Oh!*

Orion se ha duchado y se ha puesto un entallado traje negro, con camisa de vestir azul plateado y corbata a juego. Tan guapo, guapísimo y muy elegante.

Se acerca y se inclina para besarme la mejilla. Aunque volvimos hace una semana de St. Catherine’s Hill, no hemos podido dejar de mirarnos como lo hicimos allá. ¿Estoy mirándolo como una tonta?

Sus ojos son grandes y lo bastante profundos como para atraerme y ahogarme, su propio canto de sirena. El chico de traje negro me abraza de nuevo.

—Estás preciosa —me dice al oído. Mi nariz se llena de jabón de barra y colonia con especias de madera, la esencia del gel fijador.

Mis manos presionan las suaves solapas de su blazer.

—Te arreglas bien, Maxwell. Pero eres un peligro supersticioso andante para ti mismo al salir con el pelo mojado. —Deslizo suavemente mis dedos por sus mechones de pelo lavados y

peinados.

—El peligro y la imprudencia junto a toneladas de alcohol son típicos de una noche de baile escolar aquí. —Levanta una ceja.

—¿Un qué?

Saca la otra mano de detrás de su espalda y mi corazón da un vuelco. Me presenta una caja transparente abovedada con un ramillete de rosas rosadas.

—¿Eso es...?

—Sí, lo es. Queríamos hacer algo especial para tu fiesta de cumpleaños. Flora tuvo una idea brillante y pronto verás lo que han estado haciendo algunos elfos mientras estábamos en Londres. —Abre la caja y la deja sobre mi escritorio—. Rosas inglesas para una cubana. ¿Vienes al baile conmigo?

Asiento rápidamente mientras me coloca el ramillete en la muñeca y lo rodeo con los brazos.

—Gracias. Me he pasado diez minutos haciéndome un *smoky eye* y estoy a punto de convertirme en un mapache.

Me acerca más, riendo.

—Nada de criaturas del bosque. Solo nosotros esta noche. Y te advierto que bailo aún peor de lo que cocino, pero vamos a bailar de todos modos.

—Antes de hacerlo, ¿podrías explicarme esto? —Busco en el escritorio el juego de cucharas de madera de teca que encontré en la isla de la cocina cuando volví de Londres. Le tiendo la tarjeta adjunta.

Para Lila, con motivo de tu cumpleaños. Confío en que las uses para hacer muchas cosas maravillosas en casa.

Saludos, Polly

P.D. Tus galletas de limón, tus pasteles de higo y tus panes cubanos eran bastante comestibles.

—Bastante comestibles —repito con mi mejor acento británico—. ¿Pero cómo probó mi pan cubano y todo lo demás?

Orion toma las cucharas, admirándolas.

—Eso es culpa mía. Polly sigue viniendo a Maxwell’s a comprar té. Llevo todo el verano dándole muestras de las delicias que envías a casa. —Se encoge de hombros—. Supongo que esto es como una ofrenda de paz, además de un gesto encantador.

Sacudo la cabeza, sonriendo.

—Sí, lo es. Te dejaré una nota de agradecimiento para que se la des. —Para cuando me vaya, aunque no digo esta parte. Apoyo las bonitas cucharas y lo agarro de la mano—. Ahora es tiempo de bailar.

Unos pasos después, estoy bajando tomada de su brazo y capto algunas sonrisas perdidas de los huéspedes de la posada mientras avanzamos hacia el vestíbulo. Orion gira a la izquierda; las puertas del salón están cerradas con un cartel pegado en la entrada. *Cerrado por evento privado.*

Me acompaña a una versión más pequeña y acogedora del baile de fin de curso que nunca tuve. Aplausos y saludos inundan mis oídos mientras intento asimilarlo todo a la vez. Todos nuestros amigos están aquí, incluso los miembros de Goldline, vestidos con sus mejores galas. El padre de Orion, Cate y Spencer están junto al gran ventanal. Una luz estroboscópica lanza fragmentos de brillo alrededor del espacio iluminado con una luz tenue. Todo el mundo se acerca a abrazarme, tengo los brazos llenos de gente.

Jules aparece última, con rizos ondulados y un vestido negro sin tirantes. Capas de tul con

lunares asoman por debajo del dobladillo. Me aprieta fuerte mientras susurro palabras de agradecimiento en su oído.

—Nos hemos divertido con todo esto. — Sonríe—. Feliz cumpleaños, amiga mía. Ven a ver, hemos movido todos los sofás para que haya espacio para bailar.

Ella y Orion me guían por el transformado lugar. Los padres de Remy han traído bandejas de fruta, papas fritas (con mi salsa de curry favorita) y pequeños aperitivos. Todas las mesas del salón están agrupadas cerca del bufé, pero es lo que hay encima lo que me hace mirar con incredulidad.

—Espera. ¿Centros de mesa? —Y entonces me doy cuenta de que están por todas partes. Centros de mesa desparejos, de todos los colores y tamaños decoran las mesas y la zona del bar, incluso la repisa de la chimenea.

—Por desgracia, no puedes llevártelos a casa y hacer realidad las secretas aspiraciones florales de tu madre. Los tomamos prestados de muchos negocios locales. Tenemos que devolverlos mañana, pero pensamos...

—En todo. —Él trajo Miami a mi fiesta inglesa—. Pensaron en todo. Un gracias no sería suficiente.

—Tu sonrisa sí —dice Orion.

Gordon se inclina por detrás.

—Y ni un clavel azulado a la vista, nos aseguramos de eso.

Mi noche fluye, dulce y soñada. La música suena y bailo con todo el mundo, incluso con el padre de Orion y con Spencer. Pero lo que más me gusta es bailar con una cita para el baile que ni siquiera sabía que estaba esperando, en una noche memorable que siempre había deseado.

¿Existe una superstición sobre las cosas que dejas ir, solo para sorprenderte más tarde con una versión de ellas que es mucho mejor? Ahora tengo la mejor versión del baile. Pero no quiero preguntarle nada a Orion. Solo quiero hacer lo que estoy haciendo: bailar con él tan cerca que no haya lugar para ningún dios sagrado entre nosotros. Mi cabeza se hunde pesadamente en su hombro y sus manos se enlazan en la parte baja de mi espalda. Canción tras canción.

Tiempo después, las imágenes y las voces de mi cabeza se deslizan sobre la tranquila balada.

—Te has puesto muy tensa —me dice.

—Antes de que tocaras la puerta, empecé a empacar y cada prenda me recordaba algo que hicimos mientras la usaba. Y no quiero arruinar esta noche, pero no puedo dejar de ver el pasaje de avión en mi cabeza.

Él dibuja círculos en mi espalda desnuda.

—No diré nada más del día a día porque solo nos quedan dos. Pero mira, yo tampoco fui a mi baile de graduación y ahora tengo esta noche. Me gradué pensando que no iría y ahora aquí estoy, Lila.

—Yo también. —Y un momento tramposo es mejor que toda una vida vestida de color champaña con otro chico que fue mi ayer, pero que ya no encaja en mi ahora.

¿Y qué hay del mañana? ¿Qué y quién y dónde encaja en mi futuro? Yo encajo cerca de Orion, con calidez y deseo en su hoy, pero incluso después de la forma en que me besó, la forma en que me agasaja esta noche todavía no puede hablar de un mañana.

Encuentro formas de volver aquí, de mantenerme enfocada en mi celebración. Escondo el tictac de los relojes en mi cabeza y mis imposibilidades en centros de mesa, ahogándolos en copas de champaña burbujeante. Estudio los rostros de mis nuevos amigos e intento

memorizarlos. Tendremos mensajes y llamadas por FaceTime, pero quiero toda la piel y los huesos en tiempo real, sus corazones y sus pedacitos. Lo suficiente de ellos para que me dure.

Orion me vuelve a encontrar con un gran plato de papas fritas. Me da la vuelta mientras Jules y sus amigos de Goldline se agrupan en la esquina opuesta.

—Hay más sorpresas.

—¿Va a cantar?

Los miembros de la banda se acomodan en un equipo acústico de dos guitarras, un teclado y un cajón. Jules toma un micrófono con un volumen bajo para que no moleste a los huéspedes de la posada.

—¿Dónde está Lila? —Me ve a través de la luz apagada y sonríe—. Oh, ahí está. En honor a tu importante cumpleaños, y bueno, en honor a alguien que es malditamente espectacular, quería estrenar la nueva canción de Goldline esta noche. Se llama «*Sweaters*», *um, no* «*Jumpers*», porque Estados Unidos y todo eso. Esta canción es para ti—. Me lanza un beso y ya estoy llorando.

Orion me atrae a su lado mientras suenan los primeros acordes. Remy graba un video mientras Jules entra con su aire de cantautora. Mi corazón se rompe por la belleza cuando llega al estribillo:

Suéteres para mis hombros
Mantas para el frío
Pintas estrellas donde yo coloreé agujeros negros
Tus brasas, mis cenizas
Tu azúcar para esta arena que se hunde
Me cubres otra vez
Me cubres otra vez

Es como si Jules hubiera sacado todo de mí, los ladrillos y los bloques que construyen mi corazón, y lo hubiera musicado. Todas estas semanas ha estado observando, escribiendo mi vida en la letra de una canción.

Orion tiene que sujetarme cuando empieza el *bridge*. Los guitarristas sonríen y se levantan de sus taburetes. Leah, la baterista, guiña un ojo cuando cambian los acordes, el ritmo y los patrones rítmicos: Goldline está haciendo una referencia a la salsa. Jules alterna entre inglés y español en el puente más original que he oído en toda mi vida. No está fuera de lugar, sino que es una mezcla perfecta, como un pastelito cubano relleno de fruta inglesa.

—¿Qué? —Miro a Orion y encuentro su cara desencajada con una sonrisa—. ¿Lo sabías?

La música continúa y vuelve a la delicada progresión menor.

—Solo que estaba planeando una canción. Es brillante. El ritmo latino del medio encaja perfectamente. Inesperado, pero no desentona. —Me besa la sien—. Como tú.

Cuando termina, la banda pasa a números más acústicos, pero Jules se encuentra con mi gran abrazo de sándwich.

—Eres increíble —le digo—. Gracias. Nunca olvidaré esto.

Ella se aleja para mirarme.

—Después de la noche que pasamos en la cocina, cocinando y bailando, tenía que hacerlo. Tenía la letra por partes, pero no conseguía encajar todas las piezas. Entonces me di cuenta. Quizá fue la Coca-Cola y la lima. —Se ríe, pero sus ojos se empañan—. ¿Puedo ir a Miami a visitarte? Te voy a echar mucho de menos.

Asiento sobre sus hombros desnudos cuando volvemos a abrazarnos.

—Pronto, por favor. Lo antes posible.

Y entonces, y no es nada sorprendente, decaemos tanto como la fiesta. Nuestros acompañantes se marchan. El vino, la champaña y la sidra fluyen, al igual que el azúcar de la barra de helados que Cate preparó en lugar de pastel, *¿para la mejor pastelera de Winchester?*

Otra *no-sorpresa*, las chicas acabamos juntas en un rincón durante un rato, panza abajo o con las piernas cruzadas sobre la alfombra, con los zapatos tirados. Flora, encantadora con un minivestido de encaje color ciruela, lame su cuchara de helado y se ríe a carcajadas mientras Jules nos entretiene con parodias de canciones y bromas subidas de tono.

—¿Cómo crees que será? ¿Salir en la tele? —pregunta Carly de Goldline.

—Aterrador —digo entre risas—. Pero espero que sea menos aterrador después de que mi hermana y yo pasemos una semana de salón en salón. Cejas, uñas y mechas. —Mi otra vida tira de mí: yo conduciendo rápido con Pilar en mi Mini Cooper, esquivando a duras penas las multas por exceso de velocidad.

—Sí —concuerda Jules—. Se necesita mucho esfuerzo para lucir como nosotras. —Se despeina.

Mi mirada se clava en Orion, que está tirado por la habitación con sus amigos. Botellas y vasos de chupitos están alineados junto a ellos. Esboza una sonrisa, relajada y ladeada que se extiende por todo su rostro. Me río para mis adentros: él podría estar en cualquier fiesta de graduación de la que haya oído hablar. El alcohol mueve sus extremidades con el vaivén de las cuerdas de una marioneta.

Me vuelvo hacia mis chicas: Leah, Jules y Carly se han apartado, riendo entre tragos de sidra y pedazos de historias. Pero Flora descansa con la espalda apoyada en la pared, observándome. Me acerco un poco más.

—Seguiré haciéndolo. Seguiré horneando como me enseñaste —dice Flora.

Jugueteo con mi ramillete de rosas. El único centro de mesa que quiero llevarme a casa.

—Tu familia estará contenta. —La miro a los ojos. Ha hecho un trabajo digno con la sombra gris—. Aunque tengo que volver, puedes llamarme por FaceTime o por teléfono o enviarme mensajes de texto, cuando quieras. —Me encojo de hombros—. Si tienes preguntas sobre cocina o simplemente quieres hablar. Así es como yo he estado cerca de mi hermana.

—Sí, me gustaría. —Ella se desplaza para mirar a su hermano durante unos segundos—. Me aseguraré de que coma bien cuando estés en Miami. Quiero decir, puedes regañarlo por sus tostadas de queso por teléfono, pero yo puedo hacer más.

Oh, me duele el corazón.

—Pueden cuidar el uno del otro. Y de tu padre también.

Una sonrisa aterriza y luego se va de su cara.

—Pero seguiré echando de menos que horneemos pan y lo mojemos en ese café tan bueno que haces.

Tengo que cerrar los ojos, me arde la garganta. Mi mente dice «Hazlo» y es tan claro lo que tengo que hacer, se siente tan correcto. Me quito el collar de oro, desprendiendo el precioso amuleto de la paloma. Sujeto el pájaro a una de las cintas del ramillete y dejo caer la delicada cadena en la palma de la mano de Flora.

—Es para ti.

Ella levanta la mano, dejando caer los eslabones.

—No puedo, te lo regaló tu abuela.

—Para mí, es más un amuleto. Puedo conseguir otra cadena de oro en casa.

Flora sonríe.

—Gracias, Lila. —Me deja que le ponga el collar alrededor del cuello.

—Añade tu propio amuleto especial cuando lo encuentres. Pero úsalo y sabrás que alguien siempre piensa en ti. No serás olvidada. Serás recordada.



Más tarde, solo quedan dos personas en el salón y una lleva flores rosas. El otro se agarra al marco de la puerta para apoyarse después de echar a su último amigo. Me apresuro a enganchar mi brazo al suyo.

—Tú. Al sofá. Ahora.

Orion emite un sonido británico de asentimiento, tambaleándose sobre mi brazo.

—Hermosa. Lo eras. Una hermosa bailarina.

Lo acomodo en uno de los sofás y lo ayudo a quitarse la chaqueta.

—Mmm, qué bien. —Me siento a su lado y no tarda en apoyarse en mí. Hasta su piel huele a cerveza y al fuerte licor de bar—. Tuviste un buen baile de graduación, ¿verdad? —Le aflojo la corbata y se la saco del cuello.

Suelta una risa baja y jadeante antes de que se desplome y deje caer la cabeza en mi regazo.

—Oh, ok, entonces. Hola. —El país de las maravillas, el país de las hadas o el país de los sueños, él tiene un pasaje para cualquiera de ellos.

Sus ojos se cierran, sus labios esbozan una sonrisa y luego se contraen, y así conozco al Orion borracho y somnoliento del que se reían sus amigos.

—No hicimos —murmura— todo. Hay mucho más.

—Mucho más. —Me muerdo el interior de la mejilla y acaricio la suya.

Se apoya en mi mano.

—Me gustan las librerías. —Mi sonrisa es triste.

—A mí también.

—Mejor. No hace falta. Devolverlos. Puedes doblar sus páginas y escribir en ellas. En los márgenes, estropearlos. —Se me calienta el estómago mientras le quito un rizo de la frente—. Mejor que… los libros de la biblioteca. Solo puedes pedir prestado.

En la penumbra, tomo prestado el tiempo y leo su rostro. Su fuerte mandíbula y su nariz afilada. Toco la pequeña hendidura de su barbilla, observando el espacio como si condujera a la eternidad. Ahora ronca débilmente, inconsciente. Le tiemblan los párpados.

En la penumbra, mi verdad prohibida se escribe en mi mente. Me disfrazo de mí misma, la Lila Reyes que a veces no escucha a la gente ni razona. No protege nada como debería. A veces corre demasiado y reacciona demasiado rápido y se hace daño a sí misma y a su hermana cuando está dolida.

En la penumbra, sigo siendo ella. Solo soy otro sabor de la chica que llegó aquí hace semanas. Ella volverá a casa igual y diferente.

Sí, claro, hago estas cosas prohibidas. Esta vez soy imprudente con las palabras. Las hago girar alrededor de mi boca y rebotan en mi corazón. Las susurro en inglés. Las digo en español. Las pongo en las manos que alimentan ciudades y sostendrán a Orion hasta el amanecer.

—Te amo.

31

Dos maletas esperan en el Range Rover de Spencer después de que me haya despedido de todos menos de Orion. Nos quedan minutos, que pasamos sentados en la banca del patio de la iglesia.

Bostezo pesadamente, con dolor de cabeza y los ojos desorbitados, llevando mi amuleto de paloma en una cadena de plata que compré en la ciudad.

—La señorita dijo que quería quedarse despierta toda la noche y lo hizo. —Me da un codazo.

—Tú también lo hiciste. Al menos yo podré dormir en el avión.

Hacia Miami. Mi casa.

Tuve cuidado con mi último día. No quería hacer nada nuevo, ni conocer nuevos lugares ni tener nuevos recuerdos. Quería horas de los antiguos días y de la gente que conocí y amé.

Receta para decir Adiós de la cocina de Lila Reyes

Ingredientes: Una joven cubana. Un joven inglés. Una ciudad inglesa.

Preparación: Devolverle a Polly su cocina y compartir una sonrisa genuina, de una panadera legítima a otra. Recorrer la campiña en una Triumph Bonneville de época. Pasear por Winchester, por toda la ciudad y por los caminos que recorriste. Beber vanilla black en Maxwell's. Comer pescado con papas fritas y salsa de curry en el bar de tu amigo. Dormir de a ratos acurrucados en la colina de St. Giles.

*Omite hablar del futuro y cualquier forma de la palabra «mañana».

Temperatura de cocción: 200 grados Celsius. Sabes la conversión de memoria.

En seguida, Orion se levanta y camina hacia la fuente. ¿Es así como será ahora? ¿Necesitamos practicar cómo estar separados?

—Flora —dice—. Cuando entré a lavarme los dientes, ella estaba cubriendo la masa para que leudara.

Yo también me levanto, manteniendo la distancia.

—Me quedaré cerca, hablaré con ella todo lo que pueda.

—Ella te quiere. —Su mano se mueve, luego se levanta para cubrir una cara que aún está de espaldas. Pero en su siguiente respiración, gira, con la mandíbula tan apretada como las paredes de piedra—. Viniste aquí y le diste de comer a todo el mundo. No solo a mí y no solo sándwiches y pasteles. Alimentaste a los huéspedes de la posada y mañana la gente del pueblo se preguntará

dónde estás. Alimentaste la música de Jules, alimentaste a mis amigos y alimentaste a mi hermana con habilidades y amor y ahora... —Agacha la cabeza.

Me estremezco al oírlo, dándome cuenta de su significado. Hoy lucha contra mundos y universos, sin aceptar la tarjeta de embarque que está en mi bolso. Sin aceptar lo que no puede cambiar. Mañana, tal vez lo haga. Pero no ahora.

—Orion. —Levanta la vista, angustiado—. Todos ustedes también me alimentaron.

—Esto es el maldito infierno, ¿no? Después de todo eso, todavía estamos hambrientos.

Se restriega la cara con brusquedad.

—Lo siento, Lila. No es tu culpa. Tu vida era tuya antes de aterrizar aquí.

Tengo los dientes apretados cuando asiento con la cabeza.

—Eres un tonto si crees que voy a olvidarte o a perderte. ¿De verdad crees que dejaría que eso ocurriera?

—Claro que no... Pero no me prometas nada más ahora. En tu casa te espera un gran futuro.

¿Y si mi futuro está bajo una bandera diferente? Ahora mismo, ni siquiera puedo permitirme este pensamiento. Hoy, Miami tendría que ser mi legítimo castillo, no una ruina inglesa.

Él se acerca.

—Bueno. Spencer te llamará. Da igual si es ahora o dentro de cinco minutos. —Orion me mira de pies a cabeza—. Cuídate. Llama cuando aterrices, no importa la hora. —Me abraza. Me besa cada una de las mejillas y luego asiente una vez, diciéndome que me vaya a casa.

Me toco los labios con los dedos y me giro hacia la fuente. No lo veré alejarse. Es apropiado que dejemos que el agua bajo la santa estatua descanse tranquila. Yo también intento alejarme. Esta vez, necesito las matemáticas, las necesito como lo hace Pilar. Hago ecuaciones: La raíz cuadrada de *Family Style* más un flan dividido por la lluvia de Miami menos la arena de South Beach. Hago más, repitiéndolas hasta que el frío gris del cemento cubre todo mi corazón y la voz de Spencer llama desde la puerta de al lado.

Es hora de dar la vuelta. Hora de volver a casa. Pero justo cuando llego a la puerta, Orion me bloquea el paso y me atrae hacia él.

—Mentí. —Es todo lo que dice antes de besarme. Un beso intenso, largo y profundo. Por una última vez, nos alimentamos mutuamente antes de separarnos—. Adiós, Lila.

Sigo sin poder responder.

32

Hace demasiado calor en esta ciudad. Mi cuerpo acostumbrado al verano británico tiene que adaptarse, como lo hacen los reptiles y anfibios, del frío de la sombra al abrasador calor de las rocas. Me despierto demasiado temprano e incluso ahora, justo antes del amanecer, el aire humea con la promesa de un día de maquillaje húmedo, en el que la ropa se pega a la piel y el sudor se acumula en lugares inconvenientes. Un agosto en Miami siempre cumple sus promesas.

Ayer mi ciudad me puso en brazos de mi familia. Lloré y me aferré a Pilar como una niña pequeña. Le dije que estaba preciosa, pero que necesitaba un corte de pelo. Ella me dijo que era un desastre por haber estado en la cabina del avión, pero que me veía absolutamente perfecta. Le envié un mensaje a Orion y luego me dormí en el vacío de nuestros mensajes y emojis. Luego dormí un poco más, despertándome solo para comer.

Hoy iré a La Paloma. Veré qué sigue igual y qué ha cambiado. Pero ahora, camino por West Dade con una taza grande de café con leche antes de que se levanten los chismosos. Chany rehízo su jardín y Susana se compró un Honda nuevo. Grace, Cristina y Sophie dejaron su trío de Scooters rosas y morados en la entrada de su casa.

Y también vuelvo a estudiar mi casa. Sí, el grifo de la cocina gotea si no lo cierras bien, el suelo cruje justo aquí y las paredes huelen a ajo y cebolla. Y en mi habitación, que es un caos de cosas revueltas de las maletas que todavía no desempaqué, solo se oye el sonido de la ducha de Pilar y el tictac de un viejo reloj de Abuela. La nota adhesiva amarilla dice:

Lo siento, se me olvidó porque mi hermana está en casa. Esto llegó ayer a La Paloma. Que duermas bien. —P

¿DHL Express? La dirección del remitente me produce un hormigueo en el cuerpo. Con cuidado, abro la cinta de embalar, las solapas de la caja y el papel de seda. Suelto un sollozo de impotencia cuando saco el cárdigan más suave, de lana gris, e inglés, y lo más importante, de Orion. Lo aprieto contra mí, oliendo en ella una casa adosada de Winchester y aroma a jabón, mezclado con lluvia. Huelo recuerdos de besos y adoquines, motos y música. Saco una tarjeta blanca:

Siempre debió ser tuyo.

Con amor, Orion.

Es muy difícil escribir cuando te tiemblan las manos.

Yo: Lo recibí. No puedes.

Orion: Claro que puedo.

Yo: Pero tu abuela...

Orion: Me tejerá otro cárdigan. Este te pertenece.

Yo: Me encanta. Muchas gracias.

Orion: Mantente caliente y hablamos pronto.

Yo: Buenas noches, Inglaterra.

Orion: Buenos días, Miami.

Me pongo la lana gris sobre la camiseta de tirantes. Hace demasiado calor en esta ciudad, demasiado para los suéteres ingleses. Pero este calienta un corazón tembloroso.



—Me da un poco de miedo que pruebes esto —dice Angelina, ofreciéndome su pastelito de guayaba.

Muerdo la delicia hojaldrada y pegajosa. Sí, delicioso. Sonrío ampliamente.

—Angelina.

—¿De verdad? —Coloca una servilleta de papel en mi mesa.

—Es perfecto. —Estoy sentada en una de las dos mesas de La Paloma. Más bien, me veo obligada a sentarme y revisar los detalles de producción para *Family Style*, ultimar nuestras opciones de menú y saludar a todos los clientes que han estado preguntando por mí durante semanas—. Esto es comida de calidad y sé que es lo que has estado haciendo todo el verano. Gracias.

Ella sonríe y se coloca un pañuelo sobre el pelo rubio oscuro antes de volver a la cocina.

Hoy no me dejan entrar a trabajar, solo a curiosear y recibir abrazos y bienvenidas. Dentro de tres días cerraremos para preparar el rodaje. Las paredes de la sala de exposición recibirán una nueva capa del cálido marfil que elegí con Pilar y los suelos y las superficies estarán fregados y relucientes.

En cambio, Papi coloca una silla, como un trono, junto a la entrada como si fuera la hija pródiga de la panadería. Sus terneros gordos para celebrar son los cafecitos y muestras azucaradas de la cocina. Mi familia tiene buenas intenciones, pero ¿no saben que necesito cocinar? Necesito meter las manos en harina, volver a sentirme yo misma en este lugar.

En lugar de eso, me levanto para echar un vistazo a los productos que han horneado otros empleados, que se arremolinan alrededor del gran expositor repleto de panes y bollos cubanos. Las vitrinas están repletas de pasteles, postres en miniatura y sabrosas croquetas. Dulce, cálido y tentador.

Me detengo en la pared donde desde hace cuatro años cuelga el artículo enmarcado del Miami Herald. Una foto de gran tamaño en la sección «Estilo de vida» nos muestra a Pilar y a mí sonriendo frente a una bandeja de pasteles surtidos. El titular destaca con orgullo en letras mayúsculas: *Las adolescentes de West Miami acuden a la recaudación de fondos del congresista Millan*.

Parece que fue ayer cuando el mismo reportero que cubrió el acto benéfico de los Millan estaba sentado aquí, entrevistándonos a Pilar y a mí. La Paloma creció exponencialmente gracias a mi decisión de no cancelar un pedido, de trabajar de noche y comandar una cocina con mi hermana a los trece años. Muchos cambios surgieron de un solo artículo de periódico. Ahora vamos a salir en la tele y no puedo ni soñar con lo que volverá a pasar en este lugar.

Pero esa misma chica de la pared, impresa en papel de periódico en blanco y negro, no se sienta aquí con una mente en blanco y negro. Pienso en muchos matices, al margen de mí misma, balanceándome entre el ayer y el mañana.

Basta. Basta de sentarse y pensar, y basta de este escaparate.

En la parte de atrás, la cocina funciona a base de grasa, levadura y azúcar. Me paro donde normalmente lo haría y me doy cuenta de que hay demasiados panaderos en el turno de la mañana. Hoy no me necesitan.

Marta bate un mousse de mango lleno de color y me da a probar con una cuchara.

—Qué rico —le digo.

Empieza a verter el relleno en moldes individuales.

—Entonces, para el programa, ¿harás tres leches o flan?

—Los dos, si hay tiempo.

Sigo paseando, echando un vistazo a los hornos de cubierta, mientras recorro el almacén. Finalmente aterrizo en el despacho de Papi y me detengo en seco en la puerta.

—¿Qué pasa?

Mi familia está sentada en el pequeño sofá, un trío de amor. Papi, con los ojos cansados por el trabajo y el pelo oscuro salpicado de sal, y Mami, que aún lleva puesto el delantal. Pilar está en medio, uniendo a todos como si fuera pegamento.

Mami levanta la cara de su portátil.

—¿Por qué no nos lo dijiste, Lilita?

—¿Qué? —Mi mente da vueltas, me hundo en la silla de escritorio de Papi.

Sus caras se ponen serias y los dedos de Pilar se agitan en combinaciones interminables.

—Catalina envió las fotos que hizo en tu fiesta de cumpleaños. El baile de graduación que te hicieron —dice Mami—. ¡Qué lindo!

—Lo fue. —Esas fotos también están en mi casilla de correo electrónico, pero no he tenido la fuerza para abrir el archivo. Todavía no. Las flores de Orion todavía descansan en mi tocador, secándose.

Pilar dice:

—Estábamos esperando a que dijeras algo. No lo hiciste ayer cuando bajaste del avión, pero sabíamos que estabas muy cansada. —Su mano se mueve sin rumbo—. Y tampoco dijiste nada esta mañana durante el desayuno.

Las palmas de mis manos se humedecen y el corazón me palpita en el pecho, y no por los dos cafecitos que me tomé.

Papi gira la computadora, bajando por la pantalla. Cate tomó fotografías de mi fiesta, pero capturó mi verdad. Las fotos muestran a Orion bailando conmigo, con los ojos cerrados y los labios posados en mi cabeza. Mi cara descansa contra la solapa de su traje, perdida en un sueño. En otra foto, estoy acurrucada a su lado mientras Jules canta mi canción, y en otra docena más estoy con mis nuevos amigos.

Las palabras fallan. Hoy estoy despojada de algo más que mi delantal, me siento desnuda y al descubierto. Tengo que cruzar los brazos a la altura del pecho para evitar que mis emociones traicioneras inunden este lugar que todos hemos construido. Los sollozos empiezan a rodar dentro de mí, pero los escondo tras un muro de contención, anclándome en el asiento de mi padre.

—Sabemos lo de *Le Cordon Bleu* —dice Papi—. Catalina tenía mucho que decir sobre eso. Sobre tus planes y el impacto que has tenido en Winchester. Cómo amas la ciudad y podrías

llevar nuestra comida allí. Pero tú no has dicho nada.

¿Decirlo? ¿Decirlo con palabras reales, partiendo por la mitad a esta pequeña oficina cuadrada?

Pilar se adelanta.

—No hagas lo mismo que antes, no te lo guardes todo.

El muro que creé se resquebraja.

—Sí, ¿de acuerdo? Está bien. —Ahora me inundo, de pie, desgarrándome—. Es verdad. Inglaterra, la escuela, Orion, todo. Pero Miami es mi hogar y todo aquí es mi hogar. Mi futuro. ¿Cómo puedo simplemente... irme? ¿Simplemente olvidar todo lo que somos, todo por lo que hemos trabajado?

—Lila, responde unas simples preguntas —dice Papi—. Tu hermana nos habló de tu Orion. ¿Ese chico también te quiere?

Cierro los ojos mientras los recuerdos se agitan frente a mí. Orion Maxwell nunca ha dicho esas palabras, pero también las ha gritado de un millón de otras maneras, un millón de veces.

—Sí, me quiere.

Mami rodea a Pilar con el brazo. Se aferran la una a la otra, los rostros luchando con las emociones hasta que ganan unas sonrisas torcidas.

—Bueno. Hemos mirado el programa de pastelería. Es estupendo. ¿Tú quieres ir a esa escuela?

—La matrícula es muy cara. También lo son los boletos de tren y no podría trabajar mucho tiempo con una visa de estudiante.

—La herencia que te dejó Abuela es suficiente.

¿Cómo puedo siquiera pensar en eso? ¿Usar el dinero que Abuela ganó en La Paloma para un futuro opuesto al que ella planeó para mí?

—Quiero tomar la decisión correcta. La mejor para nuestra familia, para nuestro negocio y para todos.

—¿Y qué hay de tomar la mejor decisión para *ti*? —pregunta Papi.

Para mí. Mi legado. Mi corazón. Mi futuro.

Pero una verdad punzante se clava como el cuchillo de Tío en los tallos de maíz. Me vuelvo hacia mi madre.

—No me enviaste a Inglaterra para que la eligiera antes que a nuestra familia, antes que a Miami y La Paloma. —No pudo haberlo hecho, no la misma mujer que perdió a su mejor amiga en el mismo país—. Si lo hubieras sabido, no me habrías puesto en ese avión. Pero lo hiciste y ahora mira.

Mami se levanta y se acerca a mí, sus manos entrelazadas con las mías y sus ojos como puntas de flecha.

—¿Tu corazón encontró paz, un cierre y algo nuevo por lo que sonreír en Inglaterra?

—Sí, Mami —susurro—. Como no te imaginas.

Ahora llora, una lágrima gorda rueda por su mejilla y su olor es como el de la madreselva.

—Eso es exactamente por lo que te enviamos.



Con la panza llena de cerdo y guarniciones cubanas, coronada con besos, bailes y partidas de dominó de toda una familia, me siento en mi cama. Yo también estoy llena de opciones, siendo

tirada hacia demasiadas direcciones. Trazo el dibujo en miniatura a lápiz de color de la posada Owl and Crow, el regalo de cumpleaños de Gordon.

Suena FaceTime en mi portátil y el nombre que parpadea en la pantalla se hunde en mi estómago. Pero estoy lista. Atiendo la llamada.

Stefanie me mira desde el otro lado del mundo.

—Lila. —Su voz es débil y apenas reconozco a esta chica con sombrero de paja y sin maquillaje.

—Hola. —¿Cómo empezamos la conversación? ¿Qué hacemos?

—Siento lo de...—Sale de mi boca justo cuando ella dice: «Siento lo de...»

Ambas reímos con nervios y le hago un gesto para que hable primero.

—Tengo señal de teléfono desde hace unas semanas, desde que te envié el correo. Pero te fuiste a Inglaterra y pensé que estarías ocupada... y me daba un poco de miedo llamar la verdad. —Asiento y ella dice—: No me gustó cómo dejamos las cosas. No pude explicarte. Lila, durante años todo lo que hice fue verte hacer cambios gracias a tu comida.

—Stef...

—No, escucha. Traías croquetas o flan y la gente sonreía. Olvidaban sus problemas o el estrés por un rato. Y siempre he pensado que ese era tu don. Tu magia.

Contraigo la barbilla, pero sigo escuchando. Stef baja la mirada y luego vuelve a centrar sus ojos en mí.

—Yo también quería tener mi propia magia, distinta de la de nosotras juntas. Quería intercambiar roles y ayudar a la gente. No quería esperar más. Volveré a la escuela, pero más tarde. No sabía cómo decírtelo...

Levanto la palma de la mano.

—Yo tampoco estaba actuando como la clase de amiga a la que se lo puedes decir. Así que lo siento. Siento haberte hecho correr todos esos kilómetros e intentar planear tu vida.

Su rostro se suaviza.

—Las dos metimos la pata.

—Sí, lo hicimos. —Inhalo y luego exhalo—. ¿Eres feliz?

No tarda en asentir.

—Muy feliz.

Me habla de su entorno y del trabajo que está haciendo: salvando vidas, cambiándolas. Su rostro brilla y se anima lo suficiente, pero no profundiza en las aventuras.

«Por fin me he acostumbrado al clima y a no tener aire acondicionado».

«Cuando traen provisiones, nos peleamos por las tabletas de chocolate negro».

«Los sombreros y las camisetas blancas de manga larga son mis amigos».

Stefanie resume cómo es Ghana, la gente y los conocimientos que está adquiriendo como si leyera su nueva vida de un folleto de viajes. Mi amiga se está conteniendo.

Y no sé qué hacer con eso. Muevo las piernas inquietas y me escondo bajo el cobertor. No consigo ponerme cómoda, así que aprovecho mi turno para hablar de Inglaterra. Sin embargo, hablar de Inglaterra es como arrancarme el corazón del pecho. Lo sostengo frente a mí mientras late a un ritmo de metrónomo constante, manteniéndome bien viva. Pero este corazón que late entre mi cuerpo y la cara de Stef en la pantalla es más frío y pálido de lo que deberían ser los corazones.

Así que no puedo profundizar. Yo también me contengo y me quedo solo con los condimentos de última hora de los acontecimientos. Mis historias están espolvoreadas de azúcar en polvo y

glaseado de mango. No puedo hablarle a mi amiga del relleno espeso y agridulce de los castillos y el té negro de vainilla, ni del pastel rico y esponjoso que son mis nuevos amigos ni de las canciones. No puedo hablar del viento de la moto y del verde y de la piedra que horneé en pan crujiente hasta llegar a la panadería. Hasta llegar a mí.

«Llueve tanto, mucho más que en Miami».

«Te encantarían los acentos. Siempre se disculpan por todo».

«Es todo tan antiguo. Puede haber una gasolinera al lado de un edificio de quinientos años».

Decirle todo lo que he traído del otro país al mío no funciona. Tampoco mi boca cuando intento hablarle de Orion. Nada.

Soy cien por ciento incapaz de decirle una sola palabra sobre Orion a la chica que lloró durante horas conmigo por Andrés. Cómo me sentí en Inglaterra es un secreto mío; no lo comparto. Ni siquiera puedo decir su nombre o que tengo su cárdigan en el regazo porque si lo hago, apuñalaré lo que me queda de corazón. Tengo que encerrarlo dentro para mantener la compostura.

¿Pero no es Stef mi mejor amiga? ¿Y si hay un Orion africano o una docena de historias más allá de los chocolates y los sombreros de paja que no me está contando ella a mí?

Si es así, está bien. Y como me parece bien, me doy cuenta de que no somos personas iguales y diferentes en una nueva versión de una antigua amistad. Solo somos diferentes ahora.

Así que esto es lo que hacemos cuando nuestra conversación se convierte en frases dispersas y largos ratos de silencio. No tengo una receta para esto. Nunca antes había vivido el final de la amistad con una mejor amiga. Decidimos improvisamos.

—Creo que voy a prolongar mi estancia aquí —dice.

Eso ya lo había adivinado.

—Estoy orgullosa de ti, siempre lo estaré. —Es lo que se siente más verdadero.

—No sé cuándo volveremos a vernos. —Eso viene de ella.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero mi corazón ha vuelto a su lugar y está latiendo suavemente. Justo donde debe estar.

—Yo tampoco sé cuándo te veré de nuevo.

Tiene los ojos llorosos.

—Siempre estaré orgullosa de ti también, Lila.

—Estaré pendiente de todo lo que haces, de todo lo bueno.

Ella asiente y sonríe.

—Y yo te veré conquistar el mundo. —Luego mira a ambos lados. Durante unos segundos, demasiados, el silencio es denso y gris como las nubes—. Tengo que irme —susurra.

No se refiere solo a la llamada.

—Te amo, Stefanie.

—Te amo, Lila.

La pantalla se vuelve negra. Y esta amistad no muere. En cambio, solo sigue su propio camino, kilómetros sobre puentes, caminos y arena del desierto, sin nosotras.

33

Días después, hay un cartel de *Cerrado temporalmente por rodaje* colgado en la puerta. Estoy aquí cuando la tienda está a oscuras y quiere dormir. La despierto y la obligo a escuchar. He vuelto para tener esta cocina para mí sola un rato antes de que el mundo se asome al interior.

No sé por qué Pilar está aquí.

—Estás en mi territorio —le digo. Pilar Reyes, que hecha raíces en la oficina y odia el polvillo de harina en las manos.

—Sabía dónde encontrarte. —Solo brillan algunas de las luces dirigidas. Mi hermana es mitad sirena, mitad matemática en su impoluta blusa blanca anudada a la cintura y una minifalda. El pelo que compartimos, que siempre decimos que necesita su propio código postal, se alborota alrededor de su cara, esperando a nuestros estilistas para mañana.

Nos reunimos en la isla de madera y hacemos algo por lo que Mami y Abuela solían regañarnos. Uno, dos... *¡arriba!* Nos acercamos y dejamos que nuestras piernas se balanceen y cuelguen. Me apoyo en el hombro que siempre ha sido mi soporte, tan fuerte como para sostener estas paredes erguidas y las mías.

—¿Por qué llevas tu paloma en una cadena de plata? —pregunta Pili. Tomo el pájaro de oro.

—Le di la mía a la hermana de Orion, Flora.

—No entregarías ese collar ni en un robo.

—Bueno... —Es todo lo que puedo decir. Dos hermanas: ¿cuál tendrá a la Lila de FaceTime y cuál tendrá a mi verdadero yo?

—Estaba pensando que deberías destacar una de las variaciones especiales que Abuela hizo aquí. Para *Family Style*.

—Sí. Una forma más de hacerla partícipe. —Lentamente, asimilo todo lo que construyeron mis abuelos—. ¿Recuerdas que siempre ponía grosellas en lugar de pasas en el picadillo? Le encantaba esa pequeña explosión de sabor, aunque fueran más caras.

—Y el azúcar especial, el que brilla, para los pastelitos de las fiestas elegantes —añade Pili.

—El flan de piña o de avellana o de calabaza para diferentes fiestas, o los jarabes extra que añadía a los pasteles y todo el mundo se preguntaba por qué estaban tan húmedos. Y sabía jugar con las proporciones para que fueran los mismos platos o pasteles, pero también versiones mejoradas de ellos.

Pili me da un golpe en el costado.

—Como tú sabes hacerlo.

Porque ella me enseñó a cambiar recetas. Pero solo después de saber hacer la original a la perfección. En mi cabeza, sus enseñanzas cobran vida, no desde un ataúd blanco, sino desde años de maíz, harina y azúcar. Salto hacia abajo y pongo mi atención en los lugares donde tuve mis lecciones con ella.

Lecciones para cambiar recetas.

Estoy en medio del trabajo de su vida. Estoy en medio de su vida. Y entonces me doy cuenta...

Ella también cambió su propia receta.

Abro mi corazón como un libro de historia. Dentro, hay una chica cubana de diecisiete años llamada Lydia Rodríguez que abandona una pequeña granja cubana. Se sube a un avión sola, sin familia ni amigos. Atraviesa un océano y una cultura con una sola maleta. Se une a una familia de acogida estadounidense. Y en lugar de volver a casa cuando termina el programa, se las ingenia para quedarse. Elige una nueva vida en un nuevo país, construyendo un negocio con las recetas que su propia madre le enseñó.

No solo cambió la comida. Abuela cambió la receta de su vida.

En mi corazón, Abuela me dice que he estado equivocada todo este tiempo. Ella nunca puso una cuchara en mi mano ni habilidades en mi cabeza para atarme a un lugar. Ella me dio el conocimiento para que yo también pudiera elegir. El lugar que ella construyó o los lugares que yo construiré.

Yo puedo elegir.

Puedo conservar las recetas que me enseñó y hacerlas aquí.

Puedo ir a la escuela en Inglaterra y aprender a combinar el arte francés con mi cocina.

Puedo quedarme en La Paloma y trabajar codo a codo con mi hermana.

Puedo moverme bajo el mismo cielo que un chico británico. Puedo ser plenamente cubana en Miami.

Puedo ser plenamente cubana en Inglaterra, o en Ghana, o en Francia, o en cualquier parte. Fui criada para este lugar, pero también puedo cambiar mi receta de vida. Puedo hacerlo y lo haré.

Siento los pasos de Pilar detrás de mí. Me toca el brazo y me giro. En Miami llueven lágrimas de dos nubes.

—Te vas, ¿verdad?

—Me voy —digo por primera vez.

—Pero, hermana. Tú y yo. Las Reyes...

—Siempre seremos quienes somos, no importa dónde estemos.

Cuando mi suspiro llega preocupado y pesado, añade:

—Ve, Lila. Este lugar siempre estará aquí. Pero vuelve a casa para Navidad.

La abrazo fuerte.

—Y en el verano.

Ella me abraza más fuerte.

—Y yo iré allí y podrás enseñarme Inglaterra. Me quedaré en casa de Catalina contigo y Orion puede encontrar mi té favorito.

—Odias volar.

—Yo también puedo ser diferente.



La caja de delantales nuevos llegó con unos días de retraso, pero con tiempo suficiente para que el personal se los pusiera para la grabación de *Family Style*. Faltan cuarenta y ocho horas. En la cocina de La Paloma, estudio el nuevo diseño de elegante algodón a rayas blancas y azules.

—Era la señora Cabral —dice Pili al volver de la tienda, riendo—. Llevamos dos semanas con el aviso de cierre puesto, pero sabía que ella lo ignoraría. Por eso le congelé algunas cosas antes de cerrar.

Inclino la cabeza hacia Pili.

—Ningún programa de televisión va a alejar a esa mujer de su pan cubano.

—Ni siquiera le cobré. ¿Por qué encender el sistema por una hogaza? —Pilar tira de la caja del delantal hacia ella y mira dentro, levantando la tela a rayas—. Qué bueno —dice antes de volver a la oficina.

Solo quedan dos días. Apenas he podido hablar por FaceTime con Orion, pero él lo entiende. Todas mis horas se han ido en comida y preparación de menús, además de nuevos cortes de pelo para Pilar, Mami y yo, además de manicuras y depilación de cejas, reuniones familiares y la supervisión de los arreglos de la panadería. Incluso he estado demasiado ocupada para pensar en lo nerviosa que debería estar.

Otra vez golpean la puerta. ¿Qué? ¿Ha vuelto la señora Cabral por los pastelitos que yo también congelé?

—¡Yo voy! —Lo grito aunque no hay nadie.

Cuando llego a la tienda, está vacía. Justo cuando me doy la vuelta, capto el brillo del papel de aluminio de la bandeja de pan vacía.

Salgo de la zona de servicio y, antes de que pueda procesar la extraña bolsa metálica de Maxwell's con la etiqueta *vanilla black*, oigo por detrás:

—Es de mala suerte si el que se lleva la última rebanada de pan no besa a la panadera.

Dios mío.

Con el corazón en la garganta, me giro muy despacio porque esto no puede estar pasando. Es imposible que Orion esté en mi puerta, en mi negocio, en mi ciudad. Pero lo está y yo ya estoy corriendo hacía él.

Orion apenas tiene tiempo de levantar los brazos para atraparme, imposibilitando cualquier saludo o explicación entre frenéticos besos. Todo está caliente, demasiado caliente, como si nos besáramos en medio de una sauna. Es sal, sudor y vapor, y no lo cambiaría por nada del mundo.

Por fin nos separamos, lo justo para que pueda contemplar sus ojos llorosos, más azules y vibrantes de lo que recordaba, y su pelo húmedo y revuelto, su camiseta negra arrugada y sus jeans suaves y descoloridos.

—¿Cómo? ¿Qué...? —Esos sonidos salen, pero el shock me roba el resto.

Me roza la frente y me sonríe, revelando un hoyuelo profundo. Luego su rostro se ensombrece con seriedad.

—Te dejaste algo en Winchester.

Me abalanzo sobre él de nuevo, hundiendo la cabeza en su pecho. Pronto, me estoy riendo.

—Te ves...

—¿Como un británico que perdió su primer combate con un verano de Miami? —Su pecho retumba de alegría.

—Bueno... ¿has venido corriendo o algo así?

Me mantiene cerca, pero se aleja un poco para encontrar mi mirada.

—Me bajé del autobús una parada antes y pensé en caminar el resto del camino. La aplicación decía que solo estaba a quince minutos, pero a los cinco minutos me di cuenta de mi grave error. Hace un calor volcánico ahí fuera.

—Bienvenido a Miami, Orion —digo con una risa que se desvanece en un pequeño suspiro de

incredulidad—. Realmente estás aquí.

—Sobre eso —dice, echándome el pelo hacia atrás—. Papá estuvo a punto de ahogarme en el Itchen. Dijo que me comportaba como un «miserable imbécil». Le conté todo y que necesitaba venir aquí. Necesitaba decir algunas cosas que debería haber dicho. Pero decidió que hacía demasiado tiempo que no nos tomábamos unas verdaderas vacaciones en familia así que mi tío fue a ocuparse de la tienda y hoy hemos aterrizado. Flora ya está en la piscina del hotel, untada en protector solar factor 50 y muriéndose de ganas de verte.

Doy un respingo:

—Ah, ¿también ha venido? —Le acaricio la cara y me pongo de puntas de pie para besarlo de nuevo.

Se sienta en una de las sillas de la cafetería y me arrastra hasta mi sitio favorito: su regazo.

—En Inglaterra, no quería ser «ese tipo». No podía pedirte que dejaras a tu familia, tu negocio, tu país, solo por mí. —Me frota el hombro—. Así que quería que eligieras un futuro que fuera, ante todo, solo tuyo. Que no me *siguieras*, sino que me *eligieras*. Esa es la parte que no te dije lo suficiente.

Pierdo el aliento y balbuceo mientras él continúa:

—Sigo sin saber cómo podemos solucionarlo contigo aquí y conmigo allá, ahora mismo, pero no me voy a rendir. —Le tiembla la voz—. Yo también me equivoqué. A veces tenemos que querer más de lo que nos dan. Así que este soy yo, deseando a alguien tan imposible y de otro mundo como tú.

Intenta agachar la cabeza, pero no lo dejo. Mis manos lo fuerzan a encontrar mi mirada.

—Fuiste un guía turístico increíble, pero te faltó una cosa.

Ladea la cabeza con una sonrisa resignada.

—¿Qué?

—Tu constelación. Así que para arreglarlo, voy a necesitar ver el cinturón de Orión en la colina de St. Giles, contigo. Y será invierno, así que me pondré tu cárdigan bajo el abrigo más grande y grueso que tenga. Y probablemente nos quedaremos hasta muy tarde, y a la mañana siguiente estaré bostezando todo el viaje en el tren hasta Londres. —Me aseguro de que me vea decir las siguientes palabras—. Hasta la escuela. Por mi futuro. Mi elección.

Él suspira con incredulidad, pero asiento contándole mi secreto.

—¿Lo harás? ¿El semestre de invierno en *Le Cordon Bleu*?

—Para empezar. Presenté mi solicitud y pedí el visado de estudiante esta mañana. Antes de que vinieras, estaba intentando pensar en alguna forma divertida de decírtelo por FaceTime más tarde. Pero esto es mil veces mejor. —Sonrío, entrelazando mis manos detrás de su cuello—. Igual, no vuelvo a Inglaterra solo por el programa de pastelería. Verás, ninguna otra chica puede hacerte sándwiches cubanos y galletas de limón, montar a Millie y correr contigo. Nadie más que yo.

Él se toma un momento, deja que ambos escribamos mis palabras en la memoria, y luego me besa deslumbrado.

—Ven a conocer La Paloma y a mi familia. —Doy un saltito y lo arrastro conmigo—. Prepárate para que tres cubanos se desmayen o al menos finjan desmayarse con un exagerado dramatismo.

Me sigue hasta la amplia cocina.

—Sobre eso... puede que tu familia ya sepa que estoy aquí. —Cuando abro mucho los ojos, añade—: He estado hablando con Pilar. Ella me ayudó a preparar mi pequeña sorpresa. Se

aseguró de que estuvieras aquí y todo. Y al parecer, hay una gran cena planeada para mi familia después de la grabación. ¿En casa de tu tío con todos tus parientes?

Mi familia y su familia, mi corazón sonríe.

—Te lo advierto, no comas por dos días. —Se ríe y, después de asearse en el baño del personal, le enseño el lugar donde crecí. Equipos, fotos antiguas y algunas de las delicias que preparamos, y también los pasteles que vamos a mostrar en la televisión.

El lugar donde amasé mi primera hogaza de pan.

Orion arquea la mano, pensativo.

—Todo esto. ¿Puedes realmente...?

Yo puedo.

—Puedo y estoy preparada. No voy a mentir, me va a costar. —Mis ojos se humedecen de nuevo—. Algunos días más que otros y a horas extrañas, sin previo aviso, necesitaré té y abrazos extra.

Me rodea con sus brazos.

—Me han dicho que soy el mejor en eso.

Desde atrás, Pilar grita:

—¡Lila! ¿Ya terminaste de besuquear la cara de Orion?

—¡¿No?!

Pero entran de todos modos. En diez minutos, Mami se enamora. Pilar y Orion empiezan a charlar sobre música y sobre la imagen londinense que ella se muere por conocer. La veo sonreír ante su acento y su encanto natural.

Sin embargo, todos nos callamos cuando Papi se va y vuelve con dos vasos de Coca-Cola, con cuñas de lima colgando de los bordes. Le ofrece una a Orion y le indica que se dirija al pasillo del almacén.

Orion me guiña un ojo y se va con mi padre, avanzando justo por delante de él hasta la oficina de atrás. Papi se queda un momento. Un padre se vuelve hacia la hija que dejará su casa dentro de tres meses. Asiente una vez, con los ojos húmedos y cargados de finales y principios.

Todo está bien.

Mami y Pilar me aprietan en un abrazo grupal y luego se van a sus propios asientos, dejándome sola en el mío. Esta semana enseñaré La Paloma al mundo, encargaré un abrigo de invierno y hornearé pan con Flora en esta cocina. Le diré a un chico con nombre de estrella que lo quiero delante de la parcela de maíz de mi tío abuelo, no en secreto, sino con un deseo abierto a través de un cielo de verano en Miami.

Pero antes de lo que pase mañana, tengo que hacer una cosa hoy. Saco el delantal de Abuela de la isla. Todos los ganchos de panadería se alinean en la pared, su foto conmemorativa enmarcada sonríe por encima de aquel en el que colgaba el paño de algodón blanco cada noche.

—Gracias, Abuela. Te amo —susurro y deposito un beso en la letra L bordada. Cuelgo su delantal por última vez. Luego me acerco a la caja de cartón llena de delantales de rayas blancas y azules.

Y tomo el mío.

Agradecimientos

Cuando empecé este proyecto, quería honrar el viaje de mi madre, desde una pequeña granja cubana a Estados Unidos, como estudiante adolescente de intercambio justo antes de que Castro asumiera el poder. La mayoría de mis parientes la siguieron en los años siguientes. Cuando yo llegué, mi extensa familia se había convertido en la red afectuosa y llena de vida que conozco hoy en día. Mi historia familiar se convirtió en el marco de una historia protagonizada por otra adolescente valiente y llena de vida, con muchas de mis propias experiencias adolescentes. Poco después de empezar la redacción, perdí a dos de los queridos parientes que habitan estas páginas. Lo que empezó como un libro se convirtió para mí en una forma tangible de tenerlos cerca, sus espíritus llenan estas escenas. No se me ocurre un lugar mejor para guardarlos hasta que vuelva a verlos. Si has llegado aquí después de leer la historia de Lila, has experimentado muchas anécdotas de las que fui testigo de niña, mirando y escuchando, comiendo y cocinando con mis queridos parientes cubanos. Gracias a todos mis tíos y primos, por todas las formas en que me alimentaron.

A mi brillante editora, Alex Borbolla. Desde el primer día mostraste una comprensión tan genuina de mí y de los aspectos únicos de esta historia. Tu amor por este libro y por la historia que hay detrás me conmovió. Tu experiencia y orientación me inspiraron. Trabajar contigo ha sido una de mis mejores experiencias profesionales. Es un honor para mí.

A mi agente, Natascha Morris. Gracias por tomar este libro que siempre llamas «un gran abrazo» y trabajar tan fielmente para gestionarlo y encontrarle un lugar. No podría pedir una mejor animadora, confidente y defensora de mis historias y mi carrera.

A mis compañeras de crítica y amigas de confianza, Joan Smith y Allison Bitz. La historia de Lila no sería lo que es hoy sin su fiel perspicacia, edición, consejo y sabiduría. Las quiero mucho.

A la directora artística, Karyn Lee, y a la ilustradora, Andrea Porretta. Gracias por imaginar y diseñar una de las portadas más bonitas que he visto. Le han dado vida a Lila y Orion con tanta maestría, mostrando al mismo tiempo la mezcla perfecta de Miami, Cuba e Inglaterra.

A Clare McGlade, Tatyana Rosalia, Shivani Annirood y a todo el equipo de Atheneum. Gracias por sus incansables esfuerzos para traer este libro al mundo.

Gracias a mis primeros lectores y fuentes que me ayudaron con todo, desde cuidadosas lecturas beta, hasta comprobar esos astutos acentos españoles, por asegurarse de que mi reputación británica fuera sólida. A Alexandra Overy, Marlene Lee, Ximena Avalos, Beth Ellyn Summer, Susie Cabrera y Yamile Saied Méndez. No podría haberlo hecho sin ustedes.

A mis hermanas de Las Musas, gracias por su amistad, su apoyo y nuestra fabulosa comunidad. Me siento muy honrada de formar parte de esta hermosa organización.

Estoy tan agradecida a Dios por la oportunidad y la gracia de poder escribir este libro, y a ti, lector, por abrirlo.



Encuéntranos en...





Table of Contents

Portadilla
Créditos
Agradecimientos